

*ACCIONES y DIGRESIONES*  
*DE UN BUDISTA TORPE*

© Javier Pérez de Arévalo López

A Kole Seoane y Pilar Pérez de Arévalo, por sus infinitas paciencias.

## ÍNDICE

- Anotaciones previas.
- 1 De los maestros Fayan y Foyan.
  - 2 Sobre mis enemigos.
  - 3 De los maestros Mazu y Dazhu.
  - 4 De cómo el Cid comenzó a inmiscuirse en mi vida.
  - 5 De cómo el Cid se inmiscuyó en mis teorías ético-alimentarias (I).
  - 6 Del maestro Yuanwu.
  - 7 De cómo el Cid se inmiscuyó en mis teorías ético-alimentarias (II).
  - 8 Del día de San Antonio (1º trabajo de campo).
  - 9 De la necesidad urgente de agenciarme un maestro.
  - 10 Sermón del despertar.
  - 11 Un inciso.
  - 12 De cómo aconteció la formación de una mesnada de caballeros éticos.
  - 13 De la preparación de un viaje catártico (I)
  - 14 De la desaparición de mi maestro Zen y de dos de mis incisivos inferiores.
  - 15 De la preparación de un viaje catártico (II)
  - 16 De cómo aparece en mi vida una prótesis parcial removible y de las consecuencias que ello acarrea.
  - 17 De la preparación de un viaje catártico (III).
  - 18 De cómo aconteció el sometimiento a la experiencia de oír sin oír.
  - 19 Viaje catártico (I).
  - 20 De cómo la mortadela con mandarinas se convierte en la Piedra Roseta de mi vida.
  - 21 Viaje catártico (II).

- 22 De mi participación en un programa televisivo y de cómo fui traicionado por tres periodistas.
- 23 Viaje catártico (III).
- 24 De cómo una vieja peluca evita que me viera en el trance de tener que combatir con un pérfido barrendero.
- 25 Viaje catártico (IV).
- 26 La jura en Santa Gadea.
- 27 De cómo Sherlock Holmes se inmiscuye en mi vida, de cómo expulso de la misma a Hércules Poirot y de cómo convierto a mis antiguos mesnaderos en eficaces informantes.
- 28 De varios acontecimientos simultáneos sin aparente relación entre ellos.
- 29 Sobre los antecedentes familiares de mis antiguos mesnaderos y futuros informantes y / o colaboradores inconscientes.
- 30 De lo que aconteció en Gamonal y de cómo se deshizo la mesnada ético-alimentaria.
- 31 De cómo acaba una historia y comienza otra.

## ANOTACIONES PREVIAS

Antes que nada, y dada mi condición de estudioso de las filosofías y prácticas budistas (incluida la modalidad Zen), creo que debo interiorizar el impulso que me ha motivado a comenzar estas anotaciones, para así averiguar la verdadera esencia de este impulso y, consecuentemente, el verdadero estado en el que se encuentra actualmente mi yo interior. Así, de esta manera, podré continuar el camino de la perfección hacia la iluminación y, finalmente, terminar de una vez por todas con las malditas reencarnaciones.

PREGUNTA: ¿Por qué escribo?

RESPUESTA: Porque me sangra un ojo.

¿Pero... por qué me sangra un ojo? Estas preguntas no entrañan ninguna metáfora oculta, a las que son tan aficionados los adeptos del Zen. Es que realmente padezco un fuerte hematoma en el ojo derecho, consecuencia de un pinchazo que sufrí hace exactamente cuatro días.

Debo interiorizar también el hecho de que me pinchara con la hoja de una palmera, y que lo hiciera cuando iba a realizar unas tareas de limpieza en el jardín de nuestra casa, tareas que siempre he odiado sobremanera, pero que si no las llevo a cabo, tarde o temprano, y de forma inexorable, terminan por producir una brusca alteración en el estado emocional de Ella, alteración que nunca consiste precisamente en la emisión de halagos ni parabienes hacia mi persona.

Esto (lo de por qué trabajaba en el jardín) ya lo tengo interiorizado, pero lo que más me cuesta introducir en ese cuarto oscuro de la mente, y arrojar algo de luz sobre el mismo, es el hecho de que justo antes de comenzar a limpiar el jardín, acababa de llegar del paseo habitual con mi perra Ramona.<sup>1</sup> Y lo más curioso del caso, por no decir intrigante, es que durante todo ese paseo, decidí recitar mentalmente una serie de afirmaciones con las que procurar un fortalecimiento de mis ojos para así mejorar, o al menos no empeorar, la visión, quizás mi sentido peor desarrollado y sobre el que ya he vertido algún que otro río de tinta con intenciones precisamente terapéuticas.

Afirmaciones mentales que recité mientras paseaba a Ramona:

- Veo la vida con alegría
- Veo la vida con amor
- Veo la vida con libertad

Estas afirmaciones las iba yo repitiendo y mezclando, mentalmente claro está, e incluso combinando entre ellas, a modo de combinaciones de tres elementos tomados de dos en dos, mientras duraba el agradable paseo con mi perra. De hecho fue agradable todo el tiempo, puesto que no hubo altercados con otros perros ni perras y, lo que todavía aportó más tranquilidad y sosiego a la caminata, tampoco sufrió ninguno de esos ataques de locura transitoria en los que procede a morder la correa de forma completamente compulsiva, llenándosele la boca de espuma y resultando imposible hacerla entrar en razón por espacio de unos 15 o 20 minutos.

---

<sup>1</sup> El hecho de que Ramona sea de raza bulldog inglés no lo voy a interiorizar, al menos de momento.

Entonces, me hago otra pregunta:

—¿Por qué me pinché el ojo con aquella pequeña palmera del jardín, repugnante y medio muerta?

Ya que, si después de estar más de media hora pensando relajadamente con la mente en calma o casi en calma, y repitiendo en mi interior que veía la vida con amor y alegría, o con amor y libertad o incluso con libertad y alegría, voy y me clavo una maldita hoja de palmera en el ojo derecho, es que no había interiorizado bien las afirmaciones, o no las había recitado como mandan los cánones de las disciplinas que estoy últimamente estudiando.

Esto me ha llevado a pensar que mis lecturas en materia de bioneuroemoción y sobre prácticas budistas, no están dando el resultado que se debería esperar de un buen alumno, por lo que sólo resta deducir de este pinchazo ocular, que soy un discípulo torpe en el estudio de esas materias, es decir la bioneuroemoción y el budismo (incluida la modalidad Zen), cosa que desde luego, estoy dispuesto a corregir.

Y para ello, nada mejor que comenzar a anotar y ordenar en mi mente las reglas básicas y preceptos de todos aquellos maestros a los que estoy leyendo y analizando.

En todo caso he de dejar constancia de que, afortunadamente, el hematoma de mi ojo derecho va remitiendo por sus extremos y que no ha llegado a causarme alteración alguna en mi capacidad visual, algo que por un momento creí casi inevitable, dada la propensión que todo pinchazo con hojas de palmera tiende hacia la infección.

*La gente se confunde porque juzga las cosas según sus apariencias.*

Hoy he podido interiorizar perfectamente el significado de esta sentencia, incluso he llegado a experimentar un cierto estado de iluminación transitoria en el momento de ser saludado por el barrendero del barrio en el que se encuentran las oficinas donde trabajo.

Llevo más de cinco años saludando a ese hombre y nunca había obtenido respuesta alguna por su parte. Esto, en un principio, me llevó a pensar que era un maleducado de primera. Posteriormente, como dos años después, y tras algunas miradas que le lancé algo más detenidas y amenazantes, para echarle en cara su mala educación, llegué a pensar, dado el vacío que se dejaba escapar de sus ojos, que en realidad se trataba de un retrasado mental que había sido contratado por la empresa para cumplir con las normas sobre empleo a discapacitados psíquicos.

Sin embargo, otros dos años más saludándole sin obtener respuesta alguna, e incluso parándome delante de él para practicar el saludo, decidí concluir que además de retrasado mental era un maleducado de primera.

Pero esta mañana, sin esperar como de costumbre contestación alguna, procedí por inercia a saludar al barrendero y, cuál no sería mi sorpresa, cuando oí cómo pronunciaba de forma clara y rotunda un “hola buenos días”.

Inmediatamente fui consciente de que la única diferencia con respecto a los saludos de los cinco años anteriores, era que hoy llevaba puesto el chaleco amarillo fosforescente que debo ponerme cuando hago de guía turístico por algunas calles de la ciudad, pero del que no suelo hacer su uso preceptivo con demasiada frecuencia.

PREGUNTA: ¿Por qué me ha saludado el barrendero del barrio?

RESPUESTA: Según los maestros Fayán y Foyan, las apariencias engañan, así que quizás el barrendero no tiene nada de retrasado mental y sólo saluda a los de su gremio, por lo que deduzco que me ha confundido con otro barrendero. Pero por otro lado lleva cinco años sin devolverme el saludo y ni siquiera la mirada, así que cuesta creer que hoy, sólo por el hecho de haberme visto con un chaleco amarillo fosforescente, haya pensado que soy un colega suyo.

En cualquier caso, como alumno de las prácticas budistas, he interiorizado inmediatamente su saludo y experimentado todo un éxtasis espiritual al ver cómo mi acto de buena educación era finalmente correspondido, después de cinco años de insistencia. Esto me hizo entender inmediatamente, la sentencia de los maestros Fayán y Foyan sobre la falsedad de las apariencias.

Aunque bien pensado, no sé si las falsas apariencias son las que yo percibía del barrendero o las que el barrendero percibía de mí.

\*\*\*

Dejando a un lado, por el momento, al barrendero del barrio donde trabajo, debo centrarme en el problema que los paseos con Ramona me causan en cuanto a la interrupción de mi calma mental y en cuanto a la apariencia que yo proyectó sobre los vecinos del pueblo donde Ella y yo residimos.

Desde hace ya un par de años, mi perra Ramona ha desarrollado un mecanismo de conducta por el que a los pocos minutos de estar paseando, sufre una especie de ataque de esquizofrenia cuyos efectos son los siguientes:

1 cambia su expresión facial habitual y adopta una mirada que resulta espeluznante. Sus ojos se agrandan sobremanera y me mira fijamente para avisarme que en pocos segundos comenzará el espectáculo.

2 súbitamente Ramona comienza a girar sobre sí misma y a morder la correa de forma compulsiva, como queriendo “matar” la susodicha correa.

3 deja de prestar atención a cualquier estímulo externo, y tampoco reacciona a los gritos conminatorios que le lanzo con la intención de que acabe con ese espectáculo tan poco edificante para otros perros, y dueños de esos perros, que de forma invariable siempre aparecen por nuestras inmediaciones, justo en ese momento.

4 mis gritos todavía agudizan más el estado de trance en el que Ramona entra y, si intento separarla de la correa, entonces despliega toda una representación de gruñidos y ladridos tan amenazadores, que amedrentarían a cualquier domador de leones. Sin embargo yo sé perfectamente que se trata de una simple representación, puesto que Ramona es incapaz de hacer daño a una mosca... bueno a las moscas sí que se las quiere comer, igual que a los gatos, pero yo entiendo lo que quiero decir.

5 tras unos 15 ó 20 minutos de pasear arrastrando a mi perra mientras ésta se aferra con la boca gruñendo a la correa, haciendo como que lucha contra ella de forma desaforada, termina el espectáculo de manera tan inesperada como empezó, pero con enormes regueros de babas densas esparcidas por toda su cara, arnés y, por supuesto, el conjunto de la correa, por no mencionar todos aquellos espumarajos que al sacudir su cabeza enérgicamente, han ido a estrellarse contra mis pantalones.

El resultado de todos y cada uno de estos habituales ataques, generalmente vespertinos y casi nunca matutinos, es que Ramona acaba agotada y apunto del ataque cardíaco. Por mi parte yo vuelvo a casa avergonzado ante el vecindario y con mi calma mental absolutamente arruinada.

Desde que comencé mis estudios sobre el pensamiento budista, he meditado mucho acerca de este problema, incluso acerca de la sentencia que los maestros Fayán y Foyan escribieron sobre las falsas apariencias de la gente. Pero soy consciente que muy probablemente ninguno de los vecinos del pueblo que escuchen mis gritos, así como los insultos e improperios que le lanzo de forma también compulsiva a Ramona, hayan leído a cualquiera de esos dos grandes iluminados del budismo chino. Por lo tanto, debo concluir que mi apariencia proyectada hacia los vecinos del pueblo, seguramente no es la de un alumno aventajado del budismo (en cualquiera de sus modalidades).



PREGUNTA: ¿Me debe importar la apariencia que proyecto sobre los vecinos del pueblo durante mis paseos con Ramona?

RESPUESTA: No

Y respondo que no porque el maestro Foyan dice que un patriarca, a su vez, dijo: *las apariencias son ilusorias*. Sin embargo el maestro Foyan también dice que hubo otro patriarca que dijo que si niegas las apariencias jamás podrás averiguar de dónde proviene la iluminación.

No quiero profundizar más sobre esta cuestión, así que me quedaré con otra sentencia diferente en la que este mismo maestro recomienda dirigir la atención hacia uno mismo, para poder así comprenderlo todo. Por lo tanto, durante los paseos con mi mascota tengo que conservar la calma mental mientras ella ataca con fiereza la correa de paseo y yo la arrastro por las calles del pueblo. También es imprescindible que dirija la atención sólo hacia mi persona e ignore los posibles perros y dueños de perros con los que me cruce en esos conflictivos momentos.

\*\*\*

Me preocupa cierto tono amarillento que mi piel está adoptando. Pienso que quizás pueda ser ictericia y que mi hígado no esté en buenas condiciones. Pienso también que quizás mis estudios sobre pensamiento y prácticas budistas podrían estar ejerciendo algún efecto hormonal en mi cuerpo ya que como, al fin y al cabo, se trata de una filosofía oriental, y los orientales tienden hacia ese color de piel, este cambio en mi manera de contemplar la existencia a lo mejor despierta un mecanismo desencadenador en mi código genético por el que se altere aquello que afecta precisamente a la pigmentación de la piel.

Aprovecho el desayuno, que como cualquier sábado realizamos Ella y yo en el pueblo de la derecha, según se sale del nuestro, y le pregunto si cree que mi piel se está volviendo amarilla, pero no le comento mis sospechas acerca de su posible relación con el budismo. Afortunadamente Ella me contesta que yo siempre he tenido ese color cetrino de piel durante el invierno, y que por eso luego en verano me pongo fácilmente moreno.

Me quedo tranquilo, más por el miedo a sufrir de ictericia que a una posible mutación en mi código genético.

\*\*\*

Gracias al Dalai Lama he podido superar otro de los problemas que me solían abordar durante mis paseos con Ramona. Me refiero a la aparición de dos descerebrados adolescentes montados en una misma motocicleta, produciendo un ruido y una contaminación verdaderamente insoportables.

Tengo que reconocer, y de hecho ésta ha sido una cuestión que le ha planteado muchas interrogantes a mi conjunto de normas éticas, que cada vez que esos dos indeseables se cruzan con nosotros (es decir con Ramona y conmigo), cosa que en algunos paseos se repite hasta en más de cinco ocasiones debido a las continuas vueltas al pueblo que dan, seguramente para intentar superar su estúpido aburrimiento, deseo inmediata e intensamente que se estampen contra el primer poste telefónico que aparezca en su recorrido, para así dejarnos descansar a todos los vecinos del pueblo amantes de la paz y la tranquilidad. Sin embargo, ellos nunca se estampan y yo siempre vuelvo a casa con mi calma mental menoscabada, además de con un incipiente complejo de culpa por haber deseado que se accidentaran contra un poste telefónico. Y lo peor es que ese incipiente complejo de culpa, deja siempre de ser incipiente para convertirse en duradero, intenso y agobiante.

En infinitas ocasiones he imaginado que me encontraba a esos dos seres (me ahorraré ahora el adjetivo calificativo) por mitad del pueblo, y les lanzaba una mirada de odio tan difícil de soportar que terminaban por arreglar el tubo de escape de su impertinente motocicleta, incluso imaginaba que me quedaba parado delante de ellos y les saludaba de forma inquisitoria tal y como llegué a hacer en alguna ocasión con el barrendero supuestamente maleducado y / o supuestamente retrasado mental.

Sin embargo, el hecho de que esos dos adolescentes paseen siempre en su motocicleta con sendos cascos colocados en sus cabezas, me hacía imposible saber cuáles eran sus rasgos faciales y por tanto no me atrevía a comportarme de la forma imaginada ante cualquier par de quinceañeros con los que me cruzara en el pueblo, por temor a equivocarme de pareja.

Pero esta misma tarde se me ha presentado la oportunidad de terminar con mi sufrimiento, ya que hasta en cuatro ocasiones Ramona y yo nos hemos cruzado con estos chicos y, en el mismísimo momento de comenzar a visualizar su accidente contra un poste telefónico (cosa que por supuesto ocurrió en el primero de los cuatro encuentros), me acordé de los consejos del Dalai Lama acerca de cómo contemplar a nuestros enemigos: *Un enemigo no puede destruir las buenas cualidades humanas, pero el enfado sí puede. La ira es nuestro verdadero enemigo...nuestro enemigo es, de hecho, un buen guía espiritual, porque, dependiendo de la paciencia, podemos acumular un gran poder meritorio.*

Una vez interiorizado este mensaje del gran iluminado tibetano, y mientras esperaba a que Ramona comenzara a atacar despiadadamente la correa, cosa que de forma milagrosa no llegó a ocurrir durante todo el paseo, aparecieron por segunda vez los dos motoristas, con el mismo ruido y humos de siempre, pero ahora yo no me los imaginé en el suelo, con sus cascos en la cuneta y sus cabezas abiertas, sino que pensé que era mi oportunidad para ejercer la paciencia y acumular un karma positivo con vistas a reducir el número de reencarnaciones futuras.

La tercera vez que pasaron estruendosamente a nuestro lado ya estaba mentalizado y llegué incluso a experimentar cierta sensación placentera, con el consiguiente sentimiento de gratitud hacia los motoristas.

Finalmente, en el cuarto encuentro ya no pude reprimir mis emociones (a pesar de que un alumno budista aventajado sí lo habría hecho), y decidí saludarles y proferirles un gracias al mismo tiempo que les sonreía. Recuerdo que ellos volvieron al unísono sus cabezas encapsuladas hacia Ramona y yo, pero creo que debido al tremendo ruido de su ciclomotor y el impedimento de los cascos, no debieron de entender las palabras de agradecimiento que les estaba lanzando.

\*\*\*

PREGUNTA: ¿Es el jardín de mi casa un enemigo?

RESPUESTA: Creo que sí.

Después de haber experimentado un cambio tan radical en cuanto a mi relación con los dos motoristas que habitualmente se cruzan en nuestro camino (el de Ramona y el mío), creo que ha llegado el momento de enfrentarme con el problema que el jardín de mi casa ha estado generándome durante diez años. Y la mejor manera de acabar con esa situación conflictiva entre el jardín y yo, creo que va a ser considerarlo mi enemigo, para acto seguido pasar a tratar todo el contexto como una oportunidad para acumular karma positivo.

Los motivos que tengo para considerarlo mi enemigo son muy extensos, pero me limitaré a los dos últimos hechos de relevancia acontecidos en dicho espacio y, por otro lado, hechos de absoluta incontestabilidad.

- En el jardín me he pinchado el ojo derecho y a punto he estado de quedarme tuerto.
- En el jardín me he provocado un desprendimiento de líquido sinovial en la rodilla derecha y desde entonces padezco dolores crónicos, algo que podría muy bien degenerar en una cojera, también crónica.

Del primero de los sucesos no hace falta que interiorice ahora nada, puesto que en realidad todas estas anotaciones nacen a raíz de dicho suceso.

En cuanto al segundo, debo especificar que se produjo cuando este pasado verano unos cuantos amigos nos anunciaron que vendrían a visitarnos. Este anuncio implicaba la limpieza profunda de todo el jardín, ya que después de todo el invierno, y tengo que reconocer que incluso también toda la primavera, ese espacio de nuestra vivienda no había sufrido ningún tipo de atención por mi parte, y muy pocos por parte de Ella.

El derrame de líquido sinovial que sufrí a raíz de las operaciones de limpieza, me hizo pensar en las razones físicas y psíquicas que lo causaron. En cuanto a las físicas no había ninguna duda, pues tuve que agacharme en numerosísimas ocasiones para recoger las hojas y ramas del suelo. Pero por lo que respecta a las psíquicas, no daba con la causa hasta que consulté mis manuales de bioneuroemoción, y pude comprobar que mi rechazo a dichas visitas y a la limpieza del jardín, fueron las razones por las que mi inconsciente decidió maltratar y cebarse con mi rodilla derecha.

A partir de ese momento comencé a recitar durante mis paseos con Ramona, y con mi voz interna, las siguientes afirmaciones:

- Soy flexible y fluido.
- Me inclino y fluyo con facilidad, y todo está bien.

También procedí al recitado de las mismas con mi voz externa, pero sólo si no veía a ningún vecino por las cercanías.

Sin embargo, reconozco que la memorización de estas sentencias no me resultó tan fácil como el de las destinadas a mejorar la vista y, al volver del paseo, comprobé en varias ocasiones que las había recitado mal, ya que pronunciaba:

- Soy fluido y estoy bien.
- Fluyo inclinado con facilidad.
- Todo está fluyendo y bien.

Y alguna variación por el estilo.

Es posible que esta dificultad en memorizar las auténticas sentencias, haya sido la responsable de que la mejoría no se produjera hasta que asistí al traumatólogo y éste me recetó un antiinflamatorio tan fuerte que sería capaz de aliviarle los problemas de rodilla a un elefante.

Todo parecía que marchaba bien, pero un mes después de terminar con aquellas abominables pastillas, que me obligaban a tener que ingerir previamente un protector gástrico para no terminar con un agujero monumental en mi estómago, aunque tengo que reconocer que con mis dolores completamente subsanados, nos anunciaron su visita otros amigos, pero esta vez británicos. Dos grupos diferentes, y que para más inri entre ellos no se llevaban bien, pues unos eran ingleses y los otros escoceses, con lo que esto nos obligaba a asignarles diferentes semanas de estancia, duplicando así los días con visitas de amigos en nuestra casa.

Esta contrariedad y mi poca, o escasa, disposición a recibir visitas de amigos, volvieron a incitar a mi subconsciente para que renovara sus ansias destructivas contra mi rodilla derecha.

PREGUNTA: ¿Son nuestros amigos en realidad nuestros enemigos?

RESPUESTA: No lo sé.

Me encuentro en una encrucijada, porque si considero que nuestros amigos son en verdad unos de nuestros mayores adversarios, esto podría facilitar la labor de contemplarlos como una inmensa fuente para la acumulación de karma positivo, y quizás mediante la potenciación de mi paciencia con esos enemigos, reducir un par de vidas en el ciclo de las reencarnaciones.

Pero por otro lado, si los considero enemigos nuestros, entonces no solucionaré el problema de mi escasa disposición para recibir visitas de amigos, pues no es lo mismo recibir visitas de amigos pesados, que no dejan de ser amigos, que visitas de enemigos con los que potenciar tu karma positivo.

Según el Dalai Lama *el amor limitado a nuestros propios amigos o a nuestra familia, de hecho está, en términos generales, influido por el apego ignorante. Es parcial.* Esto me hace pensar que será mejor que me vaya quitando el lastre de ese repulsivo apego ignorante, pero en lugar de empezar con la familia, y mucho menos con Ella, a la que espero estar apegado de forma ignorante el resto de mi vida, empezaré con los amigos pesados que no paran de visitarnos y procederé a declararlos enemigos acérrimos. Esto no variará para nada su visitas, incluso seré yo quien les invite a venir más a menudo, porque ahora serán ellos quienes me ofrezcan su impertinencia para ayudar a quitarme vidas de encima.

\*\*\*

Hoy he experimentado una sensación bipolar. La causa de esta doble sensación ha sido mi encuentro con el barrendero del barrio donde trabajo. Una de las sensaciones ha sido de profunda decepción al comprobar que, de nuevo, el barrendero ha rehusado contestar a mi educado saludo. Pero inmediatamente después de verme ignorado, tal y como venía ocurriendo durante estos cinco últimos años, caí en la cuenta de que no llevaba puesto mi chaleco amarillo fosforescente que utilizo en algunas visitas turísticas por el centro de la ciudad. Esto me tranquilizó y me animó a usar el chaleco reflectante cada día, con el fin de comprobar si en los futuros encuentros con el barrendero, éste volvería a saludarme de forma tan rotunda como lo hizo hace apenas dos semanas.

La otra sensación que experimenté, es decir la agradable, fue la de observar en la cara de ese trabajador del ayuntamiento, su habitual expresión con la mirada vacía, lo que me hizo reflexionar y preguntarme si esa expresión no respondería en realidad a un alto nivel de vacuidad en su persona, lo cual me llevó por consiguiente a preguntarme también si no había estado durante cinco años saludando a un gran maestro del budismo, y muy posiblemente del budismo Zen. ¿Cómo es posible que haya estado leyendo tanto sobre la vacuidad en el pensamiento budista, y no me haya fijado en la vacuidad del barrendero?

*Te jactas de que estudias Zen, de que estás en el Camino y de que comprendes el Budismo, pero eso es como intentar coger los sonidos o atrapar las formas. De ese modo no conseguirás más que aumentar tu confusión. ¿Cuándo acabarás con todo eso?*

El maestro Dazhu fue alumno del maestro Mazu, a diferencia de los maestros Fayán y Foyan que no fueron nada uno del otro, y que ni siquiera llegarían a conocerse puesto que les separaba más de un siglo de diferencia, a no ser que Fayán se hubiera reencarnado en Foyan.

En cualquier caso tampoco tuvo mucho mérito por parte de Dazhu ser alumno del maestro Mazu, ya que éste llegó a tener una barbaridad de alumnos de los cuales a 139 se les llegó a considerar unos iluminados, por supuesto Dazhu entre ellos. Estos maestros hacen hincapié en lo mucho que sobran las palabras y en las bendiciones de la iluminación espontánea, es decir aquella que aparece sin estudios previos ni esfuerzos titánicos por conseguirla.

Es por esto que me planteo si el barrendero maleducado, o mejor dicho supuestamente maleducado, no habrá sufrido una de esas iluminaciones espontáneas y haya sido ese, precisamente, su Camino hacia la vacuidad y la claridad mental.

No tengo otra alternativa que pasar a la acción y acometerle la próxima vez que me encuentre con él. De entrada, me reafirmo en la decisión de no salir a ningún sitio sin colocarme el chaleco reflectante de color amarillo fosforescente, u otro parecido si fuera el caso.

\*\*\*

Estos maestros tampoco le dan mucha importancia a la meditación, es más, creo que la aborrecen tanto como yo, y seguramente porque se quedarían dormidos sin llegar a ninguna conclusión. Creo, como Mazu y Dazhu, que el mundo ha estado y todavía lo está, lleno de cretinos que se obsesionan con meditar y no sólo no llegan a conseguir la iluminación, sino que sus mentes están muy lejos de poseer la claridad. Tampoco comparto ese aborrecimiento que muchos budistas, incluidos muchos de los zenistas, tienen hacia todas las bebidas alcohólicas, ¡incluido el vino!

Estoy seguro que más de un bebedor, moderado eso sí, de vino o incluso de güisquis de malta, ha sido iluminado de manera espontánea sin necesidad de meditaciones ni abstinencias obsesivas y malentendidas.

Sin embargo, creo que mi condición de vegetariano convencido sí que puede ayudarme a encontrar el Camino del esclarecimiento mental y la liberación de las emociones aflitivas.

\*\*\*

Hoy Ella y yo hemos tenido una pequeña discusión acerca del chaleco reflectante. Después de varios años sin asistir al cine, hemos decidido esta tarde acercarnos a un centro comercial donde hay instaladas unas cuantas salas de proyección, para ver la última película sobre Drácula que se ha filmado, género éste de los vampiros al que Ella es muy aficionada, y tengo que reconocer que yo también. Pero una vez aparcado el coche, en un inmenso parking que nos hace dudar si seremos capaces de volver a encontrarlo al regresar de ver la película, me dispuse a colocarme el chaleco reflectante que todo conductor está obligado a llevar en el interior del coche, pensando que aunque

no era exactamente el mismo que me colocó en el trabajo, sí que haría su labor en caso de encontrarme fortuitamente con el barrendero Zen, aunque ese no fuera ni mucho menos el barrio donde ambos trabajamos, pero al que podría haberse acercado para ver alguna película, si es que los maestros Zen ven películas. Pero cuando Ella se percató que me había colocado el chaleco, no tardó ni dos segundos en preguntarme:

—¿Pero qué estás haciendo?, ¿se puede saber por qué te colocas ese chaleco?

Tengo que reconocer que ya me esperaba esa pregunta, o al menos una muy parecida, así que con la mente en calma y muy seguro de mí mismo le conteste:

—Es que ahora uno no puede ir tranquilo por ningún lado a causa de los ciclistas que circulan por las calzadas, por las vías de bicicletas, por las aceras y por cualquier sitio que les venga en gana. Cada vez se dan más casos de atropellos causados por estos asesinos del pedal.

Estoy muy orgulloso de haber tenido preparada esa respuesta ya que, aunque no le pareció del todo convincente, al menos pude continuar con el chaleco colocado hasta que, ya comenzada la película, uno de los espectadores que estaba sentado en la fila detrás de la nuestra, se quejó de que mi chaleco le deslumbraba cada vez que de la pantalla salía luz abundante.

—Por favor, ¿le importaría quitarse el chaleco?, me deslumbra y no veo bien la película.

—Pues es que para mí es de vital importancia llevar puesto el chaleco —le contesté igual de educadamente y en voz susurrante, mientras se oían los chillidos de alguna víctima de Drácula, víctima a la que por desgracia no pude ver desangrarse ya que tenía mi cabeza vuelta hacia el inoportuno espectador de atrás. Lo más curioso es que la víctima parecía un hombre (por el tono de los gritos) y no una de esas jóvenes a las que el conde tantas veces ha mordido el cuello en las películas.

—A mí también me molesta, oiga —se oyó que decía otro espectador con la voz ya bastante elevada, momento en el que otros espectadores comenzaron a emitir el típico CHSSSSSSS para que nos calláramos de una vez.

—¿Quieres hacer el favor de quitarte ese maldito chaleco y dejar de montar el espectáculo?! —me dijo Ella mientras se oían las carcajadas de alguien que supongo sería Drácula, pero que por desgracia tampoco pude ver puesto que procedí inmediatamente a quitarme el chaleco, el cual en ese momento se me había quedado enrollado en la cabeza, dadas las dificultades que dicha operación ofrecía puesto que el reducido espacio de la butaca, no me permitía despojarme de la querida prenda a la manera convencional, así que con la limitación espacial, y con los nervios acumulados, decidí sacarme el chaleco por arriba.

—Por favor... estese quieto ya de una vez —se oyó que medio gritaba alguien de la fila de atrás, al mismo tiempo que Ella me propinaba un importante codazo en mis costillas, algo que casi me hace gritar más que a la víctima de Drácula.

Finalmente pude quitarme mi preciado chaleco, pieza clave en las interlocuciones con el maestro barrendero. El resto de la película trascurrió sin más incidencias, al menos para los espectadores, que no así para las sucesivas víctimas de Drácula e incluso para el mismo conde, que acabó como es preceptivo, con su fatal destino cumpliéndose.

\*\*\*

No han pasado muchos días, creo que han podido ser 4 ó 5, y por fin he tenido el encuentro

esperado. Ha sido justo esta mañana, que aunque no me tocaba hacer de guía turístico por el centro de la ciudad y sólo debía realizar tareas administrativas en la oficina, yo no me quité, afortunadamente, mi chaleco reflectante en ningún momento, algo que provocó más de una mirada inquisitoria por parte de los compañeros oficinistas.

Todo comenzó en el momento de salir a tomar un café, como habitualmente suelo hacer a las 10'30 horas. Le vi barriendo en las cercanías del semáforo por donde iba yo precisamente a cruzar la calle. No lo dudé ni un momento y me acerqué a él para espetarle las preguntas que tenía preparadas, e incluso escritas en un papel que guardaba en uno de los bolsillos del pantalón, para el momento en que se produjera el tan ansiado encuentro.

—Hola buenos días —le dije primero muy educadamente esperando que al llevar el chaleco reflectante fuera correspondido, cosa que efectivamente así fue.

—Hola buenos días —contestó él con serenidad e incluso cierta contundencia.

—¿Conoce el Camino? —le pregunté yo al barrendero de forma también serena y también con cierta contundencia, aunque dándome cuenta en ese preciso instante que no había previsto que al preguntarle por el Camino, no le estaba especificando que me refería al Camino con mayúscula. Sin embargo su respuesta me dejó desconcertado.

—¿Qué camino? —me respondió el barrendero, mientras seguía barriendo los alrededores del semáforo sin prestarme mayor atención.

Yo no supe qué contestar, y me quedé como un bloque de hielo contemplando cómo introducía en su carrito, unas cuantas hojas caídas de los árboles. En ese mismo instante supe que, efectivamente, esa persona era casi con toda seguridad un maestro Zen y que, seguramente también, su alto nivel de vacuidad habría sido el efecto de una iluminación espontánea, es decir las reinas de las iluminaciones.

Me causó tanta impresión que no puede cruzar el semáforo hasta tres veces después de haberse puesto en verde, pero en la cuarta ocasión tuve el arrojo de continuar y pasar al otro lado de la calle. Una vez en la acera de enfrente, me di cuenta que no le había realizado ninguna de las otras preguntas que tenía preparadas de memoria y por escrito, como eran las de si conocía a los maestros Fayan y Foyan, o la de si conocía a los maestros Mazu y Dazhu. Así que con las mismas volví a cruzar el semáforo, ahora claro está en sentido contrario, y me acerqué de nuevo al que para mí ya era un verdadero iluminado.

—Perdone la molestia otra vez... ¿me podría decir, si no es indiscreción, qué maestro ha tenido más influencia en usted? —le pregunte muy educadamente e incluso con cierta dulzura en mi voz, modificando algo la pregunta preparada para dejar más abierta la respuesta, en lugar de preguntarle directamente por los maestros que yo había escrito y memorizado.

El maestro barrendero, que en esta ocasión dejó de barrer, me dirigió su mirada vacía, más vacía que nunca, y me dijo:

—¿Eh?

—Que qué maestro le ha marcado más en su vida —le insistí aunque ahora con algo menos de dulzura en mi voz.

—Ah... pues... Don.....Don Froilán..., ese si que te, te marcaba.... so..sobre todo a mí, el, el muy, el muy cabrón...va, vaya bo, bofeeetadas —me respondió al punto que volvía a sus tareas barrenderas esbozando su característica sonrisa hierática, demostrándome así que mi interrupción no había modificado en nada su estado mental habitual.

De nuevo tuve que esperar otras tres puestas en verde, hasta que fui capaz de cruzar el semáforo una vez más. Semáforo que ahora se había convertido en un puente que comunicaba las enseñanzas de una mente en absoluta claridad y mi soledad como alumno que busca un asidero espiritual donde agarrarse.

Pronto me acordé de las recomendaciones que los elevados seres espirituales hacen acerca de la necesidad de tener un buen sentido del humor, para poder progresar en el Camino hacia la

iluminación, y de la característica sonrisa que siempre se les achaca a los maestros budistas. Esto me reafirmó en mis conclusiones acerca del alto nivel espiritual alcanzado por este maestro barrendero, aunque bien es cierto que esa respuesta un tanto soez, no me la esperaba saliendo de la boca de un maestro Zen. Tengo dos teorías al respecto: una, que su condición de barrendero puede que aporte una original visión callejera del budismo Zen, y dos, que precisamente utilice el humor soez como forma de sublimación de las bajas pasiones humanas.

Según el maestro Huanglong, al que en su momento tendré que dedicarle algunas notas para analizar lo esencial de su pensamiento, decía que quienes permanecen atrapados en una renuncia superficial y no son capaces de adentrarse en el mundo de las pasiones sin verse afectados por ellas, mal podrían ayudarse a sí mismos y, en consecuencia, menos todavía podrán ayudar a los demás.

Es muy posible, por lo tanto, que este maestro zenista con apariencia de barrendero, sea más de la escuela de Huanglong que de Foyan, Fayán y otros maestros anteriores.

Pero el gran efecto que dicho encuentro produjo en mi persona, fue el hecho de que, ya con el café servido en la mesa de mi bar habitual, me preguntara a mí mismo sobre las razones que me llevaron a comenzar los estudios sobre el pensamiento budista y sobre la bioneuroemoción ya que, siguiendo los consejos de los maestros Mazu y Dazhu, no pienso estarme el resto de mi vida meditando, recitando sentencias bioneuroemocionales e intentando iluminarme, todo de manera forzosa y seguramente improductiva. Así que si indago en los verdaderos motivos por los que he comenzado este importante Camino en mi vida, pueda yo también tener una iluminación espontánea, y terminar con el mismo nivel espiritual de ese gran hombre que limpia las calles del barrio donde trabajo.

Una cosa sí tengo muy clara:

Sólo hay una única persona responsable de que yo tomara la decisión, hace ya cosa de año y medio, de iniciarme en la senda del budismo... y ese responsable, no es otro que el Cid.

\*\*\*

El hematoma de mi ojo derecho va remitiendo, sin embargo hace como tres días que una especie de nubecilla se pasea por dicho ojo haciendo que mi visión se esté volviendo muy incómoda.

He retomado mis afirmaciones para mejorar la vista, pero sólo las recito cuando paseo con Ramona, y dado que la perra me somete a situaciones bastante tensas, no consigo mantener la calma mental necesaria para interiorizar como Dios manda esas sentencias. Creo que debería elegir otro momento para recitarlas con mi voz interna, o incluso con mi voz externa.



Creo indispensable retrotraerme al comienzo de esta relación, es decir la del Cid conmigo, o la mía con el Cid. Dada mi gran afición a anotar todas las cosas que me ocurren, incluso en ocasiones con fines terapéuticos y, todo sea dicho, con excelentes resultados, poseo ahora todo un material del más alto valor para mis propósitos.

Todo comenzó en las navidades de hace ya tres años. Resulta que unos familiares vinieron a pasar varios días con todos nosotros, es decir Ella, Ramona y yo. Creo que fue entre la noche buena y la noche vieja, cuando durante un agradable paseo que estábamos dando por los alrededores del pueblo donde residimos, el hijo mayor de ellos, de reconocida inteligencia y cosmopolitismo, me preguntó por mis sueños, no recuerdo a raíz de qué, momento en el que le conté mis experiencias oníricas con extraterrestres. Después de una larga e interesante charla, este querido familiar terminó por decirme de una manera muy determinante:

—Tú tienes una misión muy particular.

Esa afirmación me impactó fuertemente, de manera que ni siquiera pude contestarle y el paseo terminó con una conversación sobre la meteorología del momento. Sin embargo, esa impresión produjo en mi estado de ánimo toda una revolución que tuvo muchísimas consecuencias en los meses siguientes, o mejor dicho, en el año y medio siguiente.

Sin embargo la aparición del Cid, como elemento clave en la búsqueda existencial que me proponía comenzar, tardó unos días en tener lugar, concretamente el 10 de enero del año ya entrante. Yo estaba todavía disfrutando de mis vacaciones invernales, y decidí pasarme por el hipermercado donde realizamos nuestras compras habitualmente.

Recuerdo que como era todavía pronto por la mañana, me fue muy fácil encontrar aparcamiento. Una vez dentro me dirigí al estand de las frutas y hortalizas. Localicé pronto las patatas gallegas que tanto nos gustan, tengo que reconocer que sobre todo a mí, y metí en la cesta un saquito de esa exquisitez culinaria, momento en el que pensé que un poco de ajo-perejil podría venirme bien para el aliño de algún plato, o para esas patatas en cualquiera de la forma que las preparásemos. Cogí una cajita con ajo-perejil y la metí en la cesta. Una vez fuera del estand de frutería pasé casualmente por un pasillo donde ofertaban paquetes de folios y súbitamente recordé que precisamente Ella me había encargado la compra de un paquete de folios. Seguidamente pasé por el estand de zapatería y busqué unas plantillas con las que mitigar un ligero problema en los pies, ya que Ella algunas noches se quejaba, y todavía se queja, de ese pequeño y aromático problema. Creí, algo ingenuamente todo sea dicho, que con esas plantillas seguramente Ella dejaría de quejarse del olor desprendido por mis extremidades. Decidí, eso sí, comprar dos pares de plantillas para tener durante una larga temporada. Inmediatamente pasé por el estand de librería y me puse a contemplar cada una de las estanterías. Ojee unos cuantos volúmenes y no pude remediar meter en la cesta algunos títulos relacionados con el vegetarianismo y el veganismo. Acto seguido me dirigí de forma involuntaria a la zona de juguetería y vi, como de reojo, un muñequito que sin duda representaba la imagen del Cid, momento en el que me acordé de mis orígenes castellanos, motivo éste que me impulsó a comprarlo y llevármelo a casa. Después de esa nueva adquisición, decidí no parar en ningún otro estand, para evitar un consumo excesivo e innecesario, y salir finalmente del hipermercado con destino al dulce hogar.

Una vez en casa le enseñé a Ella todo lo que traía, y cuando vio el muñequito me preguntó

—¿Y eso qué es?

—Pues el Cid —le contesté yo, algo contrariado por ver que Ella no reconocía al épico caballero burgalés.

—¡Si hombre!, va a ser ese el Cid.

—Pues claro que es el Cid, ¿es que no le ves el yelmo y la cota de mallas?

—Ya y la espada es la Tizona, ¿no? —me replicó con cierta sorna.

—Pues más bien parece la Colada, pero la verdad es que no han sido muy fieles a ninguna de las dos — quise yo puntualizar para que viera que mis apreciaciones sobre la figurita, no eran fruto de una mirada superficial.

—Vale, vale, pues nada, es el Cid —me dijo en un tono, que claramente denotaba las ganas de terminar con la conversación acerca de la figurita del Cid y de cualquier cosa que tuviera relación con él.

\*\*\*

El Dalai Lama dice que la raíz del sufrimiento surge de la fuerza de la ignorancia, y la destrucción de la ignorancia debe realizarse a través de la sabiduría analítica. En el budismo existen seis modos de investigación, y a esos seis modos voy a someter mi experiencia cotidiana, con la intención de acabar con esa ignorancia y determinar por qué cambié al Cid por el Buda.

### LOS SEIS MODOS DE INVESTIGACIÓN

- 1 Examinar el significado de las palabras (investigando su significado palabra por palabra).
- 2 Examinar las realidades de las cosas en cuanto a si son externas o internas.
- 3 Examinar el carácter de los fenómenos: su carácter individual, particular y su carácter general.
- 4 Investigar los tipos de fenómenos. Dónde residen sus cualidades favorables y desfavorables.
- 5 Investigar el tiempo. (La transformación del fenómeno depende del tiempo)
- 6 Examinar el razonamiento (dependencia, función, naturaleza y posibles contradicciones).

Según este protocolo de investigación prescrito por el budismo, el análisis que debo extraer de la figurita del Cid, o mejor dicho, de la figura histórica del Cid, es el siguiente:

Que la palabra Cid como todo el mundo sabe significa, o significaba, señor. Que su realidad es externa puesto que fue un personaje histórico del que nadie tiene la menor duda acerca de su existencia. Que su carácter es individual porque Cid no hay más que uno. Que sus cualidades son favorables ya que se trata de un personaje épico de intachable moral y actitudes caballerescas. Que el tiempo no ha hecho mella ninguna en su figura, ni tampoco en la de Doña Jimena, y en cuanto a su naturaleza o posibles contradicciones, poco tengo que decir, salvo que era un castellano de pro, y que comparto con él la patria chica.

Una vez sometido el Cid al análisis budista, poco, o más bien nada, obtengo de la investigación. No me queda más remedio que continuar con mi rastreo biográfico para seguir escudriñando en las profundidades de aquellos meses en los que me vi tan fuertemente ligado al insigne burgalés.

\*\*\*

La nubecilla del ojo parece que aumenta, a pesar de todas las recitaciones que practico cada día, tanto con mi voz interna como con mi voz externa, y tanto en los paseos con Ramona como en otros momentos más íntimos, aprovechando mis estancias en el cuarto de baño.

A este paso es posible que me vea en la obligación de consultar con un oftalmólogo, a pesar de mis reticencias a hacerlo, ya que la última vez que asistí a uno de estos especialistas, resultó que padecía tal halitosis que se me hicieron bastante insoportables los momentos en los que teníamos que estar con nuestras caras enfrentadas y sólo separadas por el aparato de observación ocular.

Sólo espero que el problema de la halitosis no sea inherente a la profesión de oftalmólogo.

\*\*\*

Me siento invadido de una gran sensación de alegría. Esto es debido a que hoy por la mañana, en mitad de uno de mis recorridos por el centro de la ciudad como guía turístico, aunque con muy poca gente a la que guiar, me crucé con el maestro barrendero y pude comprobar cómo éste, según veía que me acercaba hacia su carrito, iba esbozando una sonrisa que terminó por convertirse en el primer buenos días que me dirige él a mí, sin que yo hubiera tenido tiempo de lanzarle mi propio y preceptivo saludo. Por supuesto, no era momento de acercarme a él para preguntarle algo sobre otros maestros que no fueran ni Fayan ni Foyan, ya que mi deber con los turistas así me lo impedía, pero dentro de mi ser sentí un gozo indescriptible, ya que entendí con ese saludo sonriente que el maestro barrendero estaba teniendo conmigo un gesto de complicidad, y que por tanto me estaba dando a entender que, efectivamente, él era un gran maestro Zen y que yo podía ser su discípulo.

Ni qué decir tiene, que por descontado yo contesté a su saludo con otro buenos días igual de sonriente. Si acaso lo único negativo del momento fue que, debido a mi estado de euforia emocional y al hecho de mantener mi vista posada en la imagen del maestro, no me di cuenta de la presencia de unos expositores que estaban desplegados en la acera, justo cuando pasábamos por un lugar tradicional de venta ambulante, dando al traste con los expositores y con los productos expuestos, que iban desde alpargatas artesanales, hasta mochilas de cuero, pasando por todo tipo de cinturones, gafas de sol e incluso monederos grandes y pequeños. Afortunadamente los senegaleses que estaban al frente de ese puestecillo, no se lo tomaron a mal y mis educadas excusas produjeron la armonía deseada.

Sólo espero que mi maestro Zen, no haya sacado conclusiones equivocadas sobre mi persona. Por otro lado, los turistas que me acompañaban fueron todos muy amables ayudando a los senegaleses a recoger los objetos del suelo. Sin embargo hay algo que no pudo remediarse, y que espero no me traiga consecuencias lamentables en un futuro próximo. Me refiero al hecho de que mi chaleco reflectante, como consecuencia de ese inoportuno tropiezo sufriera alguna rasgadura, quedando visiblemente deteriorado en su lateral izquierdo.

En cualquier caso, lo primero que haré cuando mañana pase por las oficinas de mi empresa, será pedirles un nuevo chaleco reflectante para mis salidas por el centro de la ciudad y, por supuesto, para mis conversaciones con el maestro Zen..., ahora ya, ¡mi maestro Zen!

\*\*\*

Una extraña desazón me recorre todo el cuerpo, a pesar de mis intentos por mantener la calma mental. Esa desazón es debida a que el encargado de recursos humanos de mi empresa, me ha dicho que no le quedan chalecos reflectantes amarillos y que me tenía que dar uno naranja. Yo le he

dicho que prefería uno amarillo, pero esta persona, al que si no fuera por mi compromiso con los principios budistas abría tachado de indeseable, no dejaba de argumentar que los chalecos reflectantes naranjas están igual de homologados que los amarillos, y que me tendría que resultar indiferente llevar puesto uno u otro.

—Pero si resulta que me cruzo con un conductor daltónico borracho, puede que no vea bien el chaleco naranja y me atropelle —le contesté con un tono bastante desairado y con cierta cara de cucaracha en mi semblante.

—Bueno, tu llévate este ahora y si más adelante recibimos chalecos amarillos, te pasaré uno para que lo cambies —me dijo el encargado de recursos humanos, sin que mi cara de cucaracha se viera modificada lo más mínimo.

No pienso arriesgarme lo más mínimo a que el maestro deje de comunicarse conmigo, como consecuencia de verme paseando por ahí con un chaleco naranja. Ya que, si es un seguidor de maestros budistas de la India, entonces entenderá que el naranja es el color de la iluminación perfecta y que yo soy un pretencioso por llevarlo, o que soy un monje budista, los cuales todos llevan túnicas naranjas, y entonces creará que tengo mis propios maestros o que pertenezco a un monasterio en concreto. Pero si por otro lado es seguidor de las doctrinas chinas, entonces para él el naranja será el color de la transición y creará que estoy de tránsito, bien en tránsito espiritual o bien en tránsito espacial, es decir un simple viajero, y en cualquiera de los dos casos mi persona dejaría de tener interés para él, al menos mi persona entendida como discípulo suyo.

Así pues, no voy a consentir que el imbécil del encargado de personal, (espero no generarme un excesivo karma negativo por esta lamentable calificación) dé al traste con mi futuro espiritual, y lo que sería muchísimo más dramático, impida que me libere de un buen montón de reencarnaciones venideras.

Después del feliz encuentro el otro día, en el que fui obsequiado con un sonriente saludo por parte del maestro, he llegado a la conclusión de que la mejor manera para acceder a su sabio magisterio sería, no pidiéndole que me admitiera como alumno suyo, puesto que me da la sensación que pertenece a esa escuela de maestros que aborrecen el magisterio y que prefieren la iluminación espontánea y autodidacta, sino simulando la simple búsqueda de amistad. Por lo tanto si consigo cierta intimidad con su persona, esto será suficiente para que cada conversación con él se convierta en una lección de inestimable valor para mí.

Quizás no es todo lo sincera que tendría que ser esta táctica, pero la cantidad de karma positivo que podría acumular con sus enseñanzas, compensaría con creces el poquito karma negativo que genere con esta triquiñuela.

\*\*\*

Volviendo a lo del color del chaleco, pienso que si él, el maestro, no lo lleva naranja será por algo.

## 5 DE CÓMO EL CID SE INMISCUYÓ EN MIS TEORÍAS ÉTICO-ALIMENTARIAS (I)

La verdad es que no sé muy bien cómo sucedió esto, me refiero al hecho de que asociara la figura histórica del Cid con una incipiente necesidad de divulgar mis ideas sobre la alimentación ética en nuestra sociedad. Sin embargo, quizás ahí pueda estar el secreto de por qué ahora estoy en mitad de un Camino hacia la liberación de mis vidas cíclicas. Tengo que partir de mi condición de vegetariano convencido y defensor a ultranza del bienestar animal, que por ende está asociado al bienestar humano, puesto que le considero un animal más. Siempre he pensado que alguien que esté identificado con el sufrimiento de una vaca, un cerdo o, en expresión de un practicante budista, cualquier ser sintiente, por descontento que será sensible al posible sufrimiento padecido por todo ser humano, sea cual sea su raza, religión o estatus social.

Nunca faltará quien en contra de mi teoría, exponga que Hitler era un vegetariano convencido y amante de los perros, pero siempre se le podrá contestar que es indispensable que exista una excepción (en este caso asquerosa excepción) que confirme la regla y que, además, muchos de sus allegados sabían que adoraba las salchichas.

El caso es que después de haber encontrado en nuestro hipermercado habitual, aquella entrañable figurita del Cid Campeador, y de haberme sometido a un par de sueños inducidos, colocando la susodicha figurita debajo de la almohada de nuestra cama, siempre sin que Ella se diera cuenta del hecho claro está, surgió la idea de convertirme en un divulgador de mis teorías ético—alimentarias. Estas teorías giraban, y todavía hoy giran, entorno a la necesidad de alimentarnos coherentemente, es decir siendo conscientes del sufrimiento que hay detrás de cada filete de cerdo, de vaca o incluso detrás de cada cuarto y mitad de pollo, o conejo.

Mi divulgación, imbuida de un espíritu cidiano, quería acabar con la hipocresía alimentaria en nuestra sociedad, o al menos en aquellos que escucharan mis charlas, de manera que dejaran de realizar una abstracción de cada filete o trozo de animal, y siempre pensasen antes de comprar esas bandejas de carne o pescado, que detrás de esos trozos inanimados de animales, existió el animal entero, vivito y coleando, con ganas de disfrutar y con ningunas ganas de ser sometido a torturas como a las que habitualmente les sometemos.

PREGUNTA: ¿Pero por qué el Cid se inmiscuyó en mis teorías ético-alimentarias?

RESPUESTA: Todavía no lo sé.

Sólo sé que de alguna manera la figura del Cid, y los sueños que tuve en relación a su personaje histórico, así como al de Doña Jimena, me indujeron a comenzar mi propia campaña, no de reconquista, sino de simple conquista, pero conquista de las conciencias de todos aquellos que se alimentan incoherentemente y contribuyen al indescifrable sufrimiento que padecen cerdos, vacas, pollos y todo tipo de animal comestible o apto para la experimentación.

Recuerdo que mi primera batalla ética, o trabajo de campo, tal y como prefería denominarlo en aquella época, fue durante la festividad de san Antonio, aprovechando la gran cantidad de animales que se llevan a las parroquias para que el cura de turno los bendiga.

\*\*\*

*La vida humana se desarrolla según las circunstancias. No debes rechazar la actividad ni perseguir el silencio. Basta con que permanezcas vacío internamente mientras te armonizas con el mundo externo. Sólo entonces encontrarás la paz aunque te halles en medio de la más frenética de las actividades.*

He encontrado en el infinito universo de internet un diccionario sobre budismo. Enseguida lo he añadido a mis sitios favoritos on-line. Este diccionario sólo contiene entradas hasta la letra K, y si quieres ver el resto de palabras tienes que comprarte el libro, cosa que no pienso hacer ya que mi desengaño ha llegado muy pronto al comprobar que, en esa primera mitad del diccionario no aparecen maestros como Foyan o Mazu, algo absolutamente imperdonable, y motivo más que suficiente para eliminar esa dirección de mis sitios favoritos on-line, algo que he hecho sin temblarme el pulso.

Sin embargo, después de desengañarme con esa publicación a medias y tan mal documentada, incomprensible para una editorial de renombre, la cual no citaré para no acumular más karma negativo de forma inútil, me puse a repasar mis libros (en papel y con todas sus hojas), sobre los antiguos maestros, y hete aquí que me sorprendí gratamente al recordar las prescripciones que el gran maestro Yuanwu hacía con respecto a la conveniencia de practicar Zen en lugares bulliciosos, espacios que habitualmente no están asociados a este tipo de prácticas budistas.

Ha sido en ese momento cuando he entendido que el maestro barrendero, muy posiblemente haya leído los consejos de Yuanwu, y haya elegido la actividad de limpiador municipal para desarrollar sus más altos niveles de claridad mental, rodeado de todo el ruido que el tráfico urbano produce a cualquier hora del día, sobre todo por algunas de las calles por donde él limpia.

Sin duda alguna, éste será uno de los temas de conversación que elija cuando haya conseguido que me acepte como amigo de calle, aunque discípulo encubierto.

Por otro lado, yo tampoco soy ajeno a estas recomendaciones del gran maestro Zen del siglo XI, y he comenzado a practicar la vacuidad en mitad de los interminables monólogos de mi compañera de trabajo.

Hoy, justamente, me tocaba revisar con ella el inventario de todo el material que tenemos guardado en una caseta, para los recorridos guiados que realizamos con grupos reducidos de turistas. La revisión del inventario ha durado exactamente 7'30 minutos, sin embargo las cuatro veces y media que me ha contado su visita al traumatólogo con motivo de unas dolencias que padece en sus articulaciones, han ocupado exactamente 4'30 horas (a hora por vez). Si le sumamos los 30 minutos en que me pude zafar de Jacinta para irme a tomar un café, y la hora con veinte minutos que decidí pasar en la oficina mirando el escritorio de la pantalla del ordenador, para descansar de aquel sermón interminable, ya tenemos toda una jornada laboral.

Por otro lado, estoy orgulloso de haber podido llegar a cierto estado de vacuidad mientras mi compañera hablaba de sus rodillas, codos y muñecas. El problema llegaba cuando Jacinta se percataba también de mi estado de vacuidad, pasando inmediatamente a la acción adecuada para interrumpirlo, y qué mejor interrupción que hacerme una pregunta.

—¿Por cierto, qué tal te va a ti con tu ojo? —me preguntó creo que cuando había terminado la descripción de cómo le hicieron las radiografías de sus tobillos.

—Pues la verdad es que...

—Yo me pinché una vez, precisamente en un tobillo, con una puñetera palmera, y se me puso el pie como una bota... —me cortó tajantemente para recuperar su monólogo anatómico.

—¡Huy, Jacinta!... es la hora del café, así que si no te importa me voy a mi bar habitual para tomarme mi cortadito, que si no la mañana se hace muy larga —tuve que interrumpir, yo también tajantemente, para no quedarme, ¡encima!, sin café. Afortunadamente Jacinta nunca va a los bares a tomar nada, porque dice que el ambiente está viciado y que todo es muy caro.

Nada más regresar de haber ingerido, no un cortado sino un café con leche y bien cargado, mi compañera de trabajo prosiguió con sus dolores reumáticos, pasando esta vez a las rodillas y enseñándome para dar más realismo a su discurso, la rodillera que llevaba puesta en su pierna derecha. A eso de las tres horas de discurso (sumándole el tiempo anterior al café) me espetó otra pregunta.

—Tu debes tener alguna preocupación, porque se te nota la mirada como ausente, típico de las preocupaciones, porque cuando mi marido está preocupado siempre, siempre, se le queda una mirada ausente, pero diferente a la tuya, y yo entonces le pregunto que en qué está pensando, aunque no sé para qué se lo pregunto porque siempre me contesta que en nada, y mira que me da rabia que me conteste siempre esa estupidez, porque es imposible que no esté pensando en nada, lo que pasa es que no quiere contármelo...

—Ahora me acuerdo, Jacinta, que tengo pendiente en la oficina un e—mail por contestar, de un grupo de rusos que quieren recorrer el centro de la ciudad y a los que todavía no les he explicado que no hablamos ruso, pero sí el catalán o el inglés —se me ocurrió argumentar para cortar de cuajo toda esa verborrea interminable.

—Pero quítate ese chaleco hombre, que está hecho un desastre y pareces un pordiosero. Seguro que si vas al encargado de personal te dará uno nuevo —me gritaba mientras yo me volvía para asentir con la cabeza pero sin la menor intención de darle ningún tipo de explicaciones acerca de mi chaleco reflectante amarillo, hecho jirones en uno de sus lados.

Sé que la mentira no debería formar parte activa en ninguna de las acciones llevadas a cabo por cualquier practicante budista que se precie, pero esto que le dije a Jacinta, creo que no debería considerarse como una mentira, sino como una acción encaminada a terminar con el entorno bullicioso donde intentaba acceder a un estado de vacuidad y calma mental.

Estoy, por otro lado, verdaderamente orgulloso de haber conseguido dicho estado, además en varias ocasiones, a lo largo de las 4'30 horas de cháchara jacintiana.

\*\*\*

Hoy no he podido preguntar al maestro nada sobre las bondades o maldades del silencio y del bullicio, porque cuando estaba acercándome al lugar donde este gran espíritu humano desarrolla sus labores aparentemente físicas (barriendo una acera) pero verdaderamente psíquicas (barriendo los pocos pensamientos acumulados en su mente para dejarla completamente vacía), vi cómo de repente emitía un grito ensordecedor y con su escoba intentaba atizar a un señor bien vestido, que salía corriendo y despavorido con un susto de muerte en el cuerpo.

Inmediatamente comprendí que se trataba de algún posible discípulo suyo al que estaba sometiendo a las famosas tácticas empleadas en la antigüedad por numerosos maestros Zen, consistentes en gritar y golpear por sorpresa al alumno, con el fin de producir unos efectos determinados en su mente. *La iluminación Zen se halla más allá de las palabras*, decían.

Rápidamente me di media vuelta para no interrumpir las lecciones, al mismo tiempo que deducía de todo ello dos cosas:

- 1 Que el maestro barrendero sí que admite alumnos.
- 2 Que he de estar preparado por si tengo el honor de que me grite o incluso golpee.

## 7 DE CÓMO EL CID SE INMISCUYÓ EN MIS TEORÍAS ÉTICO-ALIMENTARIAS (II)

Es momento de analizar lo que fue mi primer trabajo de campo para poner en práctica la divulgación sobre una alimentación ética y coherente en relación con el sufrimiento animal, en este caso el de los animales que nos comemos.

Sin embargo, ahora con la distancia de dos años y medio que me separan de todas aquellas acciones, veo con más claridad que aquel primer sueño de inducción cidiana, que me provoqué colocando la figurita del Cid debajo de mi almohada, tuvo mucha más importancia de la que entonces le di. Así que resulta imprescindible que recopile las anotaciones que en su momento hice referentes a ese sueño y pase acto seguido a su nuevo análisis, ahora desde la amplia perspectiva que me ofrecen mis estudios de las prácticas budistas y bioneuroemocionales.

*11 de enero. 9 horas 38 minutos.*

*He de anotar que la noche ha sido espantosa. La pesadilla de la que he sido víctima, y que me provocó un súbito despertar a las 4 horas 10 minutos<sup>2</sup>, no me ha permitido conciliar el sueño durante el resto de horas nocturnas. Creo que debido a esta contrariedad, mi estado de ansiedad ha resultado fortalecido, y por tanto yo debilitado. Pienso que el muñeco del Cid me ha jugado una mala pasada. Pienso que su figura es tan poderosa que no puede uno utilizarla para inducir sueños sin estar previamente preparado para ello. En cualquier caso tengo que considerar si el episodio acontecido entre Ella y yo, previamente a la conciliación del sueño, ha podido influir en la fabricación de esta terrible pesadilla. Recuerdo que antes de dirigirme a la cama, estaba yo en el baño pergeñando el plan para introducir la figurita del Cid debajo de mi almohada, con la intención de inducirme voluntariamente un sueño cidiano. Recuerdo que, dado que no utilizo pijama ni tampoco esquijama, y normalmente salgo del baño con una simple camiseta y el calzoncillo, me vi obligado a esconder al pequeño Cid en la parte menos expuesta a su mirada, lo cual teniendo en cuenta que Ella ya estaba metida en la cama y me observaría justo de frente, no me quedaba otra alternativa que refugiarse en la parte trasera del calzoncillo. Recuerdo que mientras entraba al dormitorio todo iba bien, hasta que fui consciente que tendría que cerrar la puerta de la habitación y que para eso debería girarme y ofrecer mis nalgas a su posible inspección, con la consabida sorpresa que se llevaría al ver tamaño bulto en mis posaderas, por lo que no tuve más remedio que improvisar alguna estrategia que le desviara la atención de mis nalgas en el momento de girarme para cerrar la puerta, así que procedí a decirle que le iba a proponer un acertijo y que cerrara los ojos para poder concentrarse. Recuerdo que cerró los ojos y que yo me giré para cerrar la puerta, mientras le preguntaba al mismo tiempo una adivinanza sobre el botijo que se me acababa de ocurrir.*

- ¿Qué es que tiene la tripa gorda y el pito canijo?*
- Tú (contestación de Ella, inmediata y sin ningún titubeo)*

*Quiero anotar que dicha respuesta me indignó sobremanera, y que de inmediato le reproché que cómo se le ocurría decir eso, y que a ver si iba a decidir enfadarme por ese*

---

<sup>2</sup> Puedo constatar la hora porque miré el despertador digital luminoso, que tengo en la mesita de noche, para cerciorarme de que estaba despierto.



*desprecio a mi virilidad. Recuerdo que Ella algo sorprendida por mi reacción, quiso quitarle hierro al asunto diciéndome que sólo era un broma y que cuál era la respuesta, momento en el que ya introduciéndome en la cama, pero sin acordarme que tenía al Cid escondido en la parte trasera del calzoncillo, le conteste gritando de dolor: ¡¡¡el botijo!!! Recuerdo que puso cara de sapo porque el grito estaba un poco fuera de lugar, sobre todo dado que Ella desconocía el intenso dolor que me había causado el pinchazo de la espada del Cid, es decir la Tizona<sup>3</sup>, al lacerar mis partes traseras. Recuerdo que al ver su cara algo desencajada, decidí repetir con tono calmado y dulce que “lo que tiene la tripa gorda y el pito canijo, pues es el botijo ¡hombre!”. Recuerdo que su expresión facial se recompuso, pero la mía comenzó a descomponerse al imaginarme que la Tizona me hubiera ocasionado algún tipo de herida con hemorragia. Recuerdo que el episodio de pánico que me entró no fue tanto por el dolor sino por la posibilidad de dejar una mancha de sangre en las sábanas, hecho ante el que no sabía qué explicarle a Ella la mañana siguiente. Recuerdo que decidí darse media vuelta y dormirse mientras por mi cabeza pasaban diferentes explicaciones a la posible mancha de sangre, pero ninguna de ellas me parecía convincente. Desfilaron rápidamente por mi magín, granos en la piel reventados (pero si me inspeccionaba la nalga vería que no había restos de ningún grano y sólo una herida), arañazo de Ramona (pero difícilmente podría convencerla de que me había levantado de noche al baño y Ramona me había arañado o mordido mis nalgas).. y un largo etc de causas, que finalmente deseché. Recuerdo que me toqué la parte dolorida y no noté ninguna sensación de humedad o viscosidad, momento en el que me tranquilicé. Ahora ya sólo había que esperar a que Ella comenzara a respirar de forma profunda para proceder a sacar al Cid de su escondite e introducirlo debajo de la almohada.*

*Quiero especificar aquí, que la inducción voluntaria de sueños mediante la colocación de objetos debajo de la almohada, es algo que practiqué largo y tendido en mi periodo de aprendiz de tarotista. Fueron muchas las noches que depositaba alguna de las cartas del arcano mayor para provocarme sueños con la figura representada. Recuerdo que aquella práctica desarrolló en mi mente una especial asociación de imágenes a la hora de mirar los naipes en mitad de una lectura. Sin embargo, los resultados de hoy han sido verdaderamente espeluznantes, ya que en lugar de soñar sobre la posible vinculación del Cid con determinados seres extraterrestres, lo que me ha provocado es una pesadilla de la que he despertado con verdadero pavor.*

### 1º sueño de inducción cidiana (experimentado hace más de dos años y medio)

*Fue un sueño en el que podía ver al Campeador, con su barba cumplida, cabalgar por unas tierras estériles. Veía a lo lejos fuego, mientras se me presentaban simultáneamente sentimientos de temor y alegría. Súbitamente apareció Doña Jimena desnuda a la entrada de un bosque. Ya no había fuego. Doña Jimena, desnuda, le ofreció al Cid una fruta que parecía un pomelo. El Cid puso cara de asco, como dándole a entender que le repugnaban los pomelos. En el sueño me llamaron la atención los pechos de Doña Jimena, de tamaño considerable. El pelo largo de la dama tapaba la mitad de uno de sus senos, concretamente el seno derecho. Desapareció Doña Jimena y su lugar fue ocupado por un cerdo corriendo a lo largo de un trigal.*

---

3 Quiero especificar que, por la forma de la espada, no puede ser de ninguna forma la conocida como “Colada”, aunque el día anterior le quisiera llevar la contraria a Ella.

*De nuevo vi fuego. Comprobé que el fuego procedía de una hoguera junto a la cual había un hombre sentado en una aparente conducta introspectiva. Cerca de ese hombre se encontraban unos limoneros. El hombre, de inicial aspecto anodino, se transformó en un caballero, me identifiqué con ese personaje y sentí que el caballero era yo en realidad. El caballero (yo) llevaba un casco con ramas de árbol incrustadas en él. De repente, la pequeña hoguera se convirtió en un verdadero incendio. Olía a pescado podrido y una mano extraña que apareció inesperadamente entre el fuego, me ofreció un curioso báculo, que tenía unos anillos en su parte superior. Esa mano, junto con su respectivo brazo, no se quemaba ni mostraba signo alguno de dolor, momento en el que el caballero (yo) pensó que pertenecía a un extraterrestre, y que ese ser alienígena era quien le estaba ofreciendo el báculo. Surgió Babioca desde algún lugar desconocido. El caballo estaba solo, no llevaba al Cid en su grupa. Me monté sobre el lomo de Babioca y crucé el fuego sin quemarme ni sentir el más mínimo dolor, lo cual me produjo una gran sorpresa y pensé que quizás yo también era un extraterrestre. Acto seguido no llevaba el casco con ramas incrustadas. El fuego quedaba atrás, pero delante apareció la muerte cabalgando en otro caballo, momento en el que cuatro luces extrañas, parecidas a discos luminosos, cayeron rápidamente del cielo. Ahora Doña Jimena apareció en un jardín, tapada con un manto blanco. Doña Jimena me ofreció un nabo, pero al acercarme vi que no era Doña Jimena sino Ella. Oí truenos. Sentí intensamente la proximidad de una tormenta y al caballo de la muerte encabritándose no muy lejos de donde yo estaba. La muerte me miró, momento en el que percibí que portaba una guadaña muy grande, pero el caballo al encabritarse y levantarse sobre sus dos patas, se transformó en un cerdo gigante, y seguidamente abrió la boca y resultó que no era la boca de un cerdo sino la de un lobo. La muerte, montada sobre ese caballo-cerdo-lobo, vino a por mí, momento en el que me desperté completamente aterrorizado, con el corazón en un puño. Miré el reloj y comprobé que eran las 4 horas 10 minutos. Oigo la respiración de Ella y compruebo que está dormida. Me relajo. Ya no puedo conciliar el sueño durante el resto de la noche.*

En aquel instante ya supe que el báculo podría ser el elemento clave del sueño, pero para buscar su interpretación no se me ocurrió otra cosa al día siguiente que consultar el famoso libro de Sebastián de Covarrubias titulado *El tesoro de la lengua castellana*, escrito en el siglo XVI, el cual está considerado como el primer diccionario de este importantísimo idioma. El insigne Covarrubias dice acerca del báculo lo siguiente (entre muchas otras cosas):

*En las sagradas letras se toma por el cetro e insignia real. Algunas veces se toma por el castigo. Las viejas cuando entretienen los niños contándoles algunas patrañas, suelen decir que cierta ninfa, con una vara en la mano, de oro, hace maravillas y transmutaciones, aludiendo a la vara de Circe, encantadora, y usan deste término: “Varita, varita, por la virtud que Dios te dio, que hagas esto o estotro”*

Por un lado, tengo que reconocer que esta acepción del vocablo “báculo” me sacó de más de un atolladero, y he podido comprobar por mí mismo que lo que las viejas contaban a los niños sobre la vara de Circe, no eran ningunas patrañas.

Pero por otro lado, mi nueva perspectiva existencial, y sobre todo mis nuevos conocimientos adquiridos en lo referente a las prácticas budistas, me hacen contemplar al báculo de aquel sueño, nada más y nada menos que como todo un Sacujo, es decir ese famoso bastón usado en el budismo como arma defensiva o como herramienta de oración. En realidad su nombre japonés real es Shakujo, pero para qué me voy a andar con tonterías pudiéndolo llamar Sacujo.

Es decir que en el sueño, el Cid, o quien fuera, me estaba ofreciendo un Sacujo para que emprendiera mi Camino hacia la liberación de mis emociones aflictivas y la consecución de la más absoluta calma mental, además de poner fin a las interminables reencarnaciones. Pero yo no supe interpretarlo así.

PREGUNTA: ¿Qué tiene que ver el Cid con un Sacujo?

RESPUESTA: El Cid quería, y seguramente sigue queriendo, que yo emprendiera el Camino del budismo.

PREGUNTA: ¿Por qué el Cid quería, y seguramente quiere todavía, que yo emprendiera el Camino del budismo?

RESPUESTA: Esto todavía no lo sé... pero lo sabré.

Sin embargo, yo me pregunto ahora si no estuve haciendo el imbécil al embarcarme en unos arriesgados trabajos de campo, con el fin de divulgar mis teorías ético-alimentarias, pensando que esa era mi misión en la vida, cuando en realidad mi misión era otra bien diferente, como muy bien sé ahora.

Además, al cabo de unos cuantos altercados desagradables que nos ocurrieron a mí y a los que yo pasé a denominar como mis mesnaderos (caballeros éticos de mi mesnada particular, reclutados después de haberles sometido a un profundo examen acerca de sus cualidades humanas) decidí ponerme en contacto con el familiar erudito y cosmopolita que me dijo en aquel paseo navideño que yo tenía un misión particular.

Cuál no sería mi sorpresa al llamarle por teléfono al pueblecito holandés donde reside, y comprobar que en un principio no se acordaba del importantísimo paseo, y es más, tampoco recordaba nuestra conversación. Esto me hizo pensar por un momento que dicho familiar quizás no sería tan erudito y cosmopolita como se comenta, y que si no recordaba un paseo de esas características, comparable a los que realizaban los peripatéticos, es que poco o nada tiene en sus mientes. Sin embargo, después de apuntarle algunos detalles de la conversación que mantuvimos él y yo sobre los extraterrestres, y más concretamente sobre los sueños que tuve durante mis años jóvenes, en los que me vi sometido a diversas abducciones, terminó por recordar lo que me dijo,... y esto fue todavía peor.

—Pero yo no te dije que tenías una misión particular, sino una visión particular del asunto —me contestó a través del teléfono, mientras se reía con unas carcajadas que me parecieron verdaderamente repugnantes, a pesar de mis intentos por no desarrollar en mi mente ningún tipo de emoción aflictiva.

Decidí terminar de cuajo la conversación, sin dar ningún tipo de explicaciones, esperando hacerlo más adelante y ofrecerle la socorrida excusa de que me había quedado sin cobertura, o sin batería, ya que afortunadamente le llamé a través de mi teléfono móvil, lo cual me abría un amplio abanico de posibilidades exculpatorias. Llegado el momento preferí elegir la excusa de la batería, y no tuvo ninguna dificultad en creérsela.

Esta tremenda decepción, entre otras cosas que más adelante pasaré a analizar con detalle, me llevaron a tomar la decisión de deshacer la mesnada que había formado con mis 4 caballeros

éticos, conmigo por supuesto al frente de todos ellos, con el fin de divulgar los beneficios de una alimentación coherente que eliminase de una vez por todas el sufrimiento de aquellos animales que los no vegetarianos matan para su manutención, después de someterles a una vida llena de todo tipo de torturas y vejaciones.

A pesar de todo, creo que es conveniente analizar aquellos trabajos de campo, y demás acciones encaminadas a lo que yo pensaba que era mi misión particular en la vida, porque yo estoy convencido que ese familiar mío en realidad me dijo “misión” y no “visión”, pero que seguramente lo dijo de forma inconsciente, siendo su psique ahora manipulada por fuerzas que desconozco, pero que terminaré por conocer.

\*\*\*

Es imprescindible que comience a practicar mis técnicas Zen en aquellos momentos en los que me veo obligado a realizar determinadas labores de bricolaje doméstico, o de lo contrario somatizaré nuevas emociones aflitivas y me aparecerán achaques y alifafes de todo tipo, como ocurrió con mis dolencias de rodillas y mi pinchazo en el ojo derecho, a raíz de determinados trabajos de limpieza en el jardín de nuestra casa.

Esto lo estoy interiorizando porque esta misma mañana he sufrido un nuevo episodio de posesión diabólica, al tener que enfrentarme a una de esas labores, consistente en este caso en la colocación en la pared de una estufa de aire, del tipo que imitan chimeneas tradicionales, pero que ni son chimeneas ni tradicionales.

La posesión me llegó desde el primer momento, cosa rara ya que generalmente tarda mucho más tiempo en aparecer, pero es que hoy después de retirar la estufa eléctrica vieja que estaba colgada en la pared, tenía como es lógico que retirar los anclajes antiguos para poder luego colocar los de la nueva chimenea virtual, y fue entonces cuando fui consciente que esos anclajes habían sido atornillados por una fuerza sobre humana. Al ver que no era capaz de aflojar aquellos abominables tornillos, y al ver también que mis cervicales se estaban comenzando a resentir y que la ingesta de un ibuprofeno parecía ya algo inexorable, apareció ese demonio interno que todos llevamos oculto y comencé a proferir insultos al imbécil que se había dedicado a atornillar aquellos soportes como si hubiera estado superando una prueba olímpica.

Ramona, al oír todos los infinitos improperios, quiso comprobar por sí misma cuál era el origen de mi alteración emocional, por lo que insistía empecinadamente, como cualquier bull dog inglés que se precie de serlo, en colocarse entre la pared y mi destornillador, para husmear con su hocico en los soportes causantes de mi desequilibrio emocional. A esas alturas, y debido al terrible esfuerzo, mi mano temblaba ya como si hubiese sido afectado de un ataque agudo de Parkinson.

Tuve que gritar a Ramona en varias ocasiones para que me dejara seguir intentando desatornillar aquellos endiablados soportes, cosa que estoy seguro le debió de ofender muy profundamente, pero el único que allí estaba verdaderamente ofendido era yo, así que en pleno episodio de posesión tomé la determinación de coger el martillo y el cincel para, acto seguido, comenzar a liarme a golpes con los soportes, los tornillos y gracias a Dios que no la emprendí también con Ramona, todo ello adornado con la más variada lista de adjetivos descalificativos lanzados hacia esa especie de superhombre, o mejor dicho superimbécil, que había colocado las antiguas estufas eléctricas.

Una vez resuelto el problema, con la mente algo más en calma, y después de haber tenido que explicar a los vecinos que no pasaba nada y que sólo se trataba de la sustitución de la vieja estufa por una nueva, ya que estos llamaron a nuestra puerta asustados por los golpes y los gritos, pude comenzar a experimentar la sensación de que todo ese desajuste emocional, junto con las reprimendas de Ella por mi episodio de posesión diabólica, así como el complejo de culpa consecuente de todo ello, seguramente me traería la somatización correspondiente y aparecería alguna nueva deficiencia física a la que tendría que enfrentarme con los correspondientes recitados

y afirmaciones bioneuroemocionales.

Afortunadamente, han pasado ya unas cuantas horas y me encuentro en perfecto estado físico e incluso psíquico, por lo que pienso que la interiorización de mis problemas con el bricolaje ha dado buenos resultados.

En cualquier caso, me he propuesto firmemente afrontar ese problema mediante la práctica de mis lecturas Zen siempre que tenga en el futuro que enfrentarme a labores de bricolaje doméstico o limpieza del jardín.

Es necesario abordar ya el análisis de aquellos trabajos de campo que realicé con el convencimiento de que mi misión en la vida era la divulgación ético-alimentaria, sin embargo no puedo dejar de dar las gracias a la providencia, por haber colocado delante de mis narices, un libro que puede cambiar el rumbo de mi existencia, o en todo caso facilitar mis andanzas por el Camino hacia la liberación del sufrimiento y las emociones aflitivas, es decir, hacia la calma mental.

Resulta que esta mañana, el segundo grupo de turistas con el que tenía que realizar una visita guiada por el centro de la ciudad, ha querido entrar en un famoso café para descansar allí un rato, cosa que yo he preferido aprovechar para visitar una librería de viejo que se encuentra justo enfrente de dicho café, y así zafarme del grupo y descansar yo, no del recorrido turístico, sino de hablar el maldito inglés por un rato.

Cuál no sería mi sorpresa, cuando al estar ojeando unos libros en el apartado de filosofía y religión, me he topado con un ejemplar muy bien encuadernado y en perfecto estado de conservación cuyo título era, y es, *Preguntas a un maestro Zen*.

Rápidamente lo he cogido en mis manos y he comenzado a ojearlo. No pasaron ni treinta segundos, y ya fui consciente que dentro de ese libro encontraría las preguntas con las que poder interrogar a mi maestro, es decir al barrendero Zen. Sólo debo comentar que la vieja bruja de la librería, debió notar en mi expresión facial la gran emoción que en esos momentos estaba sintiendo, y no me bajó el precio de 15 euros cosa que, dada la delgadez del volumen junto con que no dejaba de ser un libro de segunda o tercera mano, me pareció excesivo. Además, encontré de muy mala educación que no parase de mirar, ni por un momento, y con cara de jirafa ebria, la parte deteriorada de mi chaleco reflectante. En todo caso, no estaba dispuesto a dejar pasar de largo esa gran oportunidad que la vida, o el destino, estaba colocándome en mitad del Camino.

La compra la realicé tan rápido, que incluso me dio tiempo a tomar yo por mi cuenta un café, en una cafetería diferente a la del grupo de turistas claro está. Por lo demás la jornada transcurrió sin más incidencias, y ahora cuento en mi biblioteca budista con un ejemplar magnífico y “rara avis” de la materia.

\*\*\*

Es hora pues de analizar aquel 1º trabajo de campo, de la serie de trabajos de campo que emprendí después de haberme encontrado esa figurita del Cid Campeador y de haber sufrido un desestabilizador sueño cidiano, inducido voluntariamente todo hay que decirlo, pero desestabilizador y sin duda alguna muy significativo para el desarrollo de mi vida en los meses siguientes.

Elegí para esta primera acción, una localidad situada a media hora de nuestro lugar de residencia para así, en caso de que sucediera algún altercado o discusión acalorada, no tener luego que cruzarme con esas personas al pasear por el pueblo, cosa que de todas formas no hago a menudo.

Era la festividad de San Antonio, así que pensé que como la oportunidad la pintan calva, tenía que aprovechar esa señalada fecha en la que cientos de personas se encaminan a la parroquia más cercana para que el cura les bendiga a sus mascotas, o animales más queridos.

Llegué fácilmente a la iglesia del pueblo aquel. Recuerdo que me encontraba en pleno barullo y con una vieja con el pelo de color violeta como objetivo de mi primera acción proselitista.

A los cinco minutos de observar detenidamente mi presa, decidí acometerla. Antes, eso sí, comprobé que en su brazo portaba un pequinés de no muy amable aspecto, momento en el que recordé que Ella y yo tuvimos un pequinés al que apodamos Babas, que era todo un encanto de perro, aunque bien es cierto que adolecía de ciertas desviaciones sexuales, de carácter onanista, que no creo sea este el momento ni el lugar para analizar, ya que poca o ninguna relación pueden tener ni con mis intereses budistas, ni con mis anteriores intereses cidianos.

Me acerqué a la vieja del pequinés poco a poco, simulando que yo mismo estaba haciendo cola para bendecir a un animal pero, por supuesto, sin ningún animal al que bendecir. Una vez al lado de mi objetivo, comprobé que el pequinés tenía aspecto de ser un macho. Por otro lado, no parecía que sufriera desviaciones sexuales de tipo onanista, como las de nuestro pequinés, que en paz descansa.

—¿Cómo se llama el perro? —le pregunté a la buena señora, para iniciar una conversación que me diera pie a lanzarle posteriormente la sarta de preguntas que previamente había preparado y apuntado en un papel, con el propósito de concienciar a mi presa de lo mal que se estaba alimentando, desde el punto de vista ético.

—Paquirrín, pero todo el mundo le llama Paqui —me contestó ella en un tono neutro, ni amigable ni malencarado, aunque con aspecto de cigüeña aburrída en su expresión facial.

—Pero Paqui sería más bien un nombre para una perra y no para un perro —le reproché con el mismo tono neutral pero sin cara de cigüeña aburrída, ni de ningún otro tipo.

—Ya lo sé, pero al perro no le importa que le llamen Paqui —me volvió a decir, con la intención, creí yo en ese momento, de zanjar el asunto del nombre de su perrito pequinés.

Al ver que el tema de conversación se había visto zanjado, pensé que sería buena idea buscar otras vías de conversación que crearan las condiciones de armonía y confianza necesarias para iniciar mi encuesta ético—alimentaria. Así que intenté acariciar a Paqui, pero tuve que desistir inmediatamente al ver que el chucho arrugaba el morro, al mismo tiempo que me enseñaba todos sus dientes incisivos y emitía un gruñido muy poco alentador

—Parece que Paqui tiene malas pulgas —le dije a la señora, con la intención de no desistir en mi empeño, por mucho gruñido que me lanzase ese desagradable pequinés malcriado.

—Que va, lo que pasa es que usted no le gusta —me contestó ella con un tono que ya denotaba cierta animadversión hacia mi persona.

En ese momento pensé que si yo no le caía bien a Paqui, tampoco le caería bien a la vieja del pelo violeta y, posiblemente, esto influiría en las contestaciones que me diera a las preguntas que estaba a punto de espetarle. Sin embargo, justo en el momento en que había sacado mi chuleta con las preguntas apuntadas, para así no olvidarme de ninguna y no correr el peligro de que el trabajo de campo perdiera valor y eficacia, la señora del perrito se me adelantó.

—¿Usted no trae ningún animal para que lo bendigan? —me dijo, al mismo tiempo que me lanzaba una mirada acusatoria, la cual rebosaba desconfianza con tal intensidad que comencé a ponerme algo nervioso.

—Es que mi perra Ramona sufre de ataques esquizofrénicos, y he preferido traer una foto suya para que el cura la rocíe con agua bendita —le respondí mientras pensaba que me había dejado llevar por la pasión de padre al enseñarle una foto de Ramona que llevaba conmigo, al mismo tiempo que fui consciente de la poca profesionalidad que estaba demostrando como divulgador ético—alimentario.

—Es muy guapa —me dijo la señora esbozando una sonrisa en su cara, lo cual me proporcionó la relajación y el valor necesarios para comenzar mi retahíla de preguntas, y pensé que quizás no había sido tan mala idea enseñarle la foto de Ramona.

—¿Qué va a comer hoy? —le pregunté sin ningún tipo de titubeo en mi voz, pero comprobando que mi interlocutora ponía cara de búho y se limitaba a repetirme la misma pregunta.

—¿Que qué voy a comer hoy?

—Si —decidí contestarle de forma escueta y directa.

—Pues una menestra de verduras —me dijo finalmente, pero manteniendo su cara de búho.

En ese momento consulté mi chuleta de preguntas y comprobé que la siguiente que aparecía en el orden establecido por mi, era la de si sería ella capaz de matar al animal que se iba a comer, pero tratándose de una menestra de verduras, la pregunta carecía ahora de sentido, por lo que fue necesario pasar a la improvisación, algo, por otro lado, de inestimable valor en todo buen trabajo de campo.

Sin embargo esta contrariedad hizo que comenzara de nuevo a ponerme nervioso y que las manos empezaran a humedecerse por momentos. Desde la distancia de más de dos años y medio que me separa de aquellos acontecimientos, pienso ahora en lo bien que me habrían venido mis conocimientos actuales de prácticas budistas y bioneuroemocionales, para controlar aquel nerviosismo incipiente y haber podido llevar a cabo mi primer trabajo de campo con toda la serenidad necesaria. En cualquier caso la improvisación siguió su curso.

—¿Y su menestra lleva trozos de jamón? —le pregunté, orgulloso de mi capacidad improvisadora, mientras arrugaba y me guardaba en un bolsillo del abrigo el papel con las preguntas apuntadas, al mismo tiempo que decidía no volver a consultarlas a partir de ese momento.

No, no lleva...—me contestó, y acto seguido comenzó a recitarme todos y cada uno de los pasos que había que realizar para preparar una menestra de verduras ¡como Dios manda!, según sus palabras.

Mientras la señora estaba en mitad del sofrito de cebolla, ajo, tomate y no sé que mil cosas más, la masa de gente se apelotonaba más y más, empujándonos hacia la puerta de la iglesia donde se encontraba el cura lanzando bendiciones a los animales y, de rebote, salpicando de agua bendita a todo el personal. La señora siguió con la receta de su menestra y no sé que me estaba diciendo de los guisantes, cuando un hombre que tenía a mi izquierda me pisó, por lo que le incriminé y le dije que tuviera más cuidado porque acababa de pisarme, momento en que el señor me espetó que él no había pisado a nadie.

Aunque la señora estaba ya en el salteado de las verduras, decidí prestar toda mi atención al señor del pisotón y contestarle en tono más elevado que me acaba de pisar el pie y, que dado su tamaño, me había hecho un considerable daño. En ese instante, el señor comenzó a ofrecer un aspecto más rojizo en su cara y me preguntó en tono agresivo si yo le estaba llamando gordo, a lo que le contesté, algo alterado, que puede que algo de sobrepeso sí que tuviera, momento en el que la oveja que le acompañaba comenzó a balar en tono también alterado y fuerte.

—Acaba de alterar a Carmencita —me dijo el señor gordo y grande con cara de gorila alucinado.

—Aquí el único que está alterando las cosas con sus pisotones es usted —le contesté en un tono verdaderamente desagradable y, reconozco, que tan alterado como el de la misma oveja.

En ese momento Carmencita incrementó el volumen de sus balidos, por lo que el señor decidió contraatacar.

—¿Y usted qué pinta aquí, si no lleva ningún animal para que lo bendigan?

—Lleva la foto de Ramona —le contestó la señora de la menestra, con una clara intención de apaciguar la situación.

—¿Y quién leches es Ramona? —replicó el gordo cabreado, sin intención alguna de aplacar los ánimos.

Justo en el momento en que le iba a explicar que Ramona era mi perra bulldog inglés, la masa en movimiento nos apretó al gordo y a mí, lo cual produjo una mayor animadversión entre ambos, animadversión, por otro lado, que yo no pude reprimir.

—Seguramente usted se comerá a Carmencita en la primera ocasión que se le tercié, ¿no? —le dije ya de forma iracunda y esgrimiendo la parte más reivindicativa en mi condición de vegetariano convencido. Pero no contento con eso además añadí un aliño más a la ensalada....

—...porque con lo gordo que está, seguro que se ha ido comiendo a todas sus ovejas.



No puede seguir la arenga, pues el gordo colorado soltó a Carmencita y me agarró por las solapas del abrigo, momento en el que, viéndome en serias dificultades y, viendo también que mi integridad física corría un considerable peligro, chillé aquello de “varita, varita, por la virtud que Dios te dio, que hagas esto o estotro”.

Desde mi nueva condición de estudioso de las prácticas budistas, por supuesto sin haber abandonado para nada la de vegetariano convencido, creo que el karma positivo acumulado por mis buenas acciones actuó en mi ayuda, ya que en el momento de recitar la frase sacada de *El tesoro de la lengua castellana*, del insigne Sebastián de Covarrubias, Carmencita se zafó de su dueño, saliendo éste corriendo en su busca y captura, cosa que yo aproveché para escabullirme entre la masa allí congregada, sin despedirme de la señora de la menestra, que se quedó con la boca abierta mientras observaba todo lo ocurrido.

PREGUNTA: ¿Qué fue verdaderamente lo que me ayudó a salir ileso de mi primer trabajo de campo?

RESPUESTA: Pudieron ser varias cosas.

- 1 Mi buen karma acumulado.
- 2 Las propiedades chamánicas de la frase atribuida a Circe.
- 3 Que realmente yo estaba pensando en el sacujo del sueño y este sacujo está guiando mi vida por el buen Camino.

En realidad no sé cual de estas tres respuestas es la correcta o, incluso, si no lo serán las tres.

Por un lado es innegable que todo karma positivo acumulado te ayuda en el devenir de la vida presente y de las vidas futuras, si no logras salir del ciclo de reencarnaciones, claro está. Por otro lado, en cuanto a Circe, qué duda cabe que si ésta fue capaz de transformar en cerdos a los marineros de Ulises, ayudándose de su famosa vara, cómo no iba a ser capaz esa misma vara de hacer que Carmencita saliera escopetada de aquel tumulto. Sin embargo, yo me decanto algo más por la tercera de las posibles respuestas, es decir, por la que considera que ese báculo, esa vara, no es otra cosa que un sacujo budista, y que sólo su presencia mental actúa como protector de quien lo invoca, en este caso mi propia persona.

Sin embargo la pregunta de las preguntas sigue sin responderse.

PREGUNTA: ¿Por qué el Cid, o quien fuera, me entregó en aquel sueño cidiano, un sacujo?

RESPUESTA: Queda pendiente de responder.

Pero algo estremecedor comienza a dibujarse en mi mente, porque si el Cid estaba tan interesado en que yo emprendiera el camino del budismo, cosa que, en aquel momento, no supe entender y creí que debía convertirme en un caballero ético alimentario, con mi propia mesnada ética, debía ser por algún motivo muy concreto, pero en cualquier caso por un motivo que le favoreciera a él. Y digo yo.... ¿que puedo hacer yo para favorecer al Cid, 900 años después de que viviera?.... sólo de pensarlo se me pone la carne de gallina, porque únicamente se me ocurre una circunstancia que aclare ese misterioso dilema:

¿Y si resulta que yo soy la reencarnación del Cid?

Antes de organizar lo del maestro quiero darme las gracias a mí mismo, ya que en el budismo no hay Dios que valga a quien darle las gracias por nada, por haber sido capaz de estar unos diez minutos en el jardín, realizando labores de limpieza y poda, sin haberme clavado nada en el ojo, o sufrir dolores de algún tipo en rodillas u otra extremidad de mi cuerpo. Es más, puedo afirmar que mi calma mental no se ha visto alterada lo mas mínimo durante ese tiempo.

El momento crucial de esos diez minutos jardineros ha sido cuando, debido a la humedad y el verdín formado en las baldosas, he sufrido un resbalón que casi da con mi cuerpo en el suelo, pero no sólo no me he llegado caer, sino que he dado gracias por haber tenido la oportunidad de resbalarme y no protestar, acumulando así puntos en mi cuenta de karma positivo.

Creo que debo ir aumentando la dosis de tiempo en el jardín de forma lenta pero progresiva.

\*\*\*

Es hora pues de afrontar lo que yo considero prioritario en mi vida, después de haber llegado a la conclusión acerca de la posibilidad, o mejor aún yo diría la probabilidad, de que mi existencia actual sea una de las reencarnaciones de la vida cíclica de quién en el siglo XI fue conocido como Cid Campeador.

Suponiendo que esta conclusión sea acertada, algo que deberé corroborar con sucesivos análisis de mis experiencias cidianas acontecidas un par de años atrás, surgen nuevas preguntas a las que hacer frente.

PREGUNTA: ¿Por qué el Cid ha elegido mi cuerpo para reencarnarse?

RESPUESTA: Porque seguramente quiere compensar todo el karma negativo acumulado durante sus matanzas de moros, y también de cristianos, puesto que se cargaba a todo el que se le ponía en contra.

Es muy posible, por tanto, que Rodrigo Diaz de Vivar, esté harto de reencarnarse en seres inútiles que no le han servido para purificar su alma y ha visto en mí, la posibilidad de liberarse de una vez por todas de todo su inmenso karma negativo.

Esto, de ser cierto, me pone en una situación de grandísima responsabilidad, puesto que yo tengo que aprovechar esta vida actual para liberar de su karma negativo a esta insigne figura de la épica castellana y española en general. Sin embargo no debo ver la situación desde una perspectiva dual, imaginando al Cid manipulando mi mente desde el exterior, no, eso sería una posesión por parte del espíritu del Campeador, y nada de eso.... es que... ¡yo soy el Cid!

Por tanto, es de extrema urgencia que un buen maestro me guíe por el camino de la liberación espiritual, y quién mejor que uno que ha sido bendecido con la iluminación espontánea, como es el caso del barrendero Zen.

Él será por tanto quien guíe mis pasos y me enseñe todo lo que hay que aprender sobre las prácticas budistas, incluidas por supuesto sus modalidades Zen y Zazen, aunque esta última bien pensado quizás no me interese tanto, puesto que es una práctica que hay que realizar sentado, y yo soy más de practicar en los paseos con Ramona, en las labores de limpieza y poda del jardín de nuestra casa, o incluso mientras escucho los monólogos de mi compañera de trabajo Jacinta. Sin embargo, pienso que no hay que descartar nada, puesto que también el cuarto de baño puede ser un buen sitio para la meditación, dadas su condiciones de tranquilidad y recogimiento, y en ese caso la

práctica del Zazen sería más útil.

\*\*\*

El maestro barrendero no aparece. Hoy he salido en su busca por las calles de la ciudad y no he conseguido verle por ninguna parte. Ni en su semáforo favorito, ni en la calle donde prefiere pasar la mayor parte de su horario laboral, ni tampoco por las cercanías de la caseta prefabricada en la que tenemos el material informativo para ofrecer a aquellos visitantes de los grupos que guiamos por el centro de la ciudad, como complemento a todas nuestras explicaciones a pie de calle, claro está.

Espero que esta ausencia sea sólo eventual y que en cualquier momento pueda volver a verle limpiar las aceras con la calma y vacuidad que le caracterizan. En espera de que esta aparición se produzca, he pensado esta mañana (aprovechando que Jacinta se había cogido el día libre, pues han venido a visitarla unos amigos extremeños, y que yo no tenía ningún turista al que guiar por las calles más importantes y céntricas de esta ciudad) que podría ser buena idea acercarme a la caseta prefabricada para practicar el Zazen, dado que en el baño de casa no consigo los efectos deseados, ya que la concentración mental se dirige a otros menesteres menos espirituales y, además, si paso más tiempo del usual, Ella termina por preguntarme que qué hago tanto tiempo allí dentro, pudiéndose llevar impresiones o ideas muy alejadas de la verdadera razón de mi larga estancia en ese particular espacio doméstico.

Así que, ni harto ni perezoso, decidí acercarme a la mencionada caseta, después de haber pasado delante de ella en busca de mi preciado barrendero, y futuro maestro, hacía como media hora. Sin embargo, en el momento que desistí de encontrar al maestro Zen, fue cuando me vino a la cabeza el poco éxito que estaba teniendo, hasta ahora, con la modalidad Zazen del budismo, es decir esa modalidad en la que hay que meditar sentado sí o sí. Y no se me ocurrió mejor sitio, para practicarlo sin ningún tipo de interrupción, que la susodicha caseta que, a pesar de sus reducidas dimensiones, alberga en su interior un estantería con todo tipo de folletos informativos, una percha para colgar los abrigos en invierno, y una mesa con su respectiva silla. Por si fuera poco, en la mesa hay un ordenador, de obsoleta generación eso sí, donde apuntamos el número de personas que han formado el grupo del día, su procedencia y cosas por el estilo, para luego a final de mes rellenar el pertinente documento con las estadísticas de turno, que me imagino irán a parar a la papelera de alguno de nuestros jefes, bien sea la papelera virtual del escritorio de su ordenador, o la papelera real del escritorio donde realizan sus labores administrativas, en el caso de haber imprimido previamente el documento, por supuesto.

La necesidad de practicar Zazen, me viene motivada por mi reciente descubrimiento acerca de la gran probabilidad de que el Cid eligiera a mi progenitora para reencarnarse en el feto que ella portaba en sus entrañas y, de esa manera, poder acumular durante mi existencia karma positivo, o mejor aún, no generar ningún tipo de karma para así dejar de tener que reencarnarse una y otra vez. De forma que conociendo a fondo el budismo en todas sus modalidades, o en algunas de ellas, así como poniéndome en manos de un buen maestro, podré cumplir las aspiraciones de tan noble caballero, que ahora depende enteramente de mí, puesto que, no debo olvidarme, yo soy él, o casi seguro que lo soy.

Una vez dentro de la caseta, procedí a sentarme en la vieja silla de madera que allí tenemos, pero el respaldo me resultaba tan incómodo que me hacía imposible la concentración necesaria para toda buena meditación. En vista de este percance, decidí poner el ordenador encima de la silla y sentarme yo en la mesa, con las piernas colgando ya que no me llegaban hasta el suelo. Así, y con la espalda todo lo tesa que me daba mi tortuosa columna vertebral, deformada por una considerable escoliosis y por otra no menos importante lordosis, comencé la meditación aunque sin saber muy bien en qué meditar.

Antes de haber encontrado un tema u objeto en el que concentrar mi mente, creí oportuno desprenderme de la ropa, ya que con el abrigo resultaba verdaderamente incómodo hacer unas respiraciones profundas, algo muy conveniente para el Zazen, y para todo tipo de meditación. Primero me desprendí del chaleco reflectante, que por supuesto llevaba colocado encima del abrigo por si me encontraba en la calle con el maestro barrendero. Después me quité el abrigo y lo colgué en la percha, pero inmediatamente realizada esta operación caí en la cuenta que como allí nadie iba a entrar puesto que sólo Jacinta y yo tenemos llave, podría ser buena idea poner en marcha el climatizador de aire frío / caliente que tenemos instalado pero que, salvo en los días más calurosos de verano, casi nunca lo utilizamos. Sin embargo, éste me pareció el momento ideal para darle el mejor uso de los posibles: climatizar la caseta con la intención de poder practicar un buen Zazen en paños menores, que sin duda es la mejor forma de practicar esa interesante modalidad del Zen y del budismo en general.

Esperé a que el interior de la caseta estuviera lo suficientemente caldeada, y evitar así cualquier catarro impropio. Una vez conseguida la temperatura adecuada, procedí a despojarme del resto de ropa, momento en el que consideré también que con la luz apagada me sería más fácil poder concentrarme en algún tema u objeto de meditación, ya que al tener enfrente la estantería con todos los folletos informativos, sólo me vendrían a la mente los callejones de nuestro recorrido turístico y, lo que es mucho peor, los monólogos de Jacinta sobre sus dolores corporales, la mili de su marido o cualquiera de sus cinco o seis temas de conversación recurrentes.

Al final pude sentarme en la mesa, dejar mis piernas colgando pero sin columpiarlas (algo complicado ya que inconscientemente cuando uno se sienta en una mesa tiende automáticamente a columpiar las piernas), erguir la espalda, y colocar mis manos con las palmas hacia arriba una encima de otra. La dos manos, claro está, las tenía apoyadas en mi regazo, intentando que no rozaran la parte delantera del calzoncillo para evitar que con el roce se excitara esa zona tan delicada del cuerpo, lo cual llevaría de forma inexorable al fracaso absoluto de la meditación.

Con la luz apagada, libre ya de ropas, con la respiración profunda y la temperatura ambiente a unos 25 grados aproximadamente, comencé a buscar un tema u objeto de meditación. Reconozco que por un instante el sopor empezó a adueñarse de todo mi ser, algo de lo que ya el Dalai Lama advierte que ocurre a los principiantes. De hecho, este gran líder tibetano habla del sopor, y también de la excitación, como de los dos grandes enemigos de aquellos que se inician en estas arduas prácticas espirituales.

Para salir del sopor no sabía dónde mirar, puesto que todo estaba a oscuras, momento en el que comenzó a aparecer la excitación, la cual poco a poco quería, además, convertirse en ataque de pánico, quizás por un miedo a la oscuridad que hasta ahora desconocía en mi persona, pero que con un gran esfuerzo mental estaba consiguiendo dominar. Una vez dominada casi por completo esa nictofobia incipiente, me pareció oír un extraño ruido. Este inesperado sonido me hizo pensar en la posibilidad de que pudieran entrar ratas de alcantarilla en la caseta, o que quizás al ser prefabricada y no estar herméticamente selladas sus paredes, techo y suelo, el calorcito del climatizador pudiera estar saliendo al exterior atrayendo a todas las ratas de los alrededores, que hartas de sufrir las inclemencias del invierno se podrían sentir inclinadas a entrar a toda costa a la calentita y confortable caseta.

Cuando finalmente el tema y objeto de meditación se había centrado exclusivamente en las ratas de alcantarilla, oí que el insistente ruido daba paso a un aire helador y que alguien abría la puerta al mismo tiempo que ese alguien encendía la luz del habitáculo y profería un grito ensordecedor, acompañado a modo de eco de un coro de chillidos emitido por otras tres o cuatro personas más.

Cortada mi meditación de cuajo, y una vez abiertos los ojos, fui consciente de que en el exterior de la caseta estaba Jacinta tirada en el suelo y rodeada de unas personas que intentaban reanimarla, momento en el que decidí saltar de la mesa colocarme la primera prenda que encontré y salir a la calle para ver qué ocurría.

—¿Pero qué le ha pasado? —les pregunté a las personas que sujetaban la espalda y cabeza de Jacinta.

—Pues qué le va a pasar ¡hombre!, que se ha llevado un susto de muerte al encontrarle ahí subido, a oscuras y en porretas —contestó de forma bastante insolente una de esas personas, a las que tardé poco en asociar, dado su pronunciado acento, con los amigos extremeños de Jacinta.

—¡Hay Dios mío!, pero qué haces en paños menores y con el chaleco reflectante encima... ¡hay señor! que a ti te ha pasado algo en a cabeza... ¡hay qué disgusto!... —comenzó a farfullar Jacinta.

En ese instante decidí cortar lo que ya comenzaba a ser uno de los monólogos de mi compañera de trabajo, aunque con la variación de monologar desde el suelo.

—No Jacinta, no lo interpretes mal, es que me han recomendado para los ataques de migraña meterme en la cama y apagar la luz, pero como el ataque me estaba viniendo en plena calle, no tuve más remedio que entrar aquí dentro, quitarme la ropa como si me fuera a meter en la cama y apagar la luz, y ¡oye!, mano de santo —le dije tranquilamente en un alarde de improvisación del que todavía me siento orgulloso.

—Pero por Dios ¡vístase usted!, que se va a coger una pulmonía cubierto sólo por un calzoncillo y ese chaleco harapiento —me espetó uno de los extremeños furibundos.

No tuve más remedio que hacer caso a ese hombre, dado el frío que hacía en la calle y el número de personas que se había congregado entorno al cuerpo yacente de Jacinta, pensando que allí estaba ocurriendo algo grave.

Jacinta no tardó en recuperar el color en su marfileña cara, algo que yo aproveché para invitarles a todos a unas cañas en el bar más cercano y así calmar los ánimos de aquella gente tan asustadiza. Por supuesto volví a dejar el climatizador de la caseta apagado, no fuera que se produjera un cortocircuito y terminara por originar un incendio, arrasando en cuestión de minutos todo lo que allí se guarda. Ya con unas cuantas cañas ingeridas, y con la alegría metida en el cuerpo de todos ellos, incluido el cuerpo de Jacinta, me enteré que se habían dirigido a la caseta porque mi compañera les iba a regalar una selección de nuestro mejor material informativo, ese que sólo entregamos a los turistas VIP.

A Ella he preferido no contarle nada sobre este sucedido. Por otro lado, creo que volveré a intentar la práctica del Zazen en el baño de nuestra casa, solo que tendré que inventarme alguna excusa para que Ella encuentre normal que me tire una hora encerrado en ese peculiar espacio de la casa. Ya veremos...

\*\*\*

Hoy no me he atrevido a cambiar la cerradura de la verja del jardín. Creo que todavía no estoy preparado para afrontar esa tarea doméstica desde la calma mental. Tendremos que seguir sin poder salir por esa puerta, y eso que era la habitual salida y entrada tanto de Ella como mía, ya que aparcamos el coche justo delante de la susodicha verja. Sin embargo, no estoy dispuesto a acumular karma negativo y entorpecer la misión de mi vida, que no es otra que liberar al Cid de sus infinitas reencarnaciones.

A Ella no le he comentado todavía nada sobre mi auténtica identidad, ni sobre la inmensa responsabilidad a la que debo enfrentarme, así que he tenido que excusarme diciendo que al salir a reparar la cerradura he sufrido el ataque de una abeja, y que mientras toda esa hiedra que inunda el jardín esté invadida por abejas, avispas y algún que otro himenóptero más, no pienso salir a reparar ni la dichosa cerradura ni ninguna otra cosa, arriesgándome a ser picoteado múltiples veces por esos insectos enfurecidos. Además he añadido en mi argumentación, que teniendo la otra entrada a la casa disponible, y que por otro lado es la principal, no corre tanta prisa la reparación de marras.

Ella no ha puesto objeción, ya que se ha imaginado vívidamente la posibilidad de que su propia persona fuera atacada por esas fieras aladas.

Dejando el asunto de la cerradura zanjado, al menos por un par de semanas, he pensado en un asunto diferente que no es otro que el de la posibilidad de ponerme en manos de un buen hipnotizador. Pienso que si me sometiera a una regresión por hipnosis, quizás pudiera ver de primera mano las hazañas del caballero burgalés y, lo que para mí es más interesante, comprobar en mi propia mente cuáles son los karmas negativos que acumuló (o mejor dicho, que acumulé) durante aquella épica vida. Sin embargo, debo tener muy presentes las palabras del Dalai Lama ante la posibilidad de ser transportado mediante hipnosis a vidas pasadas. Él dijo en una ocasión que para algunas personas podría ser beneficioso recordar las actividades virtuosas de vidas anteriores, puesto que así les ayudaría en la vida actual a seguir realizando e incluso aumentando ese tipo de actividades. Pero que, por otro lado, se corría el riesgo de recordar algún terrible suceso acontecido en cualquiera de esas vidas, lo cual podría generar en esa persona un gran ansiedad durante su existencia actual.

Creo que, teniendo en cuenta las barbaridades que el Cid pudo cometer durante su vida en el siglo XI, será mejor no recordarlas mediante hipnosis, ni cualquier otro tipo de regresión, hasta que mi nivel de perfeccionamiento en las prácticas Zen y Zazen no sea el adecuado. Del Soto Zen no sé qué decir, puesto que todavía no he conseguido averiguar en qué se diferencia del Zazen, ya que también hay que practicarlo sentado y preferiblemente delante de una pared. Sólo espero que no recomienden pasarse nueve años meditando frente a un muro, tal y como hizo el gran maestro Bodhidharma.

\*\*\*

En el fabuloso libro que el otro día encontré durante mi visita a mi librería de viejo preferida, estoy encontrando las preguntas ideales con las que abordar al maestro barrendero, de manera que él no se cerciore de que le estoy utilizando como maestro, sino que piense que sólo son encuentros fortuitos y que mis preguntas forman únicamente parte de amables o cordiales conversaciones de conciudadanos y de colegas que exhiben el mismo tipo de chaleco reflectante.

La primera pregunta a la que someteré a este maestro, será la que se plantea en el koan de los champiñones. Ya sé que los koan en realidad son problemas que dirigen los maestros a sus alumnos y no al revés, pero en este caso yo plantearé una variante, no sólo porque aquí no habrá ningún champiñón, sino porque será el maestro el sometido a examen, así, de esta manera, aprenderé con la sabiduría que este elevado ser espiritual muestre al contestarme.

\*\*\*

La verdad es que no quepo de gozo en mí. Ya puedo decir que tengo un maestro Zen, y no un maestro cualquiera, sino uno de los grandes, de los que han adquirido la iluminación de forma espontánea.

Esta mañana, he aprovechado varias circunstancias favorables, como eran:

- 1 Que no había turistas a los que guiar por ningún lado y que mis tareas administrativas podían ser realizadas en poco tiempo.
- 2 Que llovía de forma ligera, algo sumamente útil para plantear el koan de los champiñones.

Ya que, afortunadamente, se me considera un buen trabajador y por lo tanto no se ejerce un control exhaustivo sobre mi tarea cotidiana, he podido comentar en la oficina que debía ausentarme

para guiar a un grupo de japoneses, y se lo han creído sin ningún tipo de desconfianza. El hecho de que Jacinta estuviera ocupada con unas visitas especiales para niños con discapacidad psíquica, que yo no me considero apto para realizar, también ayudó a que pudiera salir a la caza y captura del maestro, esta vez ataviado, como no podía ser de otra forma, con mi maltrecho chaleco reflectante y, además, con el paraguas que llevo siempre dentro del coche para que los raros días que llueve en esta ciudad, no me pillen desprevenido. Una vez puesto en marcha, no tardé demasiado en encontrarle.

No estaba en ninguno de sus lugares más habituales, sino que se hallaba escondido en una callejuela de mala muerte, bocacalle de aquella en la que se encuentra nuestra caseta-almacén.

No me anduve con rodeos y me dirigí directamente hacia él. Esta vez fui yo el primero que soltó el buenos días, pero al cabo de dos o tres segundos, el maestro alzó lentamente su cabeza y al comprobar que yo era un ser de chaleco reflectante amarillo, me devolvió el saludo. Me llamó la atención que no llevaba una ropa especial para la lluvia, ni calzado de agua. Pero eso sí, se había colocado en la cabeza una capucha completamente arrugada, seguramente de esas que se pliegan y se esconden en el cuello del abrigo. Así pues... ¡era el momento, de crear un mundo entre él y yo! Y todo mundo Zen se establece a base de preguntas y respuestas.

—¿Por qué barre usted hoy la calle?, está lloviendo, hágalo otro día —dije intencionadamente para ver qué me respondía a esta variante del famoso koan.

—Por, porque, lu, luego puede llover más —me contestó el maestro demostrando conocer perfectamente el koan de los champiñones.

—¿Pero por qué barre usted hoy la calle? —insistí, siguiendo las técnicas Zen más conocidas.

—Porque si, si no lo, lo hago yo no lo, lo, hará, na, nadie, y váyase que tengo que que que tra, trabajar.

Esta fue la contestación definitiva, así que le di las gracias sin explicarle por qué le daba las gracias, y me fui de allí con un estado emocional difícil de describir. Ese hombre, ese maestro, acababa de entender que yo le estaba proponiendo una variante del koan de los champiñones, sólo que en lugar de estar recogiendo hongos en un día de calor abrasador, se encontraba barriendo la calle un día de lluvia, pero las respuestas han sido exactamente las mismas que obtuvo el gran maestro Dogen, cuando viajó a China allá por 1223, por parte de un viejo monje en un pequeño templo budista. Incluso el viejo monje terminó por decirle al gran Dogen que se fuera a a otra parte y le dejara seguir recolectando los champiñones.... ¡lo mismo que me ha dicho a mi el maestro barrendero!

Estoy impresionado, y verdaderamente orgulloso de poder contar con un maestro de esta categoría. Ahora sé que puedo enfrentarme, con muchas garantías de éxito, a la gran responsabilidad de liberar al Cid, es decir a mi, del ciclo infinito de las reencarnaciones.

Sólo me alberga una duda:

PREGUNTA: ¿Será Ella una reencarnación de Doña Jimena?

RESPUESTA: Por ahora no tengo ni idea.

PREGUNTA: ¿Y si es Doña Jimena, querrá liberarse del ciclo de reencarnaciones, o preferirá volver una y otra vez a ocupar cuerpos diferentes y sufrir continuamente con el padecimiento de emociones aflictivas de todo tipo?

RESPUESTA: Se lo tendré que preguntar, tarde o temprano.

\*\*\*

*No pensar en nada es Zen. Una vez que se sabe, caminar, estar de pie, sentarse o estirarse, todo lo que se haga, es Zen.*

El gran iluminado, e introductor del Zen en China, Bodhidharma, dijo en su sermón del despertar, texto obligado para todo estudioso de las prácticas budistas, que en los sutras se afirma lo siguiente: *El no vehículo es el vehículo de los Budas.*

Y qué mejor no vehículo, que el carrito de la basura que empuja mi ya venerado maestro barrendero, y donde introduce todo lo barrido. Todo en él es puro simbolismo. El carrito es el no vehículo de los budas, la escoba es el sacujo de los monjes budistas y el color amarillo de su chaleco reflectante el símbolo de la humildad y de la separación del mundo materialista. Y por supuesto, la basura que introduce en su no-vehículo, es una alegoría de la eliminación de las emociones aflictivas.

Las cosas van encajando poco a poco y yo siento que despierto, que mis ojos se abren a una luz cegadora, aunque dado el delicado estado de mi vista es mejor no pensar demasiado en esa luz, al menos por ahora.

Sin embargo, todo hay que decirlo, hoy ha sido un mal día porque he perdido una oportunidad maravillosa de poder ser agraciado con una lección magistral de mi maestro Zen. En cualquier caso, he de pensar que no puedo tener prisa en estos menesteres. La consecución de la claridad mental y la liberación del sufrimiento, no es algo que se consiga en dos días, salvo en aquellos seres privilegiados que reciben la iluminación de forma espontánea.

La culpa de todo la han tenido un grupo de turistas holandeses. Lamentablemente esta mañana no he podido zafarme de mis obligaciones como guía turístico, debido a que Jacinta sigue liada con sus niños deficientes, tampoco he podido pasarle a ella estos recién llegados de los Países Bajos, y quedarme yo libre para otros menesteres. Así que, con cierto estado de contrariedad en mi interior pero tirando de positivismo Zen, he recogido al grupo de holandeses en el punto acordado, que siempre es junto a la caseta donde almacenamos nuestro material informativo. En el momento de verles allí concentrados, con sus grandes y rectangulares caras sonrojadas, pensé que si seguía los consejos del iluminado Bodhidharma, entonces, también guiar a un grupo de holandeses podría convertirse en algo Zen. Lo que no tenía previsto es que nos fuéramos a cruzar nada más y nada menos que con el maestro barrendero, justo en mitad de nuestro recorrido por el centro de la ciudad. Esa calle no suele ser lugar de faena habitual del aparente trabajador de la limpieza municipal, por lo que yo me encontraba bastante tranquilo y centrado en mis explicaciones, en el mejor inglés del que soy capaz, que no es muy malo por lo que me dicen muchos de los turistas, siempre y cuando lo hable bastante despacio porque, de lo contrario, sufro de forma invariable un colapso lingüístico tras el cual comienzo a tartamudear y a repetir de forma incontrolada las palabras, buscando la forma correcta de pronunciarlas pero sin encontrar esa forma, cosa que me produce un sorprendente sudor de manos completamente exagerado y un estado de ansiedad que, en algunas ocasiones, ha terminado incluso con un sagrado alarmante de las encías, algo muy aparatoso y comprometedor, ya que mientras recito mis explicaciones culturales pertinentes aparecen mis dientes ensangrentados, además de la lengua, lo cual asusta considerablemente a los turistas que en ese momento me miran.

Pero en esta ocasión la culpa no la tuvo ningún aceleramiento de mi relato cultural en lengua inglesa, sino el inesperado hecho de encontrarnos de golpe y porrazo con él, el maestro. Ni siquiera pude balbucear un buenos días, porque estaba en esos momentos hablando sobre el modernismo que caracteriza a algunos edificios de la ciudad, no muchos todo sea dicho. El maestro tampoco se fijó en mi presencia, y su caminar fue tan impertérrito como puede esperarse de todo espíritu liberado.



Cualquiera puede imaginarse el estado de ansiedad que me invadió súbitamente, al ver que la oportunidad de entablar un nuevo mundo con el maestro, se estaba esfumando justo delante de mis narices.

A pesar de que el sermón del despertar comienza precisamente con la frase *la esencia del Camino es el desapego*, no pude renunciar a la posibilidad de tener un nuevo encuentro con ese ser superior (espiritualmente hablando, claro, pues en esencia todos tenemos la misma naturaleza búdica), algo que puede ser considerado como un apego a mi maestro. Sin embargo, creo que hay que pasar por esta fase de apego al tutor, para con el tiempo poder desprenderse de él, o incluso como ha pasado en innumerables casos entre alumnos y maestros, mandarle a la porra.

No tuve más remedio por lo tanto que intentar zafarme de mis pesados holandeses, que no paraban de preguntarme acerca de Gaudí, de la Sagrada Familia, del parque Güell...etc.

—¿Por qué no se van a Barcelona a contemplarlo?, aquí el modernismo es una miseria —tuve que decirles, ya en castellano, con cierto desaire en mi entonación, al ver que mi guía espiritual torcía por una bocacalle y se perdía de mi vista.

—Perhaps we could go to see the Cathedral, ¿it's not so far, isn't it? —graznó el que medía dos metros de altura, mientras el resto, tanto mujeres como hombres, afirmaban con sus enormes cabezas.

—No creo que sea buena idea, porque hoy es San Emerenciano y hay mucho devoto que va a la catedral a rezarle —volví a soltarles en castellano y sin pensar ni cuál era el santoral del día ni tampoco que, en realidad, la que aparece en el santoral es su forma femenina, es decir Santa Emerenciana y, por supuesto ni hoy se la celebraba su día, ni en la catedral hay imagen alguna de la santa. Sin embargo, las habilidades que el inconsciente tiene para improvisar nombres es algo verdaderamente prodigioso y, sin duda, por algún motivo yo nombré a San Emerenciano.

—¿Qué querer decir semenenciano? —preguntó en un castellano paupérrimo, uno más bajo que el anterior pero que, aún así, me sacaba dos cabezas de altura.

—We are very interested in seeing mediterranean gothic —insistió el grandullón.

Me pareció tan fuera de lugar esa insistencia, así como pesada su petición, que no pude menos que asociarla a una plasta de vaca holandesa.

—¿Por qué no se van a Burgos a ver una catedral como Dios manda?, la de aquí no tiene nada de particular ¡hombre!, y eso del gótico mediterráneo es una patraña. Lo mejor es que nos tomemos un descanso... ¡¡beer time ¿OK?!!! —tuve que interrumpir a voces para intentar meterles a todos en el primer antro que encontrásemos y así yo poder salir a la búsqueda de mi preceptor, sin por supuesto darles ninguna explicación sobre el significado de “semenenciano”.

No dudándolo ni por un momento, les metí a todos esos sobre—dimensionados seres en un infra—dimensionado bar, donde el olor a fritanga llegaba a hacer algo irrespirable el ambiente.

—Typical Spanish bar, please take a break and wait me for 30 minutes please —les tuve que espetar en un inglés lento, dado que era vital el ser entendido para que se quedasen quietecitos y me dejaran ir a la búsqueda de mi maestro.

En cualquier caso, todo fue inútil ya que el maestro había desaparecido como por arte de magia, algo que me hizo pensar en los reconocidos poderes mágicos que se achacan a muchos maestros budistas, aunque a ellos nunca les guste alardear de estos poderes. Y no hace falta recurrir a los antiguos sabios Zen, como Mazu, Fayan, Foyan o Dahzu, sino que el moderno Deshimaru dice en su libro *Preguntas a un maestro Zen*, que tantos buenos momentos me está proporcionando, “*los poderes mágicos pueden ser utilizados en ciertas ocasiones especiales. Yo mismo puedo utilizarlos.* Y continúa advirtiéndome que si se practica Zazen día y noche, en una gruta, en la montaña, sin comer y bebiendo solamente agua durante varios meses, sin lugar a duda se obtendrán poderes mágicos, aunque sólo por unos breves instantes, ya que si se bebe un vaso de vino desaparecerán por completo.

Se me ocurre que quizás el barrendero Zen se refugia en una cueva y no come nada en

absoluto, bebiendo sólo agua y sin probar una gota de vino, algo que puede proporcionarle poderes superiores, entre los que se debe encontrar el don de la desaparición o la invisibilidad voluntaria.

\*\*\*

Las cosas han cambiado mucho desde mi último fracaso de cara al establecimiento de un mundo Zen con el barrendero y maestro, ya que hoy puedo decir sin titubeos, que he sido regalado con una verdadera clase magistral de muy altos vuelos, si bien es cierto que a costa de algunos percances físicos.

Después de la extraña desaparición del otro día, no pude resistir la espera y me pedí en el trabajo un día de asuntos propios para salir en busca de mi maestro, pero esta vez con un buen plan pergeñado. Sólo esperaba no encontrarme con los holandeses del otro día, que les gustó tanto el bar donde les metí, que ahora andan por ese barrio todos los días de sus vacaciones. La culpa la tuvo el dueño del bar, o mejor dicho su mujer, que al ver aquella tropa de gigantes agolpándose en su diminuto establecimiento, no se le ocurrió otra cosa que sacarles unos cuantos platos de callos y varias botellas de vino a granel embotellado por unos familiares suyos de Cuenca.

Cuando yo regresé al barucho, después de abandonar la búsqueda infructuosa de mi tutor espiritual, me los encontré bastante alegres, pero cuando salimos de allí, la tajada de todos ellos era monumental, siendo yo el único que mantenía el perfecto equilibrio dado que no quise pegarle al vino peleón, y sólo ingerí unas cervezas fresquitas. Lo que tampoco probé, claro está, fueron los asquerosos callos, y tengo que reconocer que los holandeses respetaron muy educadamente mi condición de vegetariano convencido, a pesar del lamentable estado en el que se encontraban.

También tengo que reconocer que pasé cierta vergüenza cuando al regresar al punto de salida, es decir la caseta del material informativo, con esa panda de holandeses tambaleantes, me crucé con algún que otro colega de otras empresas dedicadas al negocio turístico, con sus respectivos grupos de extranjeros bien agrupados y formales en su comportamiento, y pude observar en sus semblantes ciertas miradas de asombro, así como diferentes gesticulaciones, que se podían traducir de forma incuestionable como la siguiente pregunta: ¿Qué demonios les pasa?

Pero hoy, afortunadamente, los holandeses no estaban por allí concentrados. Seguramente se habrán ido a ver el dichoso gótico mediterráneo que tan empeñados estaban en contemplar, y del que pude zafarme cuando les metí en el bar de los conquenses.

Nada de eso ha ocurrido hoy, y mis planes han dado todo el fruto que se podía esperar, incluso mucho más. Ha sido necesario crear un poco de karma negativo al tener que mentirle a Ella diciéndole que me había pedido un día de asuntos propios para poder revisarme la vista en el oftalmólogo, ya que mi nubecilla persistía y parecía que se había instalado de forma definitiva en mi ojo derecho, lo cual por otro lado es completamente cierto. Creo que todavía no es el momento de exponerle con toda sinceridad mi verdadera identidad y hacerle saber que, en realidad, está casada con el Cid, aunque sea en una reencarnación novecientos años posterior a la época en la que vivió el famoso personaje. En cualquier caso, esos novecientos años no le quitan ni un ápice de importancia al papel que ahora representa mi existencia actual.

Es tal el sentimiento de responsabilidad que me invade, que en muchas ocasiones pienso por qué no me habrá tocado ser la reencarnación de un monje cartujo, al que en un abrir y cerrar de ojos le podría liberar del poco karma que hubiese acumulado. ¡Pero el Cid...!, cualquiera podrá hacerse la idea del pedazo karma que ese hombre pudo generar con todas aquellas hazañas medievales, matando por doquier almas cristianas y musulmanas, pero con un sentido del orgullo que ya lo quisiera para sí el mejor de los monjes Zen japoneses.

De hecho, esta mañana, y gracias a las enseñanzas de mi maestro, he podido comprender por qué hace algo más de dos años me embarqué en la creación de una mesnada de caballeros éticos, después de haber realizado yo mismo mi propia jura en la Iglesia juradera de Santa Gadea, en la

mismísima capital burgalesa, lugar donde el propio Cid hizo jurar al desagradecido y mal aconsejado Fernando VI.

Esta mañana, mi maestro me ha abierto los ojos, aunque de una forma algo extraña, propia podríamos decir de un gran iluminado Zen. Primero, nada más llegar a la ciudad y aparcar el coche, saqué de su maletero mi maltrecho chaleco reflectante amarillo. Inmediatamente después me dirigí a la tienda de chinos más cercana para comprar un carrito de la compra, del modelo habitual en las casas de toda la vida, antes de que aparecieran los hipermercados.

PREGUNTA: ¿Para qué compré un carrito de la compra con cuadros rojos y azules?

RESPUESTA: Para darle a entender al maestro barrendero que había captado su mensaje, y que yo también era consciente de la necesidad de practicar el Zazen, y el budismo en general, mediante un no-vehículo. Por lo que respecta a los colores del carrito, no representan nada, sólo es el resultado de que no tuvieran en ese chino otro tipo de carritos de la compra.

Yo sabía que no me podía presentar delante del barrendero iluminado con un carrito de la basura, puesto que ello podría ser interpretado por parte de su elevada mente, como una impertinencia o, lo que sería aún peor, como toda una afrenta y desafío a sus conocimientos y, por supuesto, nada más lejos de mi intención.

Esta vez, intuyendo que le habían cambiado la zona donde practicar su Camino de limpieza, no sólo municipal sino sobre todo espiritual, me fui directo a la calle donde tan misteriosamente desapareció el día de los holandeses y... allí estaba.

Me acerqué disimuladamente, haciendo como que estaba interesado en unas naranjas que había expuestas fuera de una frutería, justo unos metros antes de donde él se encontraba barriendo lentamente la acera.

Después de coger unas cuantas naranjas, mirarlas y volverlas a dejar en sus respectivas cajas, di unos pasos hacia él y le saludé educadamente.

—Hola, buenos días —le dije, poniéndome en paralelo con él y tirando de mi carrito al mismo tiempo que mi maestro tiraba del suyo.

—Buenos días —me contestó el maestro, sin levantar siquiera la cabeza mientras continuaba con sus aparentes labores barrenderas.

Decidí no establecer ningún mundo en ese mismo instante y probar con el silencio, algo valiosísimo para todo practicante del budismo, muy especialmente para los iniciados en el Zen, en cualquiera de sus variantes, Zazen, Sotozen y la que sea que se hayan inventado.

Después de caminar durante unos cinco minutos juntos y en absoluto silencio, él empujando su no—vehículo para la basura y yo arrastrando mi no-vehículo para la compra, aunque sin ninguna compra dentro, llegamos a una zona en la que se estaba rehabilitando un edificio y donde su portal estaba atiborrado de elementos habituales en cualquier obra de rehabilitación. Enseguida me di cuenta que una serie de bolsas y trozos de madera entorpecían el paso del carrito de mi maestro, por lo que decidí tomar la delantera (dejando atrás mi no-vehículo) con la intención de apartar todos aquellos objetos que impedían nuestro paso, y poder demostrarle así, sin palabras de por medio, mi deferencia hacia su sabiduría abriendo paso a su Camino. Sin embargo, justo en el momento en que me agaché para retirar aquellos trozos de plástico y maderas, el maestro lanzó su sacujo-escoba con una habilidad pasmosa para barrer todo el cemento que se encontraba esparcido en ese trozo de acera, levantando tal polvareda que se me introdujo una gran cantidad de polvo de cemento en los ojos, algo que me hizo emitir un alarido de dolor, puesto que el inmediato escozor que comencé a sentir fue tal que no podía abrir los párpados, empezando a deambular como un completo ciego y golpeándome contra el carrito del maestro así como contra el propio maestro.

—¿Pe...pero está usted tonto?, ¿co, cómo se le ojúurre ha, hacer éso?... ¡laaávese aa, ahora los ojos, ábralos y, y, lávelos! —me gritó el maestro Zen mientras supongo yo que cogía una manguera de los obreros allí presentes y, agarrándome de la cabeza como si fuera un conejo al que fueran a asestar el golpe de gracia en las cervicales, comenzó a arrojarme agua helada mientras me gritaba que me quitara las gafas y que abriera bien los ojos, cosa que hice al mismo tiempo que le daba las gracias una y otra vez por esas sublimes enseñanzas.

Después de un buen rato dirigiéndome el chorro de agua a los ojos, comencé a notar alivio y a poder ver lo que ocurría a mi alrededor, y lo que ocurría era que el maestro ya se había esfumado con su no—vehículo y en su lugar se había quedado uno de los obreros, el cual pude comprobar que portaba un casco protector para la cabeza y un chaleco reflectante, pero naranja.

—¿Se encuentra mejor? —me dijo muy amablemente el obrero naranja.

—Ha tenido usted suerte de contar con una manguera de agua aquí mismo, porque si no el polvo de cemento podría haberle afectado a la vista, que de eso sabemos mucho nosotros. Menos mal que el barrendero no se lo ha pensado, será tonto pero ha cogido nuestra manguera en un pis pas para lavarle bien la cara.

—¿Por cierto... y usted por qué no paraba de darle las gracias y llamarle maestro?... no está bien reírse de los retrasados, aunque le hubiera metido la escoba por los ojos —continuó entre risitas el obrero naranja, demostrando sus pocos conocimientos en materia espiritual.

—¡Ese hombre al que usted acaba de llamar retrasado, es una persona de elevadísimos conocimientos espirituales, que podría tener a su alrededor todos los alumnos que quisiera, pero que se esconde de la sociedad para no ser carne de los medios de comunicación! —tuve que soltarle con enojo al trabajador de la construcción, por haber difamado a mi respetado maestro espiritual.

—¡No joda! —dijo el obrero, mientras hacía un gesto de asombro y se retiraba a sus labores rehabilitadoras.

En cuanto pude relajarme lo suficiente, lo cual fue posible gracias a que entré en una cafetería cercana para tomarme un buen café con leche, fui consciente que el maestro me había dejado ciego momentáneamente para que aprendiera uno de los principios que estudia todo aprendiz de las prácticas budistas:

*Tienes que ver sin ver y oír sin oír.*

Así que el maestro aprovechó la situación para que experimentara por mí mismo ese principio básico del budismo, y ya lo creo que lo he experimentado. Además, recuerdo que me decía que abriera los ojos y que me los lavara. Ese es justo el efecto que ha operado en mi espíritu la ceguera eventual. Gracias al maestro barrendero ¡he abierto los ojos a un nuevo mundo donde el sufrimiento queda lejos! Por eso, aunque todavía no era del todo consciente de la gran lección a la que me estaba sometiendo este gurú de las calles, mi subconsciente sí que se había enterado y dio la orden a mi mente para que le agradeciera una y otra vez el regalo espiritual que me acababa de ofrecer..... ¡¡La apertura de mi tercer ojo!!!

Pienso que si el maestro sigue con sus alumnos un método lógico, la próxima lección a la que seré sometido, consistirá posiblemente en dejarme sordo de la manera que él encuentre más adecuada. Sin embargo, la lógica occidental no es la más idónea para entender la filosofía oriental, por lo que dudo mucho que en el siguiente encuentro decida someterme a la experiencia de oír sin oír.

La única parte negativa de este gran día, fue que el chaleco reflectante sufrió nuevos desperfectos, al verse impregnado con manchas de cemento que luego, con el agua y las manazas del obrero, se han extendido y endurecido por lo que ahora difícilmente podrán ser eliminadas. Creo que fue esto, aparte de mis ojos enrojecidos y el pelo mojado, lo que produjo en el camarero de la cafetería donde entré para relajarme, lo que yo considero un comportamiento grosero, ya que se quedó inmóvil en la barra del establecimiento mirándome como si hubiera visto la aparición de la

Virgen María, algo que encontré absolutamente improcedente. Sin embargo, decidí no echarle encima su mala educación para así poder concentrarme en lo verdaderamente importante, como era la gran lección espiritual de budismo Zen que acababa de recibir.

\*\*\*

—¡Por Dios, pero qué te ha pasado! —dijo Ella muy alarmada al verme entrar en casa, y eso que previamente me había quitado el maltrecho chaleco reflectante para dejarlo en el maletero del coche.

—Nada, no te preocupes, es que el oftalmólogo decidió dilatarme las pupilas, por lo que al salir de su consulta lo veía todo borroso y no he visto a un jardinero que estaba regando. Así que he pasado por delante de su manguera y mira cómo me ha puesto.

—¡Pero si tienes los ojos colorados como un vampiro!

—¿Ah, si? —ya sabía yo que se habían equivocado de gotas y que en lugar de ponerme unas para dilatar las pupilas, me habrían puesto otras para la cataratas, que también producen visión borrosa. Pues ahora tendré que volver otro día —le contesté, con toda intención para que no sospechase nada el día que realmente tuviera que ir al oculista, algo que inevitablemente me veré forzado a hacer, ya que entre el pinchazo con la palmera, la nube merodeadora y el polvo de cemento, mis ojos seguramente deben de estar sufriendo algún tipo de patología más o menos seria y quizás a estas alturas, ya crónica.

—Pues a mí todo esto me parece un poco raro... ¿no te estarás metiendo en follones como los de hace un par de años en Burgos, no?, porque ya quedó claro todo lo que te dije en ese momento ¿verdad? —gruñó Ella, con un tono alterado que denotaba la poca credibilidad que habían tenido todos mis argumentos.

—Te juro que no pasa nada, sólo es este problemilla del ojo. Incluso estoy pensando en denunciarles por echarme las gotas equivocadas, aunque mejor será que lo deje pasar ya que en ese hospital se puede aparcar bien el coche y no merece la pena estar buscando ahora otros oftalmólogos, por un quitame de ahí esas pajas.

\*\*\*

Creo que se ha producido una involución en las condiciones necesarias para poder decirle a Ella que está casada con el Cid. No hay prisa. Pero en lo sucesivo he de estar muy pendiente de que esas condiciones no sólo recuperen su estado anterior, sino que avancen hasta llegar justo al momento en que pueda darle esa grandísima noticia.

En cualquier caso Ella tiene razón... no pueden volver a suceder hechos como los que me afectaron a mí y a mis amigos mesnaderos en la capital burgalesa, y más concretamente los acontecimientos vividos en el barrio de Gamonal. Por eso es de vital importancia que interiorice muy bien toda aquella época y analice con detalle cada una de sus fases, porque seguro que allí encontraré mensajes kármicos que en su momento no supe descifrar o que incluso malinterpreté. Pero, ahora que casi no me cabe duda de ser la reencarnación de Don Rodrigo Díaz de Vivar, podré aprender rememorando lo que allí sucedió.

\*\*\*

No me arrepiento de haberle regalado el carrito de la compra al obrero de chaleco naranja, a pesar de sus menosprecios hacia el maestro. Además, yo no estaba para arrastrar ningún vehículo, ni siquiera un no-vehículo.

He decidido abandonar la calma mental durante mis paseos con Ramona. Creo que se ha establecido una tácita declaración de guerra entre mi perra y yo, al menos en lo que respecta al tiempo en el que transcurren esos malditos paseos, porque luego, ya en casa, nuestra relación recobra su armonía y calma tradicional, llena de momentos apacibles como los que se dan cuando nos tumbamos ambos en el sofá de cara a un buen documental de naturaleza, y ella reposa sus 25 kilos sobre mi cuerpo al tiempo que comienza a emitir unos ronquidos de tal magnitud, que al final sólo duerme mi perra, bueno y Ella también, que casi siempre se encuentra tumbada en el sofá de al lado contemplando teóricamente el mismo documental de naturaleza, pero en verdad durmiendo profundamente a pesar de los ronquidos de Ramona.

Sin embargo, durante los paseos, esa entrañable bull dog se convierte en un ser poseído por fuerzas demoníacas de muy difícil, si no imposible, control. Hace un mes probé con acompañarme de un ejemplar del periódico ABC, enrollado, eso sí, para darle mayor consistencia. La elección de este medio de comunicación para acompañarnos en los paseos cotidianos, pero sólo en los vespertinos ya que en los matutinos la perra está tan dormida que no sufre ningún ataque de esquizofrenia, no fue por su tendencia conservadora, políticamente hablando, sino por ser de mayor corpulencia y solidez que el resto de periódicos, locales o nacionales, y dado que su uso iba a ser no el de elemento informativo sino el de arma disuasoria, no cabía duda de que sería la mejor elección, aunque reconozco que durante unos minutos estuve en el quiosco enrollando un ejemplar de El País y dándome golpecitos con él. Sin embargo, después de cotejar la consistencia de ambos y su manejabilidad, me decidí por el diario conservador relegando al más progresista como una segunda opción. Por supuesto al quiosquero no le di ninguna explicación acerca de mi elección, a pesar de sus miradas inquisitorias.

Durante un par de semanas el ejemplar del ABC ha dado muy buenos resultados, y cada vez que Ramona sufría su esperado ataque y comenzaba a morder compulsivamente la correa a la par que lanzar su pesado cuerpo sobre mi rodilla derecha, ya de por sí bastante maltrecha, procedía yo a proporcionarle unos cuantos golpes de periódico. Esto funcionó bien al principio, y el ABC pareció poseer unas capacidades disuasorias verdaderamente formidables. Sin embargo, Ramona perdió progresivamente el miedo al rotativo y, curiosamente, sus episodios de locura transitoria se fueron incrementando en intensidad aunque no en duración. No pasaron ni tres semanas completas, cuando mis paseos con Ramona se habían convertido en un verdadero espectáculo para los vecinos del pueblo, y mi apariencia en lugar de ser la de un apacible budista en prácticas, era la de un especialista en exorcismos caninos, algo que no estaba dispuesto a seguir permitiendo. Debía recuperar mi flemática apariencia lo antes posible, o el vecindario posiblemente podría achacarme la responsabilidad de cualquier desgracia que ocurriese en el pueblo. Ya se sabe que cuando en un pueblo de pequeñas dimensiones ocurre alguna desgracia, la culpa siempre es del raro.

Con todas estas circunstancias, me he visto en la obligación de cambiar el ya deshojado ejemplar de ABC, por mi paraguas. Y de los paseos realizados hasta el momento puedo ofrecer los siguientes datos:

- 2 paseos con el paraguas en perfecto estado, en el que han sido suficientes tres mamporros en la cabeza, para que el ataque de locura transitoria de Ramona, fuera cortado de cuajo.
- 2 paseos con el paraguas ya sin mango pero con las capacidades disuasorias intactas, incluso mejoradas ya que en lugar de tres mamporros han sido suficientes sólo dos.

Espero que en el transcurso de las siguientes semanas, el número de golpes en la cabeza necesarios para cortar los ataques de locura transitoria de Ramona, vayan reduciéndose hasta

incluso desaparecer, recuperando yo así mi imagen de apacible y normal vecino. Sin embargo, hay una cosa que me preocupa, y es el hecho de que ahora estamos en plena estación invernal con lo que pasear con un paraguas, aunque sea sin mango, no produce mayor sorpresa en aquellas gentes con las que nos cruzamos Ramona y yo, pues siempre podría ponerse a llover inesperadamente, a pesar de que en estas tierras mediterráneas la lluvia no se deja ver con mucha frecuencia. Pero una vez que llegue la primavera, y no digamos el verano, la presencia de un paraguas en mi mano sí que podría llamar la atención de los vecinos, pudiendo volver a perder mi normal apariencia para dar paso a un grado de anormalidad peligroso en caso de desgracia en el pueblo.

Tampoco estoy dispuesto a cambiar el paraguas sin mango por el bastón de mi abuelo, porque el bastón no está mullidito como el paraguas y podría hacerle daño a Ramona en caso de tener que asestarle de nuevo mamporros en la cabeza, algo que no estoy dispuesto a considerar ni siquiera a costa de perder mi aspecto de normalidad ante el vecindario. Por otro lado, tampoco estoy dispuesto a permitir que mi preciado bastón, sufra desperfecto alguno a causa de los ataques de Ramona.

Además, mi perra acaba de pasar por un episodio de depresión algo intenso, debido a la presencia en estas recientes fechas navideñas de nuestro vástago, su mujer y el hijo de ambos, es decir, nuestro vastaguito. A pesar de que Ramona no ha mostrado nunca episodios de locura transitoria mientras está en casa, sin embargo su naturaleza pesada y fuerte, junto con su incontrolable inclinación a saltar sobre cualquier amigo o familiar que venga a visitarnos, para propinarle todo tipo de besos y lametones, nos ha hecho tomar la terrible y difícil decisión de tener que dejarla encerrada en la cocina durante largas horas, sólo claro está mientras dura la estancia de esta querida visita familiar. No deja de ser irónico el hecho de que el primer dueño de Ramona fuera, precisamente, nuestro hijo, aunque pronto tuviera que regalárnosla por motivos que ahora no vienen al caso.

Sin embargo, tengo que estar absolutamente agradecido a la visita que nuestro vástago y su familia nos han hecho durante estos entrañables días navideños, y no sólo por la visita en sí, sino porque gracias a esta circunstancia he podido constatar un hecho que nunca podría haber imaginado si no llega a ser, como es habitual en los grandes descubrimientos, debido al fruto de la casualidad. Y ese increíble descubrimiento es, nada más y nada menos, el comprobar fehacientemente que El Cid se manifiesta a través de mi inconsciente.... bueno, en realidad no el Cid desde su experiencia vital del siglo XI, sino nada más y nada menos que Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia, seguramente una de las reencarnaciones del caballero castellano.

Todo comenzó a desvelarse el día que celebrábamos el 2º aniversario de nuestro vastaguito. Habíamos preparado una bonita fiesta de cumpleaños y encargado una enorme tarta con la figura del famoso ratón Mickey Mouse en la parte superior de la misma. También decoramos todo el comedor de la casa con un montón de globos, algo que casi me cuesta una lipotimia puesto que mientras que nuestro hijo inflaba unos cuantos de esos globos mediante un inflador manual yo, para demostrar la estupenda capacidad pulmonar que todo buen seguidor de las prácticas budistas debe tener, debido a las meditaciones con respiraciones profundas, preferí inflar los globos de forma tradicional, es decir con la boca, pero al cabo de tres globos inflados comencé a sentir un mareo preocupante acompañado de ese sudor frío que caracteriza a toda buena lipotimia. Debido a esta contrariedad, me excusé momentáneamente diciendo que debía ir urgentemente al baño, pero en realidad la urgencia fue par tomarme una copa de coñac con la que recuperarme de la más que probable bajada de tensión que acababa de sufrir.

Ya con mi estado físico completamente restablecido, oigo que tanto Ella como nuestro vástago, me indican en voz baja que ya podemos entrar todos al comedor y comenzar a cantar el cumpleaños feliz. Sin embargo nadie me avisó que la mujer de nuestro querido hijo, es decir nuestra querida nuera, había colocado en una pequeña mesa de esa habitación, un teléfono móvil de última generación con su dispositivo de cámara de vídeo activado, para realizar un pequeño reportaje del momento estelar, osea ese en el que nuestro nieto debía entrar en el comedor al oír los cánticos del

feliz cumpleaños y descubrir todo aquel espectáculo, es decir, globos de colores por todas partes, una gran tarta con su preceptiva vela llameante en forma de número dos, una enorme cara de Mickey Mouse en la tarta y, por supuesto, unos cuantos paquetes de regalos dispuestos a ser desenvueltos y abiertos para descubrir su contenido.

Pero cuando nos dispusimos a ver el tan esperado vídeo, que nuestra nuera había filmado con su teléfono móvil de ultimísima generación, después claro está de haber contemplado cómo el pequeño abrió todos aquellos paquetes, y de que hubiésemos comenzado a deleitarnos con la tarta, de exquisita textura y muy bien preparada todo sea dicho, comprobamos con una gran decepción, y yo con un gran bochorno, que al entrar en el comedor uno por uno, todos nos íbamos colocando en distintos lugares de la sala, sólo que mi cuerpo fue a dar justo delante del teléfono móvil que estaba registrando el momento, por lo que el reportaje en su conjunto podía resumirse en la contemplación de parte de mis posaderas junto con mi brazo derecho y mi mano colgante, eso sí mientras se oían todas la voces de los allí concurrentes, incluidos los gritos de emoción del pequeño homenajeado.

—¿Pero cómo se te ocurre ponerte delante, hombre? —me dijo Ella en un tono algo molesto.

—Es que nadie me avisó que se estaba haciendo una filmación del evento.

—Caray, pero si sale una luz cegadora del móvil y se ve a la legua que está grabando —continuó Ella en el mismo tono molesto y con cierta cara de serpiente venenosa a punto de morder a su víctima.

—Es que sólo se ve tu culo y la mano esa colgando y moviendo los deditos... ¡pues nos has chafado el recuerdo!

—Bueno no os preocupéis, yo estaba grabando también con mi propio móvil y algo ha quedado registrado —comentó nuestro hijo de forma salvadora para mí, justo en el momento en que mi persona iba a ser ajusticiada allí mismo y delante del pequeñín.

Una vez relajado el ambiente, yo me dediqué a mirar de nuevo aquel sorprendente vídeo realizado minutos antes y en el que, efectivamente, aparte de mi posadera derecha se podía apreciar cómo mi mano, también derecha claro está, realizaba una serie de movimientos con sus dedos de los que yo no había sido en ningún modo consciente. Era como una especie de tamborileo que los dedos índice, anular y corazón, realizaban sobre el dedo pulgar que estaba doblado hacia el centro de la palma.

—¡Pero qué haces mirando eso, si no se ve nada más que tu culo! —me dijo Ella, esta vez sin cara de serpiente venenosa e incluso emitiendo una risita que reflejaba lo relajado del ambiente.

—Es que me gusta oír los gritos de emoción del pequeño —le respondí de forma inmediata sin desvelar la gran sorpresa y preocupación que aquel acto compulsivo e inconsciente estaba provocando en mi persona.

—¿Me podéis mandar una copia de este vídeo a mi teléfono? —le pregunté a nuestra nuera, aprovechando que entonces disponía yo también de un teléfono de ultimísima generación, al que se le podían (y aún se puede) enviar todo tipo de imágenes y filmaciones.

—¿Pero te refieres al que ha hecho tu hijo, no?

—No, no, yo quiero este en que se oyen la voces del pequeñín cuando descubre la fiesta.

\*\*\*

No puedo decir el número de veces que habré visionado ese providencial reportaje teóricamente frustrado. En un principio todo ese tamborileo de mis dedos no me transmitían absolutamente nada, aparte de una gran desazón por comprobar cómo mi cuerpo emitía movimientos rítmicos y casi podríamos decir que espasmódicos, sin mi permiso consciente, es decir de forma por completo involuntaria.

Pero al cabo de un par de días dedicándome al estudio de ese interesantísimo documento



gráfico, comencé a sospechar que detrás del mencionado tamborileo muy bien podría haber un mensaje cifrado y, claro está, qué mejor manera de cifrar un mensaje rítmico que mediante el código morse.

Rápidamente busqué el primer sitio on-line que me proporcionara el famosísimo código y, sin más dilaciones, comparé el movimiento de mis dedos con las claves para descifrar el código. En un primer momento mi corazón se sobresaltó al creer que allí se estaba emitiendo un S.O.S., algo aterrador pues pensar que desde mi inconsciente se estaba lanzando una llamada de socorro, me pareció no sólo sobrecogedor sino verdaderamente espeluznante. Sin embargo, una vez relajado y dispuesto a cotejar de nuevo los movimientos digitales de mi mano derecha con el código Morse, pude comprobar que después de los tres primeros golpecitos breves no venían tres golpecitos largos, tal y como corresponde a un verdadero S.O.S., sino que antes de eso parecía que mis dedos corazón y anular emitían un punto- raya. Luego ya vendrían las tres rayas y después de estas un punto- raya- punto. En definitiva, todo ese tamborileo parece que estaba retransmitiendo la palabra SAOR.

Por supuesto, mi investigación no podía terminar ahí, en la irrefutable prueba de que mi mano decía “saor” al menos en un par de ocasiones... ¿pero qué demonios significaba eso? No tardé mucho en saberlo, porque una vez extraída la palabra, el resto sólo era cuestión de paciencia y de eficiente búsqueda en los sitios on line adecuados.

PREGUNTA: ¿Qué significa el término saor?

RESPUESTA: Quiere decir “libre” en el idioma gaélico escocés.

PREGUNTA: ¿Pero por qué mi mano gritaba la palabra libre y, además, en escocés?

RESPUESTA: Porque creo que en realidad era la voz del Cid, que a través de su posible reencarnación en Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia, propinaba esos gritos en código morse.

PREGUNTA: ¿Entonces el Cid se reencarnó en Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia?

RESPUESTA: Podría ser, pero de esto no puedo estar seguro por ahora.

Después de este mundo Zen conmigo mismo, es hora de analizar con más detalle la situación.

De todo esto, podemos deducir cosas como que si mi mano se pone a emitir en código morse, y sin mi consentimiento, la palabra “libre” en idioma gaélico-escocés, es que detrás de esto hay una fuerza externa que lo produce. Y si hasta el momento había llegado a la conclusión, después de varias pruebas y constancias irrefutables, de que el Cid se ha reencarnado en mi ser, lo lógico es pensar que antes de reencarnarse en mi persona lo hubiera hecho en otras muchas durante estos novecientos años que separan su existencia como caballero épico, de la mía como guía turístico (pero de elevado nivel espiritual, claro está). Y de entre esas posibles reencarnaciones, ¿por qué no podría haber elegido precisamente a un descendiente suyo?... ¿y qué descendiente del Cid era escocés?..... pues Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia, nacido en 1566 en Edimburgo y muerto en Cheshunt en 1625.

El mencionado Jacobo, resulta que fue un gran defensor e impulsor de la cultura del momento, incluido nada más y nada menos que el mismísimo Shakespeare. Esto me hace pensar, que con esta reencarnación, el Cid pusiera su primera piedra en la construcción del proceso de liberación de todo el Karma negativo acumulado en vidas anteriores, y sobre todo en aquella existencia que tuvo su origen en el pequeño pueblo burgalés de Vivar.

Esto también encaja con la inclinación que he tenido durante los últimos meses a escuchar una y otra vez, incluso hasta provocar las protestas de Ella, la música para laúd recogida en el

conocido como “Manuscrito de Rowallan”. Resulta que la música de este libro está escrita, o al menos recopilada, hacia 1620, con lo que muy probablemente el rey Jacobo, como buen amante de las artes, escucharía estas deliciosas piezas durante los últimos años de su vida.

Y ahora, yo, casi cuatrocientos años después, vuelvo a escucharlas de forma podríamos decir que compulsiva. ¿Por qué?... pues porque todo son llamadas que mis vidas anteriores me lanzan para que finalmente las libere a todas ellas de su ciclo infinito de reencarnaciones.

Esto no quiere decir que yo haya sido todos y cada uno de los descendientes del Cid, sino sólo aquellos en los que el ilustre burgalés decidió reencarnarse, y por ahora sólo me consta que fuese Jacobo, hijo de María Estuardo, hija de Enrique VII e Isabel, hija esta de Eduardo IV de Ruan, hijo éste de Ricardo Plantagenet que fue nieto del rey Eduardo III de Inglaterra, nieto a su vez de Eduardo I y Leonor de Castilla. La tal Leonor era biznieta nada más y nada menos que de Leonor de Inglaterra y Alfonso VIII. ¿Y de quién era biznieto Alfonso VIII?...¡¡¡¡¡pues de Cristina Rodríguez!!!.... UNA DE LAS DOS HIJAS DEL CID.

De entre toda esta prole, seguramente que el Cid decidió reencarnarse en más de uno, pero donde encontramos una verdadera voluntad, en cuanto a encontrar el camino de la liberación espiritual, es en Jacobo el edimburgués.

Tanta responsabilidad se está convirtiendo en una pesada carga para mí, tan pesada que pienso a veces en Frodo, el protagonista también épico de la irrepetible trilogía “El señor de los anillos”. Quién sabe si el Cid se encarnó, además, en Tolkien, y éste al descubrirse como continuador de personajes históricos de tal magnitud (quizás a él le pesase más lo de ser una nueva versión de Jacobo I, que del Cid) en lugar de dedicarse a estudiar el Zazen, malinterpretó el mensaje de sus vidas anteriores y se puso a escribir acerca de elfos, enanos y hobbits, con lo cual no conseguiría liberarse de su Karma negativo acumulado, y ha tenido que continuar eligiendo otros cuerpos hasta dar con el mío.

\*\*\*

Toda mi vida está cobrando ahora sentido. Acabo de caer en la cuenta de que nuestro viaje de novios (el de Ella y el mío, por supuesto) no lo hicimos a cualquier sitio.... ¡nos fuimos a Escocia! Y está claro el por qué de esa elección. Si me pusiera a recordar aquel viaje, seguro que saldrían llamadas de atención que Jacobo / Cid me estarían lanzando por cada rincón de los que visitamos, incluidas las Islas Orkney.

Antes que nada, quiero expresar mi más sincero reconocimiento al paraguas sin mango, pues su labor coercitiva está dando unos resultados maravillosos. Ramona está reprimiendo sus ataques de locura transitoria de forma casi absoluta. Es verdad que todavía amaga con sufrir el ataque, pero un sólo toque de paraguas y se acabó el amago. El único problema es que el maldito anticiclón se ha quedado parado en esta parte de España y no se va ni a tiros, con lo que el buen tiempo reina cada día que pasa, y eso que estamos todavía invierno. Por culpa del anticiclón, mi apariencia de cara al vecindario no ha recuperado toda la normalidad que cabría esperar y desear, pues ya son varias las veces que he observado a algún maleducado que se queda mirando mi paraguas como preguntándose por qué llevo dicho complemento mutilado en días tan soleados. Espero que el mal tiempo vuelva pronto, o de lo contrario me veré en la obligación de retomar un ejemplar del ABC para que me acompañe en los paseos con mi perra, aunque esta vez creo que lo reforzaré con el suplemento dominical. Todo, antes que ser el raro del pueblo a quien achacar cualquier contrariedad o desgracia que acontezca en esta pequeña comunidad.

Por lo que respecta a mi proceso de liberación kármica, creo imprescindible interiorizar los sucesos acontecidos hace ya más de dos años, y perdonar cualquier posible daño que a raíz de aquellos sucesos pudiera haber ocasionado a alguna otra persona así como a mí mismo. Sólo de esta manera, podré eliminar el karma negativo acumulado, fruto de una mala interpretación por mi parte de las señales que el Cid me estaba mandando por aquellos días, o lo que es lo mismo, las señales que mi yo esencial emitía utilizando como medio de comunicación mi mente inconsciente.

Recuerdo que después de haberme topado con aquella figurita del Cid, en el hipermercado habitual donde Ella y yo realizamos normalmente nuestro avituallamiento, y de proceder a la inducción de un par de sueños cidianos, me encontraba yo en una situación proclive a pensar que mi vida estaba en alguna forma relacionada con la del insigne burgalés, pero nunca podía suponer hasta qué extremo llegaba la susodicha relación.

La mala interpretación de aquella llamada de atención que el inconsciente me estaba lanzando, vino en cierta medida condicionada por una experiencia que había tenido años antes en el cercano pueblo de Quintanabaldosa<sup>4</sup>, donde en una ocasión el camarero de una cafetería-panadería me dijo, en el momento en que iba a abonar la consumición de unos cafés que habíamos tomado Ella y yo en compañía de nuestro amigo ruso Iván, que estaba convencido que yo había sido abducido y que mi sola presencia me delataba. Esta posible condición de abducido me hizo pensar que quizás ese rapto por parte de seres extraplanetarios había tenido una intención concreta, y que seguramente yo estaba destinado a realizar alguna misión determinada en la vida, tal y como me había dicho mi familiar cosmopolita en aquel paseo navideño, aunque él luego me haya desmentido esto, desconociendo por completo la realidad de su afirmación seguramente en estado de inconsciencia.

Así que con todos esos antecedentes, creí que mi destino sería el de combatir de igual forma que lo hizo el caballero Rui-Díaz, pero en lugar de hacerlo contra las huestes almorávides yo lo haría contra los zoófagos de nuestra sociedad. Pensaba que el Cid era únicamente un modelo de caballero a imitar, razón por la cual me propuse realizar yo mismo un juramento en la iglesia de Santa Gadea, donde cuenta la tradición que Rodrigo Díaz de Vivar le hizo jurar a Alfonso VI que no había tenido nada que ver con la muerte de su hermano Sancho, señor del Cid, a quien éste había servido como alférez. A estas alturas todos sabemos que tanto Alfonso VI como su hermana Urraca, se compincharon para deshacerse del pobre de Sancho.

Pero pensé también que yo sólo no podría llevar a cabo esa importante misión de

---

4 Cercano no a Burgos, sino al pueblo donde Ella y yo residimos.

regeneración ético-alimentaria, para convertir al vegetarianismo el mayor número de personas, no por imposición claro está, sino haciéndoles ver lo incoherente que es el comerse animales a los que ellos mismos serían incapaces de matar, y a los que se les tortura hacinándoles en espacios de dimensiones reducidas y condiciones higiénicas deplorables. De manera que la mejor forma de emprender mi personal cruzada, sería formando yo mismo una mesnada de caballeros éticos, emulando así al Cid y sus mesnaderos de finales del siglo XI. Sin embargo, los hechos no terminaron bien y mi mesnada tuvo que ser disuelta bajo graves amenazas de Ella y, todo sea dicho, de la Guardia Civil.

## COMPONENTES DE LA MESNADA ÉTICO-ALIMENTARIA

Caballero principal: Yo

Caballero mesnadero 1: Melchora

Caballero mesnadero 2: Evaristo

Caballero mesnadero distante 1: Pauleño

Caballero mesnadero distante 2; Yoli.

Pero todo empezó unos meses antes de la formación de la susodicha mesnada, cuando una vez realizada mi propia jura en la iglesia de Santa Gadea (ahora llamada Águeda, muy desacertadamente por cierto) me di cuenta de la siguiente verdad absoluta:

***Un caballero sin mesnada, ni es caballero ni es nada.***

Sin embargo, para poder sacar las conclusiones necesarias de todo este episodio de mi biografía reciente, creo necesario ordenar cronológicamente los acontecimientos.

Me parece muy interesante interpolar aquí un extracto del diario que por aquel entonces estaba escribiendo con la intención de reflejar en él los resultados de mis investigaciones cidianas y poder llegar a la conclusión final de cuál era mi misión particular en la vida, aquella misión a la que se refirió mi sobrino erudito en el ya mencionado paseo navideño.

*10 de febrero. 11 horas 3 minutos. (por fin desayunados)*

*Ahora, ya desde la tranquilidad que ofrece la ingestión de un café con leche y unos panecillos regados con un buen aceite de oliva, me veo en las condiciones adecuadas para llevar a cabo las anotaciones pertinentes en la actual entrada de este diario. Sin embargo, antes de comenzar a registrar aquellos acontecimientos que ya debería haber anotado ayer por la noche, pero que debido a mi inoportuna torcedura de tobillo y consecuente caída arrastrando conmigo a Ella, se vieron aplazadas hasta la mañana de hoy, quiero dejar constancia de que previamente al desayuno en el bar de la izquierda, según se sale de nuestro pueblo, me he visto sometido a la dolorosa depilación de un un par de pelos largos y rizados, que según Ella me asomaban por las cejas y me aportaban un aspecto poco agraciado. Pienso que a los del bar de la izquierda les importa un pimiento los pelos de mis cejas. Pienso sin embargo que el haberme mostrado dócil ante esa dolorosa depilación, ha sido una buena idea, y que posiblemente haya contribuido a relajar su estado emocional, y olvidar lo del roto en la pernera derecha de sus queridos vaqueros, como consecuencia de nuestra caída.*

*En cuanto a las anotaciones que debería haber registrado ayer, pero que lo hago ahora con el tobillo en muchas mejores condiciones, gracias a la crema antiinflamatoria y analgésica, tengo que decir, que la lectura de la biografía del Cid, escrita por el insigne historiador Menéndez Pidal, me está aportando información de un valor inestimable de cara a los siguientes pasos a tomar en la investigación sobre el sentido de mi vida planetaria. Da la casualidad que, justo el día 7 de febrero, día de Santa Águeda, estaba yo ensimismado leyendo el acto de juramento del Rey Alfonso VI al que se vio sometido por el mismísimo Cid en la iglesia de Santa Gadea de Burgos. Debo anotar aquí que el Cid le hizo jurar por tres veces a Alfonso VI, que no había tenido nada que ver en la muerte de su hermano Sancho II el fuerte. Quiero especificar que el nombre de Gadea, es el mismo que Águeda o que Ágata. Quiero especificar también, que en el siglo XII existían unas iglesias juraderas donde los reyes, y otros personajes, se sometían a juras de este tipo, y que entre estas iglesias destacaban las de San Vicente en Ávila y la de Santa Gadea en Burgos. No quiero quitar fundamento a las hipótesis del insigne Menéndez Pidal, pero desde mi condición de doctor en historia me puedo atrever, y de hecho me atrevo, a levantar aquí una hipótesis sobre la posibilidad de que esas iglesias juraderas fueran lugares con un alto grado comunicativo a nivel extraplanetario. Es decir, que tanto las iglesias de San Vicente como Santa Águeda, fueran verdaderas autopistas de la comunicación alienígena.<sup>5</sup>*

*Pienso que, sea como sea, tengo que dirigirme a alguna de esas iglesias juraderas para realizar mi propio juramento. Después de informarme, de manera on-line, sobre las características de cada una de estas iglesias tan especiales, descubro que en la basílica de*

<sup>5</sup> Conviene aclarar que cuando escribía estas anotaciones, era de la convicción de que tanto mi persona como la del Cid fueron sometidas a una o varias abducciones por parte de seres extraplanetarios.

*San Vicente se dio sepultura a los hermanos mártires Vicente (de Ávila), Sabina y Cristeta. Por otro lado, la iglesia de Santa Gadea estaba erigida en honor a la mártir Santa Águeda, que fue mutilada y desposeída de sus pechos. Pienso que en la imaginería se representa a esta santa con sus pechos en una bandeja. Pienso que la representación secular que se ha hecho de esos pechos, cortados y colocados en una bandeja, se parecen de forma casi descarada, a un par de antenas GPS. No cabe duda, a mi parecer, de la alusión que estas antenas, destinadas a captar la señal de los satélites que orbitan alrededor de nuestro planeta, representan a la hora de indicarnos a los pobres y limitados terrícolas, la analogía pechos—antenas. Creo que este simbolismo es una clarísima referencia a la altísima capacidad comunicativa, a nivel extraplanetario claro está, que poseen las iglesias levantadas en honor a esta santa. Pienso que los extraterrestres decidieron utilizar dicha simbología ya que en aquella época nadie, ni siquiera el Cid, hubiera entendido la utilidad de una antena GPS. Decido en este mismo momento que en un futuro próximo debo dirigirme a la iglesia de Santa Gadea de Burgos para realizar mi propio juramento. Pienso que ya es hora de que me dirija a una iglesia juradera de tan alto prestigio como esta, y a pesar de mi condición de ateo convencido, encomendarme a la inteligencia extraterrestre y jurar (tocando un objeto sagrado tal y como se hacía en tiempos del Cid) cumplir fielmente la misión particular que debo acometer en mi vida, al menos hasta que las fuerzas me lo permitan, ya que pasados los noventa años no sé si seré capaz de mantener en firme este juramento realizando trabajos de campo. Pienso, sin embargo, que con noventa y tantos todavía podría realizar labores divulgativas difundiendo mis teorías alimentarias a través de diferentes publicaciones, en papel o quizás para entonces sólo on-line.*

Dentro de lo que podríamos calificar como antecedentes al viaje catártico me parece ineludible mencionar los otros dos sueños cidianos que sufrí, inducidos de diferente forma pero con resultados que ahora puedo entender mejor desde mi nueva perspectiva budista. El primero de estos sueños surgió al quedarme dormido mientras escuchaba la famosa pieza “Música para cuerda percusión y celesta” del compositor húngaro Béla Bartók. Por aquellos días estaba yo investigando la posible relación entre los años de nacimiento y fallecimiento de algunos compositores con su probable condición de abducidos o incluso multiabducidos. Como desarrollar esa teoría aquí me alejaría mucho de los propósitos de estas anotaciones, prefiero dejar esa investigación, interesantísima por otro lado, para ocasiones más pertinentes, y pasar directamente al sueño que tuve en plena audición de esa maravillosa pieza para tan curioso conjunto instrumental. Sólo como pequeña muestra de lo que venían a ser estas investigaciones, dejo aquí un brevísimo extracto del diario ya mencionado y varias veces traído a colación.

*11 de febrero. 20 horas 5 minutos.*

*Después de dos horas de investigación sobre los años de nacimiento y defunción de los principales compositores de la historia de la música, he llegado a una terrible conclusión: la mayoría de ellos han sido muy probablemente abducidos al menos en una ocasión. Todavía no he superado la impresión que me ha causado la constatación del número ingente de compositores que han nacido y / o muerto en un año alienígena. Quiero dejar bien claro que otorgo la calificación de año alienígena a aquellos años en los que la suma de las cifras que lo componen, da como resultado una de las tres cartas del Tarot referentes al espacio extraplanetario, como son la Estrella (nº 17), la Luna (nº 18) y el Sol (nº 19). Quiero también volver a insistir, tal y como deduje después de ver aquel documental sobre avistamientos OVNI en Europa, que durante estos años el número de avistamientos y abducciones es probablemente muchísimo mayor que en años, digamos, “normales”.*

*Según esto, los compositores que tienen en su biografía al menos uno de estos años en la fecha de su nacimiento o muerte, son interminables: Albéniz, Arriaga, Beethoven, Elgar, Fauré, Frank, Gluck, Grieg, Hadyn, Mendelssohn, Moussorgsky, Palestrina, Rossini, Schubert, Richard Strauss, Turina... etc.*

*Sin embargo, el número de genios musicales que tienen los dos años principales de su biografía, como años alienígenas, ya son menos. Quiero anotar por orden alfabético que son: Bartók, Debussy, Mozart, Prokofieff, Rimsky Korsakoff y Stravinski (a parte de Rameau, claro está). Resulta obvio, pues, que los compositores rusos tienen mayor predisposición para contener años alienígenas en sus biografías.*

*En estos momentos, estoy pensando que quizás en lugar de rehuir la música de estos genios, probablemente manipulados por las inteligencias extraplanetarias, quizás lo mejor que pueda hacer es comenzar a escucharla desafortadamente para observar los efectos que operan en mi mente. Quiero comprobar si la música de esos compositores, por otro lado tan cercanos a mi sensibilidad acústica, generan algún tipo de visión o información extrasensorial, que me aporten datos complementarios a la investigación en la que estoy inmerso. Pienso que lo mejor será empezar por orden alfabético.*

*Acabo de decidir que la primera obra musical que someteré a su análisis para intentar extraer de ella información extrasensorial, será la “Música para cuerda percusión y celesta”, del insigne compositor húngaro, Béla Bartók.*

*Por ahora, sin más novedad.*

## 2º SUEÑO CIDIANO (AUNQUE DE INDUCCIÓN NO CIDIANA SINO BARTOKIANA)

El Sol y la Luna aparecen juntos, superpuestos la una sobre el otro. Al cabo de un tiempo relativamente corto, aparece únicamente el Sol. Surge en mí un sentimiento de euforia al mismo tiempo que aparece la imagen de un teatro griego. ¿Tengo que subir al escenario para actuar?... no lo sé. Inmediatamente desaparece todo ese escenario y aparece Doña Jimena desnuda a la entrada de un bosque.<sup>6</sup> Reconozco ese bosque (seguramente por ser el mismo que aparecía en mi 1º sueño de inducción cidiana). Doña Jimena me pide ayuda, pero yo siento vergüenza porque estoy en calzoncillos, lo cual me hace sentir cierta humillación y no sé cómo puedo ayudarla de aquesta guisa. Siento nervios. También siento frío. De nuevo aparecen el Sol y la Luna superpuestos. Surge en mí un sentimiento de angustia, pero ese sentimiento se desvanece cuando vuelve a aparecer Doña Jimena esta vez tapada hasta el cuello. Luce un bonito traje rojo y largo, tan largo que lo arrastra un poco al caminar. Me parece distinguir una especie de corona en su cabeza. Soy consciente de que Doña Jimena sigue queriendo que le ayude. Aparece el Cid buscando mesnada para poder recorrer los caminos como debe hacerlo todo buen caballero que se precie. El Cid aparece con su barba cumplida y una capa descolorida unida por una fibula que consiste en una estrella de cinco puntas. De repente la mano grisácea de un extraterrestre le ordena desde el cielo que realice alguna cosa, pero no sé que cosa le ordena. Al Cid se le incendia la barba. Ahora aparece un Sol grande y una Luna

---

<sup>6</sup> No entiendo muy bien la manía de Doña Jimena por aparecer desnuda en mis sueños inducidos. Hasta ahora no le he comentado a Ella nada acerca de las apariciones en cueros de Doña Jimena en mis sueños inducidos, para evitar que piense que me estoy provocando sueños de tipo erótico debido a alguna perversión histórico—libidinosa.

pequeña. Una mariposa vuela libre. Sigo a la mariposa, pero me encuentro a un hombre ahorcado. Junto al ahorcado hay un juez y una jueza. El juez y la jueza me destierran. Tengo que dejar mi casa y mi familia. Me coloco una armadura y salgo galopando encima de un caballo blanco. Un extraterrestre con dos enormes ojos me dice dónde tengo que ir, lo que me produce un sentimiento de ansiedad por no entender las órdenes del extraterrestre. Alguien me recompensa. Alguien me da dinero pero el número siete se hace presente, crece y crece. Ahora el número siete parece que se va a caer y aplastarme, me angustia, oigo voces que casi son gritos, alguien me dice que qué estoy haciendo, yo le digo que cuidado con el siete, ese alguien me dice que no diga tonterías, yo le grito que se vaya, que el siete se va a caer, siento que me agarran justo cuando el siete se comienza a tambalear, abro los ojos y veo a Ella cogiéndome del brazo.

Aquel sueño se vio drásticamente interrumpido cuando Ella vino a despertarme bastante alterada, diciéndome con cara de avestruz que esa música le daba mucho miedo, y que qué hacía dormido encima de la mesa de mi escritorio, que parecía un borracho y que eso todavía le asustaba más. Recuerdo que preferí no mencionarle ni el contenido del sueño, ni el por qué del mismo. Recuerdo que le dije que su miedo a esa música venía de la maldita película de Stanley Kubrick titulada *El resplandor*, que utilizaba como parte de la banda sonora justo la *Música para cuerda percusión y celesta* de Bartók. Pienso que deberían destruir todas las copias de esa película para evitar que más gente pueda asociar esa maravillosa música del genial compositor húngaro, y casi con toda seguridad abducido en múltiples ocasiones, con la persecución de un tarado asesino fuera de control. Recuerdo que Ella me dijo que no se había acordado para nada de esa película, e insistía en que la música daba mucho miedo.

Por el contrario, la genealogía del tercer sueño cotidiano fue de índole bien distinta. La serie de acontecimientos se originaron en uno de mis paseos con Ramona, en el que fui consciente de que mi cabeza y barba sufrían los efectos de una potente dermatitis seborreica con su consiguiente floración de caspa, en cantidades digamos que alarmantes. Justo al agacharme para recoger cívicamente los excrementos que mi perra acababa de depositar en la acera, vi con ligero espanto que mi abrigo, de color oscuro, estaba adornado con un montón de motas blancas a la altura del pecho. Este detalle me hizo sospechar lo peor y, acto seguido, torcí la cabeza hacia ambos lados para comprobar el estado de las hombreras, lo que confirmó aquellas sospechas. Esa profusión de caspa en mi pecho y hombros produjo en mí una impresión tal, que no me percaté del hecho de que Ramona estaba dedicándose a comer una serie de desperdicios que había encontrado, lo cual de forma inexorable le ocasionaría después la inevitable diarrea. Este problema dermatológico, que por otro lado arrastro desde que tenía 3 años de edad, quedó muy bien reflejado en otro diario, este con formato Diario de Servicio, que llevaba paralelamente al otro, de carácter más terapéutico e introspectivo. Había decidido, ya hacía algunas semanas, emular los famosos diarios de servicio que algunos funcionarios de la Administración debían llevar hasta no hace mucho, para registrar la cotidianidad de sus faenas, incluso haciendo turnos como era el caso de los trabajos que implicaban nocturnidad añadida, es decir los fareros, jefes de estaciones de tren...etc.



*3 de febrero.*

<i>1º turno</i>	<i>Sin novedad</i>
<i>2º turno</i>	<i>Ella tiene 38'3º de fiebre. Sin más novedad.</i>
<i>3º turno</i>	<i>Ella tiene menos fiebre. Sin más novedad.</i>
<i>4º turno</i>	<i>Parece que Ella no tiene fiebre. Sin más novedad.</i>

*4 de febrero.*

<i>1º turno</i>	<i>Sin novedad.</i>
<i>2º turno</i>	<i>Decididamente Ella tiene gripe. Sin más novedad.</i>
<i>3º turno</i>	<i>Un fuerte rebrote de caspa ataca el pelo de mi cabeza y de mi barba. Me lavo bien todo ese pelo con un champú suizo. Sin más novedad.</i>
<i>4º turno</i>	<i>Ella todavía tiene algunos episodios de fiebre. Sin más novedad.</i>

*5 de febrero.*

<i>1º turno</i>	<i>Sin novedad.</i>
<i>2º turno</i>	<i>Ella parece que deja atrás la gripe, aunque está débil. Sin más novedad.</i>
<i>3º turno</i>	<i>La biografía del Cid, escrita por Menéndez Pidal me está causando honda impresión. Sin más novedad.</i>
<i>4º turno</i>	<i>Definitivamente Ella abandona la gripe. Sin más novedad.</i>

*6 de febrero.*

<i>1º turno</i>	<i>Sin novedad.</i>
<i>2º turno</i>	<i>Ella está totalmente recuperada. Recibo una invitación de los doctores de historia locales para que participe con una ponencia en un seminario sobre historia contemporánea local. Sin más novedad.</i>

3º turno *La caspa vuelve a rebrotar con bastante intensidad. Tengo que estar pendiente de que mis hombros y pecho no aparezcan cubiertos de escamillas blancas. Esta concentración me resulta agotadora. Sin más novedad.*

4º turno *Compro un champú anti-caspa francés y procedo al lavado de cabeza oportuno. Sin más novedad.*

7 de febrero

1º turno *Sin novedad.*

2º turno *Soy consciente de que hoy es Santa Águeda. Me apabulla este hecho. Sin más novedad.*

3º turno *Parece que el champú francés está funcionando.  
Sin más novedad.*

4º turno *Sin novedad.*

8 de febrero.

1º turno *Sin novedad.*

2º turno *Melchora me anuncia que la próxima semana volverá a clase de teología. Sin más novedad.*

3º turno *Noto cómo rebrota la caspa una vez más.*

4º turno *Sin novedad.*

La terrible circunstancia de que ni el champú francés ni el suizo terminasen con el fuerte rebrote de caspa al que estaba sometido, hizo que me decidiera a buscar otro producto en un establecimiento perteneciente a una reconocida cadena de tiendas alemanas. Recuerdo que me costó bastante tiempo reconocer entre toda aquella cantidad de botes identificables como champús, alguno que fuera de la modalidad anti-caspa. Finalmente, y tras pedirle ayuda a una de las dependientas, grande y sonrojada, pude comprobar que el término alemán correspondiente al anti-caspa español, no era otro que “Anti-Schuppen”. Sólo el término ya me ofreció bastante confianza y de hecho anoté esto en mi diario (en el introspectivo, no en el Diario de Servicio)

*Pienso que los franceses no tienen ni idea de tratar los problemas con la caspa. Pienso que quizás la tecnología alemana haya prosperado más en este sentido. Pienso que fue una buena idea acudir ayer a ese comercio especializado en productos alemanes. Pienso, además, que sólo la palabra “Anti-Schuppen” que aparece en el frontal del bote, ya ofrece bastante confianza. Hay que reconocer que no suena igual la expresión “Antichupen” (pronunciada así por cualquier castellano*

*parlante), que un vulgar “anti-caspa”. Por si fuera poco, también puede leerse en el mismo frontal, la expresión “professional”, que aunque lleve dos eses, no me cabe la menor duda de que se refiere a nuestro “profesional” español. La suerte está echada.*

Y desde luego que estaba echada esa suerte, pero ahora, desde mi perspectiva como estudioso de las prácticas budistas, y como alumno de un excepcional maestro iluminado, comprendo que no era la suerte que yo pretendía que fuese. En mi destino no estaba la eliminación de caspa en el cuero cabelludo, algo que por desgracia continúa, y continuará, martirizándome hasta el final de mi existencia en esta vida terrenal. Aquel producto cosmético que acaba de comprar, tenía una misión muy diferente en mi destino vital, y esa misión no era otra que la de producirme el tercer sueño cidiano, en este caso no tanto en forma onírica sino alucinógena.

Recuerdo que después de un par de aplicaciones del citado producto, mi confianza en la sabiduría germana en relación a la dermatitis seborreica, era absoluta y ciega. Pero esa ceguera dio paso a otra muy diferente y con unas consecuencias completamente inesperadas. Una vez más, creo que lo mejor es recurrir a la entrada correspondiente, escrita en el diario de aquel decisivo año.

### 3º SUEÑO CIDIANO (DE CARÁCTER ALUCINÓGENO)

*17 de febrero. 12 horas 29 minutos. (recién salido de la ducha)*

*Quiero dejar claro que aunque esté recién salido de la ducha, antes he procedido a secarme a conciencia el pelo, tanto el de la cabeza como el de la barba, para evitar posibles resfriados. Una vez especificado esto, no puedo dejar pasar ni un minuto más sin registrar en este diario la experiencia extrasensorial que acabo de sufrir en pleno lavado de cabello con el champú alemán “antichupen”. Pienso que este champú, además de ser un excelente champú para eliminar la caspa de la cabeza (y quién sabe si también la de la barba), posee unas cualidades alucinógenas que haría las delicias del mejor de los chamanes.*

*Es preciso que pase a realizar un registro pormenorizado de lo acontecido hace escasamente media hora:*

#### *1ª EXPERIENCIA EXTRASENSORIAL MEDIANTE EL USO DE UN CHAMPÚ “ANTICHUPEN”*

*He de mencionar que los diez primeros minutos dentro del cuarto de baño han transcurrido de la forma habitual y sin ningún tipo de incidencias. Una vez retirada la ropa, y ya en plena desnudez, he procedido a subirme encima de la báscula analógica (única en toda la casa) para controlar mi peso corporal. A pesar del frío reinante en el cuarto de baño, he repetido la operación de pesado en la báscula analógica tres veces, ya que al ser analógica se pueden dar falsas interpretaciones y / o lecturas erróneas de la aguja. Quiero anotar que en las tres operaciones de pesado, la aguja ha marcado lo mismo: 79 kilos. Pienso que es un buen peso para un vegetariano convencido de 1'78 metros de altura. Después del control de mi peso corporal, decido meterme en la bañera sin más dilaciones dado que el frío ya se me ha metido en el cuerpo durante el proceso de pesado. Una vez dentro de la bañera, y todavía sin novedad alguna (por usar términos del Diario de*

*Servicio) procedo a abrir el grifo del agua caliente pero sin enchufarme el teléfono de la ducha al cuerpo, para evitar quemaduras gratuitas, momento en el que asocio teléfono de la ducha a teléfono móvil de Ella, con el que se pasa las horas jugando. Controlo las ganas repentinas de desenroscar el teléfono de la ducha y dejar sólo la manguera, sin teléfono alguno. Una vez controlados esos impulsos destructivos, paso a controlar la temperatura del agua, mediante la mezcla de agua caliente y agua fría. Ya adquirida la temperatura idónea, procedo de forma urgente a mojar todo el cuerpo y quitarme el frío que se ha metido dentro del mismo. Como suele ser habitual, me doy cuenta tarde de que todavía llevo puestas mis gafas y ahora ya están todas mojadas por el agua, momento en el que paso a quitármelas y dejarlas a buen recaudo en una de las repisas de la ducha. Me sigo mojando el cuerpo y espero a que el frío interno desaparezca, lo cual me puede llevar del orden de uno o dos minutos, para luego proceder al mojado del pelo de cabeza y barba. Recuerdo que una vez mojado todo ese pelo, procedí a buscar el bote del preciado champú alemán, cosa nada fácil de realizar sin mis gafas puestas. Después de tres intentos fallidos (fallidos por haber cogido otros botes de productos que Ella utiliza para el cuidado de su pelo, y no por no conseguir agarrar ningún bote) acierto con el producto correcto al coger el cuarto bote. Siguiendo el protocolo habitual, comienzo por echar una cantidad generosa de producto en mi mano y luego aplicarla al pelo de cabeza y barba hasta conseguir la espuma adecuada, todo ello con los ojos cerrados, claro está, y el teléfono de la ducha colocado de tal forma que siga mojando algo mi cuerpo para que no se le vuelva a meter el frío dentro, momento en el que no sabría decir cómo ocurre, pero cierta cantidad de champú “antichupen” consigue entrar dentro de mi ojo derecho, instante en el que un picor de intensidad altísima invade todo ese ojo. Deduzco, ahora desde la calma que me ofrece esta silla y este ordenador, aparte de la calma que me ofrece Ramona lamiéndose todo su cuerpo al lado de mi persona, que debido a la intensidad del picor, ya convertido en verdadero dolor, debí de proceder a alguna exclamación del tipo exabrupto, con lo que al abrir la boca el champú alemán decidió entrar también en mi cuerpo a través de mis labios, con lo que además de continuar sintiendo un indescriptible picor-dolor en el ojo derecho, ahora me estaba enfrentando a la posibilidad de envenenarme como consecuencia de la ingestión de un champú “antichupen” seguramente de una alta toxicidad. Pienso que debido a esta conjunción de circunstancias, es decir, la entrada de champú en ojos y boca de forma simultánea, se produjo una reacción en mi cerebro de carácter alucinógeno, por la que mi mente comenzó a fabricar la imagen del Cid con su barba incendiada que súbitamente dio paso a un Papá Noel tocando la trompeta, eso sí con toda su barba y sin incendiar. Pienso que el fortísimo escozor en el ojo derecho junto con el ataque de pánico por miedo a envenenarme, fueron las principales causas de que no me recrease con la alucinación que estaba sufriendo en ese momento, y diera paso de forma imperiosa a echarme todo el agua posible en los ojos y resto de mi cara, a pesar de que la temperatura del agua no era la adecuada por estar demasiado caliente, y ahora además del escozor por la introducción involuntaria del champú se le sumaba la quemazón producida por todo ese agua casi hirviendo.*

*En estos momentos, y repito que desde la calma ya instalada en mi persona, recuerdo que pasados unos instantes, quizás más de un minuto aunque sin poder concretar con más exactitud, el agua comenzó a hacer sus efectos y pude incluso vislumbrar todo el mundo borroso que me rodeaba. Quiero especificar que la borrosidad de mi entorno, era debida a la falta de gafas y no tenía nada que ver con el champú alemán. El resto de la estancia en el cuarto de baño transcurrió sin más novedad.*

*Ahora me veo en la necesidad de averiguar el significado de esas imágenes alucinatorias que mi mente ha fabricado en mitad de un lavado de cabeza. Pienso que será mejor buscar estos significados antes de hacer unos champiñones con ajillo y al vino*

*blanco, mezclados con hamburguesas de calabacín. Además, Ramona empieza a exigirme su paseo específico del fin de semana, es decir el del mediodía.*

\*\*\*

Oigo los suaves ronquidos de Ella, que está dormida en uno de los sofás del cuarto de estar. Oigo los no tan suaves ronquidos de Ramona, que está dormida en el suelo del cuarto de estar. Decido dejar de escribir para sumarme a los ronquidos de ellas dado que, cosa rara, queda un sofá libre y no me tengo que enfrentar al siempre difícil trance de desplazar a Ramona para poder ocupar el espacio ganado al enemigo.

\*\*\*

Después de un par de horas de indagaciones y elucubraciones, pude llegar a la conclusión de que la trompeta del Papá Noel estaba asociada con intenciones beligerantes, al menos así lo deduje de la definición que, sobre ese instrumento, hacía el insigne Sebastián de Covarrubias en su diccionario allá por el siglo XVI. Pero mi gran sorpresa llegó cuando al investigar acerca de los orígenes de Papá Noel, es decir San Nicolás de Bari, encuentro que ¡¡¡EL EMPERADOR ROMANO LICINIO LE QUEMÓ LA BARBA!!! Rápidamente me vi en la obligación de anotar en mi diario todo lo averiguado, y esto fue lo que allí quedó registrado con la indicación “21 horas 12 minutos”, por supuesto del mismo día 17 de febrero.

*Pienso que todos los milagros que realizó en vida San Nicolás no vienen ahora al caso. Pienso que pocas veces se representa a Papá Noel con la barba incendiada, y sin embargo creo ahora con todas mis fuerzas, que esa debería ser la más genuina imagen con la que representar a Santa Claus. Tengo que reconocer en este diario, que todo esto me ha provocado tal estado de excitación, que me he visto en la obligación de servirme un güisqui sin hielo. Ahora, con el güisqui ya casi terminado, y la excitación también casi extinguida, incluso podría decir que con un ligero sentimiento de euforia, estoy en condiciones de dejar aquí registrado que estoy plenamente convencido de la conexión existente entre Papá Noel y el Cid. Ahora entiendo el por qué del Cid con su barba incendiada en mi sueño de inducción músico-cidiana. Ahora entiendo por qué Papá Noel tocaba la trompeta en la alucinación sufrida esta mañana en la bañera. Es decir, que al Cid se le incendia la barba por su relación simbólica con Papá Noel, o lo que es lo mismo, San Nicolás. Es decir, que Papá Noel toca la trompeta por su íntima conexión con el espíritu guerrero del Cid.*

*Quiero dejar aquí constancia de que ha llegado el momento de levantarse en armas. Pienso que los alienígenas están enviando un montón de mensajes crípticos a todos los humanos que hemos sido abducidos en múltiples ocasiones, y quién sabe si también a los que sólo lo han sido en una ocasión. Pienso que, siguiendo con los simbolismos del sueño inducido mediante la música del posiblemente multi-abducido Béla Bartók, y más concretamente en lo que atañe al número siete, sólo tengo de tiempo hasta el mes de julio (séptimo mes del año) para emprender mi cruzada personal, o quizás incluso para acabarla. Pienso que sería imprescindible dirigirme a una iglesia juradera mañana mismo para encomendarme a los alienígenas y prometer cumplir mi misión existencial. Pienso que debería llamar esta misma noche a nuestro familiar residente en un pueblecito de Holanda, y comunicarle todos estos descubrimientos, sin embargo creo que todavía estoy demasiado*

*alterado como para hablar y relatarle los hechos con la debida calma y minuciosidad.*

*Quiero anotar también, que he consultado en mi diccionario on-line de interpretación de los sueños, acerca del significado de una barba incendiada, pero no he encontrado nada al respecto. Compruebo que soñar que a uno le afeitan la barba es de mal agüero, pero debo ser fiel al simbolismo onírico y alucinatorio, y no trampear las interpretaciones. Pienso que no puedo interpretar como de mal agüero la imagen del Cid con su barba incendiada porque ni es afeitada ni es mi barba, sencillamente es la barba del Cid incendiada, y sobre esto no he encontrado interpretación alguna. Sólo tengo claro que, tanto al Cid de mis sueños como al verdadero San Nicolás, les incendian la barba.*

*En cuanto a la trompeta de Papá Noel, encuentro en mi diccionario on-line de la interpretación de los sueños, que soñar con un agradable sonido de trompeta es augurio de buenas noticias y éxitos. Pienso que las imágenes de las alucinaciones se deben de interpretar como si fueran imágenes oníricas. Pienso que en cualquier caso, cuando estaba en plena alucinación dentro de la bañera, no fui capaz de oír qué tipo de melodía tocaba Papá Noel con su trompeta. Pienso que al sufrir aquellos escozores insoportables en mi ojo derecho, y ante la posibilidad de estar envenenándome al mismo tiempo con el champú metiéndose por mi boca, no fui capaz de recrearme en los sonidos emitidos por aquel Papá Noel trompetero.*

*Quiero terminar el día de hoy, anotando que toda esta excitación me ha dejado muy cansado y no estoy en estos momentos en las condiciones perfectas para elaborar una teoría más pormenorizada acerca de la relación y / o conexión existente entre Papá Noel y el Cid. En cualquier caso, quiero dejar bien claro que mañana, aprovechando que me toca ir a la oficina, y no hacer de guía turístico por las calles con algún grupo de extranjeros despistados, aprovecharé la media hora habitual del café para dirigirme a una iglesia muy cercana al edificio donde se encuentra mi oficina. Quiero especificar que esa iglesia no es una iglesia cualquiera, sino una iglesia construida en honor a San Nicolás. Pienso que quizás mañana pueda realizar mi primer juramento importante, aunque ésta no sea una auténtica iglesia juradera, pero el hecho de estar dedicada a San Nicolás es ya suficiente garantía como para encontrar allí señales que me indiquen hacia dónde debo dirigir mis siguientes pasos existenciales.*

*Sin más novedad.*

Recuerdo que el día siguiente, como me encontraba con cierta ansiedad en mi estado emocional, debido a la importancia del evento al que voluntariamente me iba a someter, me pasé la primera hora y media de estancia en la oficina tecleando aleatoriamente en el ordenador, pero manteniendo una página alternativa abierta con un documento word de otro día, y así poder pasar a dicha página, escrita con la coherencia necesaria en sus frases, en caso de que alguien se acercara a mi escritorio, evitando así que viera el documento con un montón de letras dispuestas aleatoriamente y sin significado posible en ninguno de los idiomas planetarios, y seguro que tampoco extraplanetarios.

Recuerdo que cuando vi el reloj digital de la parte inferior derecha de la pantalla ofreciendo la cifra 10:30, salté de la silla y me puse el abrigo y mi gorra de invierno (dado que el día no estaba seguro y podía darse el caso de que lloviera) para salir disparado a la calle y enfrentarme a una de las ceremonias quizás más importantes de mi vida, hasta ese momento claro está, junto con la de mi boda y lectura de la tesis doctoral. Recuerdo que al cruzar la puerta de cristal (y automática) del nuevo edificio donde se encuentra mi oficina, noté el frescor del aire, momento en el que me vino a la cabeza la imagen de mi ordenador ofreciendo en la pantalla el documento word escrito al teclear de forma aleatoria. Pensé que no había tenido el cuidado de cerrar el documento aleatorio (sin

“guardar como”, claro). En realidad lo dejé abierto y en primer término pero yo estaba convencido de que el ordenador se dormiría y dejaría la pantalla en negro. Pensé que en cinco minutos ya nada habría que ver en mi ordenador, siempre y cuando nadie moviera el ratón, así que me fui tranquilo diciéndome a mí mismo que no era momento de pararse a pensar estupideces.

Encaminé mis pasos hacia la iglesia de San Nicolás, distante unos 10 minutos de mi oficina. Al llegar a la placita donde se sitúa el templo en cuestión, comprobé que las puertas de la iglesia estaban abiertas, por lo que mi estado de ansiedad se vio disparado hasta un punto algo alarmante. Pensé que quizás debería tomarme dos valerianas antes de entrar, o... mejor que dos valerianas, sería preferible entrar en el bar que está situado justo en el extremo opuesto de la plaza. Creo que el hecho de no llevar valerianas encima, fue también un buen motivo para dirigirme directamente al bar. Una vez dentro del mencionado establecimiento, decidí pedir, sin ningún tipo de dilación, una caña. Noté que la camarera me miraba con cierta cara de ardilla, por lo que deduje que no se fiaba de mi apariencia física y / o de mi visible nerviosismo. Me bebí la cerveza lo más rápido que pude, por dos motivos: uno, que no tenía más que media hora para realizar mi juramento de honor, y dos, que no me gustaba la cara de ardilla con que me seguía mirando la camarera de aquel bar. Estuve a punto de preguntarle a la camarera la razón por la que me miraba con cara de ardilla, pero en lugar de preguntarle nada, decidí ponerle yo también cara de ardilla. Comprobé rápidamente que mi cara de ardilla producía el efecto deseado y vi con placer cómo la camarera dejaba de mirarme. Terminé de consumir la cerveza, pero pensé que quizás la había bebido demasiado rápido, y que tampoco hacía falta beberla casi de un sorbo. Noté que el frío intenso de la bebida transcurriendo por mi esófago me provocaba un extraño dolor en el ojo izquierdo.

Al salir del bar para encaminarme justo unos pasos enfrente y entrar en la iglesia consagrada en honor de San Nicolás, noté que la velocidad de ingestión de la cerveza me estaba provocando un ligero mareo. Entré en la iglesia mientras sentía cómo cierta aerofagia se iba formando en mi aparato digestivo, produciendo las consiguientes incomodidades que no podía aliviar por respeto al lugar donde me encontraba. No veía a nadie pero oía una música gregoriana que sonaba a través de algunos altavoces escondidos entre las columnas, momento en el que me acordé de Gregorio XIII y de su calendario. También me acordé de los calendarios chino y hebreo. Comencé a mirar con atención las imágenes situadas en las capillas laterales del ala derecha, que es por donde había decidido empezar a recorrer el templo, para llegar luego a los bancos situados en primera línea, donde pretendía sentarme, y así poder contemplar de cerca la imagen que preside el retablo central y que suponía era la de San Nicolás. Sin embargo me acordé durante un instante del calendario Maya y de su estrepitoso fracaso, por no haberse terminado el mundo en el año 2012 tal y como predijo. Decidí pararme en la segunda capilla lateral que encontré en mi recorrido, pero me tropecé con un banco que estaba algo más salido que el resto, lo cual hizo que me acordara de los antepasados del monaguillo, o de quien hubiera dejado ese banco más salido que el resto. Pensé, y de hecho sigo pensando, en el poco trabajo que les costaría a los curas encargados del templo, alinear bien los bancos.

Una vez calmado después del traspies, volví a centrarme en las imágenes que albergaba la mencionada capillita. Observé que había un gran santo y a sus pies un barril conteniendo a tres niños desnudos. La imagen me sorprendió pero rápidamente me vino a la memoria la información adquirida en mis sitios on-line favoritos, donde me enteré que algunas veces se representa así a San Nicolás, es decir acompañado de tres niños desnudos metidos en un barril, debido a que uno de los muchos milagros que se adjudican a este santo, consiste en la resurrección de tres niños que habían sido asesinados y metidos sin ropa en un barril con sal. Decidí pasar a la capilla lateral siguiente y me encontré con que en lugar de un San Nicolás, aquí habían decidido colocar una figurita que representaba una especie de soldado romano. Me acerqué y comprobé que se trataba del mismísimo san Expedito. Mi inconsciente, y posiblemente la rápida ingestión de una caña, hicieron que comenzara a elaborar mentalmente pareados de contenido obsceno a partir del nombre de San Expedito, por lo que decidí inmediatamente separarme de ese santo, evitando así el recitado en mi

mente de esos pareados tan poco apropiados para el lugar donde me encontraba.

Finalmente me senté en la segunda fila de bancos, ya que la primera me imponía mucho respeto, y me sentía más relajado manteniendo cierta distancia de seguridad con el retablo mayor. Decidí levantar mi vista y contemplé al supuesto San Nicolás, pero para mi decepción no distinguí ninguna trompeta colocada en la persona del santo, ni en los alrededores, por lo que ya desde ese instante pensé que ahí no había ningún contacto con extraterrestres y, por tanto, ninguna llamada críptica a desarrollar la misión que cada uno de los posibles multi-abducidos tenemos encomendada. En poco tiempo, el hecho de mirar fijamente a San Nicolás, junto con el soniquete de la música gregoriana, me produjeron un sopor que aumentaba exponencialmente.

Ahora, desde la lejanía de aquellos acontecimientos, recuerdo que el sopor dio paso a una serie de micro sueños, y que los micro sueños dieron paso a su vez a los macro sueños y que, ya inmerso en los macro sueños, apareció San Nicolás corriendo, desnudo y con su barba ardiendo. Mientras San Nicolás se alejaba en su carrera, comencé a escuchar truenos. Oía más y más truenos, momento en el que me desperté y comprobé que había una mujer en el otro extremo del banco carraspeando de forma compulsiva. Primero pensé que la señora carraspeaba para despertarme. Después pensé que la mujer estaba a punto de llamar al monaguillo, o a algún cura, para que me echasen del templo y detecté que aparecían en mi estado emocional determinados impulsos agresivos hacia la maldita señora de los carraspeos. La señora me desafiaba con su cara de mosca. La cara de mosca de la impertinente señora me puso nervioso por lo que decidí levantarme y salir por el ala izquierda del templo, sin contemplar por más tiempo la figura de San Nicolás.

Mientras pasaba cerca de la estúpida señora, pude oír que decía algo acerca de dormir la mona, cosa que me hizo pensar que ahí la única mona que había era ella. Creí que debería pararme en todas y cada una de las capillitas laterales del ala por la que estaba saliendo, pero como no sabía muy bien el tiempo que había durado mi macro sueño, decidí dirigirme directamente a la oficina no fuera que entre pitos y flautas se hubiera pasado la media hora del café, pero hacia la mitad del recorrido de la nave, percibí por el rabillo del ojo que había pasado al lado de una figura sedente. Me paré. Volví la mirada y ví un muñeco de cera simulando una feligresa sentada en un banco pegado a la pared, entre dos de las capillitas laterales del ala izquierda, con postura pensante y orante. A pesar de las prisas por salir de aquella iglesia, me acerqué a contemplar más de cerca al curioso muñeco de cera. Comprobé que estaba muy bien hecho, pero que el color cerúleo a mi modesto entender era exagerado. Cuando estaba pensando que deberían haber cuidado más el tono de piel humano, el muñeco giró sus ojos y me lanzó una terrible mirada desafiante. Pensé que esos curas se habían debido de gastar mucho dinero en encargar un muñeco de cera que girase los ojos, y produjera una mirada tan terrorífica, así que decidí acercarme un poco más, pero el muñeco giró otra vez la cabeza y movió sus piernas como para querer levantarse. Me asusté tanto que salí corriendo de la iglesia sin volverme para contemplar aquel espectro.

Una vez fuera, y alejado del templo dedicado a San Nicolás, sentí la necesidad de entrar en un bar (diferente al de la caña anterior) para tomarme un café y relajarme del susto recién llevado. Estaba convencido que el café me sentaría bien. Mientras ingería tembloroso ese café con leche, algo flojo y con excesiva leche para mi gusto y necesidades del momento, razoné y llegué a la conclusión de que aquello no era un muñeco, pero tampoco una persona normal y ni siquiera un extraterrestre. Aquello era lo más parecido a un zombi que yo había visto en mi vida.

Al llegar a la oficina, vi a mi compañero de despacho escudriñando en mi ordenador. Recuerdo que al verme puso cara de tortuga y me preguntó que qué era eso que estaba escribiendo. Le contesté que un informe sobre las últimas visitas turísticas que había guiado por la ciudad, momento en el que mi compañero me dijo que en el documento aparecían cosas muy extrañas y que no se entendía nada. Decidí improvisar una excusa de forma rápida y pasé a mirar con aparente incredulidad la pantalla de mi ordenador. Miré durante unos segundos dicha pantalla, para mostrar todavía más incredulidad. Pasados creo que tres o cuatro segundos le dije que eso ya me había pasado otras veces cuando dejaba la pantalla abierta y me iba a tomar un café.



—Se debe tratar de un virus que desordena todas las letras escritas, volviendo el texto completamente incoherente —le comenté a mi compañero mientras seguía con la cara de tortuga pero ahora con la boca algo abierta.

## 14 DE LA DESAPARICIÓN DE MI MAESTRO ZEN Y DE DOS DE MIS INCISIVOS INFERIORES

*Cuando comprendas el Zen ya no necesitarás escuelas y podrás recorrer solo y con plena libertad tu propio camino.*

Llevo tres días empleando la media hora del café, para buscar desesperadamente a mi maestro Zen, pero sin resultado alguno. En su lugar han aparecido una serie de personajes siniestros empujando unos miserables carros de basura y portando chalecos reflectantes ¡naranjas!

Empiezo a sospechar que mi maestro, o bien se ha muerto, o bien se ha jubilado de sus quehaceres municipales. Empiezo al mismo tiempo a pensar en las palabras del maestro Yangqui, que he citado al comenzar estas últimas anotaciones y que hacen referencia al camino en solitario del alumno de Zen aventajado. Sin embargo, no creo que yo esté preparado para emprender ese solitario camino sin antes haber pasado por la experiencia de oír sin oír. Además, del maestro Yangqi desconfío un poco, todo hay que decirlo, ya que un alumno suyo le preguntó en una ocasión acerca de la proeza del fundador del Zen en China, es decir Bodidharma, y sobre el sentido de los nueve años que pasó enfrente de una pared, a lo que el desconcertante Yangqi le contestó:

—Era indio y no sabía hablar chino.

No quiero despotricar aquí acerca de este maestro Zen, sobre todo porque murió en el año 1049, que puede ser muy bien uno de los años en los que se piensa que nació el Cid y quién sabe qué extraños encuentros pudieron tener en el más allá en caso de haberse cruzado sus almas, o mejor dicho, nuestras almas.

Sin embargo, tengo que mantener la calma y analizar con detenimiento los acontecimientos que han ido teniendo lugar durante los últimos meses, porque creo que de este análisis podré sacar conclusiones de extrema importancia para el futuro próximo, y quizás no tan próximo.

Y una de las novedades más destacables es que ahora mismo tengo dos dientes menos, y que debido a ello debo mantener la boca bastante cerrada cuando estoy dando las explicaciones pertinentes como guía turístico, por vergüenza de enseñar a los turistas mi nueva apariencia desdentada, ya que los dos dientes que me faltan son nada más y nada menos que los dientes centrales de la mandíbula inferior.

PREGUNTA: ¿Por qué he perdido dos dientes en mi boca?

RESPUESTA 1: Por haber tenido que hablar en catalán durante una cena con amigos.

RESPUESTA 2: Quizás también debido a mi avanzada piorrea.

Antes de profundizar en la particularidades de la respuesta 1, he de confesarme a mí mismo que no se pueden obviar los antecedentes familiares con respecto al padecimiento de la periodontitis, ya que mi progenitor la sufría, además de forma aguda, y también uno de mis hermanos, y por supuesto mis dos hermanas, sin olvidarnos claro está de mi progenitora. Todos ellos han perdido piezas dentales a causa de sus respectivas piorreas. Sin embargo, el excelente “Diccionario de las enfermedades” que poseo, y que por supuesto es de carácter bioneuroemocional, achaca todos esos problemas en las encías a carencias emocionales como la falta de alegría o también a un exceso de indecisión en la persona que padece esta molesta enfermedad. Esto haría pensar que toda mi familia, o al menos la inmensa mayoría de sus componentes son una panda de tristes e indecisos, cosa que no me lo habían parecido.

Yo tengo mi propia teoría, que contradice por completo al autor de ese famoso diccionario, y es que el habla de idiomas no maternos pueden producir en algunas personas una gingivitis desmesurada con sangrado espectacular y degenerar, incluso, en una piorrea crónica. No me extrañaría nada que esta fuese la enfermedad más común entre los guías turísticos, por su continua necesidad de tener que expresarse en idiomas que no son el natal. Sin embargo, tengo que volver a ser sincero conmigo mismo y reconocer que ninguno de mis familiares piorrécicos habla, o hablaban, otro idioma que no sea el natal, es decir el español o castellano.

Sea como fuere, el caso es que mi experiencia personal demuestra que los idiomas no natales afectan, o pueden afectar, a la salud de nuestras encías, o por lo menos de mis encías.

Yo ya tenía constancia de que si me aceleraba en mis explicaciones turísticas en modo inglés, y pasaba directamente al bloqueo psicológico, indefectiblemente se producía en mi boca un profuso sangrado de encías, generalmente las inferiores, aunque en algunos casos llegaron a sangrar incluso las superiores. Pero lo ocurrido la semana pasada en casa de una amiga de Ella, que nos había invitado a cenar con motivo de la inauguración de su nuevo negocio de comidas Take Away, no había tenido precedentes en mi historial piorrécico. Esta amable amiga, aficionada no sólo a la cocina sino también a la fotografía, razón esta de la amistad entre Ella y ella, resulta que es catalanoparlante en mayor medida que castellanoparlante. Esta circunstancia ya me produjo días antes, en el momento de comunicarme Ella la invitación, cierta reticencia, dado que me imaginaba que la cena transcurriría en modo catalán, como así fue.

La amiga fotógrafa-cocinera tuvo la enorme amabilidad de adaptarse a mi condición de vegetariano convencido, y de hecho no sólo ella, sino también Ella y el hijo de ella tuvieron dicha deferencia. Como entrante nos colocó unas tarrinas de hojaldre rellenas de espinacas, que harían las delicias de cualquier comensal en su sano juicio, vegetariano o no vegetariano. Sin embargo, en el momento que di el primer bocado, noté una molestia en mis incisivos inferiores sin saber muy bien el origen de la misma. De entrada no le di mucha importancia, a sabiendas que uno de aquellos dientes inmersos en la periodontitis, se movía de tal manera que llegaba a producir dolores bastantes intensos si no era prudente a la hora de masticar.

Sin embargo, después de las tarrinas de hojaldre vinieron los canelones de soja texturizada, y a estos les sucedieron las berenjenas rellenas de arroz, mientras las molestias se iban convirtiendo en dolores intensos, incluso desde la ingestión del primer trozo de canelón. Con todo, lo peor era que yo sabía que ese malestar me lo estaba produciendo aquella interminable palabrería en modo catalán, cosa que sólo me dejaba dos opciones para poder continuar presente en lo que ya a esas alturas se había convertido para mí en una incómoda cena: una, dejar de hablar en catalán y pasar al modo castellano sin dar explicaciones a nadie. La otra, y que de hecho me pareció la más educada de todas, era la de hablar lo menos posible y beber siempre antes de cada perorata emitida por mi persona, para enjugarme toda la sangre que se estaba desparramando por dientes y lengua, y que yo notaba en el interior de mi boca, de hecho, desde la segunda tarrina de hojaldre.

Con las berenjenas rellenas, la sensación de hemorragia bucal era ya tan intensa, que incluso después de beber antes de cada parrafada, o mejor dicho mini parrafada, procuraba hablar sin enseñar dientes ni lengua, y en catalán claro, lo que producía un extraño deje que hacía difícil su comprensión, motivo por el cual tenía que repetir siempre lo que decía porque todos contestaban al término de cada frase, y al unísono

—¿qué?...

Finalmente terminó aquella agotadora tortura y llegó el momento de los adioses. Pude dar otro sorbo de vino, muy bueno todo hay que decirlo pero algo escaso, y así enjugarme una vez más la boca antes de proceder a los besos de despedida, para que la comensal y su hijo no vieran el ataque incruento al que mis encías me habían sometido durante toda la velada. Cuando ya estábamos dentro del coche, camino de casa, empezó lo que era de esperar.

—¿Pero qué coño te pasaba?.... ¿se puede saber por qué hablabas tan raro?...parecías un completo idiota y no se te entendía nada.... ¡pero si tu sabes hablar catalán!

—Es que me dolía mucho un diente y no podía casi hablar porque cuando mi lengua rozaba ese diente, veía las estrellas.

—Pues haberlo dicho... porque mi amiga se ha debido pensar que estoy casada con un perfecto imbécil. Además no hablabas, sino que mascullabas con la boca casi cerrada.

—Pues para que no se me viera la sangre —le dije ya con cierta angustia en mi voz, táctica que en según qué ocasiones puede resultar todo un salva vidas.

—¿Qué sangre? —me preguntó Ella algo alterada.

—Pues esta —le contesté mientras intentaba girar la cabeza y mirarla con mi boca abierta, momento en el que Ella conectó la lucecita superior de nuestro automóvil y soltaba un alarido que casi hace que nos saliéramos de la carretera.

—¡Joder qué susto!, ¡para habernos matado, hombre! —le grité yo también algo alterado.

—¡¿Pero qué te ha pasado en la boca?!

—Nada, es algo que padezco desde hace algún tiempo cuando hablo otros idiomas diferentes al español.

—Por Dios, no digas tonterías... mañana mismo vas al dentista de urgencias... y no se te ocurra decirle esa estupidez de los idiomas.

Así terminó el episodio de la cena y daba paso al de la dentista.

\*\*\*

—Hola, buenas tardes —me espetó aquella mujer ataviada con un delantal azul quirófano, cuya voz salía algo deformada a través de una mascarilla blanca, aunque con un acento catalán que podía traspasar la mascarilla sin sufrir alteración alguna, lo cual me intimidó un poco, debido a que si estaba allí era precisamente por haber asistido a una cena en modo catalán; pero permanecí fuerte, continuando mi exposición en castellano, para no tener que explicarle lo de mis problemas hemorrágicos con los idiomas no natales.

—Hola doctora... vengo porque me duele mucho un diente y sangro cuando.... bueno, digamos que sangro frecuentemente —le respondí yo mientras me acomodaba en esa especie de silla de torturas blanca y alargada.

—A ver, abra la boca por favor —me dijo la dentista mientras me enfocaba el lamparón superior y se inclinaba hacia mi cara hasta casi pegarse con su cabeza contra mis gafas, lo cual hubiera sido una terrible contrariedad —¡Caray, pero si está a punto de caerse!... usted tiene una piorrea de caballo ¿eh?

—Si, mi padre también la padecía... y un hermano mío también... bueno en realidad un hermano y todas mi hermanas... y también mi...

—Vale... pues hay que extraer esta pieza y la de al lado que veo que también se mueve... además le haremos un presupuesto para poner unos implantes, porque me imagino que no querrá quedarse sin piezas en la boca ¿no?

Yo le dije a todo que sí, puesto que una vez tumbado en aquella odiosa cheslong, lo principal era acabar cuanto antes.

Tengo que reconocer que la doctora de acento catalán fue absolutamente profesional, realizando todas sus extracciones de forma que no llegué a tener que levantar la mano izquierda, tal y como me dijo ella que hiciera en caso de notar algún dolor intenso.

La dentista me colocó una gasa en el hueco que habían dejado los dos dientes ahora extraídos, y me dijo que la mordiera durante media hora, para que así se cortase la hemorragia que al parecer se había producido con las extracciones, al mismo tiempo que me señalaba el pasillo por el que debía dirigirme hasta dar con la salita donde me prepararían el presupuesto de los implantes.

Allí me recibió un mujer bastante entrada en carnes y revestida con una bata blanca a punto

de estallarle por las dos sobaqueras. No hizo falta que le dijera nada, cosa que por otro lado me era imposible, dada mi obligación de morder la gasa, ya a esas alturas completamente ensangrentada. La oronda señora se mostraba muy sonriente. Yo obedecí sumisamente a sus indicaciones para que me sentara, mientras pensaba que su apariencia risueña se debería seguramente a lo elevado del presupuesto que estaba a punto de salir por la impresora que ambos mirábamos en silencio y con devota expectación.

Una vez que tuvo el folio en sus manos, la sonrisa aumentó hasta casi desencajarle las mandíbulas, algo que me produjo verdadero estupor. Por supuesto, mis temores se confirmaron en el mismísimo momento en que sus regordetas manos me traspasaban el documento. Sólo me hizo falta echar una rápida mirada a la parte inferior derecha de la hoja, para dejar de morder la maldita y repugnante gasa e intentar preguntar a aquella gorda sacaperras si no sería posible poner otra cosa que no fuera implantes. Por otro lado, sólo la idea de que me tuvieran que poner tornillos en mis piorreicas mandíbulas, me producía verdaderos estertores. Así que aquella exorbitante cifra me vino que ni al pelo para justificarme a mí mismo la necesidad de buscar una alternativa más económica a los lujosos implantes.

Por supuesto la gorda era incapaz de entender nada de lo que yo le intentaba decir con mi gasa ensangrentada e incrustada en el hueco de mis ex-dientes, y con los efectos de la anestesia todavía paralizándome toda la mandíbula inferior, parte de la lengua, incluso, algo que me pareció curioso y preocupante, la mitad de ambas orejas. Pero finalmente pude recurrir al gesto inconfundible de frotar los dedos pulgar e índice, para darle a entender que eso era muy caro y que yo quería algo más barato. Esto fue suficiente para que su exagerada sonrisa desapareciera por completo, no sé si por repugnancia hacia el aspecto de mi babeante boca con la gasa colorada ya a punto de caerse del agujero, dado el nerviosismo que padecía a esas alturas, o por ver cómo se le escapaban de las manos un par de miles de euros. Rápidamente se puso a escribir un montón de cosas en el ordenador de su mesa, y después de esperar otro interminable minuto en silencio y devota expectación, finalmente la impresora vomitó lo que prometía ser un presupuesto más asequible.

—Esto sería el presupuesto correspondiente a una prótesis fija y sus respectivas coronas.

Sin embargo aquello me seguía pareciendo absolutamente disparatado para dos miserables dientes postizos, que además nadie me aseguraba que no se pudieran también caer, con lo que perdería no sólo los dientes, sino también todo aquel dineral. Pensé que aquellas coronas parecían más las de un rey que las de unos humildes incisivos inferiores.

—¡Quitá y poné!... le grité a la gorda enfundada en su bata blanca, mientras le hacía el correspondiente gesto con la mano derecha que hacía inconfundible mi voluntad de ponerme los tradicionales dientes de quita y pon... vamos, la prótesis de toda la vida.

—¡Ah...usted quiere decir una prótesis parcial removible! —me dijo con cara de urraca —pero eso es mucho más incómodo...(silencio en el que tuve que gesticular para darle a entender que me daba igual esa incomodidad)... en cualquier caso le tengo que preguntar a la doctora... espere un momento —y se fue con la cara algo colorada y seguro que acordándose de todos mis antepasados por preferir la opción más barata de todas, y una opción de la que ni siquiera me habían hablado cuando la doctora catalana estaba procediendo a las extracciones.

En el momento que la señora de los presupuestos regresó, yo estaba en pleno secado de babas, usando unos clínex que muy amablemente me había dado la joven ayudante de la dentista. Momentos antes me había percatado que mi abrigo adolecía de unas manchas húmedas a la altura de la pechera, que no podían ser sino efecto de la caída de abundante saliva a través de unos labios completamente insensibles y paralizados. No me dirigió la palabra y se puso directamente a teclear en su ordenador para acto seguido, como no podía ser de otra manera, dirigir la mirada impassible a su impresora.

Cuando me pasó el tercer presupuesto, y sin ningún atisbo de sonrisa en su cada vez más sonrojada cara, fui yo el que quiso sonreír pero sin poder ser consciente de si lo lograba o no.

Aquella cantidad ya era mucho más razonable a pesar de que cada diente saldría por unos 160 €.

Firmé los papeles y pagué una cantidad a modo de fianza, después de lo cual me pude largar por fin a mi casa, ya que antes de proceder a las extracciones dentales, la dentista me había hecho morder una repugnante masa gomosa con la que según parece harían el molde de mi boca.

Pero ahora debería pasar dos semanas completas exhibiendo un considerable hueco en mi mandíbula inferior, algo que me obligaría a cambiar los hábitos de conducta en lo referente al habla y la comunicación verbal en general.

\*\*\*

He de reconocer que en ningún momento durante la operación de extracción de los dos incisivos inferiores, recurrí a prácticas budistas de relajación y / o meditación. Lo cual me hace pensar una vez más en mi dudosa capacidad como alumno de dichas prácticas. Puede que la cantidad de anestesia suministrada fuera exagerada, lo cual produjo que se me durmieran las dos orejas, y que debido a ese sobrante innecesario de anestésico mis conocimientos de las técnicas budistas de relajación y / o meditación se fueran al traste. Es más.... ¿en ningún momento me acordé de ellas!, estando siempre y en todo momento más preocupado por el peligro de que la dentista catalana me diera un cabezazo en las gafas, dado su ensimismamiento mientras procedía a quitarme aquellos repugnantes incisivos piorréicos, que por suscitar en mi mente la vacuidad y calma que todo buen alumno budista hubiera suscitado en momentos como ese.

Si pudiera recurrir a mi querido maestro barrendero, le expondría con toda sinceridad esta preocupante dejación. Seguramente un buen maestro Zen le hubiera dicho a la dentista catalana que ni anestesia ni nada, que le dejara unos minutos para relajarse y meditar y que luego extrajera todos los dientes que quisiera.

Y sin embargo, un simple exceso de anestesia ha desplazado por completo todo mi universo budista, haciendo que ahora me encuentre sin fe en mi mismo y sin maestro.

Tengo que reconocer que los efectos de la anestesia en las orejas, desapareció después de una hora aproximadamente de haber salido de aquel hospital, sede de atracadores. Pero la falta de confianza en mi condición de budista practicante.... esa no ha desaparecido.

PREGUNTA: ¿Es posible que tampoco la práctica del budismo sea la misión particular que debo realizar en mi vida?

RESPUESTA: No estoy seguro de la respuesta, pero empiezo a pensar que quizás esa respuesta sea afirmativa.

PREGUNTA: Y si mi camino a seguir no son las prácticas budistas en sus diferentes modalidades.... entonces... ¿cuál es?

RESPUESTA: No lo sé.... pero lo sabré.

Aquí se acaba este mundo Zen conmigo mismo, pero sé que no puedo tomar ninguna decisión antes de haberme sometido a la experiencia de oír sin oír, aunque sea prescindiendo de la supervisión de algún maestro. Al fin y al cabo siempre he sido un buen autodidacta en esta y en otras disciplinas a las que me he entregado a lo largo de mi vida.

Antes de someterme a la experiencia y práctica budista de oír sin oír, quiero seguir anotando todas las vivencias acontecidas durante los meses en que pensaba que mi misión particular en la vida era la de emular al Cid y formar una mesnada de caballeros, pero ahora de caballeros ético-alimentarios, para llevar a cabo una verdadera cruzada vegetariana, con la última intención de eliminar al máximo posible las torturas y vejaciones a las que en este país sometemos a miles, qué digo miles, ¡millones!, de animales. Y lo hago desde el convencimiento que de estas anotaciones saldrá el esclarecimiento mental necesario para descubrir el verdadero fin al que debo enfrentarme en esta reencarnación, purgando y eliminando, al menos en parte, el karma negativo acumulado en mi vida como Cid, como Jacobo I de Inglaterra (y VI de Escocia) y vete tú a saber como quién más.

Recuerdo que antes de emprender mi viaje a Burgos para proceder a la jura que me había propuesto realizar en la iglesia juradera de Santa Gadea (ahora Santa Águeda), se produjo una pequeña crisis matrimonial debido a unas críticas que Ella hizo acerca del insigne historiador D. Ramón Menéndez Pidal. En cualquier caso, no creo que mi enfado estuviese infundado, al ver cómo Ella se mofaba de Don Ramón cuando le dije (antes de dormirnos pero después de un rato ya metidos en la cama):

—Mira que curioso..., en esta biografía del Cid que estoy leyendo y que está escrita nada más y nada menos que por Don Ramón Menéndez Pidal, aparece un episodio (desde mi punto de vista, importantísimo) en el que el protagonista (es decir el Cid), al volver de su primer destierro, y en las cercanías de Toledo, se hincó de rodillas ante el rey Alfonso VI, cogió un puñado de hierba y se lo metió en la boca, para acto seguido besarle las manos. Terminada esta operación, el Cid se levantó y le besó al rey en la boca.

—Y luego le dio por el culo, ¿no?

—¡Por Dios!, no digas esas cosas del Cid, ni cuestiones a Menéndez Pidal.

—Ya..., ¿y después qué hizo con la hierba..., se la comió? —continuó Ella, metiendo el dedo cada vez más en la yaga, es decir en mi devoción por ese gran historiador gallego.

—La verdad es que Don Ramón no especifica si para darle esos besos a su rey, el Cid se tragó la hierba que tenía en la boca o sencillamente la escupió. Tampoco especifica en qué parte de las manos besó a su monarca, si en las palmas, en el dorso, en la muñeca, en los dedos...o donde fuera.

—Pues vaya tontería... seguro que se lo ha inventado todo... la verdad es que yo no me imagino al Cid comiendo hierba —remató Ella mientras continuaba sin levantar la vista del teléfono móvil con el que estaba jugando a algo consistente en juntar golosinas de tres en tres, a pesar del sueño que ya le invadía y le enrojecía los ojos.

Creo que cualquier doctor en historia se habría irritado en la forma que yo lo hice, si la mujer con la que comparte toda su vida, pone en entredicho las afirmaciones de Don Ramón sobre aquel acto de sumisión llevado a cabo por el Cid. Así que no me quedó más remedio que incorporarme en la cama y decirle a Ella, reconozco que con el tono algo levantado, que Menéndez Pidal era un gran conocedor de la biografía del Cid y que no había nadie que supiera más sobre el ínclito caballero burgalés; que hizo su tesis doctoral sobre el Cantar del Mío Cid y que, por si fuera poco, se fue de viaje de novios con su mujer, María, a recorrer la ruta del Cid, y experimentar así en sus propias carnes los caminos por donde el bueno de Rodrigo se encaminó hacia su primer destierro. Recuerdo, y además tengo que reconocer, que el tono de voz se me fue un poco de las manos, y ya estaba algo descontrolado cuando le recordé que yo le sugerí a nuestro hijo ponerle a su perra, ahora nuestra perra, el nombre de Ramona, en honor a la madre de Ramón Menéndez Pidal y al propio Menéndez Pidal. Recuerdo que, para entonces, como digo, el tono de voz se me había descontrolado quizás demasiado, algo que Ella cortó por lo sano, cogiendo su teléfono móvil, saliendo de la habitación mientras me miraba con cara de saltamontes y yéndose a dormir a la

habitación de enfrente, es decir antigua habitación de nuestro hijo. Ahora creo que mi reacción fue inoportuna, al gritarle desde la cama, una vez que Ella ya estaba en la otra habitación:

—Pues a Don Ramón le nombraron Hijo Adoptivo de Burgos en 1950. Y yo voy a hacer todo lo posible para que me nombren también Hijo Adoptivo, o si acaso Hijo Predilecto, en el 2050.

Ahora, desde el sosiego de esta redacción, y pasado más de dos años y medio, creo que con aquella última salida de tono, le estaba dando una información que en realidad no quería dar. Pienso que debido a este desliz Ella pudo atar cabos y poco a poco deducir mis verdaderas intenciones con respecto al Cid, con respecto también a la ciudad de Burgos, y al final con respecto a mis mesnaderos.

Reconozco que esta crisis, digamos.... “pidaliana”, produjo 24 horas de cierta tensión, que finalmente fue solucionada en el mismo lugar donde se originó, es decir en la cama. Sin embargo, a partir de entonces preferí evitar algunos comentarios sobre la biografía del Cid. A pesar de todo, creo que aquella noche tenía que haberle dicho que un historiador que vive 99 años, merece todo el respeto y credibilidad de la humanidad.

A parte de esa pequeña desavenencia pidaliana, tengo por otro lado que interiorizar y comprender desde mi nueva perspectiva budista de la vida, la gran oportunidad que me surgió y que posibilitó mi presencia en Burgos nada más y nada menos que como conferenciante ético alimentario. Recuerdo que uno de esos días, de los que no quiero citar la fecha, me llegó un correo electrónico de un tal Mateo Ramírez. Recuerdo que al abrirlo (informáticamente hablando claro) me puse algo nervioso por comprobar que el tal Mateo era uno de los organizadores de conferencias a los que a principio del mes de enero decidí enviar mi curriculum, con el propósito de que me contrataran para dar conferencias por aquí y por allá sobre la temática “coherencia y ética en nuestra alimentación”. Recuerdo también que, en el e-mail, Mateo me agradecía la propuesta enviada, me comentaba que le gustaría contar conmigo para realizar algunas charlas sobre la temática mencionada, y añadía que si fuera posible le gustaría también que contactáramos telefónicamente para mantener una conversación, por lo que me proporcionaba sus teléfonos fijo y móvil.

Es interesante echar una mirada a las anotaciones que aquel día dejaba registradas en mi diario terapéutico del momento:

*Quiero anotar aquí, que el primer contacto telefónico con Mateo fue muy cordial a la par que impactante. Creo que algún tipo de fuerza o energía no humana está dirigiendo mi destino. No me parece que sea una simple casualidad, el hecho de que Mateo sea una de las personas a las que envié mi curriculum y al mismo tiempo el organizador de la conferencia sobre verduras cocinadas al vapor que se impartirá en un pueblo a una hora de distancia del nuestro. Pero lo más curioso y extraño de esto, es que cuando ya teníamos todo preparado para encontrarnos el día señalado en la conferencia sobre verduras cocinadas al vapor, es decir el día 22 del presente, me llamó por teléfono 24 horas antes para decirme que una huelga en el sector aéreo le dejaba sin vuelo y en tierra, por lo que me pedía por favor a ver si era posible que presentara yo al conferenciante, de nombre Juan de Campos. Quiero dejar constancia, que para mí esto fue toda una señal extrasensorial, pues a pesar de no haber realizado ningún tipo de juramento en la iglesia de San Nicolás el día que fui a ese templo con tal propósito, sin embargo consideré que esta oportunidad que se me estaba brindando, era sin duda el comienzo de mi nueva actividad como divulgador de una ética alimentaria y, por lo tanto, el comienzo de la realización de esa misión particular de la que me habló mi familiar residente en un pueblecito de Holanda, en aquel decisivo paseo navideño.*

*Tengo que anotar, sin embargo, que aunque no encontrara señales representativas en aquella iglesia creo que, o bien San Expedito, o bien la extraña zombi que tanto me impresionó, han obrado en mi favor para que se abran de par en par las puertas de mi nueva etapa existencial. También es necesario anotar que, por el contrario, dudo mucho que esto haya sido una acción de San Nicolás, ya que no pude encontrar ninguna imagen suya con las barbas incendiadas ni tocando una trompeta, cosa que me hubiera dejado las cosas mucho más claras con respecto a las*



*implicaciones alienígenas de aquella iglesia. Por otro lado, me atrevo a realizar la siguiente pregunta: ¿y si aquella aparente zombi no fuera tal cosa sino un verdadero extraterrestre?*

No profundizaré aquí sobre las vicisitudes acontecidas el día, o mejor dicho la tarde, que tuve que realizar la presentación del conferenciante Juan de Campos, porque lo que realmente importa es el hecho de que esa presentación fuera del agrado del conferenciante y que éste se lo dijera, no sé si telefónicamente o vía e-mail, a Mateo, con lo que el tal Mateo decidió dar un paso más y enviarme a mí en persona a dar una conferencia.... ¿y a dónde?..... ¡¡A BURGOS!!, ciudad que ya en mi correo electrónico yo le había sugerido como lugar ideal para empezar ese ciclo de conferencias, dada su secular tradición en la ingesta de cochinitos, corderos y cabritos asados.

Mi jura en Santa Gadea estaba ya garantizada, y mi nueva vida como caballero ético alimentario daba sus primeros pasos. Claro que de haber sabido que en realidad no hubiera sido necesario realizar ninguna jura, puesto que yo, casi con toda seguridad, soy la reencarnación del Cid y el Cid ya hizo su propia jura, me podía haber ahorrado mi experiencia en la iglesia juradera. Incluso de haber sabido lo de la reencarnación y lo de mi responsabilidad para la eliminación del karma negativo acumulado por Rodrigo Díaz, también me podía haber ahorrado la formación de aquella mesnada, que finalmente sólo me acarreó problemas y casi una separación matrimonial. En cualquier caso, el Cid fue muy listo y no se le ocurrió comenzar su destierro saliendo por Gamonal, sino que cogió otros derroteros. De lo contrario, la historia quizás hubiera sido muy diferente.

El estado de excitación que contraí al enterarme de tal noticia, quedó perfectamente reflejado en las anotaciones correspondientes de mi diario.

*1 de marzo. 19 horas 40 minutos. (Faltan 20 días)*

*Por desgracia me veo en la obligación de posponer, otro día más, las anotaciones referentes a lo ocurrido el día 27 del presente (y que ya fueron registradas en el formato de Diario de Servicio, pero que considero imprescindible ampliarlas en el formato terapéutico) debido a que, aprovechando que Ella está ausente por unos días, ya que se ha ido a ver a nuestro hijo y mirar si captura por allí (fotográficamente hablando) algunas situaciones diferentes a las que por aquí suele encontrarse, he decidido hoy a mediodía celebrar la fantástica noticia referente a la llamada que Mateo me hizo para confirmarme que el día 21 de marzo se ha programado ¡¡EN BURGOS!! una conferencia sobre ética alimentaria, cuyo ponente será nada más y nada menos que yo mismo. Quiero anotar que como Ella no puede saber mis segundas intenciones a la hora de elegir Burgos como lugar para impartir mi primera conferencia, que no es otra que la jura en Santa Gadea, he querido aprovechar hoy su ausencia para celebrar por mi cuenta tan significativo evento. Sin embargo pienso que debía haber sido algo más comedido en el banquete. Pienso que ingerir yo solo un paquete entero de pasta, aliñada con salsa boloñesa vegetariana, me está originando unas consecuencias bastantes indeseadas. Pienso que al haber hecho la salsa boloñesa con una más que generosa cantidad de cebolla, un bote de tomate frito (ecológico) y una hamburguesa vegetariana (hecha con copos de avena y soja, mayoritariamente) el empacho ha sido, si cabe, mayor. También quiero añadir que el güisqui ingerido con posterioridad a los dos ingentes platos de pasta, y el puro fumado a la salud de Mateo, han rematado la situación. Creo que lo mejor hubiera sido vomitar todo lo ingerido, bebido y fumado. Espero que las palpitaciones que ahora estoy sufriendo se pasen en algunas horas, o mejor minutos. Espero, también, que este exceso no repercuta negativamente en mi salud y acabe por originarme algún menoscabo físico de aquí a un par de días.*

*En cualquier caso, mi estado físico y mental, no es el aceptable para anotar aquí un hecho tan importante como el ocurrido el día 27. Mañana será otro día. Sin más novedad.... o eso espero. Mientras, escucharé a Rameau y si la digestión no mejora, recurriré a Bartók.*

Afortunadamente las desavenencias pidalianas surgidas entre Ella y yo, ya estaban

solucionadas a esas alturas, pero aún así decidí no comentarle nada acerca de mis intenciones cidianas, pero por supuesto sí que le hablé de la gran oportunidad de iniciarme como conferenciante ético alimentario, en Burgos. Así que decidí llamarle por teléfono y decirle eso y alguna otra cosa, aunque finamente decidiera hablarle sólo de las otras cosas.

*2 de marzo. 21 horas 10 minutos.*

*Quiero dejar constancia en este diario, por lo entrañable que me resulta hacerlo, que he decidido llamar por teléfono a Ella, para ver cómo se encuentran los dos (es decir, Ella y nuestro hijo) y desearles de paso buenas noches, así como contarle todo lo acontecido. Creo que no he sido muy oportuno en el momento de hacer la llamada, porque me dicen que están jugando a matar zombis con el videojuego y que justo ahora un autobús cargado de muertos vivientes se les había caído por un barranco, pero con personas normales también dentro, a lo que le contesto a Ella que hoy por la mañana me han maltratado en el bar de los sábados, que decidí sentarme dentro y que 20 imponentes disfrazados de ciclistas habían entrado y comenzado a chillar como posesos, y que por si eso fuera poco, el camarero prefirió atenderles primero a ellos, habiendo llegado yo diez minutos antes que todos esos alborotadores. Ella me dice que acaba de matar un zombi y que se ha deshecho en el suelo, y que si me hubiera sentado fuera, en la terraza, seguramente el camarero me habría atendido como Dios manda por miedo a que me fuera sin pagar, justo en el momento que pega un grito porque un zombi le está mordiendo en una pierna. Decido no ser más inoportuno y no entorpecer la matanza de zombis, no sin antes desearles buenas noches a los dos. Sólo espero que hoy no se queden dormidos en el sofá completamente vestidos, tal y como les ocurrió la velada anterior. Pienso que dormir toda una noche vestido en el sofá, no puede acarrear nada bueno para la salud. Pienso que por mucho que te guste matar zombis, es necesario acostarse en la cama para dejar que el cuerpo se relaje y descansa como Dios manda. Creo que cuando regrese de visitar a nuestro hijo, padecerá de tortícolis o algo por el estilo. Sólo quiero añadir, que esta noche quizás cene unos espárragos blancos de bote, acompañados con algo de escarola.*

Después de haber ingerido unos cuantos espárragos de bote acompañados con escarola, estuve visitando mis sitios on-line favoritos para investigar sobre las fórmulas de juramentos empleadas en tiempos del Cid, o incluso en otros tiempos. Recuerdo que después de estar aproximadamente tres cuartos de hora buscando juramentos sin encontrar nada convincente, decidí hacer yo el mio propio en base a los encontrados por aquí y por allá entre la jungla de información que supone Internet.

El resultado de aquella decisión fue la composición de un juramento promisorio para ejecutar en la iglesia juradera de Santa Gadea de Burgos el día 22 de marzo de aquel año, y si ese día no fuera posible por alguna razón o por varias, tampoco pasaría nada si el juramento se hiciera el 23, es decir al día siguiente.

Juramento promisorio:

*Juro por mi vida, mi alma y mi salud, y también por el cielo y la tierra, y pongo a la suprema inteligencia extraplanetaria por testigo, que yo, el aquí presente, me entrego en cuerpo y alma para el resto de mis días en la vida planetaria, a luchar contra la alimentación incoherente, origen de mil y un sufrimientos y desgracias para todos los seres vivientes de este planeta, y difundir el vegetarianismo allá por donde fuere. Y si no es como lo digo, que se me seque la mano derecha o, incluso, al punto me muera.*

Decidí también que el susodicho juramento debería realizarlo tocando algún objeto sagrado, a la manera medieval, que muy bien podría consistir en el sepulcro o altar de algún santo allí presente (difunto, claro está). Por otro lado, en lo referente a la vestimenta, no pude encontrar nada que hiciera alusión al respecto, pero por mi parte, y después de la señal que tuve en Quintanabaldosa, durante la visita navideña que realizamos Ella y yo, así como la otra señal emergente en la alucinación que me produjo la ingesta de champú alemán “antichupen”, ambas con alusiones a un Papá Noel trompetero, símbolo el de ese instrumento según el insigne Sebastián de Covarrubias, de lucha y combate, llegué a la conclusión de que sería muy apropiado si realizaba el tal juramento engalanado con una trompeta, aunque ésta fuera de juguete y con carácter simplemente simbólico. Pensé que una trompeta de verdad, además de ser muy cara, pesaría demasiado para llevarla colgando, o puesta, a modo de hombrera, y como el acto del juramento debía hacerlo prácticamente en la clandestinidad, mejor sería no llamar demasiado la atención, motivo por el cual creí también mucho más apropiado una trompeta de juguete que no una de verdad, y mucho menos una trompa, trombón, o incluso una espada medieval, como portarían los verdaderos caballeros, y entre ellos, por supuesto, el caballero entre los caballeros: el Cid (aunque hay que recordar que el juramento no lo hizo él, sino el despreciable Alfonso VI). En mis anotaciones de aquellos días decidí escribir una nota a pie de página que añadía algo más de información a lo del juramento.

- *Quiero dejar claro, por si en el futuro sufriera algún tipo de olvido al respecto, que aunque el tal juramento sólo aparece en el Cantar del Mío Cid, y no en los documentos históricos de la época, nada ni nadie puede afirmar con absoluta rotundidad que no se produjera en la realidad.*

## EL ASUNTO DE LAS MEDALLITAS PROTECTORAS

Llegado el día 10 de marzo de aquel año, como domingo que era y además con un aparente buen tiempo, Ella y yo decidimos a primera hora de la mañana, dirigirnos a alguno de los pueblos cercanos al nuestro. Yo sólo puse la condición de que si elegíamos el pueblo de la derecha, según se sale del nuestro, me negaría a entrar en el bar donde me hicieron la semana pasada el desplante de no atenderme, mientras se dedicaba el despreciable camarero a servir a todos y cada uno de los 20 ciclistas que habían entrado diez minutos después de haberlo hecho yo. Sin embargo, para no parecer intransigente, le dije que el pueblo no tenía la culpa de contar con un camarero tan impresentable, y que podríamos buscar otro sitio, para lo que propuse probar a desayunar en el bar donde me tomé una cerveza el día que compré la providencial figurita del Cid.

Este bar me pareció que estaba indefectiblemente asociado a sucesos de primerísima relevancia en mi existencia, y esto lo digo por lo acontecido esa misma mañana.

El hecho de primera relevancia fue el siguiente:

Como es habitual, encargamos al camarero (un chico de trato afable) las consabidas tostadas de pan de hogaza, las mías sólo con un regado de aceite de oliva, y las de Ella, además, con unas lonchas de queso.

—Sin ningún problema —nos contestó el afable camarero, lo que hizo que Ella y yo nos mirásemos llenos de optimismo al comprobar que en ese bar tenían pan de hogaza, y no los simples panecillos que nos veíamos obligados a ingerir en el bar de la izquierda según se sale de nuestra casa, los días de mal tiempo, que es cuando no salimos del pueblo (en cualquier caso, hay que decir una vez más en honor a la verdad, que esos panecillos estaban, y siguen estando, muy ricos y a buen precio).

Continuando con nuestra tradicional conducta dominguera, nos hicimos con un ejemplar de uno de los diarios locales para leerlo mientras ingeríamos las tostadas. Recuerdo que llevaríamos leída la mitad del periódico, cuando pude detectar un anuncio que produjo la mayor de las

impresiones en mi persona, motivo por el que me vi obligado a dejar la tostada de pan de hogaza en el plato (ya que la tenía sujeta con mi mano derecha en ese mismo instante), y renunciar al bocado previsto, justo en el momento que Ella se disponía a pasar la hoja del periódico.

Rápidamente la detuve en su intención.

—¿No has visto lo mismo que yo? —le pregunté con énfasis poco habitual en sesos desayunos de fin de semana.

—¿Qué es lo que tenía que haber visto? —me respondió en un tono de incredulidad.

—¡Pues la medallita de San Nicolás!

Pienso que quizás mi reacción fue algo desproporcionada, pero todavía me duele el hecho de que no se percatara que ese periódico local estaba ofreciendo con la compra del ejemplar dominical, más 1 € añadido, una medallita ¡nada más y nada menos que de san Nicolás de Bari!

Recuerdo que al explicarle lo de la medallita Ella reaccionó de forma algo despectiva al respecto, por lo que decidí no volver a dirigirle la palabra hasta que me terminara mis tostadas de pan de hogaza. Al terminar la ingestión de las tostadas, pero todavía con algo de café con leche en la taza, si bien ya bastante frío, le pregunté si tenía que pasarse por el estanco para compra un paquete del tabaco que fuma, a lo que me contestó afirmativamente.

—Por favor, ¿puedes comprar un ejemplar de este periódico especificándole a la estancuera que incluya en él la medallita de San Nicolás de Bari?

—Para qué demonios quieres tú una medalla de San Nicolás? —me replicó con cara de mapache.

—Pues para qué va a ser... ¡para tenerla! Además, como gran coleccionista que soy, pretendo hacerme con todas las medallas anunciadas en ese periódico local, que ascienden a la cantidad de 30.

—¡Pero si tu no crees en santos y te pasas la vida diciendo que eres ateo!...¿no crees que es toda una incongruencia, que ahora te dé por comprar medallitas de santos?

Llegado ese incómodo momento, decidí realizar un simulacro de atragantamiento con el café al tiempo que procedía a toser con fuerza inusitada, mientras le hacía señas para que se fuera a comprar el tabaco y el periódico, no sin hacer un especial aspaviento para darle a entender que trajera la medallita de San Nicolás. En el momento que Ella salió del bar, paré el simulacro de atragantamiento, y analicé con más detalle cada una de las medallas que ese periódico pensaba ofrecer a lo largo del mes siguiente, no sin antes ponerle cara de sapo al camarero cuando me dí cuenta que estaba parado detrás de la barra mirándome con cierto aire de pingüino. Creo que mi cara de sapo surtió efecto, ya que el camarero encendió la televisión, seleccionando un programa en el que, por lo visto, sólo aparecían escenas de famosos cabreados. Pensé, sin embargo, que mi cara de sapo se podía haber esperado un poco, puesto que ahora resultaba peor de aguantar el vocerío de toda esa gente cabreada gritando dentro del televisor, que la figura quieta del camarero mirándome desde el burladero.

Al cabo de unos quince minutos, apareció Ella por la puerta del bar con el periódico enroscado debajo de su brazo izquierdo. Inmediatamente le pregunté si había pedido la medallita de San Nicolás, a lo que me respondió que sí, que le habían dado la medalla y un estuche para guardar dentro todos los ejemplares de la colección. Acto seguido Ella, con cara de avestruz, me preguntó que qué era todo ese griterío, a lo que yo le contesté que se trataba de un programa de televisión en el que sólo sacan escenas de famosos cabreados y / o en plena trifulca con otras personas. Me dijo muy sabiamente que eso no había quien lo aguantase y que sería mejor irnos, a lo que le contesté que sí.

16 DE CÓMO APARECE EN MI VIDA UNA PRÓTESIS PARCIAL  
REMOVIBLE Y DE LAS CONSECUENCIAS QUE ELLO  
ACARREA

Sigo pensando que si no fuera por la maldita dentista catalana, o supuestamente catalana, o al menos con acento catalán, aunque no podría especificar de cual de las provincias, ahora no estaría padeciendo la crisis budista que padezco. Sigo pensando, también, que toda la culpa de esta crisis es suya y sólo suya, por haberme anestesiado las orejas. Estoy convencido de que en la base de las orejas, es decir en los lóbulos, debe situarse algún chacra desconocido hasta el momento y que vendría a ser el responsable de nuestras creencias religiosas y / o filosóficas. Ahora entiendo por qué muchas figuras y figuritas representantes del Buda, adolecen de unas grandes orejas con unos lóbulos hiper-dimensionados que se asemejan, casi, a las deformes orejas de los Masáis. Pienso si los Masáis con sus enormes orejotas deformadas, pretenden con ello insuflarse un excedente de fe religiosa y / o filosófica. Quizás sus enormes saltos tengan algo que ver en todo esto. Quizás, también, si yo me pusiera a saltar como un Masái podría recobrar la fe perdida, o casi perdida, en las prácticas budistas.

Sólo sé que daría lo que fuera por volver a disfrutar de mis incisivos piorréicos y podridos, con tal de eliminar de mi biografía el fatídico momento en el que la odontóloga esa me inyectó tal cantidad de anestesia que hizo que se me durmieran las mitades inferiores de ambas orejas, y con ellas toda mi fe en las prácticas budistas. Creo que debería recurrir urgentemente a un auriculoterapeuta para exponerle mi problema y que me clave un montón de agujas en los lóbulos.

De todas formas, tengo que reconocer que ahora luzco una sonrisa digna de cualquier actor de cine, al menos por el momento, ya que la prótesis parcial removible que la doctora catalana me ha colocado en el día de ayer, es todo un alarde de buenas prácticas odontológicas y protésicas.

Tengo que reconocer, además, que una vez dentro de la consulta y en el momento de ver aparecer a la odontóloga con su delantal color azul quirófano y mascarilla blanca, me fue imposible del todo recriminarla por el excedente de anestesia que me había inyectado el día de las extracciones. Reconozco que esa indumentaria impresiona tanto, que anula toda intención recriminatoria en el paciente. Pienso que si un día fuera consciente que alguno de mis jefes quisiera recriminarme alguna mala acción laboral, debería presentarme en su despacho con un delantal color azul quirófano y una mascarilla blanca en la boca.

Al menos esta vez, la doctora tuvo la delicadeza de decirme que me quitara las gafas, con lo que ya no padecí la continua angustia por el temor a que me diera un cabezazo en las mismas y pudieran sufrir un desperfecto en la montura, o lo quesaría mucho peor, la rotura de alguno de los cristales.

Con las gafas ya retiradas de mi cara, pude observar que la doctora catalana se acercaba a mi persona sujetando algo en las manos y con la intención de enseñármelo, cosa que me produjo un verdadero espanto.

—¡Pero esa prótesis es enorme y no me va a caber en la boca! —le dije a la dentista con voz de conejo asustado.

—Hombre esto no es la prótesis sino el molde de su boca! —me contesto sin perder su acento catalán en ningún momento, a pesar del filtro efectuado por la mascarilla.

La mujer me traía ese molde con todo el cariño, para que admirara la reproducción que habían hecho de mi boca, pero al ser dentista y no oculista, no era consciente de que mis más de 13 dioptrías, astigmatismo, presbicia y necesidad de llevar prismas en los cristales de las gafas, hacía completamente imposible que disfrutara del espectáculo a menos de que me lo metiera literalmente por los ojos.

En su lugar le pregunté si hoy me tenían que poner anestesia.

—¿Hoy me tienen que aplicar anestesia, doctora?

—No, no, sólo voy a mirar qué tal ha cicatrizado la herida de las extracciones y a colocarle la prótesis —me dijo con el mismo acento catalán aunque ahora más dulcemente.

Pero en el momento en que la dentista se me echaba encima para inspeccionar el hueco de mis ex-dientes, me acordé que mi progenitora siempre me dijo que cuando me quitaba las gafas se me ponía cara de loco, porque se ve que abro desmesuradamente los ojos, observación ésta que también Ella me ha realizado en numerosas ocasiones. Pensé por tanto que la odontóloga podría llevarse una impresión equivocada y creer que mis ojos se abrían exageradamente para captar más detalles de sus pechos, motivo por el cual decidí rápidamente entornarlos.

—¿Le hago daño?... pero si únicamente le estoy examinando las encías —me preguntó la doctora no sé con qué cara porque la tenía tapada con la mascarilla, pero con las cejas arqueadas en señal de asombro.

—No, no, no... son mis ojos —le dije con cierto nerviosismo en ciernes de venir a mayores.

—¿Le ha entrado algo en los ojos?, le he visto hacer un gesto como de dolor.

—No, no, nada de eso, no se preocupe y siga con lo suyo —le conteste con verdadero pánico por la idea de que me quisiera anestesiar los ojos.

—Pues la herida ha cicatrizado perfectamente, así que vamos a colocar la prótesis, deje que se la coloque yo la primera vez y usted diga si le produce daño o algún malestar.

Una vez que oí un “klik” al mismo tiempo que presionaba ese objeto sobre mi mandíbula inferior, le dije que no, que no me hacía ningún daño ni sentía molestia alguna, con la intención de salir de allí lo antes posible y evitar cualquier tipo de arrepentimiento por su parte y que finalmente decidiera colocarme un jeringazo de anestesia en alguna parte de mi cara.

De todas formas opté por frotarme las orejas, para comprobar que allí no había sucedido nada, y me despedí de la odontóloga dándole las gracias por su amabilidad y buen oficio, mientras se quedaba en la puerta diciéndome, ya a distancia, que seguramente notaría molestias y que tendría que volver para que me ajustaran la prótesis, algo a lo que ya ni contesté porque estaba doblando el pasillo para dirigirme al lugar de pago y de allí a casa.

\*\*\*

Durante los 7 días de la primera semana con mi prótesis parcial removible, he sido consciente de los siguientes hechos:

- 1) He perdido la prótesis en 2 ocasiones, pero la he encontrado en diversos rincones de la casa.
- 2) Me he dirigido al trabajo sin la prótesis en cuatro de los siete días.
- 3) He recibido las amonestaciones de Ella en las cuatro ocasiones que he olvidado la prótesis.
- 4) No hay quien coma con esa cosa metida en la boca.
- 5) Dudo mucho que la prótesis parcial removible me devuelva la fe en mis prácticas budistas.

Sólo me pregunto una cosa:

PREGUNTA: ¿Dónde se habrá metido el maestro barrendero?

RESPUESTA: No tengo ni idea y, lo que es peor, mucho me temo que seguiré sin tenerla.

\*\*\*

Esta mañana he decidido terminar con mi incertidumbre, así que me he dirigido al lugar donde mi maestro solía andar empujando su no-vehículo, y limpiando con su sacujo-escoba. Allí se encontraba un joven larguirucho ataviado con un chaleco reflectante color naranja, que por supuesto no tenía aspecto de ser ni maestro Zen ni maestro de nada.

—Hola buenos días —comencé educadamente aquella conversación cuya única finalidad era la de averiguar qué demonios había pasado con mi maestro, y seguramente maestro también de muchos otros.

—Buenos días señor —me contestó el larguirucho, demostrando que aunque no fuera un maestro ni de Zen ni de nada, al menos sí que poseía las más elementales normas de educación, hoy por otro lado tan escasas en muchos de los jóvenes, y no tan jóvenes, larguiruchos o no.

—Perdone que le interrumpa, pero es que querría saber si usted sabe algo de un compañero suyo que solía trabajar por aquí, ya de cierta edad y que portaba un chaleco reflectante amarillo, al que hace un par de semanas que no veo.

—Ah, usted se debe referir a Genaro —me contestó sin pensárselo dos veces —pues, se ha jubilado y ya no volverá por aquí. Era muy reservado y no hablaba con nadie, así que es raro que alguien pregunte por él.

—Veo que ahora lleva usted su sacujo.

—¿Que llevo qué?

—Me refiero a su escoba, que ahora lleva usted su escoba —le tuve que especificar, demostrándome así que, efectivamente, no tenía ni la más ligera noción de lo que son las prácticas budistas, en ninguna de sus modalidades.

—¡Caray!, pues sí que es observador, parece usted el Cherlo Jolmes ese.... por cierto ¿cómo lo ha sabido?

Me llamó la atención que, aunque el joven barrendero no tuviera idea alguna sobre las prácticas budistas, al menos sí conocía al mejor investigador de todos los tiempos.

—Hombre muy fácil, la escoba de su antecesor tiene una serie de marcas a lo largo del palo, seguramente consecuencia de todos los golpes fallidos que no llegaron a su destino. Por cierto ¿no sabrá dónde vive el tal Genaro? —insistí yo, y así una vez con la dirección en mi poder, empezar a recorrer las cercanías de su vivienda para hacerme el enconadizo y proseguir con las lecciones magistrales, en especial la de oír sin oír.

—Pues no tengo ni idea, porque como le digo no hablaba mucho, o más bien nada, y nunca me dijo dónde vivía, aunque la verdad es que yo tampoco se lo pregunté... como tenía tan mala leche, cualquiera se atrevía a preguntarle algo que le sentara mal. Enseguida sacaba la escoba y te arreaba un mamporro.... retrasado mental, pero irritable como una mona en celo.

—Pues no sé si sabrá que ha perdido la oportunidad de recibir unos conocimientos espirituales de altísimo nivel —le dije algo desairado puesto que me pareció fuera de lugar aquellas despectivas alusiones hacia quien yo consideraba mi adorado maestro y mentor Zen. También me pareció todo un pecado haberle tenido como compañero de trabajo en las tareas de limpieza y no saber siquiera los datos de su dirección personal, lo que reflejaba el escaso, o nulo, interés no sólo por sus conocimientos sino también, lo que todavía es peor, por su persona.

—Pero si el Genaro era tonto perdido, con muy mala leche pero tonto —insistía el imbécil del chaleco naranja.

—¡No pienso permitir que siga injuriando a uno de los más elevados espíritus que habitan esta ciudad! —le grité mientras le pegaba una patada a su carrito de basura, muy lejos de ser un verdadero no—vehículo budista, y se desparramaban todos los papeles, hojas de árboles, plásticos y una gran variedad de objetos de diferente tamaño y color.

—¡Joder, otro loco de mierda!, le voy a dar yo los conocimientos espirituales esos de los cojones... ¡no corra coño, que va a recibir una buena lección! —me increpaba ese salvaje anaranjado, mientras yo corría y oía cómo sus alaridos se iban alejando proporcionalmente a la

distancia que me separaba de él, y que yo intentaba aumentar por segundos.

Como el anormal ese no podía separarse de sus aperos laborales, pude darle esquinazo muy pronto. Ahora el temor que tengo es que si he de recorrer estas calles con algún grupo de turistas, cosa que ocurrirá casi con toda seguridad, tendré que camuflarme de alguna manera para evitar cualquier tipo de ataque proveniente de ese primitivo y descerebrado ser.

\*\*\*

Creo que necesito urgentemente un maestro budista, Zen o no Zen. Mi comportamiento agresivo de ayer hacia el barrendero del chaleco naranja, no es digno de ningún estudiante de las prácticas budistas. Pienso que algo ha debido desencadenar ese mecanismo agresivo. Esta preocupación ha hecho que comenzara a pensar en modo deductivo, para averiguar qué ha sido lo que ha desencadenado toda esa violencia hacia un estúpido barrendero anaranjado. Incluso ahora tengo que reconocer que me irrita al recordar la figura del energúmeno aquel mientras realizo estas anotaciones referentes al lamentable suceso.

PREGUNTA: ¿Qué cambio se ha producido en mi vida para que me haya vuelto agresivo?

RESPUESTA: La implantación de una prótesis parcial removible.

¡¡¡Eureka!!!.... la puesta de mi cerebro en modo deductivo ha dado con la solución del incómodo problema. Esta maldita prótesis es, ya no tango la menor duda, la causante de mi alteración conductual. No creo que el hecho de que mis orejas fueran anestesiadas, haya causado la modificación de mi conducta, puesto que una vez que la anestesia dejó de hacer efecto, ya no tiene sentido alguno que continúe modificando ni mi carácter, ni ninguna otra cosa. Sin embargo, la prótesis parcial removible continúa instalada en mi boca, al menos durante las horas diurnas, ya que cada noche antes de acostarme procedo a retirarla y limpiarla, para que así el trozo de encía correspondiente a mis ex-incisivos inferiores, se airee convenientemente, y por otro lado para que la prótesis quede en las más absolutas condiciones de higiene recomendables.

De aquí saco dos importantes conclusiones:

- 1) Que la prótesis altera mi comportamiento volviéndolo más agresivo.
- 2) Que colocando mi cerebro en modo deductivo puedo encontrar la solución a muchos problemas.

\*\*\*

Me enfrento a grandes dudas existenciales, puesto que después de haber abandonado un par de años atrás mi personal cruzada, junto con mis caballeros mesnaderos ético alimentarios, me veo ahora sometido a una crisis brutal referente a mis prácticas budistas acompañada, por si fuera poco, con episodios de conducta violenta, es decir, lo más anti budista del mundo.

Tengo que someterme de forma no urgente, sino urgentísima e imperiosa, a la experiencia de oír sin oír, y así comprobar mis capacidades hacia estas prácticas espirituales y filosóficas. He decidido que la práctica la realizaré en mi propia casa y de forma completamente autodidacta. Juego con la ventaja de haber sido sometido a la práctica de ver sin ver, por todo un maestro de primerísima categoría, por lo que al menos dispongo ya unas pautas por las que guiarme.



Después de una noche en vela, dilucidando acerca de qué es lo más conveniente, si someterme inmediatamente a la prueba de oír sin oír o seguir analizando mi período de investigaciones cidianas, me he decantado por lo segundo. Creo que aunque ahora tenga la casi absoluta certeza de ser una de las reencarnaciones del insigne caballero burgalés, sin embargo es necesario que revise todas mis anteriores acciones de tintes cidianos, por si encuentro en ellas alguna pista o mensaje que estuviera siéndome enviado por mi “áster ego”, Don Rodrigo, y que en su momento no supiera identificar o interpretar.

Antes de emprender aquel decisivo viaje, quizás el más importante entre los viajes de mi biografía, creí que sólo tendría que concentrarme en dos únicas cosas: la preparación de mi primera conferencia sobre ética alimentaria, en la ciudad de Burgos, incluida mi jura en la iglesia juradera de Santa Gadea, así como dar comienzo a mis indagaciones para dilucidar si, efectivamente, el Cid fue un multi-abducido o, para mí lo más probable, incluso él mismo un extraterrestre, porque durante aquel periodo estas ideas me rondaban la cabeza de forma insistente. Hoy no es que reniegue de aquella teoría, sino que doy más importancia a la idea de la reencarnación en mi persona. Sin embargo, no son incompatibles y muy bien podría ser que todas las reencarnaciones del Cid hayan sido abducidas o multi—abducidas. En cualquier caso, no me considero en este momento ningún extraterrestre.

Fui consciente, por otro lado, de que existían flecos adjuntos de los que no podía escaparme, como eran por ejemplo las clases de teología que le impartía a Melchora, pues me había comprometido a realizar un seguimiento de control y apoyo para que, esta vieja amiga de Ella, pudiera terminar el curso, con el fin más tarde de impartir clases en algún colegio.

Pensaba, durante aquellos días, que para poder afrontar mi inminente viaje a Burgos, con todas las garantías que requerían los dos propósitos que allí me llevaban, debería no dejar nada al azar, y tener muy bien planeado cada paso que dar e incluso la indumentaria a elegir, algo fundamental para llevar a buen puerto cualquier empresa. También le dediqué algún tiempo al discurso que tendría que desarrollar durante mi conferencia, aunque como iba a hablar de mis propias teorías, no hacía falta que me estudiase nada por ser un tema de mi cosecha.

Un par de días antes de coger el avión a Madrid y de allí el autobús para Burgos, pude escaparme un momento del trabajo, y dirigirme a la sede del diario local que había lanzado la campaña “un Santo, un Remedio”. Mi intención era comprar las 30 medallas protectoras que anunciaban para luego, ya en casa, hacer una selección de aquellas que me debería llevar de viaje a Burgos como protección contra posibles contrariedades. Recuerdo que al entrar en el edificio donde radican las oficinas de ese periódico, me encontré con un bedel.

—¿Adonde va? —me preguntó el bedel con cierta cara de espantapájaros.

—A comprar las medallas —le contesté yo con mi cerebro en modo castrense.

—¿Qué medallas? —insistió el pesado del bedel sin modificar para nada su cara de espantapájaros

—¡Qué medallas van a ser!, las de la campaña “un Santo un Remedio” —le contesté sin modificar yo tampoco el modo castrense en el que había colocado mi cerebro, momento en el que pude comprobar cómo el bedel incrementaba su cara de espantapájaros y me decía:

—Yo no sé nada de eso.

—Pues con alguien podré hablar para comprar esas medallas —continué yo abandonando el modo castrense y pasando al modo impertinente.

—Dígame su nombre —me espetó ya algo molesto el pesado del bedel.

—¿Para qué quiere mi nombre? —le contesté mientras notaba que mi cara adoptaba facciones de Mandril irritado.

El bedel subió su tono de voz y me respondió que él era el responsable de la seguridad del edificio y que debía apuntar en una hoja el nombre de todos los que entraban allí. Decidí darle un nombre falso. El bedel inoportuno, y ya bastante pesado, me pidió el carnet de identidad, a lo que yo le dije que no lo llevaba encima y que me lo había dejado en mi oficina, mientras pensaba que mentir a un bedel tan impertinente no debía de ser pecado alguno, y que mi condición de ateo convencido me permitía llevar a cabo ese tipo de mentiras, al menos mientras no portarse conmigo las medallitas protectoras.

Así que dejé de ponerle a ese ser tan molesto mi cara de mandril, para pasar a mostrarle mi cara de gorila en la modalidad de espalda plateada, muy útil para casos como este en los que me tengo que enfrentar a seres entorpecedores del fluir natural de las cosas. Mi cara de gorila en la especialidad de espalda plateada, surtió efecto y el bedel después de apuntar el nombre inventado que le acababa de dar, me dijo que subiera al primer piso y preguntara por Magdalena, momento en el que decidí ser yo ahora el molesto, preguntándole que dónde estaba el ascensor.

—¿Para qué quiere el ascensor si está en la primera planta? —me explicó ese desagradable ser bastante contrariado y malhumorado.

—Pues porque padezco una enfermedad cardiovascular por la que el médico me ha prohibido terminantemente subir ninguna escalera, ni siquiera para dirigirme a un primer piso, y no pienso infringir sus consejos en este edificio ni en ningún otro. Además, todo edificio está obligado a eliminar barreras arquitectónicas, de forma que los minusválidos como yo podamos dirigirnos a cualquier parte sin sufrir menoscabo alguno de nuestra salud —le solté satisfecho de comprobar que estaba siendo yo ahora el molesto.

El bedel, a esas alturas con la cara colorada por aguantarse las ganas de insultarme y / o incluso agredirme, se levantó de su asiento oculto tras un pequeño mostrador y me señaló el pasillo por donde debía encaminarme para coger el ascensor. Decidí no perder las más elementales normas de educación, y a pesar de no sentirme impulsado a darle las gracias, lo hice aunque de forma apagada y casi inaudible. Al llegar a la puerta del ascensor, pensé que quizás podría volver donde el bedel para decirle que no recordaba el nombre de la persona con la que tenía que hablar, pero inmediatamente fui consciente que estaba utilizando mi tiempo oficial para el café y que, en diez minutos, debería comenzar el regreso a la oficina.

Al llegar a la planta nº 1 se abrieron las puertas del ascensor y contemplé otro mostrador, desde el cual se contemplaban a su vez unas cuantas mesas de oficina con su oficinista correspondiente instalado en ellas. Una vez en el mostrador, y con mis manos sobre él cogidas con los dedos entrecruzados como si comenzara a recitar una oración, pregunté por la señorita Magdalena, momento en el que observé que de la última mesa se levantaba una señora bastante oronda, que me hacía pensar más en un inmenso bizcocho que en una humilde magdalena.

—¿Qué desea? —me preguntó aquel gran bizcocho.

—Me gustaría comprar las medallitas de la campaña “un Santo, un Remedio”, que este periódico está ofertando desde principios de semana.

—Pues es que no se pueden vender juntas...sólo se pueden adquirir comprando el ejemplar del periódico de ese día. —me contestó la tal Magdalena mientras yo pensaba que en ese momento estaban comenzando otra serie de contrariedades y que por lo tanto sería muy prudente que volviera a adoptar la cara de gorila en su modalidad de espalda plateada, sin pasar previamente por la de Mandril. Sin embargo una especie de intuición me dijo que con la señorita Magdalena no iba a funcionar mi cara de gorila, así que decidí improvisar otra táctica y aprovechar que todavía no tenía conmigo las medallitas protectoras, para volver a soltar una mentira, que podría calificarse como piadosa.

—Es que no son para mí, sino para mi abuela que se encuentra la pobre enferma e internada en el hospital, y cuando vio el otro día la medallita de San Nicolás de Bari me dijo, a mí que soy su nieto predilecto, que por favor le comprase toda la colección de medallitas porque quería tenerlas a

su lado antes de que el Señor se la lleve con él.

Comprobé que la oficinista Magdalena ponía cara de lémur y me miraba muy extrañada, seguramente examinando mi pelo canoso, tanto el de la cabeza como el de la barba, y seguramente también preguntándose cuántos años debía de tener mi abuela. Esa mirada me hizo dudar de la táctica empleada, por lo que pensé que quizás hubiera sido mejor haberle dicho que la enferma era mi madre, pero en ese momento me impresionó bastante la posibilidad de decirle a esa oficinista que mi madre estaba a punto de morir, porque mi progenitora estaba, y está, sana como un pero, por lo que me pareció que eso era tentar a la suerte. Pensé que aunque era ateo convencido, y sigo siéndolo a pesar de mis actuales estudios sobre las prácticas budistas, sin embargo creía que nuestras actitudes pueden provocar, bajo determinadas circunstancias, posibles efectos de carácter chamánico.

—Mire usted, mi abuelita es muy mayor, tiene 99 años pero no saben los médicos si llegará a los 100 —comenté intentando adoptar un tono lastimero y dulzón. —A todos nos gustaría tener una abuela centenaria, pero su salud ha sufrido una recaída importante y es por eso que le pido por favor que me dejen comprar toda la colección de medallas, ya que muy probablemente mi abuelita (creo que fue una buena idea utilizar el diminutivo de abuela, para darle un carácter más entrañable al asunto) no vivirá para cuando termine la entrega de la última medalla —momento en el que adopté una expresión profundamente compungida.

Detecté que la oficinista Magdalena adoptaba por su parte también una expresión compungida y me dijo, con cierto brillo en los ojos comenzándole a aflorar, que lo iba a consultar con el jefe del departamento de ventas. Después de algunos minutos, Magdalena regresó con el brillo mucho más acentuado en su mirada, y me dijo que habían pensado regalar a mi abuela toda la colección de las medallas, con el estuche incluido, y que iría el mismísimo jefe de departamento a entregarle la colección, algo que saldría al día siguiente como noticia destacada del diario, momento en el que tuve que impedir que aflorase en mi cara una expresión de lechuza aterrorizada.

—Bueno, la verdad es que prefiero llevarme ahora mismo toda la colección y que el asunto quede en el anonimato, ya que lo otro podría causarle una impresión tan fuerte que a lo mejor se nos quedaba en plena entrega de medallas.

—¡Claro, claro! —respondió Magdalena instante en el que daba media vuelta y se iba en busca de las medallitas de las narices, para volver con ellas a los dos minutos, entregármelas y desearme buena suerte.

Finalmente bajé al vestíbulo de entrada del edificio, por las escaleras claro está, y cuando iba a salir triunfante a la calle, y con las medallas protectoras obtenidas gratuitamente, paré delante del mostrador del bedel para decirle a ese cretino otra mentira, con la intención de amargarle la mañana.

—Oiga, el ascensor no se llega a parar a la altura adecuada, pudiendo provocar el tropezón de las pobres personas que quieran salir de él. Les podría demandar por poseer una posible barrera arquitectónica con un alto potencial de accidentalidad —le espeté con cara de satisfacción pero pensé inmediatamente que ahora me acompañaban las 30 medallas protectoras, por lo que sería mejor no mentir y evitar algún efecto de carácter chamánico, por el que quedasen anuladas las capacidades protectoras de esas medallitas.

\*\*\*

Me veo en la necesidad de copiar aquí todo lo que anoté en mi diario por ser información que merece la pena traerla tal y como fue registrada.

*Ahora, desde la ausencia de ansiedad conseguida gracias a todas estas anotaciones, puedo proceder a la elección cuidadosa de aquellas medallas que debería llevar conmigo a Burgos para enfrentarme con todas las garantías de éxito a mis dos retos existenciales que allí me esperan. En cualquier caso, quiero dejar constancia de que con las medallitas no viene ningún tipo de cordón, sino que sólo regalan un triste estuche de cartón con sus 30 pequeños huecos donde depositar cada una de las medallas protectoras. Sin embargo, puedo comprobar que también disponen de un pequeño eslabón, por si uno quiere llevarlas a modo de colgante. Pienso que deberé hacerme con unos cuantos cordones, aunque sean de zapatos, para poder llevar las medallas seleccionadas colgando de mi cuello, pero no dilatemos más el proceso de selección.*

### *PROCESO DE SELECCIÓN DE MEDALLITAS PROTECTORAS*

*Pienso que la medalla de San Nicolás, que ahora tengo por duplicado al venir claro está incluida en el lote que me han regalado hoy, será de interés no por su capacidad protectora de los bebés y niños, sino porque tengo ya más que comprobada la relación existente entre este santo y el Cid, aunque sólo sea por lo de sus barbas incendiadas. Además, pienso que el Papá Noel trompetero que encontramos en Quintanabaldosa fue toda una señal, seguramente lanzada por seres alienígenas, para que me encaminara por los pasos de San Nicolás. Pero continuemos con los demás santos:*

*San Vicente Ferrer... Grandes milagros. Creo que no me hacen falta grandes milagros así que prefiero no malgastar sus poderes y dejarla para otra ocasión. NO ME LA LLEVO*

*San Francisco de Asís... Protector de animales domésticos. Pienso que le será más útil a Ramona. NO ME LA LLEVO*

*San Emigdio... Contra los terremotos. Pienso que las tierras cidianas no son lugar de gran actividad sísmica, por lo que prefiero dejarla para viajes de mayor riesgo en este sentido. NO ME LA LLEVO*

*San Juan Bautista... Contra la epilepsia. Como por ahora no he sufrido ningún ataque de estas características, decido prescindir de ella en este viaje. NO ME LA LLEVO*

*Santiago Apóstol... Protector del buen tiempo. Pienso que el mes de marzo, todavía es época de posibles nevadas importantes en las tierras del Cid, y que si por culpa de unas de estas nevadas el autobús no puede llegar a Burgos, se verían abortados todos mis planes. ME LA LLEVO*

*San Judas Tadeo... Asuntos imposibles. No pienso, ni quiero pensar, que mis asuntos vayan a ser imposibles, así que decido dejar esta medalla bien guardada en su estuche. NO ME LA LLEVO*

*San Pancracio... Para encontrar trabajo. Pienso que en estos momentos encontrar trabajo no es algo que me preocupe, y que mi actividad como guía turístico no parece que peligre. NO ME LA LLEVO*

*San Antón... Contra las intoxicaciones alimenticias. Pienso que esta medalla es fundamental en todo viaje, y más si cabe en éste, no sea que un mal pincho de tortilla dé al traste con mis intenciones. ME LA LLEVO.*

*San Bonifacio... Para el perdón contra los agravios. Creo que no le veo la utilidad ni ahora ni más tarde.*  
NO ME LA LLEVO (y quizás hasta la tire)

*San Hipólito... Contra los problemas cardíacos. No hay lugar a dudas de que esta medallita protectora es fundamental, a pesar de que no haya padecido hasta el momento anginas de pecho o infartos. Sin embargo la acumulación de emociones a las que voy a estar sometido, aconsejan muy mucho llevar encima esta medalla.*  
ME LA LLEVO.

*San Pascual Bailón... Protector de pastores y cocineros. Pienso que no tendré que recurrir en este viaje ni al pastoreo ni a los fogones de ningún restaurante.*  
NO ME LA LLEVO.

*San Rafael... Protección de la salud. Esta puede ser de vital importancia, porque aparte de llevar las específicas contra los infartos y las intoxicaciones alimenticias, siempre pueden surgir adversidades de cualquier otra índole.*  
ME LA LLEVO.

*San Valentín... Para los enamorados. Esta indudablemente se queda en casa junto a Ella. (bueno mejor dicho metida en el estuche).*  
NO ME LA LLEVO.

*San Agatángelo... Para las buenas noticias. Sin lugar a dudas.*  
ME LA LLEVO.

*San José... Para el buen matrimonio. Se queda en casa.*  
NO ME LA LLEVO.

*San Antonio de Padua... Para encontrar objetos perdidos y conseguir novio. Pienso que no entiendo por qué han juntado estas dos capacidades, ya que a mí, y seguramente que a muchos más, sólo me interesa su primera capacidad protectora. En cualquier caso, en previsión de que pudiera perder por el camino cualquier objeto de importancia para el desarrollo de mis planes, se vendrá conmigo.*  
ME LA LLEVO.

*San Jorge... Protector contra la magia negra. No creo que mi conferencia sobre ética alimentaria haya suscitado la animadversión de algún brujo o bruja, residente en Burgos, que quisiera soltarme el maleficio de turno. Me arriesgaré y la dejaré en casa.*  
NO ME LA LLEVO.

*San Ignacio de Loyola... Contra la fiebre. Siempre puede estar bien y aunque ya he pasado por un episodio febril este invierno, es mejor prevenir que aparecer el día de la conferencia y / o de la jura, con cuarenta de fiebre.*  
ME LA LLEVO.

*San Jaime... Contra el reumatismo. Pienso que hay poca probabilidad de que me sorprenda un ataque de reuma durante mi estancia en la Caput Castellae.*  
NO ME LA LLEVO.

*San Crispín... Protector de los sastres. No me interesa lo más mínimo. Pienso que si la incluyo en el estuche es por no dejar un hueco vacío en el mismo. Así que, bien pensado, tampoco tiraré la de San Bonifacio*  
NO ME LA LLEVO.

*San Blas... Protector de enfermedades de la garganta. Fundamental en tierras castellanas y más aún en época invernal.*  
ME LA LLEVO.

*San Isidro Labrador... Para las buenas cosechas. No es momento de llevar esta medalla.*  
*NO ME LA LLEVO.*

*San Roque... Contra epidemias. Más vale ser precavidos.* *ME LA LLEVO.*

*San Abdón y Senén... Para las enfermedades de la vista. No entiendo cómo mi progenitora no me compró esta medallita de pequeño y me la ató al cuello. Pienso que si me hubiera colgado esta medalla nada más venir al mundo, quizás no hubiera desarrollado nunca mis problemas oculares. Pienso que dada la deficiencia y debilidad de mi capacidad de visión, es de primerísima necesidad llevar encima esta medalla y evitar complicaciones que pudieran incluso devenir en una posible ceguera.*  
*ME LA LLEVO.*

*San Cristóbal... Para los conductores y el buen viaje. Pienso que, como tengo que viajar en avión y en autobús, será muy recomendable portar conmigo a San Cristóbal.*  
*ME LA LLEVO.*

*San Joaquín... Para los niños enfermos. Sin comentarios.* *NO ME LA LLEVO.*

*San Miguel... Protección en las batallas. Pienso que quizás me tenga que enfrentar con alguna desavenencia que otra y esta medalla me ayudaría a salir bien librado de todas ellas.*  
*ME LA LLEVO.*

*Santas Justas y Rufina... Contra los pinchazos y las picaduras. Pienso que si el autobús pincha podría causar un accidente grave. Pienso también que aunque no es época estival y es difícil que pueda sufrir la picadura de algún tábano, abeja, avispa o incluso arácnido, prefiero no arriesgarme a ello. Además pienso que como son las dos únicas santas de la colección, es de justicia llevarlas encima, ante la discriminación machista a la que se ven sometidas.*  
*ME LA LLEVO.*

*Por otro lado, creo que debería llevar conmigo el bastón de mi abuelo, que en tantos paseos me ha acompañado, y que después de las señales recibidas en mi primer sueño de inducción cadiana, referentes a la figura de un personaje con una vara, y mi posterior descubrimiento de aquella fórmula oral para recitar en caso de peligro, la cual rezaba: "Varita, varita, por la virtud que Dios te dio, que hagas esto o estotro", sería muy aconsejable llevarme el bastón de mi abuelo como si de una vara se tratara.*

Ya puedo decir que como alumno de las prácticas budistas, he pasado por la importantísima y decisiva prueba de oír sin oír, sin embargo el resultado de esa experiencia me temo que no ha sido el que yo esperaba. En lugar de convertirme en un consumado practicante y alumno aventajado, creo que sólo he profundizado aún más la crisis budista que se venía fraguando desde que aquella fatídica dentista catalana me anesthesiara las orejas, o parte de ellas, y me implantara la prótesis parcial removible que desde entonces intenta arruinarme todas y cada una de las comidas que realizo a lo largo del día, a la par que está desarrollando en mi persona unos impulsos agresivos, hasta ahora desconocidos para mí, y muy poco recomendables en cualquiera que pretenda calificarse como estudioso de las prácticas budistas.

Por el contrario, he de confesar, aunque todavía no quiero adelantar nada, que comienzo a tener ligeras señales (no sé muy bien provenientes de quién ni de dónde) acerca de lo que en realidad me depara el destino y de cuál ha de ser mi verdadera misión particular, aquella de la que me habló mi erudito sobrino en aquel navideño paseo familiar, y que luego su cerebro trastocó y desvirtuó al sufrir una curiosa amnesia acerca de nuestra conversación.

Sin embargo, antes de sacar conclusiones precipitadas, tengo que terminar de analizar de forma pormenorizada todos los acontecimientos que tuvieron lugar durante aquel verdadero viaje catártico y la posterior cruzada ético-alimentaria, porque estoy seguro de que allí hay claves que todavía no he sabido reconocer y, por supuesto, interpretar.

Quizás pueda ocurrir que, como autodidacta que he sido a la hora de experimentar la experiencia de oír sin oír, haya cometido algún error en el proceso o en el formato de la práctica. Porque cuando fui sometido por el maestro barrendero a la prueba de ver sin ver, aunque sufrí una serie de penurias físicas y casi me cuesta la pérdida de visión en un ojo, sin embargo la confianza en mi condición de alumno Zen nunca padeció menoscabo alguno, antes al contrario, de esa catártica experiencia salí completamente reforzado en mis creencias filosófico-religiosas.

Pero ayer, el edificio donde se cobijan mis convicciones budistas, se vio nuevamente resquebrajado, amenazando en estos momentos un completo derrumbe. Repasaré ahora los hechos por si se me escapa algo que no haya tenido en cuenta y que pudiera servirme como reparador espiritual.

Durante la jornada laboral, tuve que compartir grupo turístico con mi compañera Jacinta, ya que era tan numeroso (100 portugueses del Algarve llegados en dos autocares) que no podía encargarme yo solo de ellos. Recuerdo que antes de que aparcaran los autobuses al lado de nuestra caseta con toda aquella masa lusitana, me llamaron la atención los pechos de Jacinta cosa que me extrañó porque, la verdad sea dicha, es que sus pechos nunca me habían llamado la atención. Sin embargo ayer me pareció que a Jacinta le habían crecido de forma grotesca sus dos atributos mamarios.

En un principio pensé que quizás Jacinta siempre había adolecido de esa característica en su anatomía, sin que fuera objeto de atención para mí, pero rápidamente fui consciente que llevábamos trabajando juntos ocho años, y que sería muy extraño que durante todo ese tiempo no me hubieran llamado la atención esas extrañas protuberancias. Por lo tanto, y una vez más con mi cerebro colocado en modo deductivo, hice repaso de las posibles circunstancias que pudieran estar asociadas al crecimiento exprés y desmesurado de los pechos de Jacinta. Mientras ella organizaba todo el material publicitario con el que obsequiar a los turistas portugueses, consistente en algunos

folletos con la información cultural típica, yo organizaba mis deducciones y las despojaba de toda superficialidad dejando tan sólo dos opciones en mi lista analítica.

1) Jacinta se había operado los pechos durante el fin de semana y ayer lunes aparecía con su nueva y flamante delantera.

2) Jacinta siempre ha tenido esa delantera, pero la prótesis parcial removible no sólo está desarrollando en mi conducta impulsos agresivos, sino que está dando lugar a una extraña hipertrofia de mis impulsos libidinosos. Por supuesto aquí cabría una variante consistente en los mismos efectos pero causados no por la prótesis parcial removible, sino por el terrible hecho de que mis orejas quedaran parcialmente anestesiadas aquel nefando día de la extracción de los dos incisivos inferiores.

En esta ocasión mis deducciones no dieron con la verdadera causa de aquella anomalía física, digna por otro lado de cualquier revista médica. Todo se aclaró en el momento que fui atacado por un furioso mosquito al que no me quedó otro remedio que aplastar, a pesar de ser un vegetariano convencido y riguroso seguidor de las éticas sobre el sufrimiento animal.

—Mira... a mí no me ataca ni un solo mosquito —me dijo sonriente Jacinta mientras se cogía las tetas con ambas manos, algo que produjo en mí una impresión mitad espanto, mitad incredulidad, difícil de reprimir.

—Ya verás —y Jacinta se metió ambas manos en los bolsillos que su camisa tenía cosidos justo a la altura de los pechos, procediendo a extraer de ellos (de los bolsillos claro está), unos aparatejos que parecían teléfonos móviles pero con una rueda que claramente servía para graduar algo.

—¿A que no sabes qué demonios es esto? —me preguntó con su cara radiante de felicidad y sin darme tiempo a contestarle nada en absoluto, pero al menos permitiendo que mis ojos vieran cómo aquellas tetas recuperaban su habitual apariencia —pues son emisores de ultrasonidos especiales para mosquitos, los hay de muchos tipos y estos que llevo yo se pueden graduar a diferentes frecuencias, así que llevo uno en cada bolsillo de la camisa con frecuencias distintas para que ahuyente a todo tipo de mosquitos, y otros dos en los bolsillos de los pantalones, graduados a otras frecuencias por si acaso se escapara algún mosquito raro de esos que ahora están llegando de Africa y Asia, que creo que son muy malos.

Afortunadamente el cargamento de portugueses llegó en ese mismísimo momento y la conferencia sobre emisores de ultrasonidos contra mosquitos se vio abortada, así como las siguientes conferencias que posteriormente vendrían sobre emisores de ultrasonidos contra roedores, mamíferos invasores, cucarachas...etc.

Al terminar nuestra jornada laboral, le puse la excusa a Jacinta de que tenía que llevar a nuestra perra Ramona al veterinario y no podía entretenerme, momento en el que comenzó a explicarme que los emisores de ultrasonidos para mosquitos no afectaban a los perros y que si yo quería me podía llevar uno de los suyos para comprobar si a Ramona le molestaban los supuestos chillidos que ese aparato debía emitir.

—No, gracias Jacinta, es que tengo que irme a toda prisa no sea que alguien me pille la vez y se tire una hora dentro de la consulta con su perro, gato o lo que sea —le medio grité dado que ya me separaban de ella unos cuantos metros.

Al regresar a casa, todo estaba tranquilo. Ramona dormía y Ella me había dejado una nota explicando que se había tenido que ir a hacer unas fotos al coche de unos amigos. Enseguida me acordé que esos amigos nuestros querían que Ella les hiciese unas buenas fotos del coche, por fuera y por dentro, para colgarlas en una página de compraventa de vehículos por internet.

Sin pensármelo dos veces, vi en ese momento la oportunidad ideal para someterme a la prueba de oír sin oír, ahora que estaba en ayunas desde las siete de la mañana (exceptuando el café de las 10'30 horas) lo cual podría facilitarme seguramente el éxito de la experiencia, ya que todos



sabemos que con el estómago lleno no es recomendable realizar prácticas budistas ni yoguis ni de ningún tipo, salvo la práctica de la siesta.

Pensé que el espacio al que denominamos biblioteca, y que consiste en un lugar de paso entre mi estudio y el salón comedor (también estudio de Ella), podría ser el sitio idóneo para llevar a cabo esa práctica Zen, ya que allí están las estanterías donde guardo toda mi colección de libros al respecto. Sin embargo no podía afrontar esta experiencia vestido tal y como había llegado del trabajo, ni tampoco desnudo o en calzoncillos, algo que me pareció toda una falta de respeto. Pero no pasaron ni treinta segundos, cuando me acordé que Ella guardaba una bata tipo geisha, que le había regalado nuestro sobrino erudito y cosmopolita al regresar de uno de sus viajes al Japón, bata que por otro lado a Ella nunca le ha gustado por parecerle excesivamente floreada y cursi, de hecho jamás he visto que la utilizara, ni en el baño ni en ningún otro sitio. A mí, por el contrario, esta indumentaria me pareció la más adecuada para proceder a la práctica de oír sin oír.

No pasarían ni quince minutos, cuando ya me encontraba sentado en una silla, rodeado de estanterías y cubierto únicamente con la bata tipo geisha. También me puse mis zapatillas caseras nocturnas.

Los ronquidos de Ramona, que estaba impertérrita tumbada en uno de los sofás del salón comedor, me parecieron todo un regalo del Buda para comenzar a separar el sonido escuchado de sus asociaciones habituales.

—Ese ronquido no es de Ramona —pensaba yo para mis adentros. —Ni de Ramona ni de nadie. Ese ronquido no es un ronquido, no es nada. Oigo sin oír. —seguía pensando al mismo tiempo que me preocupaba de mantener la espalda bien erguida como es propio de toda buena postura Zen.

—La luz invade mi cuerpo y me produce calma y felicidad —pensaba también, pero sin pensar. Pensar sin pensar. Pensar sin pensar. Pensar sin pensar. No, no, oír sin oír, oír sin oír, pero también puedo pensar sin pensar, no es incompatible, es igual... ahora oír sin oír... el sonido de la puerta no es nada...oigo pero no oigo...oigo la voz de Ella pero sin oírla, dice algo pero se mezcla con el sonido—ronquido que sólo es sonido sin ser ronquido...Siento el perfume de Ella, pero huelo sin oler, huelo sin oler, huelo sin oler y también oigo sin oír, oigo sus pasos acercándose pero dejo que mi mente no los oiga y vuelvo a oír sin oír mientras continuo en calma y en un vacío absoluto...

—¡¡Ahhh!!, ¡joder qué susto me has dado! —decía Ella mientras yo mantenía la calma mental y me negaba a oír lo que oía —¡hola Ramona!... —oía nuevamente pero sin seguir oyendo.

—¡Oye!... cariño... ¿te pasa algo?... ¡hay!... ¡pero por qué no me contestas! —seguía oyendo pero con la firme voluntad budista de negarme a oír lo que oía, ya que tenía que pasar esa prueba fuera como fuera. —¡Joder dime algo! —gritaba al mismo tiempo que comenzó a menear todo mi cuerpo de un lado para otro, mientras yo sentía sin sentir.

—¡Hay Dios mío, pero que te ha pasado!... ¡¡despierta coño!!...¡¡Ramona muérdele!!, ¡¡joder que despiertes!!!...PAFF.

Recuerdo que del tortazo arreado me caí con silla y todo al suelo por lo que no me quedó más remedio que salir del estado Zen y volver a oír oyendo y ver viendo mientras me colocaba las gafas, que habían salido despedidas pero afortunadamente sin sufrir daño alguno en montura ni cristales..

—¡Hay cariño!, ¿estás bien, mi vida?... ¿pero qué te ha pasado?... ¿y por qué estas vestido con esa bata?... venga tenemos que ir a urgencias para que te hagan unas pruebas... ¡hay qué disgusto!, pero tú no te preocupes que ya verás que no pasa nada... —me decía Ella mientras yo salía del trance budista y me levantaba del suelo.

—No te pongas nerviosa, que estoy bien —dije pausadamente para no perder del todo mi estado Zen y así calmarle a Ella antes de que le diera un ataque o me diera a mí otro tortazo.

—Pero cómo no te va a pasar nada si estabas ido, con la mirada completamente perdida y

una sonrisa de imbécil que nunca te había visto antes.

—Es que estaba sometiéndome a una prueba importantísima dentro de las practicas budistas en la modalidad Zen —le comenté ya con la voz algo temblona temiendo que lo peor estaba por llegar.

—¿Me quieres decir que sabías que había entrado en casa y que oías todo lo que te decía, incluso cuando estaba con un susto de muerte?

—Verás, es que la prueba consiste en oír sin oír y...

—Te vas a ir a la porra con todas tus prácticas budistas...¿pero tú no eres consciente del susto de muerte que me acabas de dar, imbécil?... ¿y se puede saber para qué te has puesto esa ridícula bata, que pareces un anormal?

—Hombre, como la bata es japonesa, pensé que así estaría más cerca del verdadero espíritu Zen.

De verdad, si no dejas de hacer tonterías como esta o las que hiciste en Burgos, me vas a matar de un disgusto —momento en el que los nervios acumulados terminaron por provocarle un llanto irrefrenable.

—Perdona, es que no pensaba que fueras a venir tan pronto... como tenías que hacer esas fotos del coche aquel, pues jamás imaginé que te causaría ningún susto —le comenté con la voz más dulce que pude encontrar en el cajón de las voces dulces.

—Joder, parecía que te había dado un pasmo, no sé... un ictus, una embolia, o yo que sé qué... júrame por tu madre que nunca volverás a hacerme pasar por un trance así —me espetó con la voz ya más calmada y asomando incluso cierto tono almibarado en la misma, pero eso sí, con la firme intención de acabar todo eso con una declaración de renuncia por mi parte a la continuación de mis prácticas budistas y cidianas, aunque por supuesto sin que ello significara que renunciase a mi condición de vegetariano convencido y defensor a ultranza del bienestar animal (con el ser humano incluido como un animal más).

—Vale...te lo prometo.

—No... ¡júramelo por tu madre!

—Te lo juro.

—¡Por tu madre!

—Te lo juro por mi madre.

Lo acontecido hace unos días con respecto a mi experiencia budista de oír sin oír, y la conminación de Ella para que deje de hacer lo que ha calificado como “tonterías”, no empece lo más mínimo mi intención de seguir escudriñando mis aventuras burgalesas y cidianas porque, por un lado en nada le puede afectar a Ella el que así lo haga y, por otro, porque mantengo la firme convicción de que allí se encuentra la verdadera señal, y fiel guía en un futuro cercano.

Antes de comenzar el análisis del viaje propiamente dicho, creo interesante traer a colación un pequeño detalle referente al número de medallitas protectoras que pensaba llevar para protegerme durante aquel decisivo periplo. Como es habitual prefiero remitirme a lo escrito en el diario de esos días.

*12 de marzo (sigo sin querer especificar la hora ni los días que faltan para el gran evento)*

*Es necesario enmendar un problema originado con las prisas que la noche impone a todo ser humano, como consecuencia de tener que cenar e irse después a la cama para intentar dormir. Hoy, con las tres cuartas partes del día ya despachados, o lo que en el formato de Diario de Servicio serían los tres primeros turnos, tengo que solucionar un pequeño problema, el cual radica en haber seleccionado 13 medallitas protectoras para acompañarme en el, casi podríamos decir que épico próximo viaje a Burgos, para impartir la primera conferencia sobre mis teorías ético-alimentarias, así como para realizar una jura en Santa Gadea, con la que dejar claro al mundo alienígena que el resto de mi vida lo empeñaré en llevar a cabo la misión que ellos me han encomendado, que no es otra que luchar por divulgar la coherencia alimentaria en todo el planeta, o al menos en el trozo de planeta que me corresponda, así como poner gran esfuerzo para evitar al máximo posible el maltrato y sufrimiento animal que la incoherencia alimenticia conlleva.*

*Pienso que el número 13 representa a la carta de la Muerte en el Tarot. Pienso que como experto tarotista, sé que la muerte cartomántica no implica necesariamente la muerte física de una persona y que en muchas ocasiones incluso representa la renovación absoluta del consultante, en un sentido catártico y positivo. Sin embargo, ante el riesgo de llevar conmigo ese 13, del que nunca se sabe cómo va a comportarse, prefiero recurrir a la adición o sustracción de una de esas medallas. Pienso que quitar aunque sólo sea una de las ya seleccionadas, puede llevarme en un momento dado a echarla de menos y no poder contar con ella cuando necesite recurrir a su capacidad protectora. Por lo tanto decido incorporar una de las desechadas y así elevar el número 13 al 14, que representa a la Templanza, algo mucho más tranquilizador a la hora de viajar, y más aún en un viaje de estas características existenciales.<sup>7</sup>*

*Repaso todas las medallas desechadas y creo que lo más conveniente es que me lleve la de San Emigdio. Así pues:*

*San Emigdio... Protege contra los terremotos. Recuerdo que mis progenitores siempre me contaron que cuando yo era pequeño y vivíamos en tierras cidianas, se produjeron una serie de movimientos sísmicos. No recuerdo qué magnitud alcanzaron esos terremotos en la escala de Richter, o quizás mis progenitores nunca me lo dijeron. En cualquier caso, y en previsión de que pudieran repetirse esos incómodos percances geológicos, que hicieran*

---

<sup>7</sup> Soy consciente de lo contradictorio que puede resultar el hecho de afirmar por un lado que no padezco triscaidecafobia alguna, mientras que por otro evito llevar conmigo 13 medallitas protectoras. Pero también soy consciente de que grandes pensadores como el mismísimo Nietzsche adolecieron de importantes contradicciones.

*desistir a la población burgalesa de acudir a mi conferencia, decido incorporarla al conjunto de medallas viajeras.* *ME LA LLEVO.*

*Sólo falta hacerme con una trompeta de juguete, para dejar bien claro el día de la jura en Santa Gadea, que mis intenciones son guerreras, y que llevaré a cabo la misión particular que se me ha encomendado a costa de mi vida si es necesario, o si no hace falta llegar tan lejos, al menos padeciendo alguna contrariedad física.*

Así pues, con todo preparado, comenzó el viaje.

Recuerdo que en el aeropuerto de la ciudad donde resido, y poco antes de salir para mi destino, tomé la decisión irreversible de terminar de una vez por todas mi relación con el teléfono móvil de generación obsoleta, al que le venía dedicando fidelidad exclusiva desde hacía bastantes años, para comenzar una nueva y esperaba que fructífera relación con otro teléfono, por supuesto de ultimísima generación. La motivación de esto último fue el que, mientras estaba esperando la hora de embarque del avión que debía llevarme a Madrid, intenté recordar el nombre del autor del libro *Yo no maté a ese cerdo*, tan importante en el desarrollo de mis actuales teorías ético-alimentarias, siéndome por completo imposible recordar aquel maldito nombre, por otro lado de pronunciación tan retorcida que hace imposible su almacenamiento en cualquier mente que no sea centroeuropea. Pienso que con un teléfono de ultimísima generación, incluso simplemente con uno de sólo última generación, podría haber solucionado con rapidez la duda acerca de ese importante autor, todo, claro está, gracias a mis sitios favoritos on-line.

No me quedaba otra alternativa, si no quería comenzar ese viaje con una comezón tan incómoda, que llamarle a Ella para pedirle por favor que me buscara el nombre y apellidos de aquel extraño escritor, a la par que pensador. Decidí, por otro lado, tomar un café cortado en la cafetería que vi al fondo del pasillo. Pensaba que el café cortado ayudaría a aplacar ese leve estado de ansiedad que me asaltaba. Mientras me tomaba el cortado, llamé al teléfono móvil de Ella y le comuniqué mi consulta. Ella me dijo que en estos momentos estaba finalizando una partida de su juego favorito (de todos los que tiene descargados en su teléfono) y que se la había chafado. Le pedí inmediatamente perdón, pero insistí en que por favor me buscara el nombre de ese maldito autor centroeuropeo con la excusa de que me era necesario el dato para la conferencia del día 21, es decir al día siguiente.

—Cuelga, que te llamo en cuanto lo encuentre —dijo Ella con cierto tono de resignación.

A los cinco minutos me llamó para decírmelo, por lo que le di infinitas gracias, ya que inmediatamente la comezón desapareció.

Después de eso, esperaba que no me asaltasen nuevas dudas acerca del autor de algún que otro libro. Ese fue el detonante que hizo que ansiase disponer cuanto antes de mi nuevo teléfono móvil de ultimísima generación. Pensé que a partir de ese momento, es decir el momento de poseer mi nuevo teléfono, me podrían asaltar todas las dudas del mundo, ya que, entonces, no me provocarían comezones ni nada por el estilo, puesto que las podría consultar en el internet del propio móvil.

Decidí pagar el cortado y dirigirme con tranquilidad al punto donde se realizaba el control y así poder pasar a la zona de embarque. A parte de todo eso, recuerdo que el café cortado resultó ser asqueroso y, además, su precio me pareció desorbitado.

En el momento de llegar al control de pasajeros, comprobé que habían ideado una especie de laberinto con pasillos serpenteantes delimitados por una cinta, para que las colas de personas no se extiendan en longitud, instante en el que fui consciente que yo debería simular una fuerte cojera, por si pensaran que no me hacía falta el bastón de mi abuelo y decidieran requisármelo, algo que daría al traste con mi viaje ya que, por supuesto, yo no tenía la más mínima intención de separarme

de esepreciado apoyo, tan querido para mí como lo fue no sólo para su primer dueño, mi abuelo, sino par el segundo, mi progenitor.

En vista de lo arriesgado del trance, decidí practicar un poco con la pierna izquierda cogiendo el bastón con la mano derecha, pero enseguida me di cuenta que no resultaba una buena combinación y probé a cojear con la pierna derecha, dando enseguida unos resultados mucho mejores que con la pierna opuesta.

Al llegar al control aeroportuario, por supuesto con mi mochila al hombro izquierdo y mi cojera en la pierna derecha, procedí a quitarme el cinturón del pantalón, el abrigo, así como vaciar el contenido de mis bolsillos consistente en unas cuantas monedas, una memoria USB y mi teléfono de generación obsoleta. Procedí también a poner la mochila en la cesta, y la cesta, con todo lo que acababa de quitarme de encima, en la cinta transportadora. Decidí atravesar el arco detector, pero una agente de seguridad, casi más ancha que alta, se interpuso en mi camino.

—Quítese la gorra por favor —oí que exclamaba la agente de seguridad, con una curiosa voz de mosca, llamándome la atención el contraste entre su voz y su tamaño corporal.

Decidí obedecer a la voz de mosca y quitarme la gorra de invierno.

—Señor, debe quitarse también la rebeca —exclamó ese extraño ser mitad díptero mitad pinnípedo, mientras yo pensaba que esa guardia de seguridad tendría muchas carnes encima pero poca idea de lo que es una rebeca, ya que una rebeca no tiene cuello y es una prenda de vestir femenina, mientras que lo que yo llevaba puesto era una chaqueta de punto escocesa, con cuello y por supuesto masculina. Sin embargo pasé por alto su incorrección y procedí a traspasar de una vez por todas el arco detector de metales, sin entrar en discusiones con la agente de seguridad acerca de la diferencia entre rebecas y chaquetas de punto, escocesas o de cualquier otra parte. En el mismo momento que puse un pie dentro del arco sonó un potente pitido, pero decidí cruzar y seguir como si no hubiera oído nada. Pensé en ese momento que sería mucho mejor mostrar naturalidad, no fueran a sospechar que yo era portador de alguna cosa considerada no apta para introducir en la cabina del avión. Sin embargo, me invadió un extraño nervio repentino que produjo en mi mente un vacío absoluto.

—Señor, apártese a un lado —creo que me decía la agente, pero sin que mi cerebro fuera capaz de procesar aquella voz, a esas alturas ya bastante desagradable.

—¿Habla usted español?

—¡Claro que hablo español! —le contesté algo molesto al moscón uniformado.

—Apártese a un lado señor —volvió a repetirme, mientras hacía señas a un compañero con idéntico uniforme pero menos entrado en carnes.

—Extienda los brazos, por favor —me espetó una especie de perro de presa aeroportuario, momento en el que adopté la imagen de un crucificado.

El nuevo moscón no tardó ni un segundo en comenzar a cachearme, momento en el que yo pensaba que él pensaba que yo era un indocumentado peligroso. Mientras duraba el cacheo, decidí permanecer completamente hierático y en silencio. Terminado el registro corporal, el agente, en vista de que yo permanecía en posición de crucificado, procedió a empujarme los brazos hacia abajo, consiguiendo que pasase a posición de firmes, momento en el que agarró un aparato del que yo intuía que debía ser un mini-detector de metales. Me pasó el mini-detector por las piernas, y no pitó. Me pasó el mini-detector por los brazos y axilas, pero tampoco pitó. Me pasó el mini-detector por el pecho, y pitó.

—Desabróchese la camisa, por favor — me soltó el mastín disfrazado de agente.

—¿Para qué? —le dije yo con tono algo insolente, pues estaba molesto por la, a su vez, insolente petición de que procediera a semi-desnudarme en público.

—Son normas de seguridad —contestó el agente sin variar su expresión facial lo más mínimo.

—Debemos comprobar el origen de la alarma —comentó para completar la respuesta a mi

pregunta, y dejar su apariencia de agente de seguridad en un nivel aceptable de cara al usuario.

Mi pudor quiso mostrar reticencias ante la impertinencia del agente, pero mi sentido común se decantaba por obedecer sus indicaciones. Finalmente decidí hacer caso a mi sentido común, y comencé a desabrocharme la camisa botón por botón, comenzando por los superiores y terminando por el que se situaba a la altura del ombligo.

—¿Para qué lleva usted todas esas medallas? —me preguntó el agente con cara de tífi alarmado, mientras contemplaba muy atentamente mis 14 medallitas protectoras con sus correspondientes 14 cordones de zapatos.

—Es que voy a hacer un viaje muy importante y esas medallitas me protegerán de cualquier contrariedad que se presente, siempre que la contrariedad se corresponda con alguna de las propiedades protectoras de las medallitas, claro —le respondía al agente al mismo tiempo que contemplaba cómo su rostro volvía a sufrir una curiosa mutación, pasando de la cara de tífi a la de dóberman, al mismo tiempo, también, que me preguntaba a mí mismo si todo ese repertorio de expresiones faciales formaría parte de los estudios para obtener una plaza de agente de seguridad aeroportuario.

—¿Y por qué no las ha puesto en la cesta con el resto de objetos?

—Pues porque no fuera que al entrar en ese aparato se vieran afectadas de alguna manera las propiedades chamánicas que las medallitas poseen —le contesté todavía manteniendo el tono y compostura educado y sereno, momento en el que observé cómo el agente decidía llamar a un guardia civil que se encontraba un poco más al fondo con la mirada dirigida al vacío. El guardia civil le dijo al agente de seguridad que él no podía moverse de ese sitio y que mejor sería que fuéramos nosotros allí, momento en el que, algo contrariado por tanta objeción, se me olvidó cojear de mi pierna derecha. El agente, que no era tonto, se dio cuenta de mi repentina sanación.

—¿Por qué no cojea usted ahora?

—Es que mis dolencias son musculares y de origen psicosomático, dándose además la curiosa circunstancia que cuando me acerco a un representante de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, desaparece el dolor muscular —le respondí en un alarde de improvisación del que yo mismo quedé sorprendido.

—Pero yo también soy un agente de seguridad y sin embargo usted, delante de mí, cojeaba considerablemente —me espetó el agente de forma algo desairada y con su cara de dóberman comenzando a soltar cierta espumilla por la boca, cosa que me hizo recordar en cierta manera al hombre lobo.

—Ya le he dicho que la sanación de mi dolencia, y consecuente cojera, sólo acontece cuando me encuentro frente a un representante de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, es decir, un guardia civil o un policía nacional. Lo curioso es que los médicos hasta ahora no han sabido dar con la etiología ni del dolor ni de su repentina desaparición en los casos mencionados —le expliqué mientras nos dirigíamos al lugar donde se encontraba el guardia civil. Al llegar justo a un palmo del representante de la Benemérita, el agente de seguridad privada del aeropuerto, ya con bastante destemplanza, le contó todo lo relacionado con mis medallitas protectoras. El agente de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado se acercó a mirar detalladamente mis medallitas e incluso comenzó a manosearlas.

—¡Por favor, no manosee mis medallitas protectoras! —le dije al guardia civil, reaccionando como un gato asustado ante todo aquel manoseo de medallas, lo cual a su vez produjo que el guardia civil se me encarara.

—Yo, como representante de la autoridad, puedo manosear lo que me dé la gana y por cierto... ¿por qué tiene usted miedo de que le toque las medallas? —me dijo el benemérito con cara de búho y un tono algo elevado y nervioso.

—Pues porque si las toca mucha gente pueden llegar a perder sus propiedades chamánicas —le contesté al representante de la autoridad estatal con el mismo tono de voz elevado y nervioso, momento en el que, al oír eso, el agente de seguridad privada del aeropuerto intervino de nuevo en

la conversación.

—¡Ya empieza con eso de las propiedades chamánicas...!¿y eso qué demonios es?!... a mí todo esto me suena muy raro —espetó el agente de seguridad al mismo tiempo que giraba la cabeza para mirar al guardia civil y decirle que “deberían detenerle para inspeccionar con detalle todas y cada una de esas medallas de las narices”.

—¡Tengo aquí a un individuo con unos extraños dispositivos! —comunicaba el guardia civil a otro supuesto guardia civil, a través de un pequeño walkie-talkie que se acababa de arrancar del cinturón del pantalón color verde oliva, mientras yo pensaba que el supuesto benemérito objeto de esa comunicación debería ser un compañero más especializado en asuntos conflictivos aeroportuarios. Sin embargo, esa comunicación a través del walkie-talkie supuso el agotamiento definitivo de mi flema inglesa.

—¡¡No son ningún dispositivo extraño sino medallitas protectoras, y si quiere puede llamar al diario local que las ofrece con la compra de cada periódico, más 1 €, dentro de la campaña “un Santo un Remedio” —le grité al guardia civil, instante en el que se me iluminó la memoria y añadí, siempre con cara de mandril en celo, que si querían pruebas llamasen al mencionado periódico y preguntasen por la oficinista Magdalena, y que una vez que se hubiera puesto al aparato la mencionada oficinista le preguntasen a ella si era verdad que una persona les fue a comprar el conjunto de medallas para regalárselas a su abuela moribunda, pero justo en el momento en que terminaba mi arenga llegaba el guardia civil especializado, con cierta cara de pared sin pintar, y habló por lo bajines con el primer guardia civil.

El recién llegado agarró un teléfono móvil que tenía escondido en el bolsillo derecho de su pantalón color verde oliva y realizó una llamada.

—Buenos días, ¿podría pasarme con la señorita Magdalena por favor? —preguntaba el nuevo guardia civil con el móvil pegado a su oreja derecha. (unos dos segundos de silencio)

—¿Es usted la señorita Magdalena?... (unos tres segundos de silencio)... ¿me podría decir si su periódico ofrece medallas de santos?... no yo no quiero ninguna, sólo precisaba cierta información, soy el teniente Ramírez de la guardia civil del aeropuerto... (otros dos o tres segundos de silencio)... no señorita no son ilegales sus medallas de santos, sólo necesitaba saber si hace poco tiempo se presentó en su periódico un hombre para comprar un lote completo de medallas... (esta vez transcurren tres o cuatro segundos de silencio)... —momento en el que decidí mirar a la cara del guardia de seguridad con mi cara de mandril en celo, pero ahora en la modalidad de macho alfa — ¿me podría usted describir a esa persona? ... (más segundos en silencio, pero no recuerdo cuántos)... —lo que si recuerdo es que aproveché el íterin para proyectar mi cara al guardia civil no especializado, con la misma expresión que le proyecté al de seguridad, claro está.

—Todo lo que ha dicho este hombre ha sido corroborado por una empleada del rotativo local —dijo el guardia civil especializado, ahora con un tono de voz neutral y ponderado, mientras apretaba el botón del teléfono correspondiente al tradicional “colgar” y volvía a introducir su pequeño teléfono móvil, aparentemente de generación obsoleta, esta vez en el bolsillo izquierdo de su pantalón verde oliva, demostrando carecer del rigor necesario en todo guardia civil especializado, al guardar su teléfono celular en un bolsillo diferente del que lo sacó.

—¿Si esas medallas la ha comprado para regalárselas a su abuela... ¿por qué las lleva encima, colgadas del cuello? —me pregunto con cara de águila pescadora y cierta rabia en sus ojos, el guardia civil primero, es decir el no especializado.

—Ya le dije que se las compré a mi abuela moribunda, aunque en realidad me las acabaron regalando, pero como era de esperar, mi abuela se murió, por lo que he considerado que debería cumplir lo que me dijo en el lecho de muerte que no fue otra cosa que pedirme por favor que al morir ella yo me encargara de tirar sus cenizas en el pueblo donde nació, acompañado de sus medallas favoritas, que por supuesto son las que llevo colgadas del cuello, momento en el que el segundo guardia civil decidió volver a cobrar protagonismo.

—¿Y dónde están las cenizas de su abuela, por qué no las lleva usted consigo? —me soltó el guardia civil especializado con cierto matiz de sarcasmo en su voz, pero manteniendo impertérrito su cara de pared sin pintar.

—Pues porque ya están allí... las han llevado unos hermanos míos... lo que pasa es que yo no podía ir al pueblo hasta hoy. Todos me están esperando para proceder a cumplir la voluntad de mi abuela... que por cierto, fue una verdadera pena porque por tan sólo una semana no llegó a cumplir los 100 años —contestaba mientras procedía a abrocharme todos y cada uno de los botones de mi camisa, recuperando al completo la flema inglesa que se había escullado minutos antes. Sin embargo comprobé que el guardia de seguridad me miraba con cara de suricato desconfiado y procedía a interrogarme una vez más.

—Por curiosidad... ¿por qué usa catorce cordones de zapatos, en lugar de llevar todas las medallas colgadas de una única cadena? —me dijo mientras yo pensaba que en lugar de llamarle segurata le podría llamar suricata.

—Es que si las pusiera todas juntas podrían perder sus capacidades chamánicas —le contesté ya imbuido de mi flema inglesa, momento en el que el suricata lanzó un fuerte “¡¡Joder!!” y se largó del escenario sin que me diera tiempo de ver el tipo de cara que se llevaba con él.

Mientras el guardia de seguridad volvía a su trabajo junto a los escáneres de control para los pasajeros con tarjeta de embarque, comprobé que el guardia civil primero le decía al segundo que no veía ningún problema y que mejor sería dejar el asunto por zanjado, así que el guardia civil segundo se volvió por donde había venido y el guardia civil primero me dijo con cara de conejo amable que se llamaba Ramón, algo que provocó un agradable sentimiento de afinidad en mi persona y le dije, intentando poner la misma cara de conejo por empatía hacia él, que mi perra bulldog inglés se llamaba Ramona.

—Espero que tenga usted un buen viaje y disculpe las molestias que le hayamos podido ocasionar —me dijo amablemente el guardia Ramón, mientras yo procedía a colocarme mi chaqueta de punto escocesa y a recoger todos los bártulos depositados en una de esas bandejas de plástico que pasan a través del escáner, y que seguramente habrán comprado en el chino más cercano al aeropuerto.

Terminada la operación de recomponer mi vestimenta, decidí largarme del lugar haciendo caso omiso a toda la gente que se había arremolinado alrededor para curiosarse. Mientras me alejaba recordé mi supuesto problema psicossomático, por lo que comencé a cojear de forma progresiva según me distanciaba del guardia civil y pensaba que las mentiras que acababa de verme obligado a pronunciar, no alterarían en exceso, o quizás nada en absoluto, las capacidades chamánicas de mis medallitas protectoras, dado que habían tenido que ser elaboradas (las mentiras), en defensa propia y sin producir menoscabo alguno a los allí presentes. Pensaba también que, dadas las alteraciones sufridas en mi sistema nervioso, debería ingerir dos valerianas pero que como no llevaba encima ningún botellín de agua, sería mejor no arriesgarme a padecer un atragantamiento. Por otro lado, no quería perder ni un instante más buscando una máquina de refrescos o un bar de esos que se esparcen por el interior del aeropuerto.

Por fin llegué a la sala de espera desde donde tendríamos que embarcar en el avión de la compañía low cost cuyo vuelo había contratado, pero observé con cierto desagrado cómo un imbécil se sentaba a mi lado para comerse una manzana. Segundos más tarde, me percaté de que en realidad, lo que me desagradaba y me impelía a calificarle de imbécil, no era el hecho de que comiera una manzana, sino el ruido que producía al morderla y, lo que es peor, al masticarla, por lo que llegué a concluir que esa persona era todo un gañán, por mucha manzana que se estuviera comiendo.

Recuerdo que decidí mirarle con cara de sapo. No pasaron ni 3 minutos y el imbécil de la manzana se fue, por lo que me sentí muy orgulloso de mi cara de sapo. Sin embargo decidí inspeccionar la nueva posición del zafio comedor de manzanas, para averiguar a quién estaba molestando ahora y comprobé que en realidad se había levantado para irse a la cola que se estaba



formando con el propósito de llegar antes a coger un buen sitio, ya que en esta compañía low cost, el que primero llega, primero pillla. En vista de que el fulano de la manzana seguramente escogería un sitio mejor que el mío, decidí levantarme del asiento y dirigirme yo también a la cola para evitar al menos que su asiento no fuera mucho mejor que el mío. Reconozco que me sentí poco orgulloso de mi cara de sapo, al comprobar que no fue mi expresión facial el motivo de su huída.

Después de unos cinco minutos de pie, y ya algo contrariado por tener que esperar de esa manera tan incómoda, además de tener que seguir escuchando las ordinarias masticaciones de aquel grosero comedor de manzanas, me percaté de que dos chicas jóvenes estaban realizando mini encuestas a todos los allí reunidos, dispuestos a embarcar en la compañía low cost. Después de cierto espacio de tiempo observándolas, fui consciente de que estaban preguntando a todo el mundo menos a mí, lo cual me pareció una actitud absolutamente discriminatoria por su parte. Recuerdo que el sentimiento de discriminación iba aumentando de forma desproporcionada, cuando observé que estaban encuestando a tres tailandeses muy feos que había justo delante de mí. Pensé que alguna de las medallitas que llevaba colgando de mi cuello, además de las propiedades protectoras anunciadas por la prensa local en su campaña “un Santo un Remedio”, debía de poseer alguna capacidad repelente de encuestadores pesados. Preferí quedarme con esta nueva teoría y desplazar la del posible comportamiento discriminatorio hacia mi persona.

\*\*\*

Finalmente llegó el momento que daría inicio a mi viaje catártico: ¡¡Entramos en el avión!!

Como es habitual en mí, siempre que es posible, me senté en la butaca de la ventanilla, sin embargo se presentó un azafato con cara de canguro para decirme que ese asiento estaba reservado, pero que el del centro y el del pasillo, no. Me levanté y efectivamente pude comprobar que en el reposa cabezas del asiento donde me había ubicado, había una tela colgando donde se podía leer la palabra “reservado” y que, seguramente debido a la excitación que me embargaba por empezar todo un viaje de tintes épicos, no fui consciente de su existencia. Decidí, pues, sentarme en la butaca que daba al pasillo. Más tarde, aunque no mucho, comprobé que hacía excesivo calor dentro de aquel avión low cost. Pensé que tendrían puesta la calefacción al máximo posible. Pensé también que me estaba congestionando debido al excesivo calor, y quizás también al incipiente desarrollo de una alteración en mi sistema nervioso, o seguramente a la combinación de ambas cosas. Comprobé, no sin cierto resquemor, que cada vez había más tailandeses dentro del avión, pero quise creer que quizás no fueran tailandeses sino vietnamitas. Oí que sonaba mi teléfono móvil. Al apretar el botón correspondiente al tradicional “descolgar”, comprobé que detrás de aquella llamada se escondía una periodista de uno de los periódicos locales de Burgos, la cual pretendía hacerme una pequeña entrevista para cubrir la noticia de la conferencia que al día siguiente tenía que impartir allí.

—Mire, es que en estos momentos me encuentro sentado en la butaca de un avión, así que será mejor que me llame esta tarde, que aunque seguramente estaré sentado en la butaca de un autobús, no creo que haya problema en mantener la entrevista —le dije algo nervioso a la periodista sin especificar que el avión donde me encontraba era un low cost.

Decidí apagar el teléfono móvil, momento en el que observé la entrada de más asiáticos. Imaginé que quizás podrían ser indonesios. Mi resquemor aumentaba por instantes. Pensaba que quizás me había equivocado de avión y que a lo mejor acababa apareciendo en Bangkok, o incluso en Yakarta. Pensé que entonces no me podrían entrevistar los del diario local de Burgos, pero en ese momento una señora entrada en carnes me pidió permiso para pasar hacia una de las dos butacas que quedaban vacías en mi fila. Observé, no sin cierta risilla escondida y perversa, que la señora se sentaba en la butaca de la ventanilla. Tal y como me esperaba, apareció inmediatamente, no sé de dónde, el azafato de antes para decirle que ese asiento estaba reservado y que si quería se podría sentar en el de en medio. La señora procedió según las indicaciones del pertinaz azafato. Poco después comprobé que la señora entrada en carnes sacaba de un bolso grande y anaranjado uno de

esos odiosos libros electrónicos. Me percaté de que en la pantalla de ese libro, por llamarle de alguna manera, aparecía un texto con una letra enorme, de forma que sólo había espacio para diez líneas. Me entró curiosidad por saber qué estaba leyendo esa oronda mujer y con disimulo acerqué algo mi cabeza hacia el cuerpo de la señora, momento en el que la señora torció su robusto cuello y me lanzó fuego con sus ojos a modo de dragón medieval. Decidí entonces desistir de mi propósito escudriñador y me quedé con las ganas de saber qué estaba leyendo.

El avión ya había cerrado sus puertas y a mí me dio por pensar que finalmente nadie había ocupado la butaca de la ventana, por lo que mi mente comenzó a esgrimir una serie de exabruptos con el fin de lanzárselos a la persona que había reservado ese asiento para luego, sin embargo, no presentarse. Me imaginaba que podría estar yo sentado en esa maldita butaca mirando por la ventanilla, y seguramente con mi sistema nervioso algo más estable. Pensé también que si estuviera en ese asiento podría saber muy pronto si nos dirigíamos a Madrid o, por desgracia, a cualquier punto de Asia, momento en el que mi angustia creció y decidí meter mi mano derecha por entre los botones de la camisa, habiendo bajado previamente, claro está, la cremallera de mi chaqueta de punto escocesa. Agarré con fuerza todas las medallitas protectoras que llevaba en mi pecho. Una vez agarrado a las 14 medallitas protectoras, me concentré muy especialmente en la medallita de San Cristóbal, para que nos protegiera durante el viaje, y también en la de Santiago Apóstol para que nos concediera buen tiempo mientras durase el vuelo. Pero sin embargo fui consciente de que no sabía a quien encomendarme para que me protegiera con respecto a la posibilidad de acabar ese viaje en Tailandia, o en algún otro lugar de Asia.

Una azafata de estatura media y pelirroja, se colocó en mitad del pasillo y acto seguido comenzó a escucharse por la megafonía interna del avión las pertinentes instrucciones de seguridad. Comprobé que las instrucciones estaban siendo emitidas en inglés, idioma que conozco, pero que no entendía absolutamente nada de lo que decían.

—Oiga por favor... ¿me podría pasar a esta butaca ya que nadie la ha ocupado? —le preguntó la señora de mi lado al pertinaz azafato, que en esos momentos pasaba de largo a la altura de nuestros asientos.

Mientras observaba que el azafato le contestaba afirmativamente sin mediar palabra, limitándose a utilizar un primitivo pero efectivo lenguaje universal consistente en mover la cabeza de arriba a abajo, mi mente volvió a esgrimir los mismos exabruptos de antes y algunos otros añadidos en ese preciso instante, de carácter algo más agresivo, pensando al mismo tiempo que podría haber sido yo quien se sentara en la preciada butaca con ventanilla.

Creo que debíamos llevar 15 minutos volando, cuando creí detectar un olor intenso. Sí... estaba convencido que olía muy fuerte, por lo que pensé que quizás alguien tenía problemas de ventosidades, pero al volver la cabeza hacia la mujer entrada en carnes, comprobé que había sustituido su libro electrónico por un bocadillo de mortadela. Inmediatamente pensé que la mortadela debía estar algo pasada y, además, que aquel sería un buen momento para soltarle una charla sobre mis teorías ético-alimentarias, haciéndole ver que esa mortadela maloliente que se estaba zampando, había sido confeccionada con trozos de carne que pertenecieron a un individuo cerdo y que seguramente ese mismo individuo cerdo sufrió lo indecible mientras vivía, hacinado en una pocilga maloliente y encarcelado entre sus propias heces. Pensé también en decirle que los cerdos, a pesar del nombre que les hemos puesto, son individuos de naturaleza muy higiénica y de una inteligencia asombrosa, y que un día ese individuo cerdo, del que se estaba comiendo algunos trozos de su cuerpo, fue sacado de la pocilga para amontonarle junto con otros cincuenta individuos cerdos más, todos ellos gritando de terror dentro un camión que les transportaría directamente al matadero. Pero mientras pensaba todo eso el avión entró en una zona de turbulencias y decidí no sermonear a la señora. Pensé que el que estaba aterrorizado en esos momentos era yo. Por su parte la señora comía y comía sin importarle para nada las turbulencias. Al menos fui consciente de que esa señora no era asiática y que si aquel avión se dirigiera a Bangkok, no se llevaría unapestoso bocadillo de mortadela dentro de su bolso de tela anaranjado, puesto que la compañía aérea se

encargaría de ofrecer comida a todo el pasaje, de cara a un viaje de tan larga duración.

Para entonces, las manos habían dejado de sudarme de forma más o menos normal, para pasar a hacerlo con carácter enfermizo. Comprobé que la señora usurpadora de la butaca en ventanilla, se había terminado por completo el bocadillo de mortadela y estaba empezando a pelar unas mandarinas.

\*\*\*

Hasta ahora, no encuentro ningún tipo de señal que me fuera enviada ni por el Cid ni por nadie, y que pudiera ser de importancia vital para el devenir de mi existencia. Creo que la parte más conspicua del viaje, y a la que debo prestar más atención, tuvo lugar con posterioridad. De todas formas quiero repasar día por día, y hora por hora, no sea que se me escape alguna señal escondida entre toda esa maraña de acontecimientos.

Así pues, seguiré recordando mi viaje catártico, aunque ya no lo contemple tan catártico como lo contemplé en su momento, debido a mi actual crisis budista.

\*\*\*

Pensé que el aroma emergente de la mezcla entre las mandarinas junto con la mortadela, no era ni mucho menos más agradable que el olor de la simple mortadela. Pensé también que ahora con las mandarinas en su boca, ya no era momento de hablarle sobre el individuo cerdo del que se acaba de comer unos buenos trozos. La señora terminó sus mandarinas y yo comprobé que, afortunadamente, había metido todas las mondas en una bolsita de plástico, momento en el que fui consciente de que no había estado atento a las peroratas en inglés soltadas por aquella azafata, ni alta ni baja, ni gorda ni delgada, y que por tanto no había sido capaz de distinguir entre toda aquella palabrería los nombres de ciudades como Bangkok, Hanói o Yakarta. Sin embargo, por contra, tampoco había sido capaz de distinguir el nombre de Madrid. Pasó otra azafata con un carrito ofreciendo comida rápida pero no pedí nada, aunque reconozco que pensé en un pincho de tortilla, eso sí, ingerido ya en Madrid y con el sistema nervioso equilibrado.

Al pensar en la futura ingestión del pincho de tortilla, me arrepentí simultáneamente de no haber ingerido aquellas dos valerianas, aún a riesgo de atragantarme. Volví a agarrarme a las 14 medallitas protectoras y comprobé que la señora del libro electrónico se había quedado dormida. Miré con atención y observé que el libro electrónico lo tenía agarrado con su mano derecha y que ésta reposaba sobre la pantorrilla también derecha. Me asombré de la rapidez con la que había caído en los brazos de Morfeo. Me asombré también de la profundidad del sueño que la invadía y pensé que quizás la mortadela mezclada con mandarinas, podría poseer un considerable efecto sedante. También pensé que, de no ser vegetariano convencido, anotaría aquella fórmula magistral (mortadela + mandarinas) para dar buen uso de ella en aquellos momentos que me pudieran provocar un alto grado de ansiedad, como por ejemplo el momento que estaba viviendo.

No sé cuánto tiempo llevábamos volando, pero una de las azafatas comenzó a anunciar algunos productos de variada índole, para ver si alguien los quería comprar. Recuerdo que entre toda aquella palabrería inglesa fui capaz de distinguir los nombres de Australia y Asia, por lo que me vi dominado por un ataque de pánico. No entendía cómo la señora de mi lado podía dormir tan ricamente, al mismo tiempo que me parecía todo un desperdicio de ventanilla (soy de la opinión de que si alguien se sienta ahí, es para mirar por la ventanilla y no para quedarse dormido como si estuviera en un asiento cualquiera). Al menos comprobé aliviado que el avión comenzaba a descender. Por un lado me tranquilizó el hecho de pensar que en una hora de vuelo, tiempo que estimé era el que llevábamos de viaje, no podíamos haber llegado a ninguna parte de Asia, ni tampoco de Australia. Sin embargo, por otro lado, mi sistema nervioso terminó por desestabilizarse ya que estábamos a punto de iniciar el peligroso trance del aterrizaje. Escuché cómo la señora de al

lado roncaba y definitivamente no me cupo la menor duda de que la mezcla de mortadela con mandarinas poseía una poderosa capacidad adormecedora. Pensé que ojalá mis valerianas causaran esos potentes efectos sedantes. Pensé también que si esa increíble fórmula cayera en manos de la industria farmacéutica, la matanza de cerdos sería indiscriminada, por lo que inmediatamente me hice a mí mismo la promesa de no decir nunca a nadie lo que había presenciado en aquel avión. Mientras me hacía esa promesa, me di cuenta que los oídos se me habían taponado y me imaginé que debió de ser a causa de la altura que había alcanzado el aparato.

Por fin pudimos aterrizar en Madrid sin contratiempos. A pesar del nerviosismo que se detectaba en los ocupantes del avión, la señora sentada a mi lado (aunque con una butaca libre entre ella y yo) seguía roncando. Pensé que no podía estar muerta por el mero hecho de que roncaba, así que decidí salir del avión sin decirle nada a la señora no fuera que tuviera un mal despertar, ya que nadie me podía asegurar que las consecuencias de ingerir mortadela y mandarinas no fueran alucinógenas. Preferí no arriesgarme a sufrir el desagradable y violento despertar de aquella gorda cataléptica y dejar al pertinaz azafato la peligrosa labor de sacarla de su anestesia. Al fin y al cabo él había sido el responsable de que ocupara la butaca con ventanilla.

Ya en el interior del aeropuerto, y después de una serie de contratiempos para poder sacar el billete de metro, los cuales no creo que sea necesario mencionar ahora, conseguí llegar a la parada de la línea 8, es decir, la que me llevaría a otra parada donde a su vez tendría que coger la línea 6, denominada circular, y bajarme finalmente en la Avenida de América.

Una vez dentro de uno de los vagones de la línea 8, fui consciente de que el calor también era bochornoso allí dentro, tan bochornoso que me resultaba incómodo moverme por esos lugares con mi mochila y el bastón del abuelo. Pensé que no era extraño que la gente se cogiera tantos catarros con esas calefacciones endemoniadas. Comprobé que, por más que intentaba tragar saliva, mis oídos no se destaponaban de ninguna de las maneras. También pensé que debería haberme llevado la gorra de verano para ponérmela dentro del metro, porque en aquellos momentos me sobraba, y mucho, mi gorra de invierno. Sin embargo, a pesar del calor y de una huelga anunciada para una hora más tarde, pude llegar al mostrador de la compañía de autobuses a las 16 horas 15 minutos y fui capaz de sacar un billete para Burgos en el coche que tenía su salida a las 17'30 horas.

## 20 DE CÓMO LA MORTADELA CON MANDARINAS SE CONVIERTE EN LA PIEDRA ROSETA DE MI VIDA

No he pegado ojo en toda la noche, dándole vueltas a las anotaciones que releí antes de ayer en relación con el viaje a Burgos realizado hace cosa de dos años y medio. Y no sólo como consecuencia de esas anotaciones, sino que la noche me la he pasado en vela, sobre todo, por las investigaciones que llevé a cabo ayer ante la sospecha que me había invadido nada más terminar esa lectura viajera.

Y es que una vez leídas y analizadas, pensé en la más que probable certeza de mis observaciones acerca de las cualidades somníferas de la mezcla de mortadela y mandarinas. Observaciones por otro lado ineluctables, puesto que había testigos de que la señora que ocupaba la butaca con ventanilla a mi izquierda, se quedó completamente anestesiada. Pero sólo yo conjeturé que ese estado casi cataléptico, se lo había provocado la ingesta de mortadela y mandarinas sin solución de continuidad entre ambas.

Así que ayer, al regresar de mi anodina jornada laboral, en la que no tuve que atender a ningún grupo de turistas pesados, ni tampoco a Jacinta, me puse manos a la obra, después claro está de habernos comido entre Ella y yo una pizza vegetal acompañada de ensalada de la huerta, y de haberme echado una pequeña siesta con Ramona encima aplastando mi cuerpo. Ese “manos a la obra” consistió en comenzar una implacable investigación acerca de las propiedades contenidas en las mandarinas y en la mortadela con aceitunas, porque supuse por el olor repugnante, que aquella mortadela era de la modalidad “con aceitunas”. Y hete aquí que el descubrimiento fue mayúsculo, pues resulta que las mandarinas contienen una importante cantidad de bromo y que la mortadela por su parte, contiene grandes dosis de potasio, magnesio y vitamina D.

PREGUNTA: ¿Y que consecuencias tiene sobre nuestro organismo la ingesta de bromo, potasio, magnesio y vitamina D?

RESPUESTA: ¡¡¡¡¡SUEÑO!!!!!!...básicamente se puede decir que nos ayuda a conciliar el sueño.

Ahora no me cabe la menor duda. Aquella gorda conocía muy bien esas capacidades y además sabía combinar los dos alimentos en las proporciones ideales para que su “Mortadina” (creo que ese debería ser el nombre apropiado para esta sustancia, resultante de la combinación de mortadela con mandarinas) actuase como una potente droga de irrefutables propiedades sedantes.

Como muchos de los medicamentos hipnóticos, la Mortadina muy posiblemente genere adicción, lo cual me hace pensar que aquella mujerona necesite llevar su bocadillo de mortadela y su buena bolsa de mandarinas, allá donde vaya. Lo que todavía desconozco, son los efectos secundarios de esta efectiva pero, mucho me temo que, peligrosa droga, porque seguro que los tiene y probablemente el sobrepeso sea uno de ellos.

Pero lo que en realidad me ha quitado el sueño, no ha sido el descubrir las propiedades narcóticas de la combinación de estos dos productos alimenticios, sino algo mucho más interesante para mí, como es el hecho de que yo colocara mi cerebro en modo intuitivo y deductivo simultáneamente, llegando rápidamente a la conclusión de que la gorda estaba drogada a causa de su bocadillo apestoso de mortadela y sus hiper-perfumadas mandarinas. Es decir que en pleno vuelo y con mi estado nervioso completamente alterado a causa del mero hecho de estar volando, fui capaz de descubrir el secreto que aquella mujer, aparentemente salida de un cuadro de Botero, guardaba como si fuera el tesoro de Barbarroja.

Comienzo pues a descubrir señales hasta ahora ocultas para mí, que dormían el sueño de los

justos, pero que me fueron dadas durante aquel viaje. Sin embargo, tengo que reconocer que me faltó un poco de pensamiento lateral, puesto que sólo atendía a señales que tuvieran relación directa con el universo cidiado o alienígena, por lo que dejé pasar por alto esa magnífica evidencia que era la de mi predisposición natural para la investigación, mediante la combinación de los modos de deducción e intuición de forma simultánea en mi cerebro.

\*\*\*

Por si fuera poco, vienen ahora a mi cabeza los comentarios de aquel desagradable barrendero anaranjado y larguirucho, cuando me dijo que yo parecía un Cherlo Jolmes (en clara alusión al insigne Sherlock Holmes) al ver que supe reconocer, de un simple vistazo, que la escoba con la que estaba trabajando era, en realidad, el sacujo de mi querido maestro.

Esto comienza a traerme nuevas esperanzas existenciales y a abrir puertas que quizás, una vez abiertas del todo, me muestren el verdadero camino que debo seguir para el resto de mi vida. Sin embargo, no quiero adelantar acontecimientos, así que seguiré escudriñando en los recuerdos viajeros, porque de estar en lo cierto, seguro que encontraré otras pistas, o mejor dicho señales, que corroboren lo que ya me estoy imaginando: que el Cid (es decir, una de mis reencarnaciones anteriores) quiere que le libere de su terrible karma negativo, mediante investigaciones encaminadas al socorro de otras personas. Ahora entiendo por qué la cruzada ético-alimentaria no llegó a buen puerto... ¡es que no tenía que llegar a ningún puerto, ni bueno ni malo!

Además creo que Ella debería de tener algún cometido especial en la redención kármico-cidiada, ya que de lo contrario me hubiera metido monje cartujo y habría orado por el bien de toda la humanidad durante años y años de clausura y voto de silencio, además claro está de los votos de pobreza, castidad y todos aquellos contemplados por los seguidores de la Orden de San Bruno. Pero está claro que en mi destino estaba el echo de encontrarme con Ella, así como formar pareja durante un buen montón de años. Así que si Ella estaba en mi destino, muy bien podría tratarse de la reencarnación de Doña Jimena. En cualquier caso, ahora estoy convencido de que cuando descubra mi verdadera misión particular en esta vida, tendré que involucrarla en el asunto, o de lo contrario todo se irá al traste, tal y como ocurrió con la mesnada de caballeros ético-alimentarios.

\*\*\*

Hoy he intentado probar la efectividad de la Mortadina en Ella, por dos motivos bien diferentes: el primero por comprobar de primera mano mis teorías acerca de las capacidades hipnóticas de esta sustancia recién descubierta por mi persona y, más concretamente, por mi espíritu intuitivo-deductivo.

A pesar de todo, tengo que reconocer que mis dotes como seductor culinario no son las mejores que cabría esperar, ya que en ningún momento he podido convencerla de que procediera a la ingesta del plato que le había preparado.

—Ya está la comida lista —le dije ilusionado y contento, como suelo hacer cada día ya que soy yo el que cocina dadas mis exigencias gastronómicas consecuentes de mi condición de vegetariano convencido, exigencias por otro lado a las que Ella se adapta de mil amores.

—¿Ya? —me contestó Ella, también como es costumbre, en un tono algo molesto dándome a entender que le incomodaba la imperiosa necesidad de tener que comer, justo cuando estaba en mitad de una matanza de zombis o a punto de pasarse un nivel en cualquiera de esos juegos de los que tanto gusta disfrutar en su móvil de última generación.

—¡Mira! Hoy te he preparado una sorpresa —comenté mientras dejaba la bandeja encima de la mesa, al mismo tiempo que retiraba el cenicero con unas cuantas colillas aplastadas y malolientes.

—¿Qué es esto? —me preguntó con cara de sapo y cierta mirada recriminatoria.

—Pues qué va a ser... un exquisito plato de mortadela con mandarinas —respondí con toda la seguridad que pude permitirme, sabiendo que le iba a someter a un experimento médico que podría revolucionar el mundo farmacéutico, pero consciente de que no corría ningún peligro al convertirse en mi conejillo de indias.

En realidad mi pretensión no era la de patentar el descubrimiento de la Mortadina, dadas las terribles consecuencias que esto podría tener para el futuro bienestar de los individuos cerdos, sino la de convertir el experimento en la definitiva refutación de mis dotes intuitivo-deductivas, y la de comenzar a implicarle a Ella en todas aquellas acciones encaminadas a la liberación del karma negativo acumulado por el Cid durante su existencia como caballero castellano.

—Pero si sabes que odio la mortadela con aceitunas.... ¡y mezcladas con mandarinas!... ¿pero de dónde te has sacado esta receta?

Es una invención mía. Y si no quieres las aceitunas se las puedes separar y comerte sólo la mortadela.

—Mira no es por hacerte un desprecio, pero no voy a comerme eso, ya me haré yo un par de huevos.

—Nada de eso... debes estar abierta a nuevos platos y lanzarte a descubrir exóticas sensaciones culinarias.

—Pero si sólo de verlo ya entran ganas de vomitar —me dijo sin ningún tipo de contemplaciones y con el tono de voz algo irritado.... —¿Por qué no te lo comes tú?

—Pues si fuera por ti, la gastronomía no avanzaría lo más mínimo y seguiríamos todos siendo una panda de caníbales.

—Haz el favor de no decir tonterías —exclamó, dando por zanjada la conversación, ya que se levantó y se dirigió a la cocina para hacerse esos huevos fritos con los que me había amenazado.

PREGUNTA: ¿Seré capaz de involucrarle a Ella en las acciones de liberación kármico-cidianas?

RESPUESTA: Estoy convencido que sí, pero seguramente de forma que Ella nunca sepa que la estoy involucrando, o de lo contrario dejará de estar involucrada.

\*\*\*

Por si fuera poco esa contrariedad, tengo que añadir el echo de que Ramona ya no reacciona a los estímulos mitigadores de sus ataques de esquizofrenia. Ni los golpes con periódicos, ni los paraguazos y ni siquiera las pelotas de tenis con las que durante un tiempo había conseguido despistarla.

Nada de eso impide ya que, al cabo de 10 minutos de paseo, sufra su ataque de locura transitorio y comience a morder la correa como si estuviera poseída por el mismo espíritu maligno que poseyó a la niña de la película “El exorcista”.

Una vez en la estación de la Avenida de América, decidí llamarle a Ella antes de subir al autocar, utilizando mi teléfono móvil de obsoleta generación.

—¡No grites tanto, haz el favor! —me dijo Ella, gritando por cierto, al poco de haber iniciado nuestra conversación.

—Es que tengo los oídos taponados desde que bajé del avión —le contesté en un tono de voz que supuse era mucho más suave y disminuido en decibelios.

—Entonces la que tendría que gritar sería yo y no tú —me contestó empleando una lógica aplastante.

—Puede, pero es que al no oír, mi instinto me dice que tengo que gritar —repliqué yo en otro alarde de lógica bien empleada.

—Eso es absurdo... y me estabas dejando sorda con todas esas voces —me volvió a contestar, esta vez con una clara falta de argumentos a su favor.

Finalmente decidimos despedirnos hasta la noche, no sin antes mandarnos unos respectivos besos.

Después de aquella breve pero intensa conversación, me dispuse a entrar en el autocar con destino a Burgos. Busqué pero no vi a ningún tailandés, ni similar, dentro del coche de línea. Después de unos tres cuartos de hora de viaje tranquilo, durante los cuales logré llegar a un estado de adormecimiento placentero, me sonó el inoportuno teléfono móvil, apreté el botón que equivale al tradicional “descolgar” y realicé la oportuna pregunta.

—¿Sí? —dije yo intentando mantener mi tono de voz lo más bajo posible, pero sin saber el verdadero tono que en realidad estaba emitiendo, ya que mis oídos continuaban taponados.

—Hola, soy la periodista que le ha llamado esta mañana —me dijo una agradable voz femenina.

Continué como pude la conversación mientras mi instinto me impelía a elevar la voz hasta conseguir los decibelios que él (mi instinto) encontrase adecuados a mi sordera coyuntural, pero comprobé que toda la gente sentada por delante se giraba para observarme, por lo que decidí taparme con el abrigo, que afortunadamente me había quitado al poco de sentarme y comprobar que la calefacción del autobús también estaba a niveles casi insoportables. Así que coloqué la susodicha prenda encima de mi cabeza, como si fuese a realizar unos vahos de cualquier sustancia balsámica, por ejemplo... eucaliptos. Una vez protegido dentro de esa especie de tienda de campaña improvisada, continué con la conversación telefónica, aunque pronto fui consciente de que había mala cobertura, lo cual provocó una vez más que mi instinto me impeliese a elevar el tono de voz unos cuantos decibelios por encima del que estaba empleando.

—¡Estamos en la carretera, creo que cerca de Somosierra, y se ve que no hay buena cobertura! —le grité a la periodista justo cuando acabábamos de pasar Buitrago de Lozoya, cosa que pude comprobar al levantar ligeramente mi capa protectora y mirar por la ventanilla.

—¿De qué ...ata .. la... encia... de.. ma..na ... la ...arde? —oí al otro lado del aparato, deduciendo que la periodista me estaba preguntando sobre la naturaleza de la conferencia que impartiría la tarde del día siguiente.

—Pues voy a hablar sobre mis teorías acerca de una alimentación ética —le contesté a la periodista burgalesa bajo la protección de mi improvisada tienda de campaña, en plena oscuridad y con un tono de voz lo suficientemente elevado para que ella me oyera pero no los pasajeros del autobús, o al menos eso es lo que yo creía.

—¿...onces ...lará ...bre .... ción épica? —oí a duras penas procedente de la agradable voz



periodística, a esas alturas ya no tan agradable, e incluso a punto de convertirse en una interlocutora verdaderamente insoportable, no por su naturaleza humana sino por las pésimas condiciones de comunicación en las que nos habíamos visto involucrados.

—¡¡No, no!!, ¡¡ética, ética!!... yo no voy a hablar para nada de alimentación épica, ni la del del Cid ni la de Alfonso VI... ni la de nadie por el estilo —respondí ciertamente exaltado, sin preocuparme ya los decibelios que estaba empleando debajo de mi abrigo-tienda.

—¿¡Oiga...oiga!/? —comencé a preguntar con la misma exaltación al ver que nadie me hablaba desde el otro lado de la línea telefónica, y al comprobar que no obtenía contestación alguna deduje que la comunicación se había cortado, por lo que decidí quitarme el chaquetón de encima de mi cabeza para intentar localizar el teléfono desde el que me habían llamado y poder aclarar los términos empleados en la conversación, sin embargo lo primero que comprobé fue que medio autobús me estaba mirando (justo el medio colocado por delante de mí), momento en el que decidí carraspear (pienso que un buen carraspeo disuelve muchas tensiones, tanto propias como ajenas).

Inmediatamente supe que el carraspeo había surtido efecto, ya que todos aquellos cuellos girados volvieron a colocarse en su posición natural mirando al frente (de los pasajeros colocados detrás de mí, nada pude comprobar). Me di cuenta que, en cualquier caso, la cara de sapo añadida al carraspeo, había sido un buen complemento. Una vez solucionado el problema con los pasajeros del autobús, al menos con los de delante, conseguí localizar el número de teléfono desde el que me habían llamado. Conseguí también llamar al mencionado teléfono, pero antes de comenzar a dar señal de llamada apareció una voz femenina para decirme que sintiéndolo mucho no tenía saldo suficiente, momento en el que me quedé algo estupefacto. Recuerdo que en las últimas llamadas que le hice a Ella, aparecía una voz, también femenina, que me decía en inglés “Your credit is about to expire”.

Recuerdo que no le di mucha importancia a esa palabrería anglosajona. Sin embargo, a medida que ascendíamos hacia Somosierra pensé que, para decirme que ya no tenía saldo en absoluto, iban y me lo soltaban en castellano. En ese momento creí que igual por estar próximo a tierras cidianas, la operadora de esa compañía había preferido decirme que no tenía saldo en mi tarjeta telefónica, usando el idioma de Don Rodrigo. También pensé que para ser más fiel a la historia me lo podían haber dicho en castellano antiguo. Finalmente, en vista de la inutilidad parcial de mi teléfono móvil hasta que pudiera recargar su tarjeta de prepago, decidí guardarlo en el bolsillo izquierdo de mi pantalón por si recibía una nueva llamada.

\*\*\*

Ya en Burgos, e instalado en casa de mis tías Florinda y Encarna, llegó el día de la verdad... es decir el 21 de marzo.

Este era el día de mi primera conferencia sobre ética alimentaria. El nerviosismo no me había dejado dormir mucho y a las 7 horas 5 minutos estaba mirando el techo de la habitación donde tan amablemente me habían alojado mis queridas tías burgalesas, las cuales enviudaron hace lustros y desde entonces decidieron vivir juntas. Quiero especificar, también, que las dos enviudaron el mismo día, ya que sus respectivos maridos, es decir mis tíos, estaban volviendo de las fiestas de un pueblo cercano, precisamente el pueblo donde yo nací, pero sufrieron un accidente de tráfico en el que murieron los dos. Pienso que este triste y simultáneo destino, fue el que metió a mis tías en un mismo apartamento y en una misma vida, como siamesas aunque sin sus cuerpos unidos. Pero dejemos los asuntos familiares para volver al relato de este viaje iniciático.

Al despertarme decidí saltar de la cama, proceder a arreglar el cuarto y dejarlo como si no hubiera pasado allí la noche (pienso que un buen huésped debe dar el mínimo de trabajo a sus anfitriones). Una vez en la calle, pasé delante del Museo de la Evolución Humana. Allí me deleité unos minutos con ese bonito espacio cultural y arquitectónico. Luego decidí cruzar el río Arlanzón por una pasarela que hay cerca, momento en el que vi un cormorán en una de las orillas,

concretamente en la orilla de la parte del Museo de la Evolución, lo cual me hizo pensar que cuando mis progenitores me traían a esta Ciudad para visitar a mis tíos, nunca vi ningún cormorán en el río. Después de estar un rato contemplando ese curioso pájaro, más de costa que de interior, decidí ir al conocido paseo del Espolón. Una vez en el paseo entré en una cafetería de aspecto tranquilo, al menos por lo que podía apreciarse desde la calle a través de los cristales parcialmente empañados. Nada más entrar comprobé que por ciertos endemoniados altavoces se emitía una música de Pablo Milanés, momento en el que pensé que quizás debería salir del establecimiento, pero justo antes de dar media vuelta se me presentó una camarera de agradable aspecto y generoso escote.

—¿Qué desea caballero? —me preguntó enfocándome su escote, por lo que me vi incapaz de decirle que lo que quería era largarme de aquel lugar infectado con música de Pablo Milanés, y además a las 8 de la mañana.

—Un café con leche y unas tostadas con aceite de oliva —le contesté intentando desviar mi mirada hacia cualquier otro lugar diferente del canalillo que tenía enfrente de mis narices, con la finalidad de no parecer un perverso matutino, y pensando en una rápida asociación de palabras, pasando del canalillo al canal, al canal de Suez y al canal de Soez.

—Muy bien —me contestó la agraciada camarera dirigiéndome al mismo tiempo una también agraciada sonrisa.

Algo más convencido de haber elegido un buen lugar para desayunar, a pesar de la molesta música, cogí de la barra un ejemplar del diario local donde debería salir la entrevista que aquella periodista me hizo cuando viajaba dentro del autobús. Una vez con el diario en mis manos observé que había una mesa vacía y algo alejada del altavoz que escupía incansablemente la música de Pablo Milanés. Me senté y comprobé que el altavoz no estaba lo alejado que yo quisiera. Pensé en la Nueva Trova Cubana. Pensé también que prefería la vieja trova a la nueva trova y fui consciente, además, que siempre había preferido la vieja a la nueva. Todavía sin abrir el periódico comparé las dos trovas y me reafirme en mi creencia de que la nueva es mucho más triste y llorona que la vieja. Pero decidí intentar olvidarme de todas las trovas y abrir el diario local en busca de la noticia de mi conferencia, momento en que la agraciada camarera me trajo el café.

—Muchas gracias —le dije siguiendo las más elementales normas de educación, pero esta vez sin poder desviar la mirada del espectáculo que se ofrecía ante mi vista cuando la camarera se inclinó ligeramente para depositar la taza de café en mi mesa, momento en el que di gracias a Dios por ese espectáculo matutino, mientras intentaba recordar espectáculos parecidos a este cuando mis progenitores me llevaban a cafeterías de esta insigne capital cidiana, sin poder rescatar de mi memoria ninguno similar o parecido. Comencé a pasar las hojas del periódico algo nervioso, no por la recién sufrida epifanía del escote sino por mi presentación mediática ante la sociedad burgalesa, de manera que llegué al final del mismo sin haber localizado la noticia. Después del fracaso de esa primera lectura, rápida y alborotada, todo hay que decirlo, me acordé de la periodista y tuve que reprimir la recreación en mi mente de escenas verbalmente agresivas contra ella, producidas por el temor a que no hubiera escrito artículo alguno acerca de mi disertación. Antes de que las escenas verbalmente agresivas contra la periodista cobraran fuerza y consistencia en mi cerebro, se presentó la encantadora camarera con el mismo escote pero ahora, además, con las tostadas. Sin embargo el nerviosismo que me había originado la ausencia de toda reseña acerca de la importante conferencia que estaba a punto de impartir en la capital cidiana, olvidé recrearme en el espectáculo que aquella camarera había tenido a bien ofrecer a los distinguidos clientes más madrugadores, y quizás también a los menos tempraneros.

Antes de hincarle el diente a una de esas tostadas, regadas con aceite de oliva virgen extra, decidí volver a recorrer una a una las hojas del periódico, pero ahora más calmado, a pesar incluso de la música de Pablo Milanés, que seguía siendo machaconamente escupida por aquel impertinente altavoz.

Hoy, desde mi condición de alumno de las prácticas budistas, aunque en plena crisis existencial, creo que podría haber controlado la situación colocando mi cerebro en modo

meditación.

En cualquier caso, esa segunda vez no tardé en encontrar, con grata sorpresa, una fotografía de mi persona, momento en el que pensé que quizás se la había proporcionado Mateo, el organizador de conferencias, ya que era la misma imagen que yo le envié por correo electrónico, cuando me solicitó una fotografía para posibles divulgaciones mediáticas. Después de observarme a mí mismo, pasé a leer el titular y me quedé perplejo. Decidí abrir y cerrar varias veces los ojos para eliminar la posibilidad de que mi vista me estuviera jugando una mala pasada, pero comprobé después de varios parpadeos que, efectivamente, el titular rezaba:

### **«Hoy, a las 20 horas, conferencia sobre alimentación épica»**

Y por supuesto mi nombre junto a dicho epígrafe. Aunque no sabía muy bien qué pensar, sin embargo pensé inmediatamente en aquella conversación telefónica, con mi maldito aparato de generación obsoleta dentro del coche de línea entre Madrid y Burgos, pasando por Buitrago de Lozoya. Pensé también que con un teléfono de ultimísima generación no me habría ocurrido eso. Se me pasó por la cabeza llamar al periódico para aclarar el malentendido, sin embargo fui consciente que por mucho que les llamase, la noticia no iba a cambiar. Decidí comenzar a buscar posibles teorías que pudieran dar una explicación plausible de lo ocurrido y lo primero que me pareció creíble fue la alta probabilidad de que hubiera fallado la cobertura telefónica mientras discurría aquella asquerosa entrevista, y que por culpa de esa deficiencia en la comunicación la periodista no escuchó lo de mi rectificación acerca de la alimentación ética y no épica. Imaginé también, que después volvió momentáneamente la cobertura y debió escuchar parcialmente lo que le dije acerca de que no iba a decir nada de cómo se alimentaban el Cid o Alfonso VI (pero sin el “no”, claro está) por lo que el artículo explicaba que yo esa tarde hablaría sobre la manera en que se alimentaban los grandes personajes épicos castellanos como el Cid o Alfonso VI. Reconozco que por un momento pensé si la periodista era estúpida y que quizás debería proceder a denunciarles, sin embargo comencé a escuchar una voz que me pedía perdón y pensé que la periodista quería comunicarse conmigo telepáticamente para excusarse por el gazapo informativo. A pesar de todo, el “perdón” se hizo demasiado intenso como para proceder de una comunicación telepática y comprobé que la camarera agraciada me pedía perdón porque no me había colocado el correspondiente sobrecito de edulcorante y deseaba saber si prefería sacarina o azúcar.

—Azúcar... muchas gracias— le contesté pudiendo mantener las más elementales normas de educación, pero olvidándome por completo de si continuaba ofreciendo al público aquel espectáculo que poco antes me había alegrado la mañana. Inmediatamente pude comprobar que la camarera me había dejado dos sobrecitos de azúcar, de una marca que no recuerdo, quizás porque tampoco me fijé en ella, es decir en la marca del azúcar.

Antes de comenzar a ingerir el café, ya edulcorado con el contenido de uno de aquellos sobres, pensé que quizás debería compensar el efecto de aquella dosis de cafeína con la ingestión de dos grajeas de valeriana, y que si tuviera en ese momento conmigo un teléfono de ultimísima generación, podría consultar mis sitios favoritos on-line y averiguar qué demonios comía el Cid y toda su panda. Decidí que lo mejor que podría hacer era ingerir como pudiese las tostadas regadas con aceite de oliva, así como el café con leche, y después buscar la manera de reconducir la conferencia de esa tarde.

Mateo no debía ver, bajo ninguna circunstancia, el artículo del periódico, no fuera que opinase que fui yo el que había dado mal la noticia y me tomase por un completo imbécil, dando al traste con mi futuro como divulgador ético alimentario. No sé por qué pero me acordé de Rameau, y me pregunté cuál sería la comida preferida de Rameau. Sin embargo pronto me olvidé de Rameau así como de sus preferencias gastronómicas y pensé que debía encontrar la forma de enlazar la vida del Cid con las ventajas del régimen vegetariano, así como por supuesto hablar del gran problema

generado por la alimentación carnívora, que no es otro que la cantidad ingente de sufrimiento animal provocado por la especie humana y la desbordante contaminación de los gases emitidos por las flatulencias de todo el ganado destinado a la alimentación del Homo sapiens. Afortunadamente llevaba conmigo la biografía del Cid escrita por el insigne Menéndez Pidal, por lo que pensé que si repasaba con cuidado sus páginas, con abundantes párrafos subrayados como consecuencia de mi atenta lectura, quizás encontrase algo que me ayudara a salir del paso. Tuve la convicción de que mi condición de doctor en historia también me ayudaría a salir de ese paso de forma airosa, momento en el que se me ocurrió que si me inventaba algún dato referentes a las comidas más habituales de la edad media castellana, quizás nadie de los allí presentes pescase la naturaleza falsa de mi invención. Por otro lado creí que debía tener mucho cuidado con las informaciones inventadas, ya que portaba conmigo las 14 medallitas protectoras y con tanta mentira acumulada ya durante el viaje, podrían ver su capacidad chamánica seriamente afectada. Pensé que debería haber incluido entre las medallas la de San Judas Tadeo, especialista en asuntos imposibles. Pensé también que sin embargo había sido una tontería llevarme a San Emigdio, protector contra terremotos y definitivamente reconocí que me había precipitado en la elección de medallitas.

Por este motivo llegué a la conclusión de que no tenía más remedio que encomendarme a San Agatángelo, santo al que se encomiendan los que necesitan buenas noticias, lo cual era sin duda mi caso y acto seguido pensé que la buena noticia que necesitaba era la que debería salir al día siguiente, en el diario local, refiriéndose a mi conferencia como un evento de relevante interés y gran asistencia de público. Sin embargo, creí que lo de la gran asistencia de público podría conllevar la presencia en la sala de un especialista en comida épica, por lo que preferí pensar que la buena noticia sería en realidad aquella que dijera que a pesar de la escasa asistencia de público, el conferenciante (es decir yo) realizó todo un alarde de conocimiento sobre el tema, además de proponer interesantísimos retos éticos a la hora de alimentarse.

Tras esas disquisiciones esclarecedoras en mi mente, incluso sin haber terminado del todo la consumición de mis tostadas y café con leche, decidí abrimme algunos botones de la camisa, previamente bajada la cremallera de mi chaqueta de punto escocesa claro está, y sacar las catorce medallitas protectoras para buscar entre ellas la de San Agatángelo, pero la poca luz de la cafetería me impidió encontrarla con facilidad, momento en el que miré a la barra del establecimiento ya que detecté ciertas risitas provenientes de esa zona, y comprobé que había dos camareras, la agraciada y otra no tan agraciada, que estaban mirándome con mucha atención, así que decidí levantarme de la mesa y dirigirme sin ningún tipo de acobardamiento donde se encontraban las jóvenes. Una vez llegado a la barra comprobé que las caras sonrientes se habían convertido en caras de mochuelo. Dirigí mi mirada a la camarera agraciada, pues pensé que si tenía que pasar aquel trance, mejor que fuera delante de un buen paisaje.

—Por favor... ¿podría ser tan amable de decirme cuál de estas medallas es la de San Agatángelo? —le pregunte en un tono muy cordial, a pesar de haber percibido segundos antes sus caras burlonas, momento en el que comprobé que la camarera agraciada dudaba qué camino tomar, si el de mandarme a la porra o en su lugar proceder a la búsqueda de la medallita protectora mencionada. Afortunadamente salió en mi socorro la camarera menos agraciada, que parecía gustarle la propuesta y decidió coger todo el manojito de medallas con tal fuerza que tiró de mi cabeza hacia la barra de forma que casi topé con el espectáculo delantero de la camarera agraciada. En ese momento apareció, de lo que suponía que era la cocina, un hombre vestido todo de negro.

—¡Qué es todo esto! —espetó aquel ser enfundado en ropa negra con cara de mastín leonés.

—Estamos buscando a San Agatángelo —contestaron al unísono las dos camareras, ahora ya sin sus caras de mochuelo, mientras rebuscaban muy concentradas entre todo el manojito de medallas.

—¡¿Cómo que San Agatángelo?!...¡yo soy de Elche, y conozco muy bien al santo de mi parroquia! —exclamó con orgullo el ilicitano vestido de negro, mientras se colaba entre las dos camareras para proceder luego a coger todas las medallas de golpe, estando a punto de provocarme

un desnude como el que se infringía mediante garrote vil. Afortunadamente el conocimiento de este hombre sobre el santo de las buenas noticias fue verdaderamente prodigioso, y en cuestión de segundos se puso a gritar.

—¡Aquí está, aquí está! —momento en el que soltó todas las medallas menos la de San Agatángelo.

—Muchísimas gracias. La verdad es que mi vista es paupérrima y no sé que hubiera hecho sin su apreciable ayuda.

—Se puede saber para qué lleva usted tantas medallas, y para qué quería encontrar la de San Agatángelo? —me preguntó el camarero de Elche mientras las dos camareras, la agraciada y la menos agraciada, me miraban con unas caras que habían pasado del mochuelo a la lechuza campestre.

—Pues porque son mis medallitas remediadoras, y concretamente a la de San Agatángelo me encomiendo todas las mañanas después del desayuno porque, aunque yo particularmente no soy de Elche, sin embargo este santo me ha ayudado mucho en el pasado —le contestaba al camarero mientras pensaba que ni este santo ni ningún otro me habían ayudado en el pasado, mentira esta que motivó el que me preocupara por una más que posible descarga de propiedades chamánicas, si no de todas las medallas, al menos en la del santo ilicitano, que tanta falta me hacía ahora que me veía expuesto a un trance inesperado antes de dar mi conferencia, la cual ya no versaría sobre ética y alimentación sino sobre alimentación épica. Decidí, pues, volver a mi asiento y terminar de una vez mis tostadas con aceite lo más tranquilamente posible.

Las tostadas estaban buenas aunque el café se había enfriado algo. Ingerido todo, no quería pasar ni un minuto más en aquella cafetería que tantos disgustos me había ocasionado. Además, seguían torturando al personal con la música de Pablo Milanés, por lo que la decisión de largarme era sin duda la más acertada, no sin antes pasar por la barra para pagar religiosamente y como mandan las más elementales normas cívicas.

—¿Qué le debo por favor? —le pregunté delicadamente a la camarera agraciada, volviendo a ser consciente del grato espectáculo que seguía ofreciendo con su generoso escote.

—Nada señor, el dueño le invita —oyeron mis sorprendidas orejas mientras mis también sorprendidos ojos intentaban no excederse en la contemplación del gratificante espectáculo frontal.

—¡Muchísimas gracias! —les dije a todos de forma efusiva, pero reprimiendo un repentino impulso de abrazar también efusivamente a la camarera agraciada. No obstante, ni la invitación ni la fantasía del abrazo efusivo, produjeron en mí la menor intención de quedarme ni un minuto más soportando la música de Pablo Milanés, y es más, recuerdo que salí de allí con el firme propósito de no volver a desayunar en aquella cafetería, y probar con otra de las varias que ofrece el afamado paseo del Espolón.

Una vez en la calle, tomé la decisión de pasar por la iglesia juradera de Santa Gadea, no para efectuar mi juramento, ya que no creí que ese fuera el día más adecuado, sino sencillamente para tener una primera toma de contacto. Sin embargo, antes de llegar a Santa Gadea, o Santa Águeda, como prefieren llamarla ahora en detrimento del nombre cidiano, pasé por delante de la imponente catedral, por lo que pensé que como el Cid está sepultado en su interior, podría ser un magnífico momento para visitar su tumba y rendirle mis más sinceros y fervorosos respetos.

Sin embargo comprobé al entrar en ese impactante templo, declarado hace años Patrimonio de la Humanidad, que se había establecido un acordonamiento y se impedía llegar a la tumba del glorioso Cid, de forma que para poder hacerlo era imprescindible comprar una entrada. Comprobé, por otro lado, que para visitar la capilla del Cristo de los huevos, no había que comprar ninguna entrada.<sup>8</sup> Volví a salir de la catedral y descendí por las escalinatas hasta lo que ahora es zona de tienda y venta de entradas, donde me sorprendió el hecho de que para poder visitar la catedral había

---

8 Quiero puntualizar aquí, que este apelativo aparentemente irrespetuoso, no lo es tal, sino que el Cristo en cuestión tiene en sus pies cinco huevos de avestruz, por lo que es familiarmente conocido en Burgos como el Cristo de los huevos. También quiero puntualizarme a mí mismo que oficialmente se le denomina Cristo de Burgos.

que pagar la desorbitada cantidad de 7 €, por lo que decidí dejar la tumba del Cid para mejores momentos, y continuar mi camino hacia Santa Gadea, mientras pensaba que 7 € es todo un robo y que durante toda mi infancia, y parte de la juventud, había pisado la tumba del Cid cuantas veces quise y gratis.

Ahora, con mis nuevos descubrimientos existenciales, tampoco la visitaría, y no sólo por el elevado precio de la entrada, sino por saber que estaría contemplando mi propia tumba.

Afortunadamente, antes de que mi malestar por el precio establecido para poder entrar a ver la tumba del Cid se acrecentase, me llamaron al teléfono móvil.

—¿Sí... quién es? —pregunté una vez apretado el botón equivalente al tradicional “descolgar”, de forma educada y cálida.

—Soy Pepón —me contestó inmediatamente una voz algo afónica, momento en el que rebose de alegría al comprobar que al otro lado del aparato se encontraba mi viejo amigo de infancia Pepón, el cual ya estaba sobre aviso de mi llegada a Burgos.

¿Dónde estás? —me preguntó Pepón, después de haber intercambiado cierta información básica sobre familia, amigos comunes y cosas por el estilo.

—Pues justo llegando a Santa Gadea.

—Será Santa Águeda —me replicó el gordo de mi amigo.

—Lo mismo da Gadea, Águeda que Ágata —le contesté algo irritado por el desprecio que mi amigo burgalés estaba mostrando hacia el nombre original de aquella iglesia juradera, por lo que Pepón se quedó algo desconcertado y tan sólo fue capaz de pronunciar un débil “ya”. Luego me invitó a pasar por su taller, que además se encontraba únicamente a diez minutos de donde yo estaba, por lo que no teniendo otra cosa que hacer accedí de inmediato.

Al llegar al taller de mi amigo, comprobé que está todavía más gordo que cuando le comenzamos a llamar Pepón en lugar de Pepe, por lo que pensé que ahora, para ser justos, habría que llamarle Pepazo. Comprobé también que Pepón había convertido su taller en una especie de pequeño museo etnológico.

—Vamos a pasar al taller —me dijo mi gordo amigo, al mismo tiempo que me señalaba una puerta cerrada pero de la cual intuía que muy pronto se abriría para mí.

Una vez dentro de ese singular espacio, me enseñó el trabajo al que se dedicaba en cuerpo y alma durante aquellos meses, el cual consistía en la restauración de un botijo de casi 200 años.

¿Oye Pepón... cuándo se inventaron los botijos? —le pregunté a mi amigo con verdadera curiosidad, propia de un doctor en historia, lo cual por su parte motivó que Pepón comenzara a lanzarme toda una lección magistral sobre la historia y funcionamiento del botijo. Que si ya los mesopotámicos usaban botijos, que si incluso en el neolítico pudo haber quizás algunos botijos, que si el agua del botijo se enfría como consecuencia de la porosidad del barro que hace que el agua que se filtra se evapore en el exterior debido a las altas temperaturas y que como ese proceso necesita de cierta energía, pues la coge del agua del interior y por eso se enfría. Recuerdo que cuando estaba en plena explicación sobre la termodinámica del botijo, pensé que quizás no había sido buena idea preguntarle nada acerca de esos botijos, además me vino a la memoria el acertijo del botijo que le propuse a Ella y que tan desatinadamente me contestó, así que pensé que mejor sería no proponerle aquel mismo acertijo a Pepón, no fuera que me contestase lo mismo que Ella. Afortunadamente, en aquel preciso instante se oyó una voz femenina, y afortunadamente también resultó que era Elvira, la mujer de Pepón. Inmediatamente me lancé a darle un par de besos a Elvira, mientras pensaba que por fin había dejado de oír hablar sobre los botijos.

—Vengo de llevar los niños al colegio —dijo Elvira con su agradable voz aterciopelada — ¿queréis un café?

—¡Vale! —me apresuré a contestar algo precipitadamente, reconozco que saltándome ligeramente las más elementales normas de educación, pero por temor a que si no lo hacía así, Pepón podría volver a atacar con la historia de los botijos, o con cualquier otra historia.

Pasamos a la cocina y Elvira preparó un café estupendo, acompañado de unos mantecados de su pueblo y de una torta de almendras. No quise desairarla diciéndole que soy vegetariano convencido y que esos mantecados tendrían, como su propio nombre indica, manteca de cerdo. Creo que no era el momento de soltarles una diatriba acerca de los individuos cerdo y del sufrimiento que habrían tenido que soportar, así como advertirles que cuando se comen uno de esos mantecados se están comiendo un alimento hecho con grasa de un pobre animal inteligente y sufridor como nosotros, pasando luego a preguntarles si serían capaces de comerse un mantecado hecho con grasa humana, de personas hacinadas en sus propias heces y llevadas al matadero mientras gritan de pavor. Después de esos rápidos pensamientos decidí lanzarme a la tortita de almendras y dejar en paz la conciencia de Elvira y de Pepón. Una vez ingeridas las tortitas y los cafés, nos despedimos con los pertinentes besos, pero Pepón me prometió que iría esa tarde a mi conferencia. Preferí no decirle nada del malentendido mediático, ya que fui consciente que no había leído la prensa y se pensaba que hablaría sobre ética alimentaria, ya que al despedirse me dijo:

—¡Vaya coñazo de conferencia que me voy a tragar por tu culpa —lo que decidí tomarme a broma y responderle con una risa, bastante artificial eso sí, mientras Elvira me ofrecía una caja de mantecados de su pueblo, la cual acepté muy agradecido por no desairarla pensando, además, que a mis tías Florinda y Encarna seguramente les gustarían los mantecados de Villahoz.

Quiero especificar que, en otra ocasión, esta adorable pareja me obsequió con dos cajas de vino de esa conocida villa burgalesa, y desde entonces me declaro todo un adepto al denominado Ribera del Arlanza. En cualquier caso, el vino de Villahoz no creo que vaya a solucionar los actuales problemas existenciales de los que estoy intentando salir airoso.

(Dada la insignificancia de las horas que siguieron al encuentro con Pepón y Elvira, prefiero pasar, en este análisis de mi viaje catártico, directamente al momento en que Mateo, el organizador de conferencias, llegó a Burgos)

Decidí ir a la estación de autobuses para esperar a Mateo, ya que faltaba poco para las 15 horas 15 minutos, momento en que estaba anunciada la llegada de su autobús procedente de Madrid.

Recuerdo que el autocar de Mateo llegó con puntualidad inglesa, algo que no dejó de sorprenderme. Enseguida vi a Mateo bajar del autobús. No tardamos en reconocernos debido a que tanto él como yo habíamos visto nuestras respectivas fotos. Fuimos directos a su hotel, pero al llegar decidimos entrar en el bar más cercano a tomar unas cervezas. Hablamos sobre sufrimiento animal. Hablamos sobre vegetarianismo en su modalidad ovo-lácteo. Hablamos de vegetarianismo en su modalidad vegana. No hablamos de crudivorismo. Finalmente decidimos recogernos para descansar un poco antes de la conferencia. Él se subió a la habitación del hotel y yo me dirigí a casa de mis tías, mientras pensaba que quizás debería haberle hablado del problema mediático al que nos enfrentábamos esa tarde. Sin embargo pensé también que como estaba encomendado a San Agatángelo, todo iría bien. En cualquier caso decidí que sería mejor fabricarme yo mismo una invocación, por lo que rápidamente me apareció en la mente la siguiente:

*Agatángelo Santo, Agatángelo Santo,  
permite que esta tarde me cure de espanto.*

Decidí coger la medallita de este santo, que desde el desayuno matutino en aquella céntrica cafetería, tenía guardada en el bolsillo izquierdo de mi pantalón, y recitar la invocación repetidas veces, casi a modo de mantra. Finalmente subí a casa de mis tías para comer un poco y descansar. Quiero puntualizar que siempre que visito a mis tías, propongo hacerme yo mismo la comida, para

no ser un estorbo dada mi condición de vegetariano convencido, pero la amabilidad desbordante de las mismas, hace imposible esto y siempre me preparan un plato adecuado para mi condición, lo cual hace que no tenga suficientes palabras de agradecimiento. Por otro lado, y tal como me imaginé, los mantecados de Villahoz fueron muy del agrado de mis tías.

Sin embargo, en el momento de terminar los postres, y esperar a que en la televisión comenzara su telenovela favorita, me pareció toda una grosería levantarme de la mesa e irme a dormir la siesta. Esto, junto con el detalle de que a mi tía Encarna se le cayera la cabeza sobre la oreja de su butaca y comenzara a roncar suavemente, dio pie a que mi otra tía, es decir la pequeña y enjuta Florinda, se arrancara a relatarme toda una serie de desgracias familiares, recordadas eso sí con una fidelidad y claridad pasmosas, para alguien de su edad y tamaño.

Comenzó con la muerte pormenorizada de su hermana María. Siguió con la muerte, también pormenorizada del marido de aquella, es decir su cuñado, de nombre Paco. Pasó luego a describir varias enfermedades y operaciones sufridas por ella misma y por los familiares muertos, antes de que murieran claro está. Agotadas las posibilidades familiares, dio paso a los últimos robos acontecidos en el barrio, terminados los cuales ya daba comienzo el culebrón televisivo esperado, por lo que Florinda se calló y Encarna se despertó.

—Bueno, tías, voy a echarme un poquito para estar descansado luego en la conferencia — les comenté sin recibir contestación alguna, puesto que ya estaban cautivadas por los llantos de una joven que tenía que dar a luz en secreto un hijo fruto de sus amoríos con el señor de la casa donde servía hasta que se quedó embarazada, tipejo por otro lado que parecía desentenderse por completo del niño en ciernes. Reconozco que casi comienzo a estar cautivado yo también, y que apunto estuve de quedarme en mi asiento para ver si la joven confesaba quién era el verdadero padre de la criatura y así se le caía la cara de vergüenza al indeseable ricachón ese. Sin embargo pudo más mi sentido del deber y decidí acostarme, no fuera que mi mente se quedara obtusa justo en el momento de tener que afrontar una conferencia de cuyos contenidos no tenía ni la menor idea.

Una vez levantado de la siesta, aseado, y ya apunto de despedirme, recuerdo que mi tía Encarna me pidió que le buscara el bastón ya que no recordaba dónde lo había dejado y.....

### ¡¡¡NUEVA SEÑAL DESCUBIERTA!!!

Ahora me acuerdo que durante mi estancia burgalesa en casa de mis tías, me pidieron en varias ocasiones que les buscara sus respectivos bastones, una vez mi tía Florinda y otras mi tía Encarna, procediendo yo en muy pocos minutos a recuperar sus preciados apoyos. Estas repetidas muestras de mis dotes recuperadoras, hizo que en una ocasión mi tía Florinda expresase:

—Hijo, que arte tienes, si pareces Sherlock Holmes.

¡Cómo he podido estar tan ciego y haberle dado mucha más importancia a los posibles orígenes extraterrestres del Cid, que a las señales que ese viaje me estaba enviando! Claro que entonces no sabía que investigar los posibles orígenes extraterrestres del Cid, suponía en realidad investigar mis posibles orígenes extraterrestres, algo que no puedo ni quiero plantearme.

Una vez más me comparan con el insigne investigador salido de la pluma de Sir Arthur Conan Doyle. Esto no puede ser simple casualidad. Por algo me he visto impulsado a recordar mi viaje, supuestamente catártico en un principio, luego relegado a simple viaje (dado el fracaso de la cruzada ético-alimentario) y ahora, de nuevo, con su verdadera condición de catártico.

Mis sospechas no hacen más que confirmarse. Mi futuro se presenta prometedor. Ahora sé que conseguiré liberarme de todo el karma negativo acumulado durante mi existencia cadiana, mediante la ayuda a otros seres humanos, sin que eso sea incompatible con la divulgación, siempre que pueda, del vegetarianismo y de la concienciación sobre el sufrimiento animal.



## 22 DE MI PARTICIPACIÓN EN UN PROGRAMA TELEVISIVO Y DE CÓMO FUI TRAICIONADO POR TRES PERIODISTAS

Han pasado un par de semanas en las que no he podido dedicarme a recordar aquel importantísimo viaje cotidiano, del que ahora estoy extrayendo señales que entonces fui incapaz de detectar. Este parón se debe a un último acontecimiento en mi vida profesional, que me ha imposibilitado mentalmente para continuar esa labor regresiva, que requiere toda mi concentración y la máxima calma mental.

En cualquier caso, este acontecimiento ha servido también para cerciorarme de que mi futuro no será el de un monje budista, ni siquiera el de un avezado alumno, puesto que una vez más he flaqueado en las más elementales normas que ha de seguir todo practicante, Zen, Zazen, Sotozen, o la modalidad budista que sea. Me refiero a la ausencia absoluta de ira y agresividad.

Afortunadamente la providencia hizo que esa mañana olvidara colocarme la prótesis parcial removible, por lo que acudí a la cita con la productora que se iba a encargar del documental completamente desdentado y, por tanto, protegido contra cualquier brote de agresividad como el que aconteció con aquel barrendero indeseable. Ya que a estas alturas nadie me quita de la cabeza, que esta prótesis me predispone hacia la violencia. En un principio, al darme cuenta de la ausencia dental, pensé salir de la autopista y regresar a nuestra casa en busca de mis incisivos postizos, para así evitar aparecer desdentado en la televisión y, lo que era mucho más importante, evitar también la consabida bronca que Ella me echaría por tan imperdonable olvido. Pero rápidamente fui consciente de dos cosas: una, que ya no tenía tiempo para dar la vuelta y regresar a por mis dientes, y dos, que en cualquier caso Ella ya habría visto en el cuarto de baño, la cajita azul donde deposito todas las noches mi prótesis, percatándose de que dentro de la misma estaban mis incisivos inferiores y de que, una vez más, yo había salido hacia el trabajo desdentado, con lo cual la bronca ya estaba garantizada.

Puede que esto ya me predispusiera contra el equipo de la televisión local que quería realizar el reportaje en que me vi involucrado. Se trataba de un documental sobre la vida del último alcalde republicano de la ciudad, de nombre Eusebi Tardor, y resulta que su casa natal se encuentra en pleno recorrido por el que yo hago de guía turístico. Dada, además, mi condición de doctor en historia, los de la tele creyeron que yo sería la persona indicada para protagonizar uno de los capítulos de esa serie biográfica, concretamente el dedicado a su infancia. Lo que esa gente no sabía es que mi tesis doctoral había versado sobre la fabricación de peines y peinetas con asta de buey y conchas de tortuga Carey durante finales del siglo XIX y principios del XX, y que poco o nada sabía yo del personaje en cuestión, ya que nunca me atraieron mucho los avatares políticos acontecidos durante las repúblicas, ni la primera ni la segunda... y si hubiera un tercera, creo que tampoco me interesarían sobremanera.

Sin embargo, se supone que mi titulación académica respalda cualquier intervención mía en términos históricos, así que cuando me propusieron enseñar la casa del último alcalde republicano de la ciudad me vi en la obligación de acceder, no fuera que mi reputación laboral se viera perjudicada a causa de renunciar al dichoso programa sobre la infancia del alcalde ese.

Una vez llegado al lugar de encuentro, que no era otro que el portal de la casa natal de Don Eusebi, me percaté de que todavía no había aparecido el equipo de filmación, con lo que aproveché para tomarme un café en el bar más cercano, cuyo precio y calidad me parecieron muy correctos. A la vuelta del café ya había tres personas esperando en el lugar de encuentro. Iban ataviadas con trípodes, micrófonos y maletines varios. Se me presentaron como el técnico en sonido, el cámara y el guionista. Los nombres prefiero olvidarlos.

Reconozco que la primera impresión fue buena y parecía que todo iba a salir a pedir de boca, pero la boca se encontró con cosas que no había pedido. La verdad es que yo decidí no hablar mucho, o más bien nada, sobre la vida de Don Eusebi, así que les dejaba que filmaran los cuadros y

las habitaciones, para lo cual habían solicitado el pertinente permiso del Ayuntamiento y éste se lo había concedido, además de darles las llaves del edificio.

Después de una media hora filmando por pasillos y habitaciones llegaron al baño, momento en el que les dije que no era el original de la época de la República, sino que fue remodelado completamente durante los años setenta, por un familiar que, a la sazón, todavía vivía en esta casa.

Pues es una lástima no poder filmar el váter donde se sentaba el señor alcalde —dijo el guionista sin que el técnico de sonido grabara ese comentario, claro está, pero con el cámara filmando mi risa espontánea, al mismo tiempo que los tres se quedaban mirando, no sé si con admiración pero sí boquiabiertos, todos y cada uno de los huecos que mi boca desdentada les ofrecía.

—Esta toma por favor no la pongáis, porque con las prisas he salido sin dientes de casa y no me gustaría aparecer en la televisión ofreciendo esa sonrisa que acabo de ofrecer —les dije a los tres, pero mirando muy específicamente al guionista, puesto que representaba ser el jefe del equipo.

—Je, je, no se preocupe, que sacaremos su perfil más Holliwoodiense —replicó el guionista mientras yo volvía a pecar de espontaneidad y ahora les ofrecía una carcajada, un tanto forzada la verdad, para empatizar con esa gente y muy especialmente con su jefe, pensando que quizás en el futuro en lugar de hacer un programa sobre el último alcalde republicano, muy bien podrían hacerlo sobre mí. En cualquier caso el pesado del cámara que no dejaba ni un momento de filmar, volvió a grabarme con la boca abierta y esta vez, debido a lo forzado de la risa, mostrando no sólo la ausencia de los incisivos inferiores, sino también la falta de muelas del juicio, de un premolar de la mandíbula inferior derecha y de sendos molares de la mandíbula superior.

Continuamos filmando los dormitorios, en uno de los cuales sí que se había conservado el auténtico mobiliario de los años treinta, lo cual aportaba al reportaje cierto carácter dramático e incluso terrorífico, dado que el alcalde fue fusilado al estallar la guerra. Así que comenzamos a imaginarnos cómo un mal día le sacarían de esa cama y se lo llevarían para pegarle un tiro, algo que nos dejó inmersos en la más absoluta angustia, pero al llegar a la cocina, el equipo de televisión quiso quitarle dramatismo al asunto, al ver que la cocina había sido mantenida como en los años treinta y que todo estaba en perfecto estado de conservación.

—¿Todavía funciona? —me preguntó el guionista con cara de perrito de las praderas.

—Sí, funciona, pero en los años sesenta le adaptaron un equipo de gas butano, así que ahora ya no va con carbón, tal y como debía funcionar en los años treinta —le contesté haciendo todo un alarde de conocimientos entorno a las características de la cocina de Don Eusebi.

—Pues estaría bien si se pusiera usted a freír un huevo... precisamente hemos traído un par de huevos y algunos utensilios de cocinar, por si tuviéramos la suerte de que todavía estuviese operativa la cocina de la casa —me espetó el guionista con una sonrisa que a mí me resultó completamente inapropiada y fuera de lugar.

—¿Cómo que freír un huevo?

—Sí... le damos a usted los huevos y se pone a freírlos... hemos traído sartén, aceite, espumadera y todo lo que hace falta para freír huevos... de esta manera le damos más realismo al documental.

—Pero cómo le vamos a dar más realismo si yo no soy Don Eusebi.

—¡Hombre, está claro que usted no es Don Eusebi! —me dijo el guionista levantando la voz — pero la cocina sí que fue la de Don Eusebi.

—¡No pensarán que yo he aceptado participar en este reportaje para que al final aparezca friendo unos huevos! —les increpé levantando yo también la voz.

—¡Pero qué hay de malo en freír dos huevos, joder! —gritó el guionista, demostrando tener muy mala educación en momentos donde precisamente es más necesario demostrarla.

—¡Pues ni dos huevos ni uno! —dije al mismo tiempo que le cogía esos malditos huevos al técnico de sonido y los estampaba contra el suelo —¡¡Y tienen suerte de que no tenga puesta mi

prótesis parcial removible!! —terminé por gritar yo también, en un momento en el que ya había perdido mi flema inglesa y era consciente de que si hubiera llevado puestos mis dientes postizos, aquello habría llegado a las manos.

—Nos quejaremos al concejal de cultura por su comportamiento —oí que gritaba el guionista mientras yo estaba bajando las escaleras de aquella maldita casa.

—¿¡Porque no os freís vuestros propios huevos y lo filmáis?! —les vocee, además tuteándoles, y ya desde la calle, a sabiendas de que tenían varias ventanas abiertas y me iba a oír perfectamente, mientras a mi alrededor se formaba un corrillo de gente que se estaba percatando del altercado.

\*\*\*

Al regresar a casa, después de haber terminado aquella infausta jornada laboral, me encontré con la consabida amonestación de Ella por haberme olvidado mi prótesis parcial removible, pero le volví a jurar por mi madre que no volvería a ocurrir y que dejaría la cajita azul en un sitio bien visible para no repetir el olvido.

Sin embargo, al día siguiente, cuando estábamos procediendo a ingerir nuestra frugal cena, se me ocurrió (en qué mal momento) realizar con el mando a distancia un recorrido por los diferentes canales del televisor cuando...

—Anda mira, pero si esa es la calle Eusebi Tardor... vuelve, vuelve y pon ese canal —me dijo Ella cuando yo ya estaba a punto de dejar el recorrido por los canales puesto que había encontrado un documental sobre tiburones asesinos.

—Pero si es el canal local —le contesté con desgana, con la esperanza de que me dejara poner el documental de tiburones comedores de hombres.

—¡Anda, pero si ese que entra en el edificio eres tú! —me dijo Ella ilusionada—. ¡No me habías dicho que ibas a salir en la televisión!

—Bah... era un reportaje sobre el alcalde ese que da nombre a la calle, y su infancia en la casa donde nació.

—No sabía que fueras un experto en Eusebi Tardor. Qué ilusión y cómo voy a fardar delante de mis amigos. Pero... ¡qué haces sin dientes!... hay qué vergüenza si sales todo desdentado... y encima vas y comienzas a reírte no sé de qué... pero si pareces un anormal...

—Es que están repitiendo la toma para vengarse de mí.

—¡Hay por Dios!, pero si ahora abres la boca como si fueras a comerte a alguien.. ¡¿pero tú sabes la imagen que acabas de dar?!... pero si pareces un verdadero loco y sin dientes.

—Te juro por mi Madre que se han vengado de mí porque no quise freír un par de huevos —me defendí metiendo a mi progenitora por medio con la intención desesperada de solucionar aquello de forma urgente.

—Pero qué huevos ni qué huevas, eso te pasa por no llevar siempre los dientes puestos, y mira que me juraste por tu madre que no te los ibas a olvidar....¡qué dirán todos mis amigos y colegas del trabajo!

—Sí, pero te lo juré por mi madre justo el día de la filmación, y después de ese día ya no se me han vuelto a olvidar —le contesté con la voz algo insegura, mientras Ella se levantaba sin terminar su cena frugal, y yo me quedaba en el sofá pensando en cómo vengarme por mi parte de aquellos indeseables personajes salidos del repugnante mundo televisivo. Sin embargo, pensé en mi todavía condición de alumno de las practicas budistas, y consideré la cuestión de la venganza y la necesaria ausencia de ira.

Para rematar la jornada, cuando busqué el documental sobre los tiburones comedores de hombres ya estaba acabando y sólo pude asistir a los créditos finales, los cuales se iban desplazando con la imagen de una inmensa boca de tiburón blanco al fondo, mientras mi mente luchaba con eliminar la idea de que ese mismo tiburón se comiera al técnico de sonido, al cámara y, sobre todo,

al guionista de aquel deplorable reportaje para la televisión local.

También tuve que luchar por deshacer la imagen mental de sus miembros mutilados y esparcidos flotando en el mar.

Mientras releo las anotaciones que en su día llevé a cabo a modo de diario, para registrar todo lo acontecido durante aquel especial viaje, me encuentro con algo que decidí en su momento calificar como “inciso” y que, aunque no le veo relación con las señales que ahora estoy detectando, son tales las sorpresas que me estoy llevando con esta relectura, que voy a tenerlas en consideración por si un análisis más detallado las recalificara, pasando de ser simple inciso a convertirse en nueva señal escondida. Creo que lo mejor es que corte y pegue lo allí escrito.

### INCISO AL VIAJE CATÁRTICO

*28 de marzo. 8 horas 25 minutos. (Jueves Santo)*

*Quiero dejar aquí anotado que ayer abandoné la redacción de mi viaje catártico en un punto crucial, pero debido al cansancio acumulado durante todos estos días (de viaje y posviaje) decidí cortar la redacción dado que mis facultades físicas, y también psíquicas, estaban mermadas. Sin embargo es el día de hoy y pienso que antes de retomar la redacción de ese periplo tan crucial para mi devenir existencial, debo anotar en este diario que me he visto en la obligación de darme una ducha por exigencia de Ella. Quiero anotar aquí también, para dejar constancia de ello y no volver a repetir la misma combinación de acciones, que hace escasamente una hora, al despertarnos, Ella me ha empezado a olisquear. Yo dejo que siga olisqueando, pensando que quizás se trate de algún juego erótico que pueda acabar en algo interesante, pero tan sólo unos olisqueos después, me dice que apesto a ajo y que no se puede aguantar, momento en el que incluso hace unos gestos con las manos como para darse aire y refrescar su entorno aromático. Después de esa afirmación, comienzo a pensar que no se trata de ningún juego erótico y que no parece que la cosa vaya a terminar en nada interesante. Decido preguntarle si lo que huele es mi aliento, a lo que me contesta que no, que huele todo mi cuerpo a ajo. Hago memoria y comienzo a recordar que la noche anterior ingerí, como todas las noches, mis dos perlas de ajo, algo que desde que pasé a ingerirlas por la noche, en lugar de por la mañana con el desayuno, no había vuelto a provocar protestas por parte de Ella. Sin embargo, también recuerdo que mientras asaba en el horno microondas una patata gallega, tomé la decisión de freír en una sartén con aceite de oliva, unas lonchas de tofu con cuatro dientes de ajo machacados. Pienso que la ingesta de los cuatro dientes de ajo machacados y fritos ha sido lo que ha potenciado la acción de las dos perlas de ajo de 700 miligramos. Debo acordarme de evitar esta combinación si no quiero provocar una crisis matrimonial, dado que el olor a ajo de uno de los cónyuges seguramente ha debido de ser causa de más de una separación matrimonial.*

\*\*\*

Por algo creía yo interesante la inclusión de aquel inciso en mis actuales relecturas del viaje catártico. Y es que una vez cortado y pegado este extracto del diario de viaje, he procedido a su análisis con mi cerebro colocado en modo intuitivo-deductivo...¿y qué descubro?... la solución a un largo problema para el que, ni Ella ni yo, teníamos explicación.

PREGUNTA: ¿Por qué a Ella le pican los mosquitos y a mí no?

RESPUESTA: Porque yo ingiero todas las noches dos perlas de ajo de 700 miligramos.

Parece ser que mi organismo transpira de forma acentuada los aromas de los alimentos que ingiero y todo el mundo sabe que el ajo es un repelente natural de mosquitos. Hete pues aquí la explicación a todo un misterio hasta ahora sin resolver. De nuevo mi mente colocada en modo intuitivo-deductivo ha sido capaz de encontrar la solución a todo un enigma que llevaba varios años siendo tema de conversación veraniega entre Ella y yo, siempre que observábamos con curiosidad cómo los mosquitos se dedicaban a acribillarle a la pobre brazos y piernas, mientras ignoraban mi presencia de forma descarada.

Pero lo importante de esto no es el que yo esté protegido contra la picadura de mosquitos, flebotomos y otros dípteros, o insectos no dípteros, sino que mi mente está dotada para descifrar verdaderos misterios ocultos, siempre y cuando la coloque en modo intuitivo-deductivo claro está. Creo que podré ayudar a muchas más personas desarrollando este don personal, que no perfeccionándome como alumno de las prácticas budistas.

Sin embargo, no es momento de adelantar decisiones de tanta importancia vital, por lo que será mejor que siga escudriñando en mi diario de viaje para ver qué otras maravillas hasta ahora escondidas se descubren ante mi magín.

\*\*\*

Eran las 20 horas 0 minutos del 21 de marzo, hora a la que estaba anunciado el evento, y allí no se había presentado nadie. Pensé que las dos valerianas que había ingerido hacía cosa de una hora, iban a ser insuficientes. Entonces apareció un hombre con una cámara fotográfica casi más grande que él.

—Vengo del periódico local para hacer una fotografía con la que cubrir la noticia de la conferencia... ¿porque aquí se da una conferencia, no? —afirmó y preguntó el individuo pequeño con la cámara gigante, antes de que Mateo y yo pudiéramos decir ni una palabra.

Nos dijo, con buen criterio (todo hay que decirlo), que nos pusiéramos Mateo y yo en la mesa de conferencias, para sacar allí la imagen y que no se viera que la sala estaba vacía. Mientras el fotógrafo nos retrataba apareció una señora.

—¿Es aquí donde se va a hablar de lo que comía el Cid? —preguntó la buena señora.

—No, no.... que va... se ha equivocado usted... aquí se va a hablar sobre comida vegetariana y sufrimiento animal —le contesté yo mismo a la señora después, eso sí, de que el fotógrafo enano o enano fotógrafo hubiera terminado de disparar sus instantáneas.

—¿No será usted uno de esos anti-aurinos? —me espetó la impertinente señora mirándome con cara de lechuza.

—¡Pues sí... y a mucha honra! —le contesté mirándola yo también con cara de lechuza, para estar en iguales condiciones, momento en el que afortunadamente comenzaron a entrar otras personas que no preguntaron nada y se limitaron a buscar asiento, cosa muy fácil de encontrar dada la ausencia total de público en esos momentos, a excepción de la desagradable señora pro—aurina la cual, visiblemente indignada, se fue de la sala de conferencias sin formular más preguntas ni sentencias.

—¿Por qué diría eso de la comida del Cid —me preguntó Mateo mientras me miraba con

cara de guisante.

—¡Vete tú a saber! —le contesté yo recurriendo a la típica frase socorrida pero eficiente.

Recuerdo que a las 20 horas 10 minutos comenzó a entrar más gente, casi todos amigos y amigos de los amigos. Me fui abrazando con los viejos amigos, pero no me abracé con los amigos de los viejos amigos. Afortunadamente mis tías no vinieron al evento, pues les dije que sería peligroso para su salud y que no merecía la pena arriesgarse. Sin embargo, aparecieron dos primos carnales, y otros dos menos carnales. Eran las 20 horas 15 minutos y parecía que ya no se iba a presentar nadie más, momento en el que decidí hacer un recuento de los presentes, sin que los presentes se dieran cuenta de que les estaba enumerando. Recuerdo que obtuve el resultado de 25 personas adultas y un bebé. Segundos después, Mateo y yo convenimos que deberíamos iniciar la charla. Mateo comenzó hablando sobre los problemas actuales entorno al sufrimiento animal. Al cabo de cinco minutos de parloteo sobre la capacidad de sufrimiento que tienen los animales con el sistema nervioso más desarrollado, un hombre mayor levantó la voz sin pedir la palabra.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que comía el Cid? —espetó al aire el viejo impertinente, momento en el que Mateo giró su cabeza y me miró con cara de avestruz espantada, por lo que me vi obligado a susurrarle alguna excusa al oído.

—No te preocupes, es que aquí están obsesionados con el Cid y es por eso que preguntan esas cosas. Cuando me pases la palabra yo lo arreglaré todo.

—Ahora lo mejor es que pase la palabra al conferenciante para que nos introduzca en sus teorías al respecto —dijo Mateo dirigiéndose algo desconcertado al público allí congregado, incluido el bebé de pocas semanas.

—Muchas gracias —pronuncié en un tono relajado y cálido, dirigiendo mi cara a la de Mateo para dejar claro que le mostraba mi agradecimiento por la introducción hecha a mi charla— quiero dar las gracias también al Excelentísimo Ayuntamiento de Burgos por la disponibilidad mostrada a la hora de facilitarnos esta espléndida sala de conferencias, y por supuesto quería por fin mostrar mi más sincero agradecimiento a todos los asistentes, y muy especialmente al bebé que tenemos con nosotros —momento en el que se oyeron algunas risas amables, comprobando con ello que había conseguido el efecto buscado, es decir, relajar a la concurrencia y arrancarles una sonrisa simpática, en previsión de lo que pudiera pasar en los minutos siguientes, ya que enseguida fui consciente de que el ambiente se encontraba algo cargado, y eso que sólo habían transcurrido cinco minutos desde que Mateo dio comienzo al evento.

—¡¡Dios qué buen vasallo, si tuviese buen señor!! —decidí gritar súbitamente para empezar con algo impactante, momento en el que la concurrencia estalló en aplausos.

(continúan los aplausos durante 30 segundos, segundo arriba o abajo)

—Da gusto tener como público a gente conocedora del Poema del Mío Cid —les comenté a los allí presentes para agradecer sus aplausos y, de paso, dorarles un poco la píldora antes de que fueran conscientes de dónde se habían metido, momento en el que Mateo me pegó un codazo de forma disimulada, y comenzó a hablarme por lo bajines.

—¿Qué demonios estás diciendo? —me susurró con la misma cara de avestruz espantada que tenía instantes antes, por lo que me vi obligado a contestarle, también por lo bajines.

—No te preocupes, primero hay que soltarles un poco de carnaza —momento en el que me volví a dirigir a los allí presentes.

—Ya sé que a todos ustedes les gustaría saber qué es lo que comía el Cid en su vida cotidiana... incluso saber qué es lo que pudo haber comido Alfonso VI para portarse de aquella manera con su mejor caballero...

(se oyen rumores entre los asistentes)

—Todos sabemos que en el Poema o Cantar del Mío Cid, se habla en varias ocasiones de sus comidas, aunque sin especificar qué es lo que comían él y los de su mesnada. Y también todos sabemos que por desgracia, no podían comer patatas... ¡Que hazañas no habría llevado a cabo el insigne caballero burgalés, si hubiera contado entre sus viandas, con unas buenas patatas gallegas! Pero por desgracia ni las patatas, ni los pimientos y ni siquiera los tomates, pudieron formar parte de la alimentación del Cid, y por supuesto tampoco de la de Alfonso VI. Pero una cosa sí que tengo clara....

(dejé un par de segundos de silencio para crear aún más expectación entre el público)...

—Sí, amable público, algo de lo que no me cabe la menor duda es en lo referente al hecho de que el Cid nunca jamás se comió a su caballo Babieca. Es más....

(vuelvo a dejar un par de segundos de silencio, para crear de nuevo una fuerte expectación)...

—¿Por qué el Cid bautizó así a su caballo?...¿sabían ustedes, que el término Babieca significaba tonto y necio?... pues porque el Cid era sensible al sufrimiento animal. Así que seguramente cuando le dieron a elegir entre un grupo de caballos magníficos, él, el gran Cid, el Campidoctoris o Campeador, eligió al más tonto del grupo...

(durante este silencio, compruebo que los asistentes mayoritariamente han adoptado caras de avestruz)...

No voy a transcribir toda la charla, principalmente porque no recuerdo su contenido palabra por palabra, así que la resumiré de la forma siguiente:

Una vez comprobado que la mayoría de los asistentes tenían cara de avestruz, consideré oportuno entrar a saco con el problema del sufrimiento animal, por lo que les volví a insistir en que el Cid seguramente tuvo compasión de ese pobre animal, que lo cuidó y lo convirtió en un caballo épico, que de ser el “tonto del pueblo” de los caballos, pasó a ser semejante al Bucéfalo de Alejandro Magno, y que muy probablemente nunca hubiera permitido que nadie le infringiera daño alguno, y mucho menos que se lo comieran.

—Y ahora les haré yo una pregunta... (de esto sí que me acuerdo y por eso decido transcribirlo)

(repetí el truco del silencio generador de expectación)...

—Si el Cid no se comió a Babieca, y nosotros no nos comemos a nuestros perros, les llamemos como les llamemos, ¿por qué sí nos comemos a todos esos pobres cerdos anónimos, que se pasan la vida sufriendo hasta que les pegan un golpe en la cabeza, les electrocutan, o mueren desangrados en la matanza del pueblo de turno, entre risas de los asistentes?...

(silencio sepulcral, momento en el que compruebo que las caras de avestruz dejan de ser mayoría, y comienzan a surgir por todas partes caras de rana).

Recuerdo que en ese mismo instante pensé que sería buena idea cambiar de tercio, si no quería verme sorprendido por algún impropio de aquellos concurrentes que no fueran ni amigos ni



familiares, ni amigos de los familiares o amigos de los amigos. Así pues decidí volver a hablar de los alimentos del Cid y del pan que se hacía en esa época, que si pan de trigo, que si pan de centeno para los más humildes, que si vino o que si cerveza, incluso les hablé de las zanahorias del Cid que seguramente serían moradas, blancas y / o amarillas, pero que seguro no serían anaranjadas puesto que esta variedad data del siglo XVII, así que Babieca tampoco pudo comer zanahorias anaranjadas.

A esas alturas de mi conferencia, noté que Mateo bostezaba disimuladamente, así que me jugué el todo por el todo pensando que si Mateo se aburría, entonces no me encargaría más conferencias, y sin embargo mi misión particular en la vida, tal y como yo creía que predijo mi erudito familiar residente en un pueblo holandés, había de ser la de divulgar la alimentación ética por el más amplio territorio posible. Así que pasé a la acción y les propuse a los asistentes que hicieran un esfuerzo imaginativo...

(dejé un segundo de receso y les pregunté)...

—¿Se imaginan ahora ustedes, que se produjese de repente en nuestro planeta, una invasión de extraterrestres antropófagos? —les dije a todos los presentes, implicándoles así en el discurso en que me había metido— cosa poco dudosa las cosas como son, y no me refiero al hecho de la invasión alienígena sino a la circunstancia de que esos extraterrestres fueran, no sólo comedores de hombres, sino simplemente carnívoros —continué sugiriendo mientras comenzaban a aflorar entre ellos unas cuantas caras de mochuelo.

—¿Se imaginan que esos alienígenas comenzaran a cazar humanos para meterlos en jaulas y hacerlos criar?... —(silencio expectante) —... ¿se imaginan también, que esos humanos, hacinados en pequeñas jaulas, fueran siendo sacados poco a poco por los alienígenas para matarlos y comérselos con patatas? ¿se imaginan, que por otro lado, cogieran a todos los humanos de color negro, por ejemplo, para quedárselos como animales de compañía y ponerles un nombre (nombre también alienígena claro está), y que a estos no se los comieran?... —(silencio sepulcral, con cada vez más caras de mochuelo, y alguna de conejo, entre los presentes).

—Pues eso es lo que hacemos nosotros con respecto a otros animales, y no creo que el Cid en pleno siglo XXI, permitiera que esto fuera así, porque seguro que tendría un cerdo Babieca, y una vaca Babieca y / o un pollo Babieca... Señores asistentes, me atrevo a suponer que si el Cid viviera en nuestros días, y teniendo en cuenta su carácter caballeresco y su sensibilidad hacia un caballo discapacitado, sería un vegetariano convencido... —(silencio sepulcral), momento en el que Mateo, creo que temiendo alguna reacción adversa por parte del público, dio por finalizada la conferencia y dio por otro lado paso al tiempo de ruegos y preguntas.

Desde que Mateo dio por finalizada la conferencia y abrió el tiempo de ruegos y preguntas, nadie preguntaba nada, así que me comencé a preparar para recoger y largarnos de ahí a tomar unas cervezas con mis amigos, y quizás también con los amigos de mis amigos, mientras daba gracias a San Agatángelo por haberme curado de espanto y pensaba al mismo tiempo que quizás Mateo no habría terminado muy disgustado de la conferencia, pudiendo ser que me encargase otra en un futuro cercano, incluso aunque fuera en tierras no cidianas.

—¿Qué opina usted sobre el tabaco? —oí que me preguntaba una voz perteneciente a alguien de mediana edad y procedente del centro de la sala.

—¿Cómo se llama usted? —decidí preguntarle al inoportuno interrogador, una vez comprobado que se trataba de un joven de unos 25 años.

—¿Para qué quiere saber cómo me llamo? —me replicó el joven con un tono algo molesto y una expresión facial también algo molesta.

—No... por nada en concreto, sencillamente es que me gusta saber con quién hablo —le contesté, intentando emplear un tono de voz reconciliador y si acaso algo sumiso.

—Pues Pauleño... en el pueblo me llaman Pauleño —masculló finalmente el joven, algo contrariado por mi petición identificatoria, momento en el que pensé que el chico tenía nombre de

toro de lidia, cosa que no le dije, claro está, para evitar algún tipo de malentendido, así que procedí a improvisar una respuesta sobre el tabaco.

—Pues... por un lado podría afirmar que el Cid, casi con toda seguridad, no fumaría, puesto que todavía no se había traído el tabaco de América, y las pocas plantas fumables en el siglo XI eran de carácter medicinal y / o terapéutico. De todas formas, como el tabaco no tiene sistema nervioso, a mí, como ético alimentario, me da igual que cada uno se fume lo que quiera, siempre y cuando no obligue a respirar sus humos al de al lado, pero eso sí... quiero puntualizarle, señor Pauleño, que cuando se trajo el tabaco desde el nuevo continente, junto con las patatas, los pimientos, los tomates y otras delicias de la huerta americana, las primeras aplicaciones que tuvo fueron precisamente medicinales y terapéuticas, como por ejemplo cuando se introducía el humo del tabaco por el ano de alguien que padeciese problemas intestinales, mediante un pipa especial para dicha terapia, claro está. También tengo que confesarle que yo he fumado durante muchos años en pipa, a través de la boca, por supuesto —le comenté tranquilamente al joven Pauleño, mientras éste meneaba la cabeza a modo de gesto afirmativo pero con una cara que me incitaba a deducir que, el señor Pauleño, no estaba quedando del todo satisfecho con mi respuesta.

De nuevo se hizo un silencio algo tenso en la sala, por lo que decidí mover la silla para dar a entender que eso se había terminado y llegaba la hora de salir a por unas cervecitas, pero inesperadamente apareció una voz femenina del fondo de la sala, para preguntarme sobre mi opinión acerca del calzado ético y más concretamente sobre las alpargatas de esparto, momento en el que pensé que la cosa se estaba yendo por los Cerros de Úbeda y que se tendría que atajar de alguna manera. Sin embargo, dada la dulzura de aquella lejana voz, decidí responder a la joven, no sin antes preguntarle cómo se llamaba.

—Yolanda —me dijo la joven y agraciada burgalesa, sin ningún tipo de reticencias, como fue el caso de Pauleño.

El problema es que en el instante de oír su nombre, me vino a la cabeza una conocida canción de Silvio Rodríguez y con ella mi animadversión hacia la Nueva Trova Cubana, a pesar de lo cual decidí contestarle, que muy dudosamente el Cid portaría alpargatas de esparto, puesto que ese tipo de calzado estaba limitado al campesinado y siervos de la gleba, mientras que él, como caballero, seguramente llevaría botas de piel claveteadas en la suela...

—No me importa para nada lo que calzara el Cid... la verdad es que ya está bien de hablar del Cid en esta ciudad... a mí lo que me interesa es la ética del calzado, la necesidad de llevar zapatos éticos —me espetó aquella pequeña pero beligerante burgalesa, lo que me hizo pensar que, en realidad, esa chica estaba sacando a colación un tema extremadamente interesante y que la tarde podría dar bastante de sí, pero afortunadamente entró el bedel del Ayuntamiento para decirnos que debíamos abandonar la sala puesto que estaba reservada para otro evento a las 22 horas y tenía antes que ser preparada, aunque no sé muy bien qué es lo que tenía que preparar puesto que las sillas estaban fijadas al suelo (como las del cine) y tampoco es que hubiera que ventilar el salón por malos olores después de nuestro evento.

Después de la aparición del aguafiestas del bedel (aunque bien pensado, toda una aparición providencial de cara a poder disfrutar de unas cervecitas), comprobé que la chica del calzado ético estaba discutiendo con el hombre que al principio de la conferencia nos increpó por hablar de cosas que no tenían nada que ver con la comida del Cid. Acto seguido me percaté de que Pauleño se sumaba a la discusión. Sin más dilaciones, Mateo y yo decidimos recoger los bártulos y proponer a los amigos y amigos de los amigos, salir de allí para ir a tomar unas cervezas. Antes de perder de vista a todo el personal se me ocurrió, no sé muy bien por qué, pedirles a Pauleño y a Yolanda sus respectivos correos electrónicos, con la excusa de mandarles información al respecto de la ética del humo y de la ética del calzado, a lo que accedieron muy cordialmente, incluso diría yo que con cierto entusiasmo, mientras pensaba al mismo tiempo que, seguramente, nunca les enviaría nada de lo que les acababa de sugerir, pero creí que todo buen conferenciante debe mostrar interés en su público y parecer que interactúa con ellos. Sin embargo, con el pesado del tío aquel que sólo estaba

preocupado por lo que comía el Cid, no interactué lo más mínimo.

Prefiero no anotar nada de todo el espacio de tiempo que dedicamos al consumo de cervezas. Por otro lado, no sé cómo acabaría la discusión de aquellas tres personas. Pensé que de todo el público asistente a la conferencia, sólo había cuatro personas que no fueran familiares ni amigos, ni amigos de mis amigos. Pensé, además, que de cuatro asistentes desconocidos, tres acabaron en una fuerte discusión. No sé qué conclusiones sacar de este detalle. También pensé que sería mejor no sacar ninguna conclusión. Sin embargo, creí que debía pensar si en las futuras conferencias pudiera ser oportuno hablar sobre el uso de la alpargata tradicional como ejemplo de calzado ético.

—Ya veremos —me dije a mí mismo.

24 DE CÓMO UNA VIEJA PELUCA EVITA QUE ME VIERA EN EL  
TRANSE DE TENER QUE COMBATIR CON UN PÉRFIDO  
BARRENDERO.

Me resulta muy desagradable tener que reconocer que me están picando una serie de mosquitos, a pesar de mi ingesta cotidiana de dos perlas de ajo. Pienso si esas perlas estarán deterioradas, o si tendré que aumentar la dosis.

También es verdad que tan sólo me he encontrado dos picaduras en el cuerpo, mientras que Ella ha amanecido como un verdadero Ecce Homo.

\*\*\*

Ya han pasado dos días desde las anteriores anotaciones y sigo sufriendo picaduras de mosquitos, a pesar de haber aumentado a cuatro perlas mi ingesta diaria de ajo. Pienso si será necesario cambiar de marca. He descubierto que las nuevas perlas de ajo están desodorizadas, lo cual puede que le quite efectividad a su capacidad como repelente de mosquitos. Creo que los fabricantes de perlas de ajo deberían pensárselo muy bien antes de desodorizar las malditas perlas.

Tendría que abrir el bote de perlas antes de comprarlo, y decidirme sólo por aquel que peor huele. Lamentablemente no creo que en mi herboristería habitual, ni en ninguna otra, me dejen hacer semejante cosa.

\*\*\*

Debo reflexionar sobre el acontecimiento de hoy (además de seguir pensando acerca de las perlas de ajo desodorizadas), antes de continuar con el análisis de mi viaje catártico, ese en el que estoy encontrando las claves para entender mi pasado así como afrontar un nuevo futuro en mi vida, y seguramente que en la vida de Ella (y ni qué decir tiene que también en la de Ramona).

Resulta que esta mañana debía realizar mis labores como guía turístico acompañando a un grupo de neozelandeses a lo largo del casco viejo de la ciudad, para hablarles de las antiguas juderías que aquí tuvieron lugar. La verdad es que no sé muy bien por qué les interesan las juderías a un grupo de neozelandeses. En un principio reconozco que me alegré sobremanera al pensar que quizás se trataba de miembros de la comunidad judía de Auckland y que, como judíos que eran, con suerte hablarían el sefardí, por lo que así no tendría que parlotear en inglés viéndome por lo tanto expuesto a un sangrado de encías, molesto para mí y poco gratificante para ellos, es decir, mis turistas. Pero no pasaron ni cinco minutos, cuando ya comprobé que aquella gente, de sefarditas no tenían ni una sola gota de sangre, por lo que no tuve más remedio que colocar mi centro cerebral del lenguaje en modo inglés.

La gran satisfacción del día es que en ningún momento tuve que verme sometido al impertinente sangrado de encías, ni en la mandíbula inferior ni en la superior. Por lo que di gracias a la dentista catalana por haberme extraído mis dos incisivos inferiores, aunque fuera a costa de colocarme luego la insufrible prótesis parcial removible. Sin embargo las contrariedades fueron de tipo kármico, es decir, consecuencias de una acción anterior cometida, en este caso, no hace mucho.

Todo comenzó cuando empezamos a acercarnos a la zona de la Catedral. Afortunadamente estos neozelandeses no tenían el más mínimo interés en el supuesto gótico mediterráneo y sólo hablaban de los *jewish quarters*. Que si *jewish quarters* por aquí, que si *jewish quarters* por allí, hasta que ya dentro de los malditos *jewish quarters*, ahora por supuesto reconvertidos en barrios para turistas, con tiendas de todo tipo y con precios sólo de un tipo, es decir el caro, me percaté de que delante nuestro se encontraba un barrendero con un chaleco reflectante naranja, recogiendo

una serie de papeles que algún imbécil maleducado había esparcido al lado de un contenedor de basura. A pesar de ofrecerme su espalda, enseguida me percaté de que ese barrendero no era otro que el barrendero larguirucho con el que tuve mi primer brote de agresividad, como consecuencia de la implantación en mi boca de la prótesis parcial removible. Afortunadamente, desde que tuve aquel desagradable altercado, llevo siempre conmigo (cuando tengo que recorrer las calles de la ciudad como guía turístico) una peluca tipo afro blanqueada con polvos de talco, para que no haya un fuerte contraste entre el negro original de la peluca y el blanco, también original, de mi barba. Esta peluca me sacó en el pasado de más de un apuro, y dio unos resultados excelentes cuando tuve que hacerme pasar por un tarotista exótico y experimentado.

Así que, ni corto ni perezoso, saqué de la mochila de trabajo, donde siempre llevo alguna guía turística, un diccionario de inglés, otro de catalán y cosas por el estilo, mi peluca tipo afro, con la intención de pasar desapercibido ante la mirada del barrendero larguirucho, temiendo que si éste me reconocía al pasar a su lado, procedería a vengarse de la afrenta recibida cuando le pegué aquella sonora patada a su carrito de basura.

(Ahora debería transcribir las conversaciones mantenidas con los neozelandeses, utilizando el inglés en que tuvieron lugar, pero por miedo a que el sangrado de encías haya sufrido un desplazamiento de la fase oral a la fase escrita, traduciré al español todo lo allí dicho)

—Oh...¿por qué se pone usted ese pelo ahora? —me preguntó uno de los neozelandeses, tal y como era de esperar que hicieran, para lo cual ya tenía la respuesta preparada.

—Pues porque en este barrio vivió un famoso cartógrafo judío, y en uno de sus mapa-mundi aparece la figura de un judío tocado con un turbante muy extraño que parece una peluca moderna, así que en memoria de este insigne cartógrafo yo me pongo esta peluca siempre que paso por este barrio.

—¡Genial!... ¡qué interesante!... ¿podemos hacerle una fotografía por favor?... ¿puede colocarse junto al limpiador de las calles, si a él no le importa?

—A él no le importará pero a mí sí... ¿cómo pretende que me haga una foto al lado del barrendero? —le espeté al turista impertinente, suponiendo que el barrendero larguirucho no entendería ni una palabra de inglés, y con la intención de evitar que me pusieran al lado de ese indeseable limpia calles, con el consiguiente riesgo de que terminara por reconocerme a pesar de mi peluca.

—¡Oh, si por favor! —me gritaron una cuantas neozelandesas de tamaño variado, empujándome hacia el barrendero, que contemplaba imperturbable esa escena.

—¡Que no coño! —les dije ya en español y en un tono que seguro iban a entender, mientras apartaba los brazos de todas esas mujeres, con la mala suerte de que a una de ellas se le cayó su cámara fotográfica, momento en el que se oyó un grito.

—¡Este tipo me ha roto la cámara fotográfica!... es imperdonable... presentaremos quejas en la oficina de turismo más cercana y en el Ayuntamiento —empezaron a decir entre todos, pero no al unísono.

Reconozco que al ver esa avalancha humana echarse sobre mi persona, sufrí cierto ataque de pánico y, ante la gran probabilidad de que floreciera un nuevo brote de agresividad del que luego tuviera que arrepentirme sobremanera, recurrí a la extracción de mi prótesis parcial removible, de manera que se anulase todo amago de violencia por mi parte.

—¡Dios que asco!...¡pero si se está sacando los dientes!... ¡este hombre está loco!... ¡vámonos de aquí!...¡este tío no es un guía, es un perturbado!... ¡seguro que lo del pelo es falso! — escuchaba en estéreo procedente de esa multitud enardecida, mientras intentaba encontrar un sitio donde guardar mis dientes postizos.

—Qué les pasaba a esos tíos? —me preguntó el barrendero larguirucho, mientras seguía

contemplando impertérrito cómo se alejaban del lugar aquella especie de maoríes energúmenos, pero sin percatarse, afortunadamente de quién era yo.

—Nada... unos de esos extranjeros que vienen aquí a hacer turismo sanitario y querían llevarse mi prótesis dental cuando han visto que llevaba puesta una de exquisita facción —le respondí dándole la espalda en todo momento, y tapándome la boca con una mano, no fuera a reconocermme por las arrugas de mi frente o por el sonido de mi voz, al mismo tiempo que procedía a retirarme de aquel apestoso barrio para turistas, lleno de objetos más postizos que mi prótesis.

\*\*\*

Este pequeño altercado no va a hacerme cambiar de comportamiento y pienso seguir poniéndome la peluca tipo afro, blanqueada con polvos de talco, siempre que vea por las cercanías a ese puñetero barrendero, ahora convertido en mi Némesis particular. Sólo espero no tener a ningún otro grupo de neozelandeses entre los turistas a los que guiar por las calles de esta ciudad, en la que afortunadamente no residio y a la que únicamente vengo para realizar mi horario laboral.

Hecho de menos a mi maestro Zen. Ahora, recorrer las calles de la urbe no sólo ha dejado de ser enriquecedor para mí, sino que se ha convertido en una verdadera amenaza contra mi integridad física. Pienso en qué mala hora se ha jubilado el maestro. Creo que a estos seres espiritualmente superiores, no les deberían dejarse jubilar ya que la humanidad pierde más de lo que pierden ellos teniendo que continuar trabajando. Además, su altísimo nivel humano les dota de tal altruismo que seguro que este maestro hubiera seguido de mil amores barriendo las calles y enseñando a los discípulos elegidos sus elevados conocimientos filosófico-religiosos. En cualquier caso no echo de menos a mi chaleco reflectante amarillo que, de todas formas, he guardado en un rincón secreto por si la providencia volviera a poner en mi camino al gran maestro barrendero Zen.

\*\*\*

Por si fuera poco, la jornada terminó con otro gran sobresalto ya que al regresar a casa, me encontré a Ella muy compungida.

—¿Qué te pasa? —le pregunté para intentar ayudarle a solucionar o sobrellevar sus penurias.

—Me siento muy mal porque he tirado mucho dinero —me contestó con la cara casi desencajada, motivo por el cual se me desencajó a mí la mía, mientras imaginaba que había comprado una crema muy cara, o lo que es peor, carísima, y se había dado cuenta poco después que le producía alergia en la piel.

—He comprado —continuó —una Escuela de Paracaidismo y no funciona como esperaba —terminó por decir casi sollozando.

—¿Qué has comprado qué! —hay Dios mío... pero cómo te has dado cuenta tan pronto de que no funciona... ¿pero cuándo has comprado la Escuela?...¿y por qué no me lo habías dicho?... ¡pero desde cuándo te gusta a ti el paracaidismo!

—La he comprado hace un momento al volver del trabajo y mira... un desastre —me dijo mientras me enseñaba su tablet, o mejor dicho, su maldita tablet, donde aparecía ese deleznable juego que representa una ciudad donde Ella tiene que ir construyendo tiendas, hospitales, palacios de congresos, campos de fútbol, etc, y se ve que... ahora... ¡una Escuela de Paracaidismo!

Prefiero no escribir aquí la serie de comentarios que le hice al respecto. Baste anotar que tuve que volver a quitarme la prótesis parcial removible para evitar otro brote de violencia, en este caso únicamente verbal, claro está.

—¿Por qué te quitas los dientes? —me preguntó Ella mientras yo daba en silencio media

vuelta y me retiraba al baño a estar unos minutos sentado pero sin practicar Zazen... pero pensé que estaba siendo demasiado grosero con mi silencio y terminé por decirle que se me había metido una cosa entre la prótesis y la encía en el almuerzo de hoy.

—Pero si tú nunca almuerzas.

—Pero hoy sí,, con unos neozelandeses —y cerré la puerta del baño, suavemente, por supuesto.

22 de marzo (3º día de viaje catártico)

Después de haber realizado, el día anterior, mi primera conferencia como divulgador ético alimentario, con un resultado al que yo calificaría de más que satisfactorio, me enfrentaba ahora nada más y nada menos, que al juramento que en aquel tiempo yo estaba dispuesto a practicar ante las inteligencias extraplanetarias, dada mi por entonces convicción de que tanto el Cid como yo habíamos sido objeto de una o varias abducciones, por parte de seres alienígenas.

Con aquel juramento me encomendaría el resto de mi vida a la lucha contra el sufrimiento animal y a la consecución de una alimentación coherente, con un vegetarianismo en expansión. Para tal acto iniciático iba yo provisto del bastón de mi abuelo, por supuesto de mis 14 medallitas protectoras, y de una trompeta de juguete que pude comprar en un todo a cien chino, justo el día anterior a mi salida hacia Burgos. Pensaba que, durante toda la jornada, la trompeta de juguete la llevaría en uno de los bolsillos laterales de mi abrigo, y sólo me la colocaría de forma visible en el momento de realizar la jura, como elemento simbólico por el que dejar claro el carácter luchador de mi compromiso ético alimentario.

Miré mi teléfono móvil para ver la hora y comprobé que eran las 9 horas 2 minutos. En el diario de viaje tengo escritas las siguientes anotaciones.

*Quiero dejar aquí constancia de que el desayuno de esa mañana no lo realicé en ninguna de las cafeterías del paseo del Espolón (por miedo a tener que enfrentarme una mañana más con la Nueva Trova Cubana), sino en un sencillo bar cercano a la casa de mis tías, con un resultado más que aceptable en cuanto a precio y calidad.*

Después de engullir aquel desayuno al que hacía referencia en el diario, me dirigí a mi destino sin prisa, pues era consciente que quizás no abrirían la famosa iglesia juradera hasta las 10 horas. Pasé por delante del bonito parque de la Evolución Humana. Me deleitaba mirando el atractivo edificio acristalado, cuando contemplé unos coches aparcados en la acera, justo antes de la entrada por su parte derecha, esa a la que denominan Fórum. Me pregunté qué pintaban ahí esos coches estacionados en plena zona peatonal, aunque bien es cierto que no estorbaban demasiado el transcurrir de los viandantes, y a esas horas el único viandante era yo. No tardé mucho en darme cuenta de que formaban parte de una campaña publicitaria. Involuntariamente pensé que los neandertales no usaban coches. Proseguí y me encontré con una escultura que parecía la peladura de una patata, lo cual me hizo pensar inmediatamente en las patatas gallegas. Comprobé que hay dos accesos para subir a la entrada del edificio central, donde se encuentra ubicado el reconocido Museo de la Evolución, una mediante escaleras y la otra a modo de rampa. Decidí subir por las escaleras, me puse a contarlas y... Llegué a la cantidad de 38 escalones. Una vez arriba me topé con que el museo estaba cerrado, aunque de todas formas mi intención no era visitarlo esa mañana ya que mi destino era bien diferente, nada más y nada menos que realizar un juramento en en la iglesia juradera de Santa Gadea.

Como no me fié de mis cuentas, decidí volver a bajar las escaleras y contarlas de nuevo por si me había equivocado, pero el resultado del recuento en forma descendente seguía siendo el de 38 escalones. Nada más terminar el segundo recuento, me acordé que por el lado izquierdo, según se mira el edificio hacia su fachada principal, había otro acceso. Me dirigí allí y subí su escalinata para contar sus escalones. Aquí el arquitecto había preferido colocar sólo 30 peldaños. Pensé en cuál



habría sido el motivo del arquitecto para colocar en un lado 38 escalones mientras que en el otro solo 30. Escudriñé por aquí y por allá pero no encontré alusiones de tipo alienígena por ningún lado, por lo que pensé que ese arquitecto no habría sido abducido ni una sola vez en su vida.

Reconozco que si ahora estuviera delante del Museo de la Evolución, no buscaría ese tipo de simbolismos, sino que entraría directamente en el interior para deleitarme con su renombrada exposición. Sin embargo, si el futuro que me espera es el que yo creo, entonces, si he de entrar a dicho museo, será para contemplarlo con mi cerebro colocado en modo intuitivo-deductivo y por lo tanto para buscar pistas con las que dilucidar algún misterio inexplicable para otras mentes menos dotadas.

Pero no hay que adelantarse en el tiempo, y es mejor terminar de analizar aquel memorable viaje por si todavía encontrase señales escondidas en cualquiera de los momentos que lo conformaron.

Después de todos esos peldaños carentes de simbolismo alienígena, decidí acercarme otra vez a la escultura en forma de peladura de patata. Una vez a su lado, se me ocurrió que el escultor podría haberse inspirado en una patata gallega o en una castellana, de las de secano.

No pude salir de la duda, de si patata gallega o castellana, así que comencé a golpear la escultura con el bastón de mi abuelo para comprobar sus cualidades sonoras, mientras pensaba que Rameau, así como el resto de compositores nacidos y muertos en años alienígenas, seguramente harían algo interesante con el sonido de esta peladura metálica. Al cabo de unos pocos minutos y mientras seguía golpeando cada uno de los rincones de aquella escultura con el objeto, creo que muy interesante, de comprobar sus diferentes sonoridades, se acercó un guardia municipal.

—¿Qué hace? —me preguntó en un tono neutro, pero con cierta cara de ardilla que no presagiaba nada bueno.

—¿Cómo que qué hago?

—¿Que qué hace golpeando esa escultura? —especificó el municipal con su cara de ardilla en transición a una de mono verde africano.

—Estoy comprobando sus cualidades sonoras —le contesté con mi cara de anuro especial para estas situaciones, con la clara intención de compensar la suya de cercopiteco.

—Pues no puede hacer eso... está usted golpeando un monumento protegido —insistió el municipal sin transmutar ya su expresión facial, que seguía siendo la de mono verde africano, quizás, eso sí, con un aumento de sus rasgos agresivos, motivo por el cual decidí aumentar yo también determinados rasgos agresivos de mi cara de sapo, aún consciente de que en un sapo eso es mucho más difícil de conseguir que en un mono.

—¿Desde cuándo las peladuras de patata son monumentos protegidos, incluso siendo metálicas como esta? —le dije, mientras observaba que el agente comenzaba a mostrar signos de evidente nerviosismo, pues se bamboleaba como un tentempié y no sabía muy bien qué hacer con sus manos.

—Mire, señor, le repito que eso no es ninguna peladura de patata sino una escultura que representa la evolución —me dijo el guardia ya medio gritando y con un color rojo apareciéndole por las mejillas.

—¿Qué evolución?

—Pues la humana, ¡qué evolución va a ser!, esa escultura es una vértebra de nuestro esqueleto —insistió el ya encolerizado agente.

—¿Una vertebra de nuestro esqueleto?... pues yo pienso que seguramente el escultor, el día que la dibujó en un papel, se debió de hacer un guiso de patatas y luego copió alguna de las peladuras que iba a tirar a la basura —le expliqué al nervioso municipal, recobrando por mi parte la flema inglesa, e incluso haciendo desaparecer de mi rostro la expresión de sapo que tenía adoptada —además esa patata estaba mal pelada.

—¡Ande, circule, haga el favor! —sentenció el guardia después de haber resoplado con intensidad, como queriendo zanjar el asunto de una vez por todas y con la clara intención de

perderme de vista.

Decidí no importarle más, así que me alejé algo y di una serie de vueltas, pero al cabo de unos minutos comprobé que justo en la pendiente que hay delante del museo han instalado, con bastante acierto todo hay que decirlo, un terraplén donde se recrea la vegetación típica burgalesa, y más concretamente de la zona del famoso Yacimiento de Atapuerca. Estudié la recreación paisajística y observé que en el lado izquierdo del terraplén había unas hierbas muy crecidas. Rápidamente pensé en el manojito de hierbas que el Cid se metió en la boca para realizar el acto de sumisión ante el desagradecido Alfonso VI, allá por las inmediaciones de Toledo, antes de proceder a darle un beso en la mano y otro en la boca. Pensé también que, aunque no fueran exactamente las mismas hierbas ni las mismas circunstancias, podría yo usarlas como acto simbólico que complementase mi juramento y así poder mostrar mi sometimiento a las inteligencias extraplanetarias. Como consecuencia de este pensamiento, decidí subirme al terraplén y comenzar a arrancar algunos de esos hierbajos. A los pocos segundos oí un silbato, pero decidí hacer caso omiso al molesto pitido y continué mi particular siega. Otros pocos segundos más tarde apareció de nuevo el pesado del policía municipal.

—¿Qué hace? —me preguntó.

—¿Es que sólo sabe preguntar a la gente “qué hace”? —le pregunté yo al mismo tiempo, recuperando mi cara de sapo pero en un nivel más elevado, es decir, el de costro.

—¡Haga el favor de salir del terraplén y dejar de arrancar hierbas, además lo siento mucho pero tengo que sancionarle por lo que está haciendo —me dice muy serio el policía, aparentemente impasible, aunque pienso que su flema inglesa era totalmente falsa y en realidad estaba más nervioso que un tití, motivo por el cual decidí bajar del terraplén y ponerme a su mismo nivel, y me refiero al mismo nivel del suelo ya que mi flema inglesa era auténtica y no fingida, eso sí con una mano en el bastón y la otra agarrando fuertemente el manojito de hierbas recién arrancado.

—No hay ningún cartel en el que se diga que está prohibido arrancar hierbas —le solté al molesto guardia muy tranquilamente, aunque reconozco que no exento de cierta ironía en el tono.

—No hace falta un cartel, es cuestión de pura lógica, este jardín forma parte del mobiliario urbano —me contestó mientras sacaba de su bolsillo izquierdo del chaquetón, una libreta que supuse sería la libreta de las multas.

—¿Y cómo es que unos matojos pueden ser mobiliario urbano? —insistí yo buscando la incongruencia de la sanción a la que iba a ser sometido.

—¡Por favor... deje ya de tocarme los cojones, porque si no le voy a incrementar la sanción por desacato a la autoridad!

—No es mi intención tocarle los cojones ni cometer desacato alguno a la autoridad —le expliqué con cierto aire apesadumbrado, al mismo tiempo que decidí realizar ante él un acto de sumisión medieval, procediendo a arrodillarme y ponerme las hierbas en la boca.

—¡Deje de hacer el imbécil! —me espetó el desagradecido representante de la autoridad municipal, a pesar de lo cual yo decidí continuar con el ritual de sumisión, por lo que le cogí la mano con la que sujetaba el talonario de las multas y se la besé manteniendo las hierbas en la boca, algo de lo que dudé porque no recordaba si el Cid se quitó las hierbas o no para besarle a Alfonso VI su mano.

—¡¡Pero qué hace!! —me gritó el guardia volviendo a su pregunta favorita, a la que yo no contesté para evitar interrumpir el ritual ya iniciado, así que sin abrir la boca y todavía con las hierbas entre los dientes, me levanté con la intención de darle un beso también en la boca, sin soltar por mi parte el manojito de los dientes.

—¡¡Joder... está usted loco, pedazo de maricón!!... ¡¡se le va a caer el pelo!! —me gritó exaltado el imbécil del guardia inculto, por lo que decidí gritarle yo también dejando mi flema inglesa para otros momentos.

—¡¡Parece mentira que un policía municipal burgalés desconozca los más elementales ritos de sumisión medievales!!

—¡¡Yo le voy a dar un buen rito medieval!! —me gritó de nuevo el agente descerebrado mientras me cogía con fuerza del brazo, momento en el que fui consciente de que ese hombre estaba fuera de sus casillas, por lo que decidí echar mano de mi bastón para alzarlo y pronunciar mi sentencia protectora.

—*Varita, varita, por la virtud que Dios te dio, que hagas esto o estotro*”.

Recuerdo que de repente se oyó un ruido estruendoso y acto seguido unos gritos, procedente todo ello de las inmediaciones del edificio de Correos, justo en uno de los extremos del Puente de San Pablo. Inmediatamente el municipal me soltó, se giró y salió corriendo al comprobar que había tenido lugar un accidente de tráfico y que además allí se encontraban varias personas chillando y asustadas. Decidí aprovechar la situación y escabullirme hacia el otro lado, cruzando el río Arlanzón a través de la misma pasarela por donde lo había hecho el día anterior. Sentía cierto estado de ansiedad y pensaba en mis valerianas. Recuerdo que al pasar por la calle Héroes del Alcazar (tal y como se llamaba hasta no hace mucho, ahora renombrada como calle Toledo) me acordé de un viejo amigo que vivía justo en uno de esos portales, pero decidí no parar y seguir adelante. Entonces me di cuenta que en algún momento del altercado con el paranoico del guardia municipal, había debido soltar de la boca mi manojo de hierbas, así que ahora tendría que llevar a cabo el juramento sin ningún complemento de sumisión. Menos mal que por lo menos sí que conservaba la trompeta de juguete, algo importantísimo para que mi espíritu guerrero no quedara en entre dicho cuando las mentes extraplanetarias me observasen en Santa Gadea.

Caminaba por la calle Vitoria cuando, al llegar a su comienzo, apareció la gran estatua del Cid Campeador con su capa al vuelo. Inmediatamente me acordé que, de pequeño, esa estatua se me ofrecía como la imagen de un gran murciélago y me producía cierto temor, o incluso terror. Miré a la izquierda para ver desde la distancia cómo transcurría el escenario del accidente y contemplé unos cuantos coches de la Policía Local con sus luces azules destacando en el fondo. No veía ambulancias, por lo que deduje que el choque no había debido causar heridos de consideración y que los gritos se debían más al susto que a otra cosa, o quizás a las ganas de enzarzarse mutuamente los conductores implicados. Ya más relajado, y sin pensar en mis valerianas, me preparé para entrar en el paseo del Espolón. Sin tenerlo previsto, miré a la izquierda y contemplé el conocido reloj popularmente llamado “El Morito”. Da la casualidad que mientras le miraba, el reloj tocó las 10 horas 0 minutos, pero no saqué ninguna conclusión de esa coincidencia y sencillamente contemplé por unos segundos al Morito, comprobando que tiene sus atributos masculinos bien visibles; en la mano izquierda sujeta un paraguas abierto que hace las veces de campana del reloj y con la mano derecha agarra una bola dorada como con intención de arrojársela a quien le mire, quizás por estar desnudo. Como el Morito representa un niño de unos 8 años, decidí no contemplarle más tiempo, no fuera que pasara por ahí algún municipal para preguntarme que qué hacía, y volviera a tener un altercado como el de hacía unos minutos. Salí de ahí a toda prisa y recorrí el Espolón hasta llegar al Arco de Santamaría, lo crucé y me encaminé al tramo final de mi camino hacia Santa Gadea.

Al salir del arco y aparecer en la plaza de la Catedral, pensé en los escalones que tendría la escalinata de la puerta del Sarmental y no pude reprimir ese interesante ataque de curiosidad, por lo que subí hasta la mismísima puerta y contabilicé 27 inmensos escalones. Bajé las escaleras y volví a contabilizar también 27 escalones. Miré de nuevo el precio de la entrada, no fuera que el día anterior tuviesen precio especial, es decir más caro por algún motivo, y comprobé que seguía siendo 7 €, por lo que decidí aplazar de nuevo la visita a la tumba del Cid para mejor ocasión. Pensé que como quería convencerle a Ella para venir en verano a tierras cidianas con cualquier pretexto, pero con la verdadera intención de rastrear los posibles orígenes extraterrestres del Cid, quizás para entonces habrían bajado el precio de la entrada al ver que nadie quiere gastar 7 € para visitar la tumba del Cid, ni tampoco la de los Condestables.

Antes de seguir hacia santa Gadea, creí que sería buena idea echarle un vistazo a la otra entrada de la catedral, la de la plaza de Santa María, porque algo me decía que allí podría encontrar

algún simbolismo de tipo alienígena, ya que en realidad esa es su fachada principal, y dado que el número 27 de la escalinata del Sarmental no me sugería nada, sólo me quedaba por comprobar la otra gran entrada. Subí la escalinata y comprobé que hay 9 escalones enormes y 10 pequeños, es decir un total de 19 escalones, por lo tanto ¡la carta del Sol en el Tarot!, y por lo tanto también un número alienígena. ¡Lo sabía!! Por otro lado, es verdad que en tiempos del Cid parece que no había Tarot. Además la catedral fue comenzada en el siglo XIII y las famosas cartas adivinatorias puede que tengan su origen en el siglo XIV, pero fueron tantos los siglos que tardaron en construir este ingente monumento, que muy fácilmente la numerología de estas escaleras podría ser bastante posterior al inicio de su construcción, y por lo tanto no existiría incongruencia alguna en que esos 19 escalones fueran realmente una simbología alienígena.

Contento, aunque algo alterado por el descubrimiento, me dirigí hacia Santa Gadea y en el momento de llegar, a pocos metros de la iglesia, oí que sonaba y vibraba mi teléfono móvil de obsoleta generación. Lo saqué de uno de los bolsillos de mi abrigo (ahora no recuerdo si fue el izquierdo o el derecho) y descubrí que al otro lado del aparato se oía una voz masculina, cuyo propietario se presentó como el sobrino de un viejo amigo mío. El sobrino me dijo que trabajaba en una radio de la ciudad, que había visto en el periódico local la noticia acerca de mi conferencia sobre la alimentación del Cid y quería que me pasara por los estudios de esa radio para entrevistarme. Pensé que no podía perderme esa oportunidad y que el juramento bien se podría aplazar hasta el día siguiente, además después del altercado con el imbécil del policía municipal, mi sistema nervioso había quedado algo alterado y pudiera ser que el juramento no quedara lo lucido que se merecen este tipo de juramentos. Decidí pues ir a esa radio para hablar, no de la alimentación del Cid, claro está, sino de mis teorías ético-alimentarias.

De camino a la radio me volvió a sonar el móvil, momento en el que maldije esos impertinentes aparatos, pero mientras los maldecía también me daba cuenta que sin su existencia no me habrían llamado de la radio. Decidí dejar de maldecir y tener paciencia, volver a apretar el botón equivalente al tradicional “descolgar” para después preguntar con el típico ¿sí?... No pasaron dos segundos cuando al otro lado del aparato oí la voz de Mateo, que me decía que se le había olvidado darme un apasionante libro sobre alimentación ética que creía me iba a interesar y que, además, le gustaría verme antes de coger el autobús para Madrid. Le dije, claro está, que sí pero inmediatamente tuve que llamar al sobrino de mi viejo amigo para pedirle el favor de que aplazase mi entrevista un par de horas, a lo que el sobrino no puso objeción alguna. ¡Puff!... en ese momento me sentí estresado por tanta actividad.

Finalmente me encontré con Mateo, el cual me comentó que estaba satisfecho con la conferencia y que le había parecido un planteamiento original.

—Me gusta tu manera de enfocar las conferencias —me dijo Mateo con cara sonriente pero en su justa medida, mientras sacaba de la cartera que llevaba colgando de su hombro izquierdo, a modo de bandolera, un libro sobre la alimentación en las cárceles como método de inserción social y aplacamientos de instintos agresivos.

—Muchas gracias Mateo —le dije sin poder contener la euforia que me embargaba por el detalle que estaba teniendo con mi persona, motivo por el que pasé a abrazarle no sin notar cierta rigidez en su cuerpo y falta de correspondencia en el abrazo.

Después del abrazo casi unilateral, volvimos a hablar sobre sufrimiento animal y sobre alimentación vegetariana, tanto la ovo lácteo como la vegana, pero seguimos sin hablar de crudivorismo. Llegada la hora de partida de su autobús, nos despedimos con un abrazo, esta vez completamente bilateral.

Una vez despedido de Mateo me encaminé a la radio del sobrino de mi viejo amigo. Como me sobraba algo de tiempo, pensé que sería buena idea entrar antes a tomar una caña y un pincho de tortilla, por lo que hice la consabida parada en el primer bar con el que me topé. Pero una vez dentro del bar me lo pensé mejor y decidí aplazar lo del pincho para otro momento y así no tener que tomármelo con prisas, de manera que sólo pedí al camarero una caña (creo que tomarse un

pincho de tortilla con prisas es todo un insulto al rey de los pinchos). Mientras ingería la cerveza, no pude evitar oír la conversación que el camarero mantenía con un hombre que estaba sentado en una banqueta con los codos apoyados en la barra y consumiendo un clarete.

En un momento pensé que quizás lo mejor sería taparme los oídos para no escuchar la conversación, pero rápidamente me di cuenta que si me tapaba los oídos con sendas manos, entonces no me quedarían manos para tomar mi caña y tendría que esperar a que esos dos tipos acabaran de dialogar, lo que sabe Dios cuándo sería. Así que no me quedaba otra alternativa que seguir escuchando involuntariamente ese parloteo y detecté, en menos de dos segundos, que hablaban de sus vacaciones. Detecté, también en otros dos segundos, que al parecer estaban descubriendo que veraneaban en el mismo lugar, lo cual les dio pie a preguntarse mutuamente por este sitio y por el otro. Me enteré, involuntariamente eso sí, de que la localidad donde veraneaban estos dos burgaleses era Benidorm. Diez minutos después, cuando ya tenía consumida casi toda la caña, oí que el camarero le preguntaba al cliente si conocía la caña del coño.

—¿Y conoce usted la calle del coño? —le preguntó el camarero al cliente, con media flema inglesa, lo que me hizo pensar que quizás se estuviese refiriendo a alguna de esas callejuelas repletas de lupanares, nada raras en lugares de veraneo como ese., pero fui consciente que el cliente se quedaba con cara de avestruz sin pronunciar ni una sola palabra.

—¡Si hombre, la calle del coño!... esa en la que siempre nos encontramos gente de Burgos, y al vernos gritamos ¡coño! —le explicó muy elocuentemente el camarero al cliente, pero éste permaneció impávido con su cara de avestruz dando un sorbo más al clarete que tenía consumido sólo a medias, momento en el que decidí acabar mi caña, pagar y salir pitando hacia la radio del sobrino de mi viejo amigo.

Al llegar a la dirección apuntada, me sorprendió comprobar que en el portal donde se suponía que estaba ubicada la emisora en cuestión, no hubiera ninguna placa identificativa de la misma, por lo que volví a salir a la calle para comprobar la dirección y asegurarme que no me había equivocado, cosa por otro lado nada infrecuente en mis citas. Sin embargo miré hasta tres veces el nombre de la calle así como el número del portal, y la tres veces coincidieron con la calle y el número de portal que tenía anotado en un papelajo. Por lo tanto lo siguiente era pensar que posiblemente habría apuntado mal la dirección o que la entendí mal a través del auricular del maldito aparato telefónico de obsoleta generación, cosa tampoco infrecuente cuando anoto direcciones, pero esto último no lo podía comprobar salvo devolviendo la llamada al número desde donde me había telefoneado el sobrino.

Decidí arriesgarme, coger el ascensor y subir al piso que tenía anotado. Delante de la puerta volví a pensar que sin duda debía haber algún error, puesto que seguía sin encontrar ningún rótulo con el nombre o anagrama de la emisora de radio. Me armé de valor y llamé al timbre. A los pocos segundos salió una señora con bata guateada y espumadera en mano, por lo que definitivamente pensé que me había equivocado. Además olía a patatas fritas y a pescado hecho al horno. Sin embargo...

—¿Es usted el que viene a hablar de lo que comía el Cid? —me dijo la señora de la bata y la espumadera, nada más abrir la puerta y ver mi figura al otro lado del dintel.

Preferí no liar a la buena señora explicándole que lo de la alimentación del Cid había sido un malentendido consecuencia de la mala cobertura telefónica que había en Buitrago de Lozoya, por lo que me decanté por contestarle que sí.

—Sí, soy yo —le contesté en un tono amable aunque creo que con cara de conejo, por no entender muy bien qué pintaba esa señora en una emisora de radio. Como solución al problema pensé que quizás estuvieran haciendo un curso de cocina por radio y que esa señora era una de las participantes en el curso y que, además, en ese mismo instante no tenía ella que hablar por el micrófono, por lo que muy amablemente habría salido a abrirme la puerta.

La señora me sonrió y muy educadamente me hizo pasar a una habitación donde me encontré con el sobrino de mi viejo amigo. Al vernos nos reconocimos sin dificultad, aunque

pensando mutuamente en la cantidad de años que se habían caído sobre nuestras respectivas cabezas y cuerpos. Nos dimos sendos abrazos. Recuerdo que el sobrino tenía colocados unos cascos auriculares en su cabeza por lo que no podía moverse mucho debido al cable que los unía a una especie de mezcladora de pistas. El olor a fritanga y pescado inundaba todo el estudio. Pensé si sería una de esas que llaman “emisora pirata”. Rápidamente comprobé que en la gran mesa redonda, en la que había colocados una serie de micrófonos, estaban preparados tres hombres de aspecto taciturno que por las apariencias debían ser músicos, ya que el más alto porta un bombo, el más barbudo un charango y el más delgado una guitarra. Sin más preámbulos se arrancaron con unas preciosas melodías argentinas llenas de melancolía. Cantaban una canción cuya letra decía que estaban en la cárcel y doloridos de amor. Cantaban y cantaban hasta que la melancolía unida al olor de fritanga hizo que se me saltasen las lágrimas.

Aquello me impresionó tanto que en el diario de viaje aparece la siguiente entrada:

*Fue tanta la tristeza que me invadió al oír cantar a esos argentinos, que prefiero no anotar nada más de mi estancia en esa curiosa radio. Por lo demás, sólo comentar que la entrevista la pude reconducir a mi terreno sin ningún problema, realizando todo un ataque contra la “Semana del Cerdo”, que recientemente se había celebrado en esa ciudad castellana. Pensé que aunque no había realizado todavía mi juramento guerrero, ese podía ser un buen momento para comenzar mi batalla particular. También expliqué la posibilidad de que vinieran los extraterrestres para hacer granjas de humanos, con la intención de producir luego salchichas y hamburguesas con nosotros, a pesar de lo cual el sobrino me emplazó para futuras entrevistas si volvía por Burgos en verano. Yo, por mi parte, le di mi palabra de que allí me tendría. Así que como caballero ético que seré cuando termine este viaje catártico, no podré faltar a mi palabra y por lo tanto... ahí me tendrá.*

Reconozco que he faltado a mi palabra, ya que he vuelto en bastantes ocasiones a pasar por Burgos pero, la primera vez, debido a los acontecimientos ocurridos en Gamonal y en los que me vi implicado junto con mis compañeros ético-mesnaderos, no pude dedicarme a asuntos tan livianos, teniendo que dedicar todas mis energías a salir de los calabozos de la Guardia Civil. Por lo que respecta a las siguientes ocasiones que he regresado a esta fantástica ciudad, no tengo nada que alegar en mi defensa.

23 de marzo (4º día de viaje catártico)

Llegué directo a Santa Gadea, después de tomar claro está unas tostadas regadas con aceite de oliva y un buen café con leche.<sup>9</sup> Camino ya de mi importante objetivo, y en una plaza cercana a esa iglesia juradera, comprobé que unos imbéciles tenían puesta música tipo regetón a todo volumen, la cual salía de una gran furgoneta con las puertas abiertas, por lo que podía escucharse desde la mismísima escalinata de acceso a Santa Gadea.

Me pareció toda una falta de respeto por su parte, para con con aquellos que van hasta allí a realizar sus juramentos, o incluso con los que van sencillamente a oír su misa. (Como ateo convencido que soy, pienso que hay que tener respeto por todas las creencias, siempre que no sean violentas, claro está, y empezando por supuesto por aquellas creencias que no creen en nada).

Preferí no ir a recriminar a aquella panda de energúmenos, por temor que se alterase mi estado de ánimo y eso pudiera afectar luego al momento de la jura. Así que hice oídos sordos y me dirigí sin más preámbulos al lugar de destino, comprobando para mi decepción que las puertas de la iglesia estaban todavía cerradas. Me invadió cierto sentimiento de angustia, puesto que si ese día no abrían las puertas los responsables de la iglesia, me quedaba sin jurar, ya que el autobús de vuelta salía a las 4 de la madrugada de esa misma noche. Consulté el reloj de mi teléfono móvil, que a pesar de ser de una generación ya obsoleta, sin embargo contaba con un reloj digital que cumplía a la perfección su cometido, es decir ofrecerme la hora en todo momento y sin retrasos ni adelantos. Pensé que lo mejor que podía hacer era ir a tomar otro café para hacer tiempo y para que la cafeína me proporcionase la actividad cerebral necesaria con la que poder llevar a cabo el juramento existencial, sin titubeos ni dudas de ningún tipo. Pero antes de dar media vuelta, observé una placa situada a la izquierda de la puerta de entrada a Santa Gadea.

Resulta que la susodicha placa está colocada en honor a San Rafael Arnáiz el cual, al parecer, fue bautizado en esta parroquia un 21 de abril de 1911. Leí también en la misma placa, que el mencionado San Rafael fue canonizado por el papa un 11 de octubre del año 2009, por lo cual deduje que el papa que lo canonizó fue el alemán Ratzinger. Por lo tanto si este personaje fue bautizado aquí y después había sido convertido en santo, ya tenía el objeto sagrado que debía tocar a la hora de recitar mi juramento, tal y como mandan los cánones medievales: ¡la pila bautismal! Busqué más información por las paredes y por la puerta, pero no encontré ni un simple horario de misas. Pensé que todo esto complicaba mucho las cosas para todos aquellos que vamos a ese enigmático lugar a prestar nuestros importantísimos juramentos. Pensé también que me resultaba extraño el hecho de que las inteligencias alienígenas se quedasen tan campantes y permitieran estas dificultades añadidas. Sin embargo, deduje que muy bien podían ser pruebas que se nos ponen a todos los caballeros (y seguramente hoy en día también caballeras), que decidimos hacer tan largo viaje para juramentar. Decidí ir al paseo del Espolón, muy cercano a lo que por entonces pensaba que era toda una autopista de comunicación con las mentes extraplanetarias, es decir la iglesia de Santa Gadea. Caminé, aunque un poco sin ton ni son, andando automáticamente y carente de un claro objetivo.

Recuerdo, a pesar de mis episodios de amnesia temporal que estoy empezando a sufrir, que

9 Dada la importancia del episodio a relatar, prefiero no detenerme en detalles poco relevantes y omitir la descripción de la cafetería donde desayuné esa mañana cosa que, por otro lado, me resultaría hartamente difícil ya que mis episodios de amnesia temporal están afectando, por lo que veo, incluso a partes de este viaje. No sé si la prótesis tendrá algo que ver, o por el contrario es consecuencia de la anestesia aplicada en mis orejas el día de la fatídica extracción de los dos incisivos inferiores. Además, en el diario no hay nada anotado con respecto a esa cafetería.

metí la mano en el bolsillo izquierdo de mi abrigo para comprobar que seguía allí la trompetita de juguete y que acto seguido introduje mi otra mano a través de los botones de la camisa para comprobar que mis medallas protectoras también estaban en su lugar.

Miré el bastón de mi abuelo y pensé que todo estaba organizado a la perfección, sin quedar ningún fleco suelto, por lo que podía tomarme tranquilamente otro café. Sin embargo, en ese preciso instante, comencé a recordar la música de Pablo Milanés que me había estado torturando durante el desayuno del otro día y decidí entrar en una cafetería diferente a aquella para ingerir mi nuevo café con leche. Tengo que reconocer que el café estaba bueno pero como siempre, en las cafeterías de este conocido paseo, el precio un poco elevado, aunque es de agradecer que el café lo hubieran acompañado con un trozo de rosquilla de aspecto casero. La rosquilla por otro lado tenía un sabor muy agradable.<sup>10</sup> Decidí esperar hasta las 11 horas en punto. Los nervios me asaltaban y me producían cierta tensión en la vejiga, por lo que opté por hacer de menores antes de dirigirme a la iglesia juradera no fuera que luego, con la emoción, me asaltara algún tipo de micción incontrolada en pleno juramento o tocando la pila bautismal donde bautizaron a San Rafael de Burgos. Así pues, tenía que evitar a toda costa que la vejiga me traicionase en pleno juramento. Una vez producida la micción preventiva, no pude esperar ni un minuto más y me fui a Santa Gadea.

### PEQUEÑO INCISO

Ante la sorpresa que me he llevado por recordar con tanto detalle aquella rosquilla con la que acompañaron mi café burgalés, he abandonado temporalmente el análisis viajero y he colocado mi cerebro en modo intuitivo-deductivo para ver si esa rosquilla representa algún tipo de señal de esas que permanecían escondidas. Sin embargo mi cerebro colocado en ese modo, sólo me ha podido informar acerca de simbolismos sobre la fertilidad femenina, y la famosa y gigante imagen de Homer Simpson que dibujaron en la campaña inglesa enfrente del también famoso, gigante y además, priápico, dibujo de Cerne Abbas.

Abandono esta investigación por llevarme a lugares muy lejanos de mi verdadero objetivo.

### CONTINUACIÓN DEL ANÁLISIS VIAJERO

Mis nervios se dispararon al comprobar que ahora la épica iglesia estaba abierta. Al entrar, y por respeto a todos los creyentes (aunque se daba la circunstancia de que en ese momento no había ningún creyente y mi presencia era la de otro tipo de creyente) decidí quitarme la gorra de invierno. Volví a pensar que, como ateo convencido que soy, debía respetar todas las creencias que no fueran violentas, sin embargo me vino a la cabeza que el cristianismo había sido muy violento en sus días. En cualquier caso, para no complicar las cosas, decidí no traer a colación toda la violencia histórica del cristianismo. Después de pasar algunos minutos sentado en uno de los bancos mirando al retablo central, para intentar tranquilizar mis nervios, observé que el rosetón era todo un compendio de simbología alienígena. Me quedé perplejo al comprobar que allí había 18 círculos inscritos, y que junto con el círculo mayor nos daba un total de 19 círculos, es decir que en ese rosetón encontramos los números 18 y 19... ¡¡DOS NÚMEROS ALIENÍGENAS!!... me parecía increíble y rápidamente pensé que ya sabía yo que esa iglesia juradera era toda una autopista de comunicación con los seres extraplanetarios. Me embargó el entusiasmo, pero creí que no debía dejarme llevar por la euforia. Tenía que realizar mi juramento lo más sereno que el momento me permitiese. Pensé que quizás debería ingerir al menos cuatro valerianas, sin embargo no quise ingerir ni una, para estar todo lo

---

<sup>10</sup> Me llama la atención que no sufra ningún ataque de amnesia temporal a la hora de recordar los detalles de la rosquilla que me pusieron con el café, por lo que pienso si esa rosquilla pudiera tener alguna importancia más allá de la mera rosquilla y constituir una verdadera señal del viaje.



fresco que tiene que estar el caballero que se dispone a prestar sagrado juramento.

Opté por permanecer sentado en el banco donde me encontraba y mirar al frente con la vista perdida en el retablo. De repente fui consciente de que a la derecha de dicho retablo, el cual presidía el altar principal, había un hombre sentado en posición orante. Su figura se me ofrecía de perfil. No estoy seguro de si llevaba un hábito. La figura no se movía ni un ápice. En ese instante recordé a aquella mujer de la iglesia de San Nicolás en la ciudad donde trabajo, que parecía un zombi y comencé a sospechar que quizás en determinadas iglesias proliferen esta especie de extraños seres, parecidos a los zombis, pero sin aparente agresividad. Comencé a sentirme algo intranquilo por estar sólo en un templo juradero con ese extraño ser a unos 20 metros escasos de mí. Pensé que quizás podría tratarse de un alienígena. Después de 15 minutos, aproximadamente, aquella figura seguía sin moverse lo más mínimo. Cada segundo que pasaba estaba más y más convencido de que se trataba de un extraterrestre.

Carraspeé para ver si se movía, pero enseguida comprobé que no se movía. En ese instante me vino a la cabeza la posibilidad de que aunque no se moviera, en realidad podía estar controlando cada uno de mis pensamientos. En vista de esa nueva posibilidad intenté no pensar en nada, pero cuanto más lo intentaba más cosas absurdas pensaba, por lo que cabía también la posibilidad de que aquel extraterrestre fuera a creer que yo era un perfecto imbécil que se había colado en su templo. Realicé esfuerzos sobrehumanos pero no podía dejar de pensar en el trozo de rosquilla que me acaba de comer en aquella cafetería del Espolón. Inexorablemente su imagen, la de la rosquilla, aparecía en mi mente de forma recurrente.

### OTRO PEQUEÑO INCISO

Compruebo que el tema “rosquilla” vuelve a aparecer en mis recuerdos de forma insistente. También compruebo que esa rosquilla, indefectiblemente, aparece asociada a temas con imbricaciones de carácter libidinoso.

Verdaderamente no sé qué pensar. Por mucho que coloco mi cerebro en modo intuitivo-deductivo...no sé qué pensar.... no sé qué pensar.... no sé qué pensar....no sé qué pensar.....

¡¡¡YA LO TENGO!!!... todos los inspectores de policía estadounidenses aparecen en las películas comiendo donuts, incluso los que no son inspectores pero sí son policías. Es el alimento de la investigación. El donut representa el misterio resuelto... un círculo comestible circunscribiendo un agujero, y el agujero es el misterio, lo desconocido, pero el donut, es decir la rosquilla, se cierne sobre él y lo atrapa...finalmente el policía se lo come todo, el enigma y el donut...asunto resuelto.

Otra señal más oculta entre las líneas de mis recuerdos. Mi futuro está ya claro y no tengo vergüenza ni temor en adelantarlo.

Mi futuro no es la investigación espiritual mediante las prácticas budistas, sino la investigación policial como ¡¡DETECTIVE PRIVADO!! y así eliminar al máximo posible el karma negativo acumulado en mis otras vidas, y muy especialmente aquella en la que fui Don Rodrigo Díaz de Vivar.

En cualquier caso, debo terminar el análisis de aquel decisivo viaje, no vaya a ser que una última señal por descubrir, todavía me aporte alguna información relevante o incluso determinante.

## CONTINUACIÓN Y FINAL DEL RELATO VIAJERO

Me había quedado en el asunto de la rosquilla...pues bien, el problema fue que al intentar reprimir la imagen de la rosquilla, el resultado empeoró la situación puesto que comenzó a aparecer en mi magín la camarera (también de una cafetería del Espolón) que el otro día me había ofrecido un interesante espectáculo cuando me trajo el café. ¡Dios mío!, estaba convencido que ese más que supuesto extraterrestre estaría ya a punto de irse al comprobar todas las vulgaridades que mi mente estaba procesando, y quizás también al pensar que yo estaba obsesionado con las cafeterías del Espolón.

Ante esa incómoda y crítica situación, decidí sacar la trompeta de juguete del bolsillo lateral izquierdo de mi cazadora y colocarla de forma bien visible en un pequeño bolsillo frontal que el chaquetón tiene en su lado también izquierdo. Me concentré intensamente en la trompeta de juguete, para que ese ser alienígena despejase sus dudas sobre mi persona y le quedara bien clara mi condición de guerrero ético alimentario. Pensé al mismo tiempo en el Papá Noel trompetero de Quintanabaldosa, como símbolo utilizado allí por los mismísimos alienígenas, para darle a entender a ese falso monje que yo estaba controlando sus intenciones y que conocía la simbología que ellos emplean allende y aquende.

Afortunadamente entró una persona y relajó con su presencia la tensión que se estaba estableciendo entre el extraterrestre y yo. Recuerdo perfectamente que el recién llegado se mojó los dedos de su mano derecha en la pila destinada al contenido de agua bendita. Al cabo de unos dos minutos entró otra persona, pero ésta no se mojó los dedos de ninguna de sus dos manos en el agua bendita. Después de que hubieran entrado cinco personas, de las que sólo tres de ellas se mojaron los dedos de alguna de sus manos, el extraterrestre, hasta ahora inmóvil, decidió levantarse y meterse por una portezuela existente a la derecha del retablo, la cual supuse que daría acceso a la sacristía. Inmediatamente pensé en la posibilidad de que ese extraño ser fuera, en realidad, el cura párroco y que en breve oficiaría él mismo la misa matutina. Sin embargo también me asaltó, y con mayor fuerza, la idea de que ese cura no era en realidad un cura. Después de que el cura-extraterrestre desapareciera por aquella diminuta puerta, otros dos hombres entraron también tras él, uno de ellos portando boina. Tuve la impresión de que el hecho de no haberse quitado la boina al entrar en el templo, fue toda una falta de respeto y que si no se había quitado la boina, muy bien podía responder a su verdadera naturaleza alienígena, con el consecuente desconocimiento de las más elementales normas de educación en nuestra sociedad.

Creí en ese momento, que mi presencia allí les estaba poniendo nerviosos a todos esos entes pululantes y llegué a tener la certeza de que alguno de ellos había detectado mi naturaleza de abducido, o posiblemente multi-abducido. A los pocos minutos, salió de la supuesta sacristía un hombre ataviado con las ropas típicas para ofrecer misa. No pude saber si el cura oficiante era el extraterrestre que minutos antes estaba inmovilizado en el banco de la derecha del retablo. También salió el hombre de la boina, que además tuvo el atrevimiento de venir en mi dirección y decidir sentarse muy cerca de mí. Creí que a lo mejor podía estar siguiendo órdenes del cura-extraterrestre. En cualquier caso... ¡¡comenzaba la misa!!

Con la misa ya iniciada, se me ocurrió que quizás debería haber realizado mi sagrado juramento antes de que diera comienzo el oficio. Sin embargo ya no tenía alternativa, así que cogí el toro por los cuernos, como debe hacer cualquier caballero que se precie, siempre metafóricamente hablando claro está, y me levanté del banco para dirigirme a la pila bautismal que estaba situada a mi izquierda, tan sólo a unos cuatro metros de distancia. Me coloqué de pie, al lado de aquella pila donde bautizaron en su día al ahora santo Rafael Arnáiz, momento en el que pensé que quizás no debería haberme llevado la medallita protectora de san Rafael, porque ahora resultaba que portaba a un san Rafael en el pecho, mientras que iba a prestar juramento en la pila bautismal donde

bautizaron a otro San Rafael... sólo esperaba que no entrasen en conflicto ambos San Rafaeles.

Decidí esperar a uno de esos momentos de la misa en que los feligreses se arrodillan, para así no llamar la atención. Saqué del bolsillo derecho de mi pantalón el papel donde tenía anotado todo el texto del juramento, ya que desafortunadamente, y a pesar de varios intentos, no había podido aprendérmelo de memoria. Por fin llegó un momento en el que los asistentes se arrodillaron, por lo que procedí a arrodillarme yo también pero tocando con mi mano izquierda la pila bautismal de San Rafael (el de Burgos) mientras con la mano derecha sostenía el papel con el juramento allí escrito. Con todas mis manos ocupadas en aquella actividad, el bastón de mi abuelo quedó sin mano que lo sujetase y decidió caerse al suelo, provocando un estruendo que a su vez provocó que todos los asistentes se volvieran para mirarme con cierto desagrado. Yo por mi parte miré al cura oficiante y comprobé que él también me estaba mirando con desagrado. Resultado:... ¡No pude jurar!

En vista del contratiempo decidí esperarme a otro momento en el que se arrodillasen los asistentes. Creí que sería mejor dejar al bastón en el suelo, evitando así que se pudiera caer de nuevo. Particularmente opino que a mi abuelo no le importaría que el bastón se quedase allí tirado por un rato. En cualquier caso preferí permanecer arrodillado, a pesar de que el resto de feligreses estaban ahora levantados, pero era mejor seguir con mis rodillas en el suelo para, llegado el momento, no perder el tiempo en movimientos gratuitos. Vi que había dejado mi gorra de invierno en el banco y pensé que de ninguna manera podía salir de esa iglesia, por muy juradera que fuera, sin mi gorra de invierno, momento en el que el hombre de la boina se giró para mirarme, cosa que repitió una y otra vez de forma para mí alarmante, pero decidí permanecer arrodillado junto a la pila bautismal, impertérrito, aguantando el chaparrón de aquellas miradas amenazadoras. De nuevo se arrodillaron todos los allí presentes, así que decidí sin dilación alguna comenzar a recitar mi solemne juramento. Puse rápidamente, y reconozco que de forma nerviosa, mi mano izquierda sobre la pila bautismal y dije con la mayor flema inglesa que me fue posible:

*Juro por mi vida, mi alma y mi salud, y también por el cielo y la tierra, y pongo a la suprema inteligencia extraplanetaria por testigo...*

El hombre de la boina se giró con cara de sapo amargado y me lanzó fuego con sus ojos. Hice caso omiso de aquella espeluznante mirada y proseguí con mi juramento diciendo:

*...que yo, el aquí presente, me entrego en cuerpo y alma para el resto de mis días en la vida planetaria, a luchar contra la alimentación incoherente...*

En ese instante comenzó a sonar mi teléfono móvil, así que decidí parar el juramento por si fuera algo urgente. Dejé momentáneamente de tocar la pila con mi mano izquierda y cogí el aparato telefónico que afortunadamente estaba justo en el bolsillo izquierdo de mi pantalón. Comprobé que era el número de Ella por lo que apreté el botón correspondiente al tradicional “descolgar”.

—¿Sí? —le dije a Ella en voz baja, mientras comprobaba que todos los allí presentes me miraban con cierta expresión lobuna, que incluso el cura tenía esa expresión y que por supuesto también me miraba.

—¿Sí? —volví a decirle en voz todavía más baja, tan baja que fue un simple susurro.

—¿¡Qué pasa!?! —oí que decía Ella algo exaltada —¿Pasa algo?... habla más alto que no te oigo.

—No pasa nada, tranquila, es que me pillas en misa —le dije con un hilo dulce de voz para

tranquilizarla.

—¿Cómo que estás en misa? —me preguntó Ella después de pasar un par de segundos en silencio tras haber oído mi explicación.

—Sssi... estamos justo en la parte de la comunión —le volví a susurrar pero esta vez dirigiendo mi cara hacia la pila bautismal, para intentar amortiguar todavía más la voz.

—¡¡Chsssssss!! —emitió una vieja mientras se volvía mirándome con cara de bruja para darme

a entender que me callase.

—¿Pero qué haces tú en misa? —insistía Ella al otro lado del teléfono con cierto tono de alarma y sospecha al mismo tiempo.

—Es una misa muy especial, ya te contaré luego —le contesté intentando zanjar la conversación y aquella incómoda situación.

—Oye mira, estás muy misterioso... sólo espero que no estés haciendo una tontería... por cierto cuando he ido a mi armario a por unos zapatos me he encontrado con que a todos mis zapatos les faltaban los cordones... ¿sabes tú algo de eso? —me decía Ella con su voz cada vez más alterada, por lo que supuse que estaría adoptando cierta cara de congrio.

—Pues habrá entrado alguien a robarlos, ahora hay ladrones muy raros, será un ladrón friqui de esos, pero no te preocupes, bueno un beso, luego te llamo, adiós —respondí como mejor supe, pero manteniendo mi flema inglesa completamente inalterada.

En ese momento el de la boina se giró y me mandó callar con el mismo chsss que había empleado la vieja hacía tan sólo unos instantes. Apreté el botón correspondiente al tradicional “colgar” y decidí continuar con mi juramento, pero repitiendo algunas palabras ya recitadas, para que el juramento no quedase cortado tan bruscamente.

*...a luchar contra la alimentación incoherente, fuente de mil y un sufrimientos y desgracias para todos los seres vivientes de este planeta, y difundir el vegetarianismo allá por donde fuere. Y si no es como lo digo, que se me seque la mano derecha o, incluso, al punto me muera.*

A esas alturas todos habían comulgado y el cura les había dicho que la paz fuera con todos ellos, para darles a entender que ya se podían ir a sus casas, pero el hombre de la boina vino directo hacia mí. No me daba ya tiempo ni a levantarme, así que decidí seguir arrodillado.

El de la boina me preguntó que qué hacía y pensé si todo el mundo en Burgos tiene la manía de preguntarte “qué haces”, pero decidí no comentárselo por si se lo tomaba a mal y preferí responderle explicándole que era un gran devoto de San Rafael Arnáiz, que hacía tiempo que me encomendé a él y que gracias a ello se me curó la fuerte cojera que padecía, momento en el que decidí levantarme y agarrar el bastón de mi abuelo. El hombre de la boina pareció que se tranquilizaba al mismo tiempo que me invitaba a acompañarle.

El resto prefiero copiarlo tal cual aparece registrado en mi diario de viaje.

*Reconozco que me ha invadido un ataque de pánico al pensar que me llevaría junto al cura-extraterrestre y que entre los dos me introducirían en la supuesta sacristía para hacerme vete tú a saber qué cosas. Afortunadamente no me ha dicho nada acerca del papel donde llevo escrito el texto con mi juramento. Pienso que sólo lo he podido recitar una vez y no tres, tal y como pensaba, pero que más vale una que nada. Decido acompañar al hombre de la boina para no crear tensión antes de emprender la fuga, y que ésta me resulte más fácil hacerla debido al efecto sorpresa. Sin embargo antes de separarme del lugar donde he prestado mi sagrado juramento, decido darle un beso a la pila bautismal, ya que no me*

parece oportuno dárselo ni en las manos ni en la boca al de la boina, puesto que no tengo que mostrarle a él sumisión alguna. Por supuesto, paso antes a recoger mi gorra de invierno del banco donde se había quedado. Tal y como esperaba, el hombre de negro con boina me lleva hacia la supuesta sacristía. Pasamos por la diminuta puerta y la sacristía deja de ser supuesta para pasar a ser real. El ataque de pánico aumenta y pienso que quizás es el momento de levantar mi bastón y recitar “varita varita...”, pero aparece el cura, ahora ya sin las ropas de oficio. Enseguida el de la boina le dice al cura que yo soy un devoto de San Rafael y que ha obrado un milagro conmigo. Al cura los ojos se le salen de sus órbitas y me pregunta que qué milagro, a lo que yo le digo que no sé si es un milagro pero que me desapareció la cojera que tenía, y le enseño el bastón de mi abuelo, mientras pienso que a estas alturas todas mis medallitas protectoras han debido perder sus capacidades chamánicas con tanta mentira que me estoy viendo obligado a pronunciar. El cura me dice que cómo me llamo y por supuesto le doy un nombre inventado, mientras pienso otra vez en mis medallitas. El cura dice que le suena mucho mi cara, mientras imagino que mi cara le suena de haber salido estos días atrás en la prensa local, con motivo de mi conferencia sobre alimentación ética, aunque fuera anunciada como alimentación épica. Le digo al cura que es que mi cara es muy común y que me suelen confundir con otras personas. El cura me responde que no le parece que mi cara sea precisamente muy común. Pienso que tengo que cortar todo ese embrollo, por lo que decido decirle al cura que perdone pero que tengo mucha prisa y debo irme, pero el cura me dice que le gustaría llamar a un periodista amigo suyo, que trabaja en uno de los diarios locales, para que me haga una entrevista y le cuente lo de mi milagro. Se me pone la cara de uno de los caballos del cuadro “Guernica” de Picasso. Le digo que ya lo siento pero que me resulta del todo imposible, dadas las circunstancias personales que padezco. El cura me dice que qué circunstancias, y yo le digo que prefiero no hablar de ellas. El cura se pone pesado y me dice que por lo menos le gustaría hacerme una fotografía para cuando él hable con el periodista y le cuente lo de mi curación milagrosa para, así al menos, sacar mi imagen en el periódico, que es muy importante para su parroquia y para divulgar los milagros de San Rafael. Le digo que vale pero que por favor se dé prisa. El cura no tarda ni un minuto en sacar una pequeña cámara de un cajón de la sacristía. En el momento en el que el cura se dispone a sacarme la maldita foto me doy la vuelta. El cura me dice que qué hago. Pienso que a estas alturas estoy hasta las mismísimas narices de esa preguntita, pero como quiero cortar todo esto cuanto antes, en lugar de increparle por su “qué hace”, decido explicarle que soy antropólogo y que durante varios años realicé interesantísimos trabajos de campo con las comunidades Chamacocos del Paraguay, y que ellos no permiten que nadie les saque fotografías porque piensan que al retratarles se les roba el espíritu, mientras pienso que si sale mi imagen en algún diario local de Burgos hablando de los milagros que San Rafael Arnáiz ha obrado en mi persona, cuando hace un par de días que he sido anunciado como experto divulgador en comidas cidianas, puede dar al traste con mi reputación, aunque esa reputación no sea la que a mí me hubiera gustado, es decir la de ético alimentario. Añado que de tanto estar con los Chamacocos me transmitieron su pensamiento y ahora no dejo que nadie me saque fotos, al menos de frente, le digo también que si me las sacan de espaldas no creo que me vayan a robar el alma. Además me coloco la gorra de invierno con la excusa de que así no se me escapa el alma por la cabeza al producirse el acto fotográfico. El cura saca una instantánea y me dice que ya está, y que muchas gracias. También me dice que le gustaría que viniera a las catequesis que se organizan en la parroquia para hablarles a los chicos sobre mis experiencias taumáticas. Le digo que cuente conmigo, mientras pienso que no me van a volver a ver el pelo en Santa Gadea, y que si hace falta me disfrazo la próxima vez que pase por aquí. En cualquier caso les doy las gracias a ambos por su atenciones y me despido, mientras

*observo que el hombre de la boina me mira con una cara dividida en dos, la parte izquierda refleja gran admiración mientras que la derecha me asusta con su desconfianza. Pienso que sólo un extraterrestre puede dividir de esa forma sus expresiones faciales. Decido salir de ahí pitando. Antes de salir de la sacristía, el hombre de la boina con su parte desconfiada ocupando casi la totalidad del rostro me pregunta... ¿por cierto, para qué lleva usted una trompeta de juguete en el bolsillo de su chaquetón? Me quedo paralizado tanto por su expresión facial como por la pregunta, pero rápidamente le contesto que es para un sobrino nieto al que voy precisamente a ver en estos momentos, porque es su cumpleaños y ya llego tarde a la cita. Me entran sudores y ahora sí, consigo salir de esa especie de nave espacial camuflada de iglesia.*

*La tarde transcurre con toda normalidad entre familia y amigos. Sin embargo, mientras de parto con todos ellos, pienso continuamente en mi nueva condición de caballero ético. Pienso si mis familiares y / o amigos, detectarán en mi persona esta nueva condición existencial.*

Aquí tendría que dar por terminado el viaje catártico, sin embargo voy a copiar un último extracto del diario que realicé con mis experiencias viajeras porque como detective privado que ya me siento, no debo dejar de lado ningún aspecto de la investigación por muy trivial que parezca. El mismo Sherlock Holmes daba mucha más importancia a lo liviano que a lo aparentemente relevante y fuera de lo normal.

He aquí, pues, las últimas anotaciones del diario de viaje.

*24 de marzo (5º día viaje catártico)*

*Son las 3 horas 30 minutos de la madrugada. En vista de que me era imposible dormir, por miedo a no despertarme a tiempo y perder mi autobús de regreso a Madrid, he preferido saltar de la cama, dejar la habitación bien recogida para que mis tías no tengan que trabajar por mi culpa, y salir hacia la estación de autobuses, que por otro lado se encuentra a menos de cinco minutos de la casa donde me alojo. El autobús llega a la hora prevista. Pienso que da gusto cuando los autobuses y / o los aviones llegan y / o salen a su hora. Pienso también que, dada esa excelente puntualidad, el conductor debe ser un buen profesional. Al entrar en el coche, compruebo que mi asiento es el de al lado de una joven que está durmiendo y que según he podido leer en el cartel que hay en el parabrisas, debe venir de Vitoria o incluso de Irún. Enseguida soy consciente de que la calefacción está a tope. Decido quitarme la cazadora. Vuelvo a pensar en la cantidad de energía derrochada y en la cantidad de catarros que las personas se cogen por culpa de estas calefacciones tan potentes. Pienso que en nuestra casa, en ocasiones Ella y yo incluso estamos con el abrigo dentro del hogar, y que eso es mucho más sano, además de barato. El conductor arranca y nos vamos. A los pocos minutos decide conectar la radio y sintonizar una música repelente. Pienso que aunque la ha puesto a poco volumen, sin embargo molesta a los que estamos en los asientos delanteros. Entre el calor y la música me es imposible pegar una sola cabezada. A los 20 minutos el coche para en la estación de Lerma para que el que quiera baje a tomar un café o lo que sea. Decido hacer de menores y tomarme un café. Después de regresar todos al autocar para continuar nuestro camino hacia Madrid, y al cabo de media hora más o menos, no me queda ya la menor duda de que el conductor es un auténtico desquiciado, a pesar de la exquisita puntualidad con la que había llegado a la estación de Burgos. En la radio suena música Rock, que ni mucho menos creo que sea la más adecuada para escuchar en un autocar de línea a las 5 horas y diez minutos de la madrugada. Por si*

*fuera poco, el cretino del conductor se golpea el muslo derecho con su mano derecha, como para seguir el ritmo de la maldita música. Me asalta cierto estado de ansiedad al comprobar que ese conductor no sujeta el volante con las dos manos, y que va a una velocidad excesiva para tratarse de un coche de línea. Decido recurrir a mi medalla de San Cristóbal, incluso a sabiendas de que después de tantas mentiras emitidas durante este viaje catártico haya podido perder gran parte de sus capacidades chamánicas. El problema es que como el autocar está a oscuras, me resulta muy complicado saber cuál de todas las medallas es la correspondiente al santo protector en los viajes. Decido encender la luz superior que hay colocada debajo del portaequipajes. Consigo realizar los movimientos necesarios para bajarme la cremallera de mi chaqueta de punto escocesa, así como desabrocharme algunos botones de la camisa y sacar las 14 medallitas protectoras. Compruebo que con tanto meneo mío y el repicar de la medallas, la chica de al lado se ha despertado. A pesar de la lucecita que acabo de encender para el propósito, no consigo distinguir cuál es la medalla protectora de San Cristóbal. Creo que tanto estrés acumulado durante estos últimos días, me ha producido nublazón en la vista. Aprovecho la coyuntura y le digo a la chica si por favor me puede decir cuál de todas esas medallas corresponde a la de San Cristóbal. La chica me mira con cara de merluza y me dice que qué es lo que pretendo. Compruebo que al estar alejándome de Burgos ya no me preguntan que qué hago, y le digo a la joven que qué voy a pretender, pues encomendarme a San Cristóbal, ya que a la vista está que el conductor tiene problemas nerviosos, pero me doy cuenta que como la chica tiene que acercarse a mi persona para poder identificar la medallita en cuestión, se ha debido pensar que detrás de la petición se esconden intenciones abyectas, y que incluso se debe creer que yo soy un viejo verde. Decido sacarme las medallas por encima de la cabeza y dárselas para que vea que no tengo intenciones de ese tipo. Compruebo que cuando le paso las 14 medallitas pone cara de asco, por lo que le digo que no se preocupe, que soy una persona muy limpia, mientras pienso que no me he duchado durante todos estos días en casa de mis tías burgalesas. Por fin me encuentra la medalla solicitada y me la da. Acto seguido le pido el resto de medallas no sea que se encapriche con alguna, pero dándole mis más sinceras gracias, como corresponde a una persona educada, y más aún, a todo un caballero ético como el que tiene a su lado. Para no complicar las cosas y ser expedito en mi intención, decido introducir todas las medallas en el bolsillo izquierdo de mi abrigo a excepción claro está de la de San Cristóbal, que me la quedo en mi mano derecha. Una vez agarrado a mi medalla protectora contra los viajes de riesgo como este, paso el resto de la travesía como puedo, pero pensando en que al conductor le vendría bien un buena denuncia por poner en riesgo la vida de todos los ocupantes del autocar. Afortunadamente llegamos sanos y salvos al aeropuerto de Barajas. Al descender del autocar decido no despedirme del conductor como desplante por su irresponsabilidad vial.*

*Ya dentro del aeropuerto paso el control, pero esta vez con todas las medallitas en el bolsillo izquierdo del chaquetón, incluida la de San Cristóbal. Ningún problema con los guardias de seguridad. Ni siquiera suena el siniestro pitido en el momento de cruzar el arco detector de metales. Todo está en orden. Faltan cuatro horas para embarcar. Decido tomarme otro café con leche y una magdalena de chocolate. Me cobran 5 €. Como caballero ético que soy pienso que no puedo callarme ante tal desafío a la moralidad y le digo al cobrador que eso es un robo. El cobrador me dice que es lo que hay y que si no quiero que me vaya. Estoy agotado. No tengo fuerzas ni para replicar a ese súbdito de la inmoralidad que merece que le abofeteen. Prefiero comerme la magdalena de chocolate, ingerir el café y dirigirme a la sala de espera. Una vez en la sala de espera sólo resta esperar. A las 9 horas 45 minutos suena mi teléfono móvil. Compruebo que es Mateo y aprieto el botón correspondiente al tradicional “descolgar”. Mateo me dice que el 4 de mayo tengo que dar una conferencia en Ibiza. ...¿En Ibiza!?*

27 DE CÓMO SHERLCOCK HOLMES SE INMISCUYE EN MI VIDA, DE CÓMO EXPULSO DE LA MISMA A HÉRCULES POIROT Y DE CÓMO CONVIERTO A MIS ATIGUOS MESNADEROS EN EFICIENTES INFORMANTES.

Ya con las cosas más que claras, es decir, con la firme decisión de convertirme en un afamado detective privado, pues considero que poseo las aptitudes necesarias para serlo debido a mi impresionante método consistente en colocar el cerebro en modo intuitivo-deductivo, no me queda sino cortar algunos flecos sueltos relativos a mi etapa como caballero ético-alimentario y a la mesnada que formé para luchar por tan altruista y encomiable motivo.

No puedo comenzar mi nueva vida sin antes recordar a mis compañeros mesnaderos, a los que tuve que despedir dadas las circunstancias que la providencia creó entorno nuestro y a la promesa que a Ella le hice de no volver a retomar esos asuntos. Sin embargo, todo detective privado necesita de soplones, es decir, informantes o confidentes infiltrados en la sociedad como ciudadanos aparentemente ajenos a cualquier tipo de actividad policial o investigadora.

Quién me dice a mí, que de aquellos mesnaderos no podría sacar partido en futuras investigaciones. Además no rompería la promesa que le hice a Ella, puesto que en ningún momento emprenderíamos acciones caballerescas contra devoradores de carne y / o pescado.

\*\*\*

Antes de proceder al repaso de las características y posibles cualidades como soplones, de mis ex—mesnaderos, tengo que solucionar un pequeño problema con un ataque de alergia repentino que llevo sufriendo desde hace tres días.

Gracias a mis conocimientos bioneuroemocionales, sé que estas alergias tipo fiebre del heno, tienen su origen, no en los famosos y típicos agentes alérgenos, sino que realmente esos agentes son personas, situaciones y cosas por el estilo, en lugar de pólenes, pelos de perro, ácaros y todo eso.

En mis manuales sobre bioneuroemoción, animan a que nos hagamos la siguiente pregunta...

PREGUNTA: ¿a quién soy alérgico?

RESPUESTA: no lo sé.

Pero esta vez en lugar de iniciar un mundo Zen conmigo mismo, pasaré rápidamente a colocar mi cerebro en modo intuitivo-deductivo, e intentar responder esa pregunta y dar al traste con mi alergia.

Mientras pasan los días haciéndome esa pregunta, recito en mis paseos con Ramona la siguiente sentencia:

*El mundo es seguro y amistoso. Estoy a salvo. Estoy en paz con la vida.*

Reconozco que desde que he comenzado a recitar esas frases bioneuroemocionales, mis síntomas alérgicos parecen que remiten algo en su intensidad. Si bien es cierto que, como detective que ahora me considero, debo prestar atención también a los posibles efectos que el Ferrum phosphoricum, el cual me estoy administrando, pueda estar produciendo en mi organismo.



\*\*\*

¡Nada se le escapa a mi método detectivesco! Podrá tardar un poco más o un poco menos, pero al final mi cerebro, colocado en modo intuitivo-deductivo, termina por encontrar la clave del dilema.

Y aquí la clave de mi alergia no es otra que el repugnante Hércules Poirot.

Al hacerme repetidamente, durante los últimos días, la pregunta que recomiendan los manuales sobre bioneuroemoción, no caí inmediatamente en la cuenta, pero después de quizás cien preguntas (es decir, cien veces la misma), pensé acerca de lo que podría haber cambiado recientemente en mi vida y, una vez detectado el cambio, proceder al análisis de su posible relación con mi ataque alérgico, ya que sigo en la firme convicción de que se trata de un ataque alérgico y no de un vulgar catarro otoñal. Y lo que realmente ha cambiado en mi vida es la transmutación desde un alumno en las prácticas budistas, a un cualificado detective privado en ciernes.

Una vez consciente de que la investigación privada podría haberme generado esta fuerte rinitis, con la típica picazón de garganta, congestión, lagrimeo, secreción nasal, toses...etc, etc, he buscado en mi memoria, reciente y lejana, cualquier tipo de asociación negativa con la investigación detectivesca que mi inconsciente pudiera retener, y por la que me esté jugando esta mala pasada. Y no tardé mucho en recordar que, de joven, el personaje de Hércules Poirot me resultaba absolutamente repugnante, con su gomina en el pelo, su bigotito repeinado y seguramente su perfumado y gordo cuerpo sudoroso.

El hecho de imaginarme realizando las mismas labores detectivescas que el gordo enano y sudoroso de Poirot, ha originado en mi persona este repentino y consistente ataque de alergia. Así pues, debo eliminar de mi futuro como detective privado, cualquier tipo de asociación con ese ser que, por los motivos que fuesen, mi mente adolescente relegó al cajón de lo repugnante. Quizás al ser yo un joven regordete e inútil para cualquier tipo de actividad deportiva, además de padecer una fuerte miopía y una columna mal formada por motivo de la escoliosis, quizás, pienso, pudiera tener alguna relación. Pero no es el momento de someterme a un psicoanálisis personal, sino de evitar que la actividad detectivesca se convierta en un potente agente alérgico para mí.

Estoy seguro que tomando a Sherlock Holmes como verdadero detective y único modelo a quien imitar, solucionaré este pequeño problema de asociaciones negativas inconscientes. Eso sí, en ningún caso me considero un simple imitador del genial detective, ya que Holmes no recurría para nada al método intuitivo-deductivo y mucho menos a las cartas de Tarot, las cuales, dado mi alto nivel de conocimientos tarotísticos, estoy seguro que me proporcionarán grandes satisfacciones a la hora de resolver casos criminales, o no criminales, es decir, simplemente casos.

\*\*\*

Es de vital importancia, para desligarme por completo del indeseable Poirot, contar con mi propio Watson y con un conjunto de eficientes informantes, tal y como sucedía con el bueno de Holmes. Por supuesto que en ningún momento pienso proceder a inyectarme cocaína, ni en un 7 % ni en nada.

Está claro que mi Watson no puede ser otro que Ella. Le diré, pues, que he decidido convertirla en mi más fiel colaboradora para ir requiriendo de sus conocimientos fotográficos y de sus despampanantes dotes intuitivas.

En cuanto a mis colaboradores-informantes, debo recurrir primero a un minucioso análisis de ellos, no sea que cometa una imprudencia y en lugar de buenos informadores me haga con un atajo de solemnes estúpidos que den al traste con mis investigaciones.

Sin embargo, antes de analizar las características de cada uno de mis ex-mesnaderos, creo conveniente repasar con brevedad el origen de la formación de mi mesnada de caballeros éticos, así como la causa de su disolución. Trayendo a colación estos recuerdos, no pretendo ahora encontrar señales ocultas, que por otro lado seguro que las habrá, puesto que como tengo ya tantas no necesito ninguna más. En estos momentos esos recuerdos tienen que servirme para aprender de lo sucedido entonces, y no volver a cometer errores. Y es que todo buen detective ha de ser prudente en extremo, y si no... que se lo digan a Sherlock Holmes.

Antes de comenzar con los recuerdos mencionados, me viene a la cabeza el hecho de que la propia Agatha Christie detestaba al enano de Poirot y quiso cargárselo en varias ocasiones, cosa que hubiera realizado muy a gusto si no llega a ser porque los editores lo querían vivo y coleando para que siguiera produciendo pingües beneficios.

También me viene a la cabeza que Doyle acabó más que harto del pobre Holmes, pero seguro que por motivos bien diferentes que los de la Christie. Además el mismo Doyle tuvo que intervenir en la búsqueda de la ya famosa escritora, cuando ésta desapareció durante once días... pero eso es otra historia.

Una vez más prefiero recurrir a mis diarios en lugar de fiarme de mi memoria, que a estas alturas podría olvidarse de algún detalle de primordial relevancia. Los siguientes extractos pertenecen a un diario que empecé a redactar al volver de mi viaje catártico, al cual le di el epígrafe de “Diario de un caballero ético-alimentario”

### *Entrada 1*

*Hoy, no importa el día que es, Ella me ha ofrecido probar un bollo tipo ensaimada con nata de cobertura. Inmediatamente le he dicho que no quería probarlo, pero que muchas gracias. Como no se ha quedado contenta con mi rechazo, ha pasado seguidamente al temido... ¿por qué?, momento en el que le he dicho que porque ese bollo se ha confeccionado con grasa de un individuo cerdo, para luego pasar yo a la ofensiva y preguntarle que qué haría Ella si le ofrecieran un bollo, también tipo ensaimada, que estuviera confeccionado con grasa de un individuo humano, a lo que simplemente se ha contentado con llamarme intransigente. Yo le digo que claro que soy intransigente.... pero que sólo soy intransigente con el sufrimiento ajeno y que los individuos cerdo sufren tanto como los individuos humanos, momento en el que he cogido un cuchillo de cocina (debido a que nos encontrábamos en ese momento en la cocina de nuestra casa) y Ella ha lanzado un grito de terror provocándome tal susto que el cuchillo ha salido por el aire y al caer sobre el fregadero ha roto un vaso de cristal.*

*Ella me dice que si estoy mal de la cabeza. Yo le digo que sólo quería hacerle coger el cuchillo para incitarla a pensar si sería capaz de matar a un individuo cerdo con ese cuchillo, pero no he tenido tiempo de más explicaciones dado que Ella se ha preocupado más por el vaso roto que por el supuesto cerdo al que tenía que asesinar.*

*Pienso que la idea de poner un cuchillo grande de cocina en las manos de otra persona puede dar muy buenos resultados, puesto que así se ven en la tesitura de convertirse en un auténtico asesino de cualquier individuo animal. Sólo es cuestión de que yo les emplace al asesinato de un individuo concreto, sea cerdo, vaca, gallina o lo que me venga en gana.*

*Pienso que quizás sería una buena idea portar un cuchillo grande de cocina en mi mochila para poder llevar a cabo lo que podríamos denominar como “acción disgregadora de comportamientos éticos rutinarios”*

*Pienso que quizás sería mejor recurrir a la vieja navaja trapera que me regaló un*

*familiar mío hace mil años y que a tantos paseos campestres me ha acompañado. Sin duda alguna, al ser plegable, resultará mucho más adecuada para esconder en mi pequeña mochila. Recuerdo que su hoja mide 13 centímetros, por lo que pienso que sería más que suficiente para matar a muchos tipos de individuos, de la especie que sea.... aunque quizás no a un individuo caballo y mucho menos elefante. Pienso, sin embargo, que esta navaja servirá a las mil maravillas para ejercer una acción disgregadora de comportamientos éticos rutinarios.*

*Y también pienso que, desde mi nueva condición de caballero, necesitaré una buena mesnada que me acompañe en la cruzada ético-alimentaria. Debo ser precavido y elegir muy bien a los mesnaderos, no sea que por precipitarme escoja a unos cuantos que finalmente, debido a su inoperancia o flojedad de miras, den al traste con mi misión particular. Creo que debería llamar a nuestro familiar residente en ese pueblecito holandés. Pienso que quizás él pudiera ser un buen mesnadero, sin embargo de poco o nada me servirían sus servicios a tan larga distancia. Creo que será mejor no incluirle en la mesnada y por ahora tampoco llamarle para contarle nada, no sea que se sienta ofendido por no haberle incluido en la dicha mesnada. En cualquier caso, creo que cuando vaya a proponer como caballeros mesnaderos a aquellos que a mi parecer reúnan las condiciones necesarias, deberé advertirles en primer lugar, y antes de que juren su obediencia al compromiso ético alimentario, que no recibirán soldada alguna (es decir remuneración de ningún tipo), sino que su contribución será del todo altruista y su recompensa el haber contribuido a la evolución ética de nuestra sociedad.*

*En cualquier caso, no aspiro a reunir los más de 100 vasallos que acompañaban a Mío Cid al salir desde San Pedro Cardeña hacia su injusto destierro, ni a que me griten al verme pasar aquello de “¡Dios que buen vasallo si tuviera buen señor!!”*

Esta entrada del mencionado diario me parece crucial para entender lo que finalmente ocurrió aquel fatídico día en el barrio de Gamonal.

*Entrada n° 2*

### ***Un caballero sin mesnada, ni es caballero ni es nada.<sup>11</sup>***

Esta otra entrada, a la que ya he hecho referencia con anterioridad, si bien por su brevedad pueda parecer nimia, sin embargo no lo es, y por ello incluyo también la nota al pie que escribí en el mismo diario.

*Entrada n° 3*

*Según lo establecido en la entrada anterior, y que ya se ha convertido en el lema que rija mis próximos movimientos como caballero ético, me he puesto a repasar entre todas las personas que he conocido a lo largo de mi vida y de las que me acuerdo (ya que de las que no me acuerdo nada puedo traer a colación), para ver si entre todas ellas puedo localizar a*

---

<sup>11</sup> Pienso que este será por ahora mi lema durante unos cuantos días, al menos hasta que reclute a los mesnaderos suficientes con los que poder emprender mi misión particular.

*algún candidato que reúna las condiciones para acceder al puesto de caballero mesnadero. Recuerdo que después de un buen rato cavilando e intentando recordar a algún conocido, me ha venido a la cabeza un antiguo compañero de cuando estuve sometido a la condición de chupatintas durante varios años. Recuerdo que esta persona, de nombre Evaristo si no me falla la memoria, tenía unos antepasados castellanos de la zona de Segovia. Recuerdo también que debido a su afición por la comida y al sobrepeso que padecía, 120 kilos con tan sólo 1'65 metros de altura, le pegó un infarto que casi se lo lleva para el otro barrio. Creo que a raíz de esa afección cardíaca y de las diatribas que el cardiólogo le soltó en contra de la ingestión desmedida de proteínas animales, aparte de pronosticarle apenas dos años de vida si no cambiaba sus hábitos alimenticios, Evaristo se volvió todo un vegetariano convencido y se quedó en 70 kilos de peso. Recuerdo que hace tan solo unos meses me lo encontré por la calle y estaba hecho un chaval, si bien con la cara algo triste, pero hecho todo un chaval.<sup>12</sup> Pienso que debería ser el candidato nº 1 para acceder al puesto de caballero mesnadero. Creo que guardo su teléfono por algún lado.*

*Pienso que todo un descendiente de segovianos, nada tendrá en contra de formar parte de una mesnada ético-alimentaria. Tengo en cuenta, además, que él precisamente, ha sido una víctima del exceso en el consumo de corderos y cochinitos asesinados, y quizás también cabritos, por lo que esta cruzada le viene que ni al pelo. Así que lo mejor será invitarle a casa para tomar unas cervezas y entre sorbo y sorbo, lanzarle la proposición. De todas formas pienso que debo ser precavido y realizarle algunas preguntas capciosas no sea que su cara triste se deba en realidad a algún tipo de melancolía cárnica, y que de vez en cuando sueña con comerse un cordero lechal, en cuyo caso no podré nunca armarle caballero mesnadero. Quiero puntualizar en esta entrada, para que quede claro y sin ninguna duda, que si en algún momento descubro que Evaristo padece melancolía cárnica, será expulsado a patadas de mi mesnada ético-alimentaria.*

*Entrada nº 4*

#### *PRIMER ASPIRANTE A CABALLERO MESNADERO*

*Tengo que dejar aquí constancia de que el encuentro con Evaristo ha sido todo un éxito. No es necesario que anote el día exacto en que ocurrió, porque la fecha que verdaderamente importará será la del día en que le arme caballero, momento en el que pasará a ser el caballero mesnadero Evaristo, o simplemente para abreviar caballero Evaristo. Sin embargo, creo que sí es importante dejar reflejado en este diario los detalles de cómo transcurrió el primer encuentro con este futuro caballero ético alimentario, aunque no hay que olvidar que mesnadero, es decir al servicio del caballero ético jefe que soy yo.*

*Recuerdo que al recibir mi llamada telefónica, Evaristo se mostró algo sorprendido e incluso llegó a costarle un rato reconocer quién era yo, a pesar de habernos encontrado no hace mucho por la calle y haber mantenido una breve conversación sobre el tiempo lluvioso que esos días padecíamos. Se conoce que, en ese encuentro callejero no le costó recordar mi cara, pero ahora que le llamaba por teléfono y no podía verme físicamente, el mero detalle de decirle mi nombre no fue suficiente para asociarme al antiguo compañero de oficina. Afortunadamente terminó por reconocermme, momento en el que decidí pasar directamente al grano y preguntarle si él creía en extraterrestres. Recuerdo que pasados unos segundos de silencio (creo que podrían haber sido dos o como mucho tres los segundos de silencio) me dijo, con voz poco convincente, que sí que creía, y además que*

---

12 Quiero pensar que la cara triste se debe a su todavía condición de chupatintas, y no a su conversión al vegetarianismo. (Nota aparecida en el diario).

*podía haber en el universo otros planetas habitados, momento en el que pasé directamente y sin preámbulos a la otra pregunta clave: ¿Has vuelto a comer carne?, a lo que me contestó que no. Yo continué mi interrogatorio con un ¿y pescado?, a lo que me dijo que tampoco, que desde lo del infarto ya sólo comía verduras, legumbres, cereales y ese tipo de cosas.*

*Una vez superadas las preguntas clave, pasé a decirle si quería venir a casa a tomar un café, porque tenía que proponerle algo muy interesante para su futuro existencial. Recuerdo que Evaristo me preguntó que de qué se trataba, a lo que yo le dije que prefería contárselo todo en casa con un buen café, momento en el que pensé que quizás a Ramona no le agradaría la presencia de Evaristo y podría entorpecer nuestra importantísima reunión, por lo que le dije que de todas formas y bien pensado mejor sería quedar en un bar de la ciudad y así él no tendría que desplazarse hasta el pueblo donde residimos Ella y yo. Evaristo me contesta que de acuerdo, así que confirmamos día, hora y lugar.*

*Pienso que ni el día, ni la hora ni el lugar tienen mayor relevancia para este diario, por lo que pasaré directamente a anotar lo verdaderamente relevante de aquel encuentro.*

*Recuerdo que, como es habitual, yo llegué 15 minutos antes de la hora acordada. Evaristo por su parte llegó 15 minutos después de la hora acordada, por lo que pensé que todo un impuntual como él, no tendría muchas opciones de llegar a convertirse en caballero, pero en el instante en que iba a suspender el procedimiento de captación para que pasara a formar parte de los candidatos a la mesnada ético-alimentaria, Evaristo se excusó por su tardanza y dijo que uno de sus hijos le había pedido las llaves del coche para ir con su novia a no sé donde y que estuvo 30 minutos explicándole cosas acerca de cómo tenía que conducir su vehículo, además de las normas para aparcarlo en un sitio seguro, momento en el que retomé mis planes de captación ya que esas reglas familiares me parecieron adecuadas como excusas, y por tanto Evaristo mantenía intacto su potencial como futuro miembro de mi mesnada.*

*Recuerdo que una vez tuvimos delante dos buenos cafés, el mío con hielo y el suyo cortado, comencé a sacar el tema de los extraterrestres y de los abducidos, mientras observaba al mismo tiempo la cara de congrio que adoptaba el semblante de mi antiguo compañero de oficina. Le hablé de Quintanabaldosa, le hablé del camarero de ese pueblo que me dijo que yo había sido abducido, le hablé del Papá Noel trompetero y de las señales que por todo ese pueblo de abducidos están repartidas por las calles<sup>13</sup>, y finalmente le hablé de la misión particular que he de cumplir durante el resto de mi vida planetaria, aunque del familiar viajero y erudito residente en un pueblecito de Holanda no le dije nada, a pesar de que fuera ese familiar precisamente quien me habló de la misión. Evaristo logró abandonar la cara de congrio y pasó a reflejar cierto interés en todo lo que le estaba diciendo, de manera que cuando llegué al tema relacionado con el reclutamiento de caballeros para mi mesnada ética, con el fin de combatir el sufrimiento animal y las enfermedades que está causando a la humanidad el consumo proveniente de esos pobres animales torturados, Evaristo me dijo que contara con él para emprender esta particular cruzada.*

*Quiero anotar, para que si se me olvida quede aquí constancia de ello, que Evaristo continuó comentándome el hecho de que quizás él también fuera abducido en algún momento, que cuando contaba treinta y tantos años de edad tuvo que ser sometido a una descompresión del trigémino, que estuvo unas semanas sometido a dolores insoportables y que todo eso bien pudo deberse a algún implante mal puesto durante alguna abducción nocturna. Según me iba relatando sus problemas con el trigémino, recordé que Evaristo es muy expresivo y le gusta representar muy dramáticamente lo que cuenta. En esta ocasión cuando me describía la parálisis que sufrió en el lado izquierdo de su cara debido al*

---

13 Quiero dejar constancia en mi diario, que aunque yo sólo fui testigo de la señal del Papá Noel trompetero, este tipo de exageración es conveniente a la hora de captar adeptos a la mesnada. Por otro lado nadie me puede decir que no hubiera otro tipo de señales en el pueblo, y que yo no las viera. (Esta nota también aparece en el diario).

*terrible dolor, no sólo me ha producido escalofríos contemplar su cara descompuesta por esa representación tan lograda del sufrimiento, sino cierta repulsión ya que se podía observar cómo un hilillo de baba le empezaba a resbalar por la comisura de los labios regando finalmente su barba, cuidada y rasurada con meticulosidad, todo hay que decirlo.*

*Evaristo también reconoce haber soñado con extraterrestres, aunque según él nunca llegó a verles las caras ni los cuerpos, pero asegura que las voces que oía eran de extraterrestres. Por mi parte pienso que todos estos datos son más que suficientes para hacerle aspirante a ocupar un puesto de caballero mesnadero.*

*Recuerdo que me despedí de mi antiguo compañero de trabajo, prometiéndole llamar en pocos días, para darle las instrucciones adecuadas, no sin antes advertirle que por el momento sería mejor que no dijera nada a su mujer ni a sus hijos, no fuera que no entendieran del todo nuestro propósito y que más valdría esperar un tiempo.*

*Entrada nº 5*

*SEGUNDO ASPIRANTE A CABALLERO MESNADERO  
(incluso tercer y cuarto aspirantes)*

*Hoy, otro día más en mi nueva vida planetaria, quiero registrar en este diario que casi podríamos calificar como superterapéutico, que después de darle varias vueltas al magín, pude caer en la cuenta de que Melchora, mi alumna de teología, es vegetariana, no sé si convencida, pero al menos vegetariana. Recuerdo que en una de nuestras clases, si bien no puedo precisar qué asignatura ni qué tema estábamos dando, me dijo que como en el convento<sup>14</sup> sólo comían carne o pescado en contadas ocasiones, acabó por repugnarle el sabor de esos animales muertos y que al final incluso los días en que servían pollo o merluza, ella pidió que por favor pudiera seguir con sus verduras, algo a lo que la madre superiora no puso ninguna objeción. Pienso que esta condición de Melchora puede hacerle una seria candidata mesnadera. Pienso que el hecho de ser mujer no impedirá que la nombre caballero. Creo que si el Cid viviera en pleno siglo XXI, incluso la mayoría de sus caballeros serían caballeras, pues soy de la opinión de que hay ahora más arrojo en ellas que en ellos. No lo quiero pensar más, así que el próximo día que tengamos clase, le propondré formar parte de nuestra cruzada. Creo de todas formas que tendré que estudiar la manera de abordar el tema de los extraterrestres. Por otro lado, el pasado monjil de Melchora no creo que pueda ser óbice ni cortapisa para que ingrese en la mesnada.*

*También quiero especificar que, aunque no sean personas residentes en mi entorno geográfico cercano, he pensado que quizás sería buena idea tener dos caballeros en Burgos, a modo de corresponsales en tierras cidianas que me puedan informar de lo que pasa por aquellos pagos y que puedan a su vez llevar a cabo alguna acción por la causa. Pienso que el título con el que tendré que honrarles será el de caballeros mesnaderos distantes. Pienso que para este puesto serían ideales el caballero Pauleño y la caballera Yolanda, en realidad futuros caballero y caballera. Pienso que su actuación el día de la conferencia en Burgos delató en ellos un interés y vocación que no demostraron el resto de asistentes y que por ello bien se han ganado el honor de pasar a ingresar como dos más, en esta mesnada ética.*

*En cualquier caso debo enviarles unos correos electrónicos con la propuesta formalizada y detallada. Ahora veo con claridad que mi impulso a la hora de pedirles sus*

---

<sup>14</sup> En otras partes de ese diario explico detalladamente el pasado conventual de Melchora, cosa que ahora no creo que venga al caso su colación. (Esta nota, claro está, no estaba en el diario).

*correos electrónicos fue toda una premonición de lo que iba a ocurrir con posterioridad, y de que nuestras vidas estarían conectadas en la misma noble causa.*

#### *Entrada n° 6*

*Tengo que ir pensando en hacerme con el equipo para ataviar a mis futuros caballeros. Pienso que a los caballeros distantes igual les eximo de portar un ejemplar del Poema del Mío Cid y una navaja trapera, pero sin embargo tanto el caballero Evaristo como la caballera Melchora, deberán llevar consigo y en todo momento ambos atavíos. Bien pensado, creo que todos ellos, tanto los de aquí como los de allí, deberían ir acompañados de una trompeta de juguete, por si se diera el caso que debieran dejar clara su cualidad guerrera ante alguna inteligencia alienígena que se cruce en su camino.*

#### *Entrada n° 7*

*Vuelvo a pensármelo y decido que los caballeros mesnaderos distantes al menos deberán ir acompañados de un ejemplar del Poema del mío Cid. Sin embargo lo de la navaja trapera como disgregador de comportamientos éticos rutinarios, me lo tengo que pensar más.*

#### *Entrada n° 8*

*Estoy verdaderamente contento.... Melchora ha accedido a formar parte de mi mesnada y luchar por combatir el sufrimiento animal. Pienso que el recurso de comenzar diciéndole que todos los animales son criaturas del Señor, ha surtido efecto. Recuerdo que Melchora, ahora vestida nuevamente de forma normal, sin minifaldas ni maxifaldas<sup>15</sup>, se le saltaron las lágrimas cuando comencé a relatarle el proceso al que se ve sometido un individuo cerdo el día que le cogen para celebrar la matanza en cualquiera de los cientos y cientos de pueblos españoles, empezando por el gancho que le clavan en el cuello y siguiendo por la descripción de cómo lo sacan y arrastran hasta colocarle encima de la mesa matancera. Recuerdo que cuando empecé a imitar los chillidos del cerdo, en el momento en que le clavan el mencionado cuchillo matancero, Melchora se tapó sus orejas y me pidió por favor que me callara, instante en el que pasé a preguntarle directamente si ella creía en los extraterrestres a lo que Melchora, curiosamente con la misma cara de congrio que adoptó Evaristo ante la pregunta, me dijo que no lo tenía muy claro. En vista de la duda de Melchora, opté por recordarla que cuando Cristóbal Colón descubrió América todos los cristianos de la época se pensaban que eran ellos los únicos habitantes del planeta, y que al saberse que había otros seres humanos más allá de las tierras conocidas, no dejaron de verlos como criaturas del señor igual que nosotros. Pienso que no era momento de sacar a colación las matanzas y violaciones que los españoles cometieron con aquella gente recién descubierta, ya que con lo del cerdo Melchora había quedado bastante impresionada. Le sugerí que si sufriéramos una invasión extraterrestre, esos seres alienígenas y super-inteligentes seguramente no nos verían como animales, sino como seres con los mismos derechos que ellos, los invasores.*

*Ahora estoy convencido de haber tenido buena idea al comparar el descubrimiento*

---

15 No es momento ahora de explicar lo acontecido con las minifaldas y maxifaldas de Melchora. (Esta nota tampoco estaba en el diario, sino que la he decidido añadir ahora miso).

*del nuevo mundo y de sus gentes, con una posible invasión extraterrestre, y lo de que en cualquier caso todos somos criaturas del Señor. Melchora dejó que su cara de congrio desapareciera y pasó a decirme que yo como doctor en historia seguramente sabría más de extraterrestres que ella, momento en el que preferí no quitarle esa idea de la cabeza y mostrarme ante mi alumna de teología como todo un experto en temas alienígenas. Reconozco que estuve a punto de comentarle que estaba delante de un reconocido ufólogo, pero ciertos remordimientos de conciencia provocados por mi condición de caballero ético, me echaron para atrás. En cualquier caso se mostró entusiasmada con el hecho de perseguir la eliminación del sufrimiento en la Tierra.*

*Al igual que con el caso de Evaristo, la empecé para dentro de unos días, diciéndole que ya le avisaría y que procederíamos al nombramiento oficial.*

#### *Entrada n° 9*

*Me ha costado varios días y una no despreciable cantidad de dinero, reunir todo el material necesario para llevar a cabo el nombramiento de mis futuros caballeros mesnaderos. Finalmente he pensado que los caballeros distantes deberían estar dotados de los mismos medios que los caballeros próximos. Así pues, no he tenido más remedio que hacerme con 4 trompetas de juguete a 3 € cada una, lo que hace un total de 12 € en trompetas de juguete. Quiero especificar en esta entrada que por supuesto las trompetas han sido adquiridas en unos chinos, y más concretamente en dos chinos diferentes. Recuerdo que el establecimiento chino del pueblo donde residimos Ella y yo, no tenía trompetas de juguetes, por lo que me tuve que desplazar a uno de los pueblos cercanos eligiendo, por ningún motivo en concreto, el de la derecha según se sale del nuestro. Quiero dejar constancia también, y de paso que sirva como queja a todos los establecimientos chinos, que en el del pueblo de la derecha, sólo tenían una única trompeta de juguete. Recuerdo que le pregunté a la china que atendía que por qué no tenían más unidades de ese artículo, a lo que la china optó por sonreírme. Recuerdo que la sonrisa de la china resultó ser todo un mecanismo disgregador de comportamientos comerciales rutinarios, dando como resultado que desistiera inmediatamente de insistir en mi pregunta y aceptar sin más el hecho de irme de allí con sólo una trompeta de juguete, y además de color verde, mientras que la mía, y con la que hice el juramento en Santa Gadea, era de color rojo.*

*Ante el pobre resultado de mi viaje al pueblo más cercano de la derecha, según se sale del nuestro, no tuve más remedio que desplazarme al de la izquierda, también según se sale del nuestro claro está. Quiero especificar esto, no sea que en una próxima lectura yo mismo me líe y piense que era el de la izquierda según se sale del de la derecha, que es donde acababa de estar.*

*Es mi deber dejar aquí constancia de que en este otro pueblo, el establecimiento chino dio muchos mejores resultados, encontrando un cesto entero con trompetas de juguete y además de diferentes colores, por lo que decido elegir una roja, una amarilla y una azul, sin embargo en el momento de pagarle al chino (porque aquí el que atendía era un chino y no una china) pienso que ninguno de los caballeros mesnaderos debería portar una trompeta del mismo color que la del caballero jefe, que soy yo, por lo que decido cambiar la trompeta roja por otra verde. Además me parece curioso que el precio de estas trompetas sea el mismo que la adquirida en el pueblo de la derecha, según se sale del nuestro, precio que todo sea dicho considero un auténtico robo tratándose de establecimientos chinos. Cuando el chino me dice el precio, pienso en decirle que no quiero la trompeta de Miles Davis sino una de juguete, pero ante la seguridad de que me ofrecerá la misma sonrisa de*



*su colega china del otro pueblo, desisto de espetarle la ironía pensada.*

*Vuelvo a anotar que el total de gasto causado por la compra de 4 trompetas de juguete ha sido, pues, de 12 €.*

*Es mi deber dejar aquí constancia también del gasto ocasionado por la compra del resto de vituallas con destino a mis mesnaderos. Dejaré para el final lo referente a las navajas traperas, por ser lo que más quebradero de cabeza me ha dado. Sin embargo en lo referente a la compra de los cantares del Mío Cid, la cosa ha resultado bastante sencilla. Reconozco que la librería de lance a la que me he dirigido, ha sido la mejor opción de las que pudiera haber escogido, ya que está en ciernes de cerrar para siempre sus puertas y las ofertas que tiene son muy suculentas. Recuerdo que en el momento de decirle a la librera que necesitaba 4 ejemplares del Poema o Cantar del Mío Cid, la buena mujer, sin dudarlo ni un momento, cogió una escalera vieja de madera y se subió hasta su tercer peldaño, momento en el que alargó el brazo y comenzó a sacar ejemplares del inigualable Cantar, los cuales me fue pasando para que los cogiera yo mismo. Compruebo que después de pasarme los 4 ejemplares solicitados, todavía le quedaban más en la estantería, momento en el que le digo a la librera que me baje todos los que tenga porque me los voy a llevar (pensando que si en el futuro se amplía la mesnada entonces necesitaré más ejemplares del Cantar), a lo que la librera me contesta que tiene en existencia 7 libros más y todos de la misma edición. Sin pensar la contestación, y dándome igual si son de la misma edición o de cualquier otra, le digo a la librera que fantástico que así sumarán 11 libros y que esa es la carta de la Fuerza en el Tarot, por lo que será un buen agüero, momento en el que la librera inclina su cabeza hacia abajo con la intención de dirigirme una mirada escrutadora pero sin darme más libros. Recuerdo que el tiempo de silencio se alargaba, mientras su cabeza seguía dirigida hacia abajo y la mía hacia arriba, con el consiguiente dolor en ciernes de mis cervicales, motivo por el cual decidí simular una llamada de teléfono móvil, dando a entender que mi teléfono móvil estaba en modo vibración. En la conversación simulada di a entender, además, que alguien necesitaba de mi ayuda urgentemente y le dije a ese alguien, que en realidad no era nadie, que ahora mismo estaba en una librería pero que saldría hacia allí pitando, momento en el que la librera dejó de mirarme y volvió a sacar libros hasta haberse quedado sin cantares del Mío Cid en la estantería.*

*Creo importante dejar constancia de que le pedí a la librera una rebaja debido a que me llevaba todos sus cantares, a lo que la librera accedió y me rebajó un euro por ejemplar, quedando el precio final en 5 € cada uno, es decir un total de 55 €.*

*Pero ya está bien de anotar cosas referentes al precio de las vituallas, dado que un caballero, ético o de cualquier otra clase, no debe estar dedicando todo su tiempo a estas banalidades. Por lo tanto en lo referente a las navajas traperas, sólo quiero especificar que tuve que recorrer varios mercadillos del tipo rastro, hasta que dí con 4 ejemplares de esta clase de navaja. Quiero puntualizar que el precio de los ejemplares nuevos en una armería a la que fui, era tan desorbitado que prefiero no escribirlo en este diario. El coste final de mis cuatro navajas adquiridas en diferentes rastrillos, ha sido de 45 €. Debo anotar que estas navajas se encuentran, es verdad, algo oxidadas, pero que su función como disgregadores de comportamientos éticos rutinarios la pueden llevar a cabo perfectamente incluso con todo el óxido del mundo.*

*Me niego a especificar el precio de cada una de las navajas y el lugar del mercadillo correspondiente a la compra de cada ejemplar.*

*Sólo me resta apuntar aquí que el total del gasto ocasionado por el avituallamiento ascendió a 112 €..... LA SUMA DA 4, ES DECIR... EL EMPERADOR.... ¡la encrucijada está servida!*

*Entrada n° 10*

*Creo que sería buena idea regalar a cada miembro de mi mesnada una de las medallitas protectoras ofrecidas por el periódico local en su campaña “Un Santo un remedio”. Tengo que pensar cuál es la adecuada para cada uno, y por supuesto de cuál o cuales no me puedo yo desprender.*

Por lo que respecta a los mesnaderos distantes no quiero extenderme... sencillamente diré que ambos, tanto Pauleño como Yoli, contestaron a mis correos electrónicos de forma afirmativa, y que aunque no creía que fueran vegetarianos, estaba dispuesto a pasar por alto esa contrariedad, dado su carácter de distantes.

He de confesar que, según pasan los días, estoy adquiriendo una práctica en el manejo de mi prótesis parcial removible, con la que nunca hubiera soñado llegar a poseer. Ya se ha producido en dos ocasiones que, durante la comida del mediodía, determinados elementos alimenticios se han colado entre los dientes de resina y la encía de carne, produciéndome no sólo incomodidad sino incluso verdadero dolor, justo en el momento de tener que masticar con esos endemoniados dientes postizos.

Recuerdo que las primeras veces me levantaba de la mesa con el pretexto de padecer una urgencia urinaria, pero con la verdadera intención de despojarme de esos malignos y asquerosos elementos alimenticios incrustados donde más daño pueden provocar. Sin embargo, hace cosa de dos días y en plena intromisión de elementos alimenticios, probé a empujar con mi lengua la prótesis parcial removible, con la tremenda sorpresa de comprobar que salía disparada y con el consiguiente susto al pensar que me la podía tragar, imaginándome que en ese caso se debería proceder a una operación inmediata para extraer todo ese armazón de resina y hierros. Pero en medio del ataque de pánico que estaba sufriendo, aunque con los nervios y rasgos faciales controlados para que Ella no se diera cuenta y siguiera comiendo tranquilamente, al mismo tiempo que protestaba por las noticias que escupía la televisión, puse mi mente en calma, limpié la cavidad bucal (dejada por los dientes en su día extraídos), eliminé (también con la lengua) los restos alimenticios incrustados en la dentadura postiza, y con un arte digno de encomio volví a colocar la prótesis en su sitio.... ya sólo restaba presionarla con fuerza para que encajase y se oyera el “clik” con el que uno ya sabe que esos dientes no se moverán de ahí. Así que hice como que me atragantaba ligeramente, torcí la cabeza para toser (también ligeramente), metí la mano en la boca y empuje con mis dedos la prótesis hasta que se oyó el “clik”, o mejor dicho hasta que yo oí el “clik”, puesto que Ella no pudo escuchar nada aparte de mi tos perfectamente sincronizada con el “clik”.

En la segunda ocasión volví a demostrar la misma destreza y sólo se produjo una pequeña interferencia de Ella.

—Vaya, parece que ahora te atragantas siempre en las comidas. Pues ten más cuidado al tragar.

No le respondí, pero pensé en el dominio del palillo bucal que algunos guardias civiles y / o cantineros rurales me han demostrado en numerosas ocasiones. Pienso que quizás alguno de estos personajes bien pudiera darme clases sobre el manejo del palillo, que luego yo emplearía en el manejo de la prótesis parcial removible. Pienso también que cada vez resulta más difícil dar con uno de estos artistas del palillo bucal. Por supuesto no se lo comento a Ella y me limito a sumarme a sus quejas sobre el noticiario del momento.

\*\*\*

Al mismo tiempo que acontecía lo dicho, acerca de mis habilidades aprendidas en el manejo de la prótesis dental, parcial y removible claro está, he tomado también la dura decisión de abandonar mis prácticas budistas definitivamente, al menos en lo referente a su modalidad Zazen. Esta difícil decisión la estoy tomando en mitad de un tratamiento al que me he tenido que someter basado en la ingesta de ibuprofeno cada seis horas.

Me he visto en el trance de tener que recurrir a la auto-medicación puesto que desde hace tres días me atormentan unos dolores de espalda que van “in crescendo”, y que ya casi no me permitían respirar sin ver las estrellas en el proceso de aspiración. No hace falta recurrir a ningún mundo Zen personal, ni colocar mi cerebro en modo intuitivo-deductivo, para saber la causa de estos dolores. Sin embargo procederé, como despedida, a realizarme una última pregunta en modo budista pero sin fondo budista.

PREGUNTA: ¿Por qué me duele la espalda tanto?

RESPUESTA: Porque la estiré exageradamente en mi última sesión Zazen, y mi escoliosis ha dicho que hasta aquí hemos llegado.

Así pues, decido cambiar mis sesiones de Zazen por la ingesta de ibuprofeno.

\*\*\*

Y junto con los anteriores acontecimientos, o quién sabe si debido a ellos, eso ya lo pensaré más tarde, decido ponerme en contacto con mi amigo hacker de Zaragoza, el señor Ruiz, como le conocen en la empresa donde trabaja y de la que no daré el más mínimo dato, claro está. Le confieso a mi amigo del alma, al que en otros tiempos se le apodaba Pitufo, debido a su merma en el desarrollo oseo, que he tomado la decisión de comenzar mi labor profesional como detective privado, sin abandonar por el momento la de guía turístico, no sea que el oficio de la investigación no dé el dinero suficiente como para mantener nuestro actual ritmo de vida, que a pesar de ser un ritmo muy lento, no deja de ser un ritmo.

—¿¡Que quieres ser qué?! —me contestó el señor Ruiz<sup>16</sup> con un extraño tono, 50 % de sorpresa mezclado con un 25 % de incredulidad y otro 25 % de sarcasmo.

—Pues ya te lo he dicho... ¡Detective Privado!

No es cuestión de describir aquí el ataque de risa que le dio al estúpido del Pitufo.

—¡Pero si tu eres incapaz de distinguir un hormiga de un elefante! —insistió mi amigo sin saber que se estaba jugando la calificación de “amigo del alma” para pasar a la de simple “amigo” y si seguía insistiendo con su ironía, terminar nada más que como un anodino “conocido”.

—Ya te explicaré la razones en otro momento —le contesté algo alterado, pero con la intención de no explicarle nada ni en ese momento ni en ningún otro —. Mira, necesito que me hagas una página Web, gratis claro está, donde se anuncie mi empresa. Y además que me diseñes unas tarjetas de presentación y una placa para poner en la puerta de mi casa, todo ello por el menor precio posible. Había pensado que se lo dijeras a esos contactos que tienes ahí, los cuales conocen los pormenores y entresijos de la serigrafía.

—¿Y qué quieres que ponga en las tarjetas y en la placa esa? —me preguntó el señor Ruiz demostrando por fin algo de interés en el tema.

—Pues puedes poner por ejemplo “Ramón y Asociados detectives privados”, no, no, mejor “Ramón y Asociados investigación privada, para que no rime y se crean que somos unos personajes de cómic —le contesté en un alarde de improvisación, ya que nunca había pensado en el nombre que debía tener mi empresa detectivesca, pero al venirme de repente a la cabeza mi perra Ramona

---

16 Prefiero referirme a él como Señor Ruiz y no como Pitufo, ya que el primero le otorga más seriedad y yo necesito tener plena confianza en él, para el trabajo que le pienso encomendar y sobre todo para los siguientes, de los que por ahora no le diré ni pío.

(ya que era la hora de administrarle el antibiótico que le damos para solucionar una infección de piel que se ha cogido sin saber cómo) y venirme también a la cabeza, como consecuencia de ello, el insigne Don Ramón Menéndez Pidal, eminente investigador de la historia, pensé inmediatamente que Ramón y Asociados podría ser el mejor de los nombres, considerando como asociados a todos aquellos que colaborarán en mis investigaciones, de forma consciente o inconsciente y a mí mismo, claro está.

—Vale... precisamente tengo un par de amigos que hacen unas páginas web fantásticas, así que mejor que te las hagan ellos, porque yo ahora ando muy ocupado con unos asuntillos de softwares... ya sabes —me dijo el ahora otra vez, señor Ruiz, dándome a entender que esos asuntillos eran labores varias de pirateo y seguramente de bastante enjundia.

—Bueno, si tu me los recomiendas... confío en ellos, pero recuérdales que la página tiene que ser de mantenimiento gratuito, y espero que me cobren una cantidad módica y razonable por su diseño. Coméntales que les puedo ofrecer un par de investigaciones gratuitas como compensación.

—Si... no te preocupes que ya les diré tanto a los de la página web como a los de la serigrafía, que es para un buen amigo.

—Y que les puedo ofrecer un par de investigaciones gratuitas —seguí insistiendo, seguro de que esa espléndida oferta podría garantizarme una buena rebaja en los artículos solicitados.

—Si...si —respondió el señor Ruiz, dando paso a una despedida un tanto apresurada debido, al parecer, a que en uno de sus ordenadores estaba a punto de terminarse una descarga de esas que él hace, a la cual necesitaba dedicarle toda su atención.

\*\*\*

He pensado en las posibles relaciones ocultas detrás de los últimos acontecimientos. Creo que las cosas no ocurren porque sí, de manera que he colocado mi cerebro en modo intuitivo-deductivo y estas han sido las conclusiones, por otro lado interesantísimas.

El último día que me estaba sometiendo a una sesión de Zazen, lo hice sin retirarme previamente la prótesis parcial removible, algo que siempre solía tener muy presente para estar lo más relajado posible durante la meditación Zen. Pienso que el hecho de no haber retirado de mi boca la maldita prótesis, puede que haya sido la causa de que apareciera un brote de agresividad en mitad de la meditación, pero enfocada dicha agresividad contra mí mismo. Creo que como consecuencia de esa auto-agresividad, estiré de forma muy exagerada la espalda, hasta el punto de provocarme una lesión de consecuencias todavía impredecibles. Pero esta serie de relaciones encadenadas no acaban ahí, sino que al verme sometido a los terribles dolores que me dificultaban incluso la respiración, y tomar la dura decisión de cortar por lo sano con mis prácticas budistas en su modalidad Zazen, me vi impelido a comenzar inmediatamente mi actividad detectivesca y así no perder ni un solo día en la carrera hacia la eliminación de karma negativo acumulado en mis otras vidas, y muy concretamente en mi vida cidiana.

Así pues, la piorrea que motivó la extracción de mis dos incisivos inferiores, está marcando el destino de mi vida. Creo que nunca una piorrea fue tan decisiva en el devenir de los acontecimientos de la vida de una persona.

\*\*\*

En el desayuno de hoy, sábado lluvioso y por tanto realizado en uno de los bares de la plaza donde está ubicada nuestra casa, me he llevado la desagradable sorpresa de comprobar cómo uno de los dos periódicos locales, anunciaba la entrega semanal de una serie de DVD y libros, con los

casos más famosos de Sherlock Holmes, pero destinados al aprendizaje del inglés.

He pensado durante todo el desayuno en escribir una carta al director de ese infame periódico, para amonestarle por realizar una acción tan deplorable como es la de rebajar las investigaciones del mejor de los detectives, a simples fascículos destinados al aprendizaje del inglés, cuando deberían convertirse en auténticas lecciones magistrales impartidas en aquellas universidades que le dediquen un mínimo de tiempo al análisis deductivo. Pienso que, sin duda alguna, esa trivial misión en el aprendizaje del inglés, debería haber sido encomendada al indeseable de Poirot.

Finalmente, terminado el desayuno e ingeridas las tostadas con aceite, sin tomate añadido, he preferido no escribir ninguna carta y sencillamente negarme a comprar el diario. Pienso que el hecho de que habitualmente nunca compre ese periódico, ni ningún otro, no resta fuerza a mi declaración de intenciones.

Sin embargo, el arrojó que pensaba emplear para la redacción de dicha epístola, lo he empleado en explicarle a Ella, aunque sólo de soslayo, mis futuras intenciones, y darle a entender la suerte que tendrá, o mejor dicho, que ya tiene, de compartir su vida con un distinguido detective privado.

—¿¡Que te gustaría ser qué?! —me contestó empleando curiosamente una expresión idéntica a la de mi amigo el Pitufo, así como los mismos porcentajes de sorpresa, incredulidad y sarcasmo incluidos en ella.

—¡Detective privado! —le vuelvo a decir pero intentando aportar una buena dosis de optimismo a la declaración de intenciones.

—¡Sí hombre...no digas tonterías!...¿pero se puede saber de dónde te sacas tú que se te da bien lo de la investigación?

—Pues para empezar, cada vez que estoy en casa de mis tías burgalesas, les encuentro sus bastones en un abrir y cerrar de ojos —le comenté, ya que Ella había sido testigo de la exitosa resolución de esos, podríamos decir, mini casos.

—Pero cómo puedes pensar que por encontrar los bastones de tus tías ya eres un buen detective —insistió Ella, pretendiendo aportar una dosis de escepticismo y / o pesimismo, sin ser consciente de que la decisión ya estaba tomada y muy tomada.

—Bueno...era sólo una idea... a ver qué te parecía —le dije de forma disuasoria, viendo que no había caído muy bien mi propuesta, ni siquiera habiéndola presentado de soslayo.

—Sólo faltaba que te volvieras a meter en líos ....además me lo prometiste. Y espero que no se te ocurra llamar a aquella panda de descerebrados con los que te fuiste a Gamonal.

—Yo no me fui a Gamonal con ellos, sino que aparecimos allí por circunstancias todavía desconocidas —tuve que decir para defenderme una vez más de esa recurrente acusación.

—¡Ya, claro!... bueno no volvamos al tema de Gamonal, te lo ruego. Sólo pido un poco de coherencia.

La primera toma de contacto, me pareció que había resultado todo un éxito. Mi futuro como investigador privado estaba ya a la vuelta de la esquina, sólo que acababa de decidir, que Ella en lugar de ser una colaboradora tipo Watson ordinaria, sería una Watson inconsciente, es decir que en ningún momento sabrá que sus aportaciones fotográficas o sus deducciones intuitivas, estarán en realidad sirviendo al esclarecimiento de una importante investigación a la que me estaré dedicando en cuerpo y alma, en mis ratos libres, claro está. Tampoco sabrá, por supuesto, que está contratada sin sueldo.

Por lo tanto, creo que la placa que he encargado al señor Ruiz para poner en la puerta de casa, tendrá que permanecer durante un tiempo en alguno de los cajones de mi estudio, hasta que Ella ascienda de puesto y pase de colaboradora inconsciente a colaboradora ordinaria, es decir, consciente.

\*\*\*\*

No todo es miel sobre hojuelas. En el desayuno de hoy domingo, he sufrido una intrusión de material alimenticio en el interior de mi prótesis y no he sido capaz de llevar a término la operación que, durante los días anteriores, había desarrollado con tanto éxito. Mi lengua ha sido incapaz de extraer la puñetera prótesis. Pienso si he perdido fuerza en la lengua o si la prótesis se engancha ahora con mayor fijación que hace unos días. Creo que estas prótesis modernas desarrollan algún tipo de aprendizaje de manera que terminan fijándose como lapas a las auténticas encías de carne. Pienso que quizás fuese necesario someter mi lengua a una serie de ejercicios para que adquiriera la fuerza necesaria y así poder desencajar la prótesis dental sin ningún tipo de problemas y en cualquier circunstancia, es decir no sólo durante las comidas de mediodía, sino también durante desayunos, cenas y posibles almuerzos.

Decididamente llevaré a cabo una navegación on-line hasta encontrar el sitio web donde expliquen los ejercicios que hay que realizar para fortalecer la lengua, de cara a la extracción de prótesis parciales removibles.

\*\*\*

En un primer momento, al iniciar la búsqueda on-line sobre ejercicios lingüísticos con los que fortalecer mi órgano muscular destinado a la degustación e ingestión de alimentos, me llevé una agradable sorpresa al ver un epígrafe que decía “ejercicios lingüísticos de Antonio Machado”, pensando que el bueno de Don Antonio sufrió los mismos problemas que yo y que él, en toda su sabiduría, desarrolló unos ejercicios con los que solventar el problema de la intrusión de elementos alimenticios entre la prótesis dental y las encías de verdad. Pero mi regocijo duró poco al comprobar que se trataba de los típicos y aburridos comentarios de texto acerca de extractos de algunas de sus obras. Cosa que no me servía absolutamente para nada.

Después de varias decenas de sitios on line dedicados a los odiosos comentarios de texto (no todos sobre la obra de Don Antonio Machado), varios videos, también on line, con gente hablando en lenguaje de signos para sordo mudos, y una docena de páginas con análisis sintácticos, decidí pasar a realizar otra búsqueda pero usando una referencia diferente. Elegí la referencia “cómo fortalecer mi lengua” y....¡EUREKA!...apareció ante mis ojos un estupendo sitio on line dedicado a los masajes linguales. ¡JUSTO LO QUE NECESITO!

Debo dedicarme a estudiar con profusión los diferentes ejercicios que recomiendan y estoy seguro que dentro de muy poco, esta maldita prótesis no se me resistirá en ninguna de las comidas realizadas durante el día. Pienso que en el futuro podría competir sin ningún tipo de complejos con cualquier artista del palillo bucal, pero yo en la modalidad prótesis parcial removible.

Creo que, como detective privado, esta habilidad me será muy útil para casos en los que tenga que permanecer haciendo guardia durante mucho tiempo dentro del coche, con el fin de vigilar a un posible sospechoso. Largas horas en las que tendré que alimentarme de cualquier manera, siempre de forma vegetariana por supuesto, y no con esos asquerosos dónuts de las películas americanas, pero sin poder recurrir al lavado de prótesis con carácter inmediato.

29      SOBRE LOS ANTECEDENTES FAMILIARES DE MIS ANTIGUOS  
MESNADEROS Y FUTUROS INFORMANTES Y / O  
COLABORADORES INCONSCIENTES

Ya que transcurrirán algunos días antes de que la página web sobre mi empresa detectivesca esté creada, y de que me llegue el material serigrafiado con la rotulación indicada, tengo tiempo de hacer un repaso referente a los antepasados de mis posibles futuros informantes y / o colaboradores inconscientes. Las palabras que ayer me dijo Ella, referentes a mis antiguos mesnaderos, calificándoles como “panda de descerebrados”, me ha dado que pensar al respecto. Pienso que lo mejor será realizar una especie de ficha sobre cada uno, y a partir de los datos familiares que ellos mismos me proporcionaron durante nuestra aventura mesnadera, junto con sus características físicas y / o psíquicas de las que soy buen conocedor, llegar a elaborar sus rasgos emocionales y, por tanto, su idoneidad o no para el puesto de informante inconsciente.

He de precisar que todos serán informantes inconscientes, no porque su mentalidad sea alebrestada e insensata, sino porque yo no les diré que han sido nombrados informantes oficiales de la empresa “Ramón y Asociados, investigación privada”. Sólo en casos muy puntuales, les informaré yo a ellos, de que ellos me tendrán que informar a mí sobre algún asunto que estoy investigando. Pero habitualmente les realizaré consultas de tipo técnico, o les encargaré que lleven a cabo alguna indagación, de forma desinteresada claro está, y siempre desconocedores de la verdadera finalidad de esa investigación. Creo que así evitaremos posibles distorsiones como las que acabaron por darse en el barrio de Gamonal hace ya casi dos años.

Lo de prestar atención a los antecedentes familiares, creo que es muy buena idea, ya que generalmente no se otorga la importancia debida a la influencia que nuestros progenitores, y otros miembros de la familia, han ejercido en el desarrollo de nuestras personalidades, incluso la de antepasados que nunca llegamos a conocer.

Comenzaré por Evaristo, por ser el primer caballero que ingresó en la mesnada ético-alimentaria. Por supuesto no dejaré por escrito dato alguno sobre los apellidos de mis informantes, para seguridad de ellos, y mía propia.

INFORMANTE EVARISTO:

Edad:            desconocida.  
Altura:          aprox. 1,65 metros  
Peso:            Antes 120 Kg.; ahora 70 Kg.

Descripción física y situación civil:

Barriga menos prominente que antaño, pero de carnes colgantes y flácidas. Pelo liso de color castaño y tonsura incipiente. Ted pálida, casi amarillenta, de aspecto algo enfermizo. Expresión facial habitual melancólica (desde que dejó de comer grandes cantidades de carne y pescado). Dientes amarillentos y separados, los cuales muestra en toda su extensión cuando se ríe a carcajadas, cosa que afortunadamente no se produce ya con mucha frecuencia desde que dejó su adicción cárnica. Divorciado y posteriormente emparejado con la también ex-mesnadera, y ex-monja, Melchora.



### Hábitos alimenticios:

Ovo-lácteo-vegetariano, pero con cierta melancolía cárnica no confesada. Sospecho que a escondidas procede de tanto en tanto a comer algún chuletón. Esto lo deduzco porque la última vez que le vi, había recuperado algún kilo y en su cara se dibujaba una pequeña sonrisa. Particularmente no creo que esa sonrisa se deba a su relación con Melchora, puesto que esta ex-mesnadera también padece de melancolía crónica. Como ahora su relación con mi empresa no sería la de un caballero ético-alimentario, sino la de un informante inconsciente, o consciente en investigaciones puntuales, en caso de confirmarse su recaída en la adicción al chuletón de ternera, no sería motivo imperioso de expulsión, como lo hubiera sido hace dos años, a no ser que demostrara verdadera incapacidad para la investigación debido a su adicción cárnica.

### Antecedentes familiares y médicos:

Hijo de padres segovianos. El padre operado del trigémino (al igual que el propio Evaristo) y la madre sometida a una Histerectomía, con vaciado de útero y extracción de ovarios, a una edad ya avanzada, cosa que por supuesto no ha padecido Evaristo. Tiene un tío, por parte de madre, de nombre Jacinto, natural de Cantalejo y con demasiada afición al tintorro (según expresión del propio Evaristo). Sobrino también, por parte de padre, de “el Jonás” y “el Gregorio”, ambos casados con dos hermanas (de otra familia, claro está) pero con la curiosidad de que los hijos del Jonás se parecen al Gregorio, mientras que los hijos del Gregorio se parecen al Jonás. Según Evaristo el dicho favorito del Toribio era “ cada vez que en octubre canta la chota aparecen las nieves”, lo cual anoto aquí por si en el futuro pudiera servirme de alguna utilidad.

Un primo segundo de Evaristo tuvo problemas con la justicia. Al parecer trabajaba como matricero en una Fábrica de Moneda y Timbre, y no pudo resistirse a la tentación de tragarse todos los días alguna moneda de 25 pesetas, para luego excretarla en su casa. Pero después de muchas monedas tragadas y excretadas, la empresa sospechó y le sometió a unas radiografías justo cuando salía del trabajo, descubriendo el pastel.

Su abuelo paterno, de nombre Robustiano, era muy aficionado al “Sol y Sombra” así como a los huevos fritos con miel y sazonados con canela. Este abuelo parece que fue en su día vecino de Don Antonio Machado, y que entre ellos se dieron unas cuantas tertulias. También resulta que el tal abuelo estuvo cuando lo del desastre de Anual, de donde salió trasquilado, pero vivo, junto con su caballo (de nombre Urano) que terminó con las orejas perforadas por un disparo de los seguidores de Ab el-Krim.

Recuerdo que cuando éramos compañeros de oficina, Evaristo me mostró una foto en la que aparecía su abuelo junto a Urano, mirándose ambos como una pareja de novios. Urano le había salvado la vida en tres ocasiones al abuelo de Evaristo.

De su abuelo materno no sé nada.

Conclusiones: No veo que ninguno de estos datos pueda suponer un impedimento para que Evaristo me abastezca, de forma inconsciente y puntualmente consciente, de toda aquella información que le solicite, con vistas a la resolución de una investigación determinada. Por tanto nombro a Evaristo colaborador inconsciente de “Ramón y Asociados, investigación privada”. Nombramiento que no le notificaré, como tampoco haré con el resto de colaboradores e informantes.

## INFORMANTA MELCHORA

Edad: desconocida.  
Altura: aprox. 1,60 metros  
Peso: aprox. 45 Kg.

### Descripción física y situación civil:

Su pequeña estatura y lo poco entrada en carnes que está, hace de Melchora un ser de aspecto liliputiense. A pesar de llevar ya unos cuantos años fuera del convento, sin embargo ha conservado una incuestionable presencia monjil hasta el momento en que entró a formar parte como caballera ética en la tan mencionada mesnada ético-alimentaria. A partir de aquí adoptó una indumentaria muy diferente, incluso rayando lo estrambótico. A su vez cambió de peinado e incluso comenzó a maquillarse, también de forma estrambótica. Allí, en la mesnada, conoció al caballero Evaristo, y al cabo de unos meses decidieron ambos que estaban hechos el uno para el otro, por lo que el caballero Evaristo se divorció de su anterior mujer, y la caballera Melchora se desmadró y emparejó por primera vez en su vida.

\*\*\*

### PEQUEÑO INCISO

Quiero anotar en este inciso, que esa circunstancia, es decir la del emparejamiento de Evaristo y Melchora, junto con el desemparejamiento de Evaristo y su ex-mujer, me costó la consabida reprimenda de Ella, ya que me culpabilizó de dichos acontecimientos e incluso llegó a tacharme de “celestino”, por haber presentado a Evaristo a la mesnadera Melchora y a ésta, al mesnadero Evaristo.

Sin embargo tengo que salir en mi defensa, como terapia bioneuroemocional así como para evitar el desarrollo de complejos de culpa que luego pudiera somatizar en algún achaque, y declararme inocente de dichas acusaciones, ya que en ningún momento mis intenciones fueron las de un casamentero, sino que mi única voluntad era la de comenzar una auténtica cruzada ético-alimentaria, cosa que hubiera sido así de no entrometerse la Guardia Civil y cortarla por lo sano, desmantelando la mesnada de caballeros éticos y con ella, nuestra relación como camaradas caballeros. También las amenazas de Ella con respecto a un posible divorcio, provocaron el consiguiente efecto disuasorio.

Fin del inciso.

\*\*\*

### Hábitos alimenticios:

Se comporta como una cuasi-vegana. Tengo mis dudas de si ese comportamiento responde a unas verdaderas intenciones éticas, o si es más una inercia culinaria, consecuencia de sus años conventuales, y de le repugnancia que allí desarrolló hacia los olores desprendidos por los esporádicos platos cocinados con carne y / o pescado, o incluso al queso.

Me preocupa que Evaristo, ahora que forman pareja, la quiera conducir hacia conductas gastronómicas carnívoras. Aunque si esto se produce, no creo que vaya a ser un obstáculo para que

Melchora me aporte la información que precise en un momento determinado. Creo que la experiencia espiritual de esta mujer puede ser muy valiosa a la hora de aportar su visión intuitivo-deductiva de algún misterio por resolver.

#### Antecedentes familiares y médicos:

Su madre fue cantante en espectáculos itinerantes. Su abuela también fue cantante en este tipo de compañías ambulantes y se cuenta que en una ocasión coincidieron en un pueblo con la famosa compañía “La Barraca”, con Don Federico García Lorca entre su plantilla, claro está. Parece ser que hubo un malentendido en la organización de las fiestas del pueblo y la cosa acabó mal, ya que no quisieron actuar conjuntamente, puesto que los de Lorca vestían con monos y trajes azules, mientras que los de la abuela de Melchora lo hacían con monos y trajes verdes. Todo se dilucidó a tortazos y la misma abuela de Melchora le propinó un sonoro bofetón a Don Federico, algo que más tarde le remordería la conciencia durante el resto de su vida.

La madre de Melchora heredó ese mismo remordimiento y cuando estaba en casa a solas con la familia, sólo cantaba las canciones populares armonizadas por Lorca, como pequeño homenaje al poeta abofeteado por su madre. Melchora no heredó ese remordimiento, sino que harta de oír esas canciones decidió meterse monja.

Del resto de la familia de Melchora no sé absolutamente nada, lo cual me hace sospechar que pudo tener parientes conflictivos y / o incluso convictos. Quién sabe cuál sería la profesión de su padre, y la de su abuelo materno, o a qué se dedicaban los abuelos paternos.... de todo esto nunca me habló durante nuestras clases de teología, ni tampoco durante nuestra única incursión ético-alimentaria. Recuerdo que en los calabozos de la Guardia Civil de Burgos, sólo se le oía llorar y rezar algunas oraciones, incluso llegó a cantar algo en el estilo gregoriano.

#### Conclusiones:

Creo, sin duda alguna, que Melchora puede ser una muy buena informante inconsciente, y que el hecho de formar pareja con Evaristo, posiblemente revertirá en un reforzamiento de sus respectivas cualidades como colaboradores-informantes.

### INFORMANTES PAULEÑO Y YOLI

En cuanto a los ex-mesnaderos distantes Pauleño y Yoli, no puedo recabar información alguna, a excepción de sus características físicas, que se resumirían en que el ex-mesnadero Pauleño era, y seguro que todavía lo es, alto y escuchimizado, mientras que la ex-mesnadera Yoli era bajita y regordeta. Ambos me dijeron que no eran vegetarianos pero que se convertirían en un futuro cercano. El problema que tenía la ex-mesnadera Yoli era el de pertenecer a una verdadera saga de carniceros, tanto por parte de padre como de madre y de llevar el olor de la morcilla de Burgos metido en su inconsciente más profundo. Por su parte, el ex-mesnadero Pauleño creo que venía de una familia muy variopinta, con algún artista en sus filas. Pero este caballero ético alimentario era muy reacio a hablar sobre sus parientes vivos, y también sobre los muertos. Sólo le gustaba monologar acerca de las maldades del tabaco y de los corruptos “lobbys” tabaqueros.

Como consecuencia de esto último, deberé someter a estos dos antiguos compañeros de andanzas caballerescas, a un periodo de prueba que ya determinaré en cuanto a su extensión temporal y a su calendario.

No puedo comenzar mi futura vida como detective privado, sin antes hacer un breve repaso de lo ocurrido en Gamonal, ya que aquellos acontecimientos fueron determinantes a la hora de venirse a bajo todo el edificio que había montado entorno a la supuesta misión particular que tenía que llevar a cabo en mi vida, consistente en la divulgación del vegetarianismo y la concienciación respecto al sufrimiento padecido por todos aquellos animales que la sociedad no-vegetariana, hacina en condiciones deplorables para luego comérselos.

Sin embargo, mi experiencia y conocimientos en las prácticas budistas, en varias de sus modalidades, ha hecho que ahora tenga una visión de la vida mucho más global, tanto del tiempo como del espacio, de manera que no puedo emprender una nueva etapa sin repasar la vieja, y así no arrastrar posible karma negativo desarrollado en la anterior fase, o si me diera cuenta de que lo arrastro, entonces poner las medidas pertinentes para dejar de arrastrarlo, mediante la liberación del mismo. Porque una cosa es que abandone las prácticas budistas, y otra muy diferente es que deje de preocuparme por el karma arrastrado y / o por arrastrar.

Pero antes de repasar aquellos decisivos acontecimientos, tengo también que pensar en mejorar mi técnica en cuanto al manejo interno de la prótesis parcial removible ya que esta mañana, domingo, y por lo tanto día de irnos a desayunar fuera de casa, en esta ocasión al pueblo de la derecha según se sale del nuestro, he sufrido un paso atrás en la evolución de mi técnica protésico-bucal.

El caso es que todo iba a las mil maravillas, de forma que en el momento de sentir la intrusión de material alimenticio en la cavidad formada entre la prótesis parcial y mis verdaderas encías, con el consabido daño proporcionado a la par que repugnancia por el mero hecho de la intrusión, he comenzado a desplegar mis dotes en el manejo interno de la prótesis, y a demostrarme a mí mismo que los ejercicios lingüísticos practicados según consejos de una página on-line especializada, ahora ya convertida en sitio on-line preferido, estaban surtiendo los efectos deseados.

Ejercité, pues, la lengua de forma oportuna y la prótesis saltó de su sitio automáticamente, si bien es cierto que el salto fue mayúsculo dada la fortaleza que mi lengua ha adquirido con los ejercicios on-line, y ese salto mayúsculo me produjo un ataque de pánico por miedo, de nuevo, a tragarme la maldita dentadura postiza. Como este ataque de pánico, al sentir la posibilidad de tragarme la prótesis, no era la primera vez que lo sufría, ya estaba entrenado en su disimulo, de forma que Ella no se percató de nada. Sin embargo el miedo hizo que, después de limpiar hábilmente con la punta de mi lengua todas las cavidades e intersticios, y eliminar los asquerosos materiales incrustados, me olvidara de otro de los pasos clave en la técnica del manejo protésico-bucal, como es el de toser en el momento de su nuevo encaje al presionar fuertemente con mi mano.

—¿Pero qué haces? —me espetó Ella, con cara de ornitorrinco, momento en el que pensé si el hecho de haber viajado conmigo en repetidas ocasiones a Burgos, pudiera haberle afectado en alguna cuestión emocional, y que por eso ahora le gustaba hacerme la pregunta que todos los burgaleses me hacían en mi viaje épico cidiano, aunque con el añadido previo del “pero”.

—¿Qué? —le contesté yo haciéndome el tonto, pero sabiendo que la ausencia de una potente tos en el momento de que la prótesis hiciera klik, junto con la ausencia también de gente en el bar y por tanto la existencia de un silencio sepulcral, había convertido ese klik en un sonoro ¡clak!

—Ese sonido es asqueroso, y la gente puede verte, así que haz el favor de irte al baño si tienes que enredarte ahí...puff.

—Pero si no hay nadie —repliqué a modo de argumento atenuante.

—¡Es igual, me parece repugnante eso que haces! —sentenció Ella mientras yo comprobaba que de hecho el camarero estaba mirándonos con cara de tortuga reumática, si bien no supe a ciencia cierta si su mirada era consecuencia de la reprimenda de Ella o del ¡clak! de mi prótesis parcial removible.

Dicho esto, creo que ya es momento de recordar los sucesos de Gamonal. Me parece lamentable, ahora que han pasado prácticamente dos años, que en su día no redactara un diario al respecto, pero debido a la excitación que me provocaba el inicio de aquella cruzada ético-alimentaria, no llegué a empezar ningún diario, ni de viajes, ni terapéutico, ni de servicio, ni de ningún otro tipo. Así que no me queda otro remedio que tirar de memoria, lo cual significa tirar de muy poca cosa.

Esto era el mes de enero, y recuerdo que hacía un frío considerable, como no se puede esperar otra cosa en ese mes y en esa ciudad. No quiero entrar en detalles acerca de los preparativos, puesto que sería interminable, y aquí de lo que se trata es de buscar la eliminación del posible karma negativo acumulado durante aquella experiencia. Vuelvo a decir que aunque he abandonado las prácticas budistas en su modalidad Zen y Zazen, eso no quiere decir que me haya despojado de mis creencias sobre la reencarnación, vacuidad y otros conceptos del budismo en general. Lo único que no puedo es volver a estirar la espalda como Dios manda, aunque espero que al menos sí pueda caminar lo suficientemente erguido para no parecer un detective privado tullido.

Lo de elegir aquel momento, es decir principios de enero, fue precisamente porque al estar recién pasadas las fiestas navideñas, pensé que de esa forma sería más fácil provocar en la gente el pertinente remordimiento de conciencia por haberse metido al cuerpo ingentes cantidades de cerdos, pavos e incluso besugos, y así poder llevar a cabo nuestra cruzada de forma implacable. Por si fuera poco, el día 10 de enero se cumplía el primer aniversario de mi encuentro con la figurita del Cid en nuestro hipermercado habitual de compras.

Ya en Burgos y acompañado de los entonces mesnaderos Evaristo y Melchora (todavía sin emparejarse), nos fuimos a encontrar con los otros mesnaderos, es decir los mesnaderos distantes caballero Pauleño y caballera Yoli. Teníamos la cita en la Plaza de España a eso de las 18 horas del viernes 10 de enero. Recuerdo que tanto Evaristo como yo, nos teníamos que alojar en casa de mis tías Florinda y Encarna, las cuales tuvieron la enorme amabilidad de acomodarnos en una de las habitaciones de su piso burgalés. Por su parte Melchora iba a ser alojada en casa de Yoli, la cual se ofreció muy amablemente como anfitriona.

La verdad es que todo iba saliendo a pedir de boca, tal y como había sido programado, de manera que más parecía una cruzada diseñada por una mentalidad germánica que no por mesnaderos mediterráneos. Mi idea preconcebida, la cual había sido aceptada y apoyada por el resto de mesnaderos, no sé si por convicción o por simple respeto al caballero líder de la mesnada, era la de comenzar la cruzada en la Estación de Trenes, ya que seguramente sería por esa zona por donde entró el Cid en Burgos cuando comenzó el camino de su primer destierro, y seguramente fuera por esa zona donde le gritaron aquello de “Dios que buen vasallo, si tuviera buen señor”. Hoy me planteo que en ese tiempo, seguramente aquello sería un descampado. De todas formas, me pareció que la Estación de Trenes constituía un lugar simbólico para comenzar un viaje épico, como iba a ser nuestra cruzada ético-alimentaria.

Cuando le comenté por teléfono unos días antes a los mesnaderos distantes, lo de empezar en la Estación de Trenes, les indiqué también la necesidad de llegar allí en transporte público, puesto que nuestra misión no podía llevarse a cabo de forma burguesa, atravesando la ciudad en un taxi cualquiera, sino mezclados con el vulgo. Fue entonces cuando el caballero Pauleño me dijo que para eso lo mejor sería encontrarnos en la Plaza de España, puesto que de ahí salían los autobuses hacia la nueva Estación de Trenes, la cual yo no conocía, ya que cuando mis progenitores me traían del pueblo a esta ciudad, la Estación de Trenes estaba junto al Seminario Menor, poco antes de empezar el paseo de La Isla.

Recuerdo que el encuentro en la Plaza de España fue muy cordial. Yo hice las presentaciones

pertinentes ya que los caballeros Pauleño y Yoli no conocían a los caballeros Melchora y Evaristo. La emoción nos embargaba a todos cuando, de repente, se presentó un autobús en el que sin pensarlo dos veces nos subimos. Dentro del autobús continuaba embargándonos la emoción, recuerdo que los caballeros Evaristo y Melchora les contaban un montón de experiencias personales a los caballeros distantes, en ese momento nada distantes. Por supuesto Evaristo les habló de su abuelo Robustiano aunque extrañamente no mencionó al caballo Urano, cosa que me pareció del todo inusual. Recuerdo que la apariencia de Melchora era más extravagante que de costumbre. Pienso que el hecho de verse como iniciadora de una verdadera cruzada, aunque en este caso nada cercana a las de los siglos XI, XII y XIII, le afectó sobremanera en lo que respecta a su indumentaria. Recuerdo que iba ataviada con lo que parecían restos de su antiguo hábito monjil, pero decorado ahora con motivos góticos, incluidas sendas calaveras y una calabaza tipo Halloween. Recuerdo que la gente del autobús nos miraba con cierta desconfianza, sin embargo el júbilo y la excitación reinaba entre nosotros cinco. De pronto la caballera Yoli soltó un grito con su voz algo aguda, casi de ratón, acorde con su tamaño corporal.

—¡Nos hemos equivocado...este no es el autobús! —nos espetaba la mesnadera Yoli, a modo de zarigüeya asustada, mientras tomaba la iniciativa y se bajaba del autocar en el momento que las puertas se abrían para soltar un pequeño cargamento de burgaleses con cara de frío.

Recuerdo que los otros cuatro corrimos detrás de ella y nos bajamos sin preguntar nada en absoluto. Una vez en la calle nos dijo la mesnadera Yoli que habíamos cogido la línea equivocada y que ese autobús continuaría por la Avenida de la Constitución... es decir lo que antes todo el mundo conocía como carretera de Logroño.

—No pasa nada —dijo el mesnadero Pauleño intentando calmar los ánimos—. Ahora volvemos a la calle Vitoria y subimos por Gamonal hasta encontrar una parada del bus que vaya a la Estación.

—Vale, pero antes podríamos meternos en un bar para calentarnos un poquito, distribuir los elementos constitutivos del equipo para el trabajo de campo y preparar la línea de acción número uno —les dije con la autoridad que me otorgaba el hecho de ser el jefe de la mesnada.

—¡Qué pasa que hay allí tanta gente chillando! —Exclamó Evaristo al ver que algo lejos se concentraba un buen número de personas alborotadas pero en aparente coordinación a la hora de gritar sus eslóganes.

—Nada, que los del Ayuntamiento quieren hacer un Bulevar y los del barrio de Gamonal no quieren que lo hagan, pero no pasa nada, no es más que una protesta de barrio —nos dijo Pauleño con la intención nuevamente de tranquilizar los ánimos, a estas alturas un poco desmoronados.

—Lo mejor será que entremos en un bar y esperemos que pase la manifestación —insistí yo para ver si de una vez por todas entrábamos en un maldito bar.

Una vez dentro de la primera taberna con la que nos topamos, después de pasar entre la masa de gente alterada y en medio de un griterío bastante ensordecedor, pudimos comenzar a templar nuestros alterados nervios. Recuerdo que el tipo del bar tenía cara de frío a pesar de tener la calefacción a tope, cosa (lo de la calefacción y no lo de la cara del tío ese) que provocó un acaloramiento súbito de nuestros cuerpos y que inmediatamente nos despojáramos de las prendas de abrigo. Recuerdo también que el tipo del bar abandonó su cara de frío al ver el extraño atuendo de la mesnadera Melchora.

A la hora de pedir las consumiciones, cada uno prefirió una bebida diferente, así Evaristo se decantó por un café con leche, Pauleño por una CocaCola, Yoli por un refresco y Melchora por un chocolate bien caliente, mientras que yo no pude evitar la tentación de pedirme un Pacharán. Fui consciente que los lugareños, es decir los mesnaderos distantes Pauleño y Yoli, se lanzaban a las bebidas frías demostrando no padecer en absoluto las bajas temperaturas de la calle en ese momento. Por lo que a mí respecta, siempre he preferido el frío al calor, y sufro muy intensamente los rigores estivales típicos de lugar donde resido, ya que mi genética es norteña.

Una vez calientes y relajados, aunque rodeados de un número cada vez mayor de personas alborotadas que iban entrando al bar, comenzamos el examen y la distribución del material constituyente del “kit” de mesnadero ético-alimentario.

—¿Tenéis vuestros ejemplares del Poema del mio Cid que os mandé por correo? —les pregunté a los caballeros burgaleses.

—Sí, los tenemos —contestaron de forma simultánea los dos mesnaderos distantes, dando la impresión de pertenecer a un grupo disciplinado y bien entrenado para la acción.

—Vale... ahora pasemos al resto de utensilios. Aquí tenéis una trompeta de juguete para cada uno, como símbolo metafórico de nuestra beligerancia contra el sufrimiento animal —les dije a los cuatro caballeros, mientras ellos me escuchaban con una evidente expresión de admiración reflejada en sus caras.

—¿Puedo coger una de las dos verdes? —preguntó Melchora, arguyendo que era el color preferido de su madre y de su abuela, por lo del “verde que te quiero verde” de Lorca.

—Si los demás no tienen inconveniente, por mi no hay problema...podéis elegir los colores que más os gusten, dentro de la oferta que he traído, claro está.

Después de que Melchora cogiera una de las trompetas verdes, el resto de mesnaderos eligió la suya de forma automática y sin preocuparles el color de la misma.

—¡Estos les van a tocar los cojones a la poli! —le decía al tipo del bar otro tipo allí presente, haciendo referencia a nuestro cargamento de trompetas de juguete, mientras el alboroto de voces allí dentro comenzaba a ser bastante insoportable y hacía difícil que nos oyéramos incluso entre los propios mesnaderos.

—¡¡Bueno ahora es momento de las navajas!! —les dije a mis compañeros en voz muy alta para que me escucharan, mientras sacaba de mi mochila las herramientas destinadas a la acción disgregadora de comportamientos éticos rutinarios, es decir, las navajas traperas que me habían costado 45 €, sin ser consciente de que mi cuasi grito había llegado a oídos de la concurrencia.

—¡¡Estos cabrones quieren montar el pollo y van armados!! —gritó el tipo que antes dijo que le íbamos a tocar los cojones a la policía.

—¡¡No son navajas sino utensilios disgregadores de comportamientos éticos rutinarios!! —tuve que gritarle yo también al tipo ese que ya tenía en esos momentos cara de mastín extremeño.

—¡Este tío aparte de un cabrón es Gilipollas!...janda Manolo avisa a alguno de esos polis que hay fuera, de que aquí hay unos tipos con navajas!

—¡¡Vámonos coño!! —dijo Yoli, tomando una vez más la iniciativa y saliendo a toda pastilla del bar, mientras todo el resto de mesnaderos la seguimos sin decir ni mu, si bien antes me dio tiempo de dejar un billete de 10 € encima de la mesa para pagar las consumiciones realizadas, no fuera que encima esos exaltados nos denunciaran por impago.

Recuerdo el malestar que sentí al salir de aquel molesto lugar, por no poder haber esperado a que me dieran las vueltas de los 10 €, malestar que se mezcló inmediatamente con la desazón por encontrarnos en medio de una masa de gente indignada y con los ánimos calentándose por momentos.

—¡¡No pasa nada, esto es Gamonal!! —nos gritó Pauleño para intentar calmar los ánimos, como ya venía siendo costumbre en él durante esa inefable tarde.

—Será mejor que nos metamos en otro bar, no sea que el tipo ese haya avisado de verdad a la policía y ahora nos estén buscando por pensar que llevamos armas para cometer algún tipo de acción vandálica —les dije a mis caballeros mesnaderos, ya con el espíritu algo alterado y en medio de una multitud casi enfebrecida—. Será mejor que cojáis cada uno vuestra navaja y si os dicen algo, acordaros que sólo son utensilios disgregadores de comportamientos éticos rutinarios —insistí al mismo tiempo que les pasaba las cinco herramientas disgregadoras, con mis manos a modo de concha protectora, para que no las vieran los manifestantes que teníamos al lado.

—¿¡Utensilios qué?! —me preguntó Pauleño con cara de cigüeña hambrienta.

—Es igual, no te preocupes, ya te lo explicaré.

Recuerdo que subiendo por la calle Vitoria, dimos con otro bar abierto en el que pudimos entrar a duras penas, ya que allí se apelonaba un montón de gente que gritaba cosas contra el Bulevar ese del que me había hablado Pauleño y contra la calle, cosa que no comprendía muy bien ya que, a la calle, le habían hecho una zanja y no tenía la culpa de nada, pero preferí no preguntar a mis mesnaderos distantes para no dispersar más nuestra verdadera misión allí.

Una vez dentro del nuevo bar adopté mi papel de líder de la Mesnada y les dije a todos mis caballeros ético-alimentarios:

—Como miembros de una misma mesnada, y como inauguración de nuestra cruzada ético-alimentaria, debemos someternos a un ritual de iniciación. Propongo que dicho ritual consista en la ingestión de un Sol y Sombra y en el pronunciamiento del consabido juramento de fidelidad a la mesnada, En cualquier caso, dadas las circunstancias a las que nos enfrentamos, será mejor que el juramento de fidelidad lo hagamos cada uno para nuestros adentros, no sea que alguna de las personas aquí amontonadas se crea que vamos a perpetrar un atentado, en vista de lo acontecido en el bar anterior —dicho lo cual saqué la mejor de mis voces y le grité a la mujer que se parapetaba detrás de la barra, que nos pusiera cinco Sol y Sombras.

—¿Sinco qué? —me rebotó su voz dulzona, momento en el que comprobaba que esa mujer no era de Gamonal, ni siquiera de Burgos, sino de algún país sudamericano en el que no sabrían lo que significaba beber un sol y sombra.

—¡¡Sol y Sombra!!

—¿Y eso qué eh?

—¡Pues coñac con anís! —le expliqué a voz en grito a esa caribeña entrada en carnes, pero prietas, y desconocedora de una de las bebidas más tradicionales de la fría Castilla.

Al cabo de unos minutos compruebo que su desconocimiento teórico acerca del Sol y Sombra, ha hecho que en lugar de servirnos las típicas copitas con su raya roja horizontal en mitad de la misma, nos endosase unos enormes copones de coñac repletos de un brebaje que rebosaba casi por encima del recipiente.

Antes que nada quise pagar la consumición, no fuera que pasase como en el bar anterior y me tuviera que largar sin haber recibido las vueltas.

—Son ventisicinco auro —me dijo la camarera, momento en el que sentí un dolor punzante en el estómago al ver que aquella desorbitada cantidad de dinero no me la habrían cobrado si la sudamericana esa hubiera conocido las proporciones que todo Sol y Sombra debe tener. Sin embargo es deber del buen caballero, mantener a todos los miembros de sus mesnada, por lo que no dudé ni un momento en pagar la consumición, aunque a punto estuve de decirle a esa mesonera criolla, que se llevara las copas y volviera con las copitas pertinentes.

Para mi sorpresa, la mesnadera Melchora se lanzó a coger su copa y otra más para su futuro compañero sentimental Evaristo, aunque todavía sin saber nada acerca del futuro sentimental que les esperaba. Por su parte yo hice lo mismo para con los caballeros burgaleses. Todos nos miramos y bebimos en silencio los primeros sorbos, pensando en los juramentos que cada uno de nosotros estaría recitando para sus adentros.

—¡Dicen que ha venido gente armada de fuera para montar la de Dios! —dijo un recién llegado, cuando ya habíamos practicado el ritual de iniciación y dábamos por hecho que nuestra cruzada estaba iniciada. Recuerdo que el recién llegado portaba una simple chupa de cuero negro, y que sin pedir nada le sirvieron directamente un gin-tónico.

—¡Creo que son anti—sistemas de esos y llevan ropas con calaveras y cosas raras...seguro que vienen de Bilbao los cabrones! —continuó el tipo del gin-tónico pero sin dirigirle la palabra a nadie en concreto.

—Aquí va a haber hostias...como si lo viera —dijo otro de la barra, dirigiendo su mirada al infinito, y sin gritar tanto como el primero.

—Hasta que no tapen la zanja esa no vamos a parar de dar por saco —añadió un hombre de unos sesenta y tantos también con una cazadora de cuero negro, pero con cuello de piel vuelta.



En ese instante recuerdo que consulté mi teléfono móvil para ver qué hora era, momento en el que me llevé la desagradable sorpresa de comprobar que el reloj del teléfono marcaba las 20 horas y cinco minutos. En vista de esa circunstancia les comenté a mis mesnaderos que sería una pena dirigimos a la Estación de Trenes sin consumir todo el Sol y Sombra que aquella mujer nos había servido, además de toda una falta de respeto al ritual de iniciación, así que les propuse posponer para el día siguiente, sábado, el comienzo de nuestro primer trabajo de campo en la nueva Estación de trenes.

Todos aprobaron mi propuesta por unanimidad, y ya con los ánimos algo más levantados, sin duda por efecto del milagroso elixir, decidimos apurar con calma nuestros brebajes de iniciación y sentarnos en un mesa que acababa de quedar libre en ese mismo momento. Durante aquel relativamente tranquilo espacio de tiempo, el caballero Pauleño nos explicó que habían comenzado las obras del futuro Bulevar y llevado la maquinaria oportuna para abrir una zanja en mitad de la calle Vitoria, motivo por el cual la gente de Gamonal estaba sublevada y comenzaba a protestar reclamando la paralización inmediata de las obras. A pesar de todas aquellas explicaciones, seguía sin comprender por qué mucha de aquella gente profería gritos contra la calle, aunque también es cierto que yo seguí también sin preguntarle nada al respecto.

Pero el relativamente tranquilo espacio de tiempo dejó de ser relativo y menos aún tranquilo. Y es que debido a las conocidas capacidades caloríficas del Sol y Sombra, todos los miembros de la mesnada estábamos sudando allí dentro, lo cual motivó que poco a poco fuéramos desprendiéndonos de nuestras prendas de abrigo. Comenzó el caballero Pauleño, siguió Yoli, después fui yo quién se quitó el abrigo, poco después llegó el turno de Evaristo y finalmente... ¡Melchora!

—¡Coño, pero si están ahí los anti-sistemas de los cojones! —graznó otro con cazadora de cuero negro, pero en este caso más larga, casi llegándole a las rodillas.

—¡Eh, vosotros qué cojones hacéis ahí! —dijo un gordo con camisa de manga corta que entraba por detrás de la barra y se ponía al lado de la camarera sudamericana— ¿no seréis esos que han venido de fuera a montar el pollo, no?

—Pero si somos de Burgos —le contestó Pauleño, como siempre intentando calmar los ánimos.

—Ya... ¿y la tía esa de las cadaveras y la calabaza?... ¡vosotros sois los putos anti-sistemas, que a mí no me la dais! —siguió el gordo graznando con sus puños cerrados encima de la barra y demostrando que no era simpatizante de las vestimentas de Melchora.

Como ya era también habitual a lo largo de esa nefanda tarde, Yoli cogió sin decir nada las de Villadiego, y todos nosotros la seguimos sin dar explicaciones a nadie de los allí concurrentes, con cazadora de cuero negro o sin ella, pero en el momento de salir fuera y echar a correr, nos encontramos de golpe y porrazo con unos tíos encapuchados que la tomaban con un contenedor y le prendían fuego.

—No pasa nada, no os preocupéis —dijo Pauleño pero sin conseguir que ninguno de nosotros se calmara.

Recuerdo que mientras yo le gritaba a Pauleño que dónde podíamos ir, escuchamos cómo otros encapuchados rompía las lunas de unos escaparates.

—¡Joder, qué susto! —dijo Yoli, al mismo tiempo que cogía del brazo a Melchora en vista de que a ésta le había afectado considerablemente la ingesta desmesurada de Sol y Sombra.

—Si estuviera aquí mi abuelo Robustiano, se iban a enterar todos estos —exclamó Evaristo recuperando una expresión de satisfacción en la cara que no había tenido desde que abandonó su adicción al chuletón de ternera.

—¡Hostia que nos disparan! —gritó Pauleño en el mismísimo instante que los anti-disturbios la emprendían con balas de goma.

—No perdáis la calma... ante todo debemos permanecer unidos como miembros de una

mesnada que somos —les dije a mis mesnaderos intentando hacer valer mi posición de caballero líder.

—¡Los cojones de mesnada...yo me largo! —gritó Yoli en mitad de un ataque de pánico, y de unos cuantos disparos más de los anti-disturbios, al mismo tiempo que la calle Vitoria se convertía en un caos de fuego y humo.

—¡Ahí están esos hijos de puta!...¡esos son! —oí que gritaba alguien, pero al girarme para intentar comprobar de dónde provenían los gritos recibí un porrazo en la cabeza y noté cómo unas manos de gorila me zarandeaban y me transportaban con la misma facilidad con la que transportarían a un mosquito.

\*\*\*

Ahora, casi dos años después de aquellos lamentables acontecimientos, puedo sacar las siguientes conclusiones:

- 1 Que en lugar de coger la línea de bus nº 25 que se dirige a la Estación de Trenes, cogimos la 16, que también sale de la Plaza de España.
- 2 Que la Policía Nacional al inspeccionar nuestras mochilas y descubrir que, tal y como les habían soplado, en ellas había unas navajas, además de las trompetas de juguete y los ejemplares del Cantar del Mío Cid, sospecharon que pertenecíamos a algún grupo de banda armada o terrorista, por lo que fuimos traspasados a la Guardia Civil.
- 3 Que en los calabozos de la Guardia Civil tuve que dar todo tipo de explicaciones y sobre todo insistir en que las navajas oxidadas no eran armas sino utensilios para la acción disgregadora de comportamientos éticos rutinarios.

—¿Que son utensilios para qué?...¡venga hombre no me toque los cojones! —me increpó el guardia civil mientras manoseaba una de las navajas traperas.

- 4 Que la Guardia Civil no se creyó nada acerca de la naturaleza no-agresiva de las navajas y requisaron todas ellas, igual que hicieron con las trompetas de juguete, ya que uno de los guardias allí presente, que según parece tenía un amigo en artificieros, dijo que seguramente eran detonadores de última generación.
- 5 Que nos costó Dios y ayuda convencerles de que las trompetas de juguete no eran ningún tipo de artilugio para activar mediante frecuencias sonoras explosivo alguno. De todas formas se quedaron en posesión de las mismas, para enviarlas a analizar al grupo de artificieros.
- 6 Que Melchora casi entra en coma etílico a causa del copazo de Sol y Sombra.

—¿Y la del traje raro, qué se ha metido? —preguntó el guardia civil que me interrogaba — porque está a punto de entrar en coma etílico la mujer.

—Nada...un Sol y Sombra —le contesté con la más dulce de mis voces, demostrando la calma y la serenidad que todo líder de una mesnada debe demostrar.

—¡Venga hombre, no me toque los cojones! —me replicó el guardia en mal tono e

insistiendo en el tema de sus testículos— ¡por un Sol y Sombra se va a quedar así!...pero si hasta se ha puesto a cantar gregoriano... y no lo hacía mal por cierto.

—Es que estuvo muchos años en un convento.

—Si, claro....la de los cráneos y la calabaza de Jalogüín, una monja...¡no te Jode!

—Oiga que la pequeña esa de la calabaza ha dejado de cantar y nos ha dicho algo de sus padres —dijo otro guardia que acababa de entrar en la habitación donde nos tenían a Yoli y a mí retenidos —parece que es una islamista camuflada.

—¡No me jodas...sólo nos faltaba en Gamonal el terrorismo islamista!

—Es que habla mucho de sus padres capadocios, y un compañero me ha dicho que cree que eso está en Turquía, y que recuerda que unos amigos fueron ahí de viaje. Se ve que esa gente es polígama porque habla de tres...se conoce que tiene tres padres.

—¿Usted qué sabe de eso? —me volvió a preguntar el guardia civil mal encarado.

—Pues que esa fue precisamente una de las primeras clases de teología que yo le di... la de los Padres Capadocios y su influencia en el catolicismo, muy especialmente en lo referente al asunto de la Santísima Trinidad.

—¡Joder, otra vez me está tocando los cojones el tío este, me parece a mí que le voy a inflar a hostias!

—¡Cálmese Capitán, que ya está en camino el agente especial Arribas!, él sabrá cómo manejar este asunto... puff y en Gamonal sigue la bronca y las detenciones, ¡que no tenga que venir el ejército!

7      Que afortunadamente cuando llegó el agente especial Arribas, especializado al parecer en temas de terrorismo, resultó que era un viejo cliente de una de las carnicerías de los familiares de Yoli, y además, pensaba que sus morcillas eran las mejores. Cuando vio en el carnet de identidad el apellido de Yoli, del cual no pienso dar el menor dato, le preguntó si tenía algo que ver con esas carnicerías, a lo que Yoli contestó afirmativamente y entablaron una larga conversación acerca de sus familiares carniceros y de las morcillas de sus familiares carniceros.

8      Que gracias a las morcillas de los familiares de Yoli, pudimos salir de los calabozos al cabo de 24 horas, ya que como supuestos terroristas que éramos, podíamos haber estado encerrados allí unos cuantos días más.

9      Que nunca unas morcillas de Burgos me habían alegrado tanto la vida.

10     Que finalmente se aclaró todo el asunto y se demostró que no éramos terroristas enviados a Gamonal para desestabilizar el sistema, pero sin embargo quedamos fichados como sospechosos por posesión de armas blancas con intenciones desconocidas.

—¡Dios, que buen vasallo si tuviera buen señor! —dijo uno de los Guardias Civiles, que había permanecido callado pero leyendo uno de nuestros ejemplares del Cantar del Mío Cid— esto me suena mucho...seguro que lo leímos en la escuela.

11     Que a Ella casi le da un patatús cuando la llamé por teléfono desde los calabozos de la Guardia Civil de Burgos, haciendo uso de uno de los derechos que me habían dicho que tenía.

- 12 Que a mis tías Florinda y Encarna casi les da también otro patatús, cuando Ella las llamó para decirlas que ni Evaristo ni yo iríamos a cenar ni a dormir esa noche, porque estábamos detenidos en el cuartel de la Guardia Civil.
- 13 Que ahí terminó la cruzada ético-alimentaria, antes de haber podido ni siquiera dar sus primeros pasos en la Estación de Trenes.

Así pues, y en vista de lo recordado, decido liberarme de todo el posible karma negativo que hubiera podido acumular durante los acontecimientos que tuvieron lugar aquel mes de enero en el barrio de Gamonal.

En cualquier caso, y aunque no considero que padezca triscaidecafobia, pero por si las moscas, prefiero añadir un punto más a los registrados, para que dejen de ser 13 y pasen a 14.

14 Que antes de volver a nuestro lugar de residencia, Evaristo, Melchora y yo pudimos comer en casa de mis queridas tías Florinda y Encarna, donde Evaristo habló tranquilamente de su operación de trigémimo.

Como última reflexión, y tirando del optimismo que cualquier budista y / o ex-budista, debe adoptar en la vida, creo que fue toda una suerte el que en aquel tiempo todavía conservara mis incisivos piorréicos, ya que de haber tenido colocada la prótesis parcial removible, casi con toda seguridad que hubiera sufrido un brote de agresividad contra las fuerzas de seguridad del Estado, con las consiguientes consecuencias funestas que ello me habría acarreado en el momento y, posiblemente, de por vida.

En cualquier caso, la disgregación de la mesnada me motivó para buscar sosiego y calma en el estudio de las prácticas budistas. Ahora, con el refugio del budismo desmoronado y en ruinas, veo que en el exterior me estaba aguardando el verdadero y último destino de mi vida, a saber:

¡La investigación privada!

Mi espalda se va recuperando poco a poco. Incluso creo que con suerte no me quedarán secuelas visibles y podré caminar todo lo erguido que debe caminar un buen detective privado, pero sin forzar la columna claro está, no sea que mi escoliosis vuelva a decir que hasta aquí hemos llegado.

Sin embargo, el problema con Ramona no sólo no se ha solventado sino que, por el contrario, se ha visto recrudecido y ahora, en cada uno de los paseos vespertinos, me veo en la inexorable necesidad de tener que arrastrala mientras ella ataca con furia leonina la cadena con la que pretendo que pasee. Pienso que mi apariencia en el vecindario del pueblo ha empeorado considerablemente y que si ocurriera alguna desgracia en el barrio, Dios no lo quiera, posiblemente seré yo el único sospechoso de haberla perpetrado.

Creo que si pusiera mi placa de investigador privado en la puerta de nuestra casa, esto otorgaría mayor respeto y normalidad a mi presencia por las calles, incluso arrastrando a Ramona. Sin embargo, esa placa dormirá en un cajón a determinar, hasta que Ella pueda dar el salto desde colaboradora inconsciente a colaboradora ordinaria.

Por otro lado, estoy convencido de que incluso la misma Jacinta, mi compañera de trabajo como guía turístico, podrá venirme de perlas a la hora de proporcionar valiosísima información al respecto de personajes callejeros, ya que esta mujer conoce todos los entresijos de los barrios por donde nos movemos con los turistas. Creo que podría ser una excelente informante, inconsciente claro está.

\*\*\*

Lo ocurrido esta mañana pone fin a una historia y da comienzo a otra, si bien el comienzo de esta otra no ha sido lo feliz que yo hubiera deseado. Además, se ha producido una extraña coincidencia en la confluencia de dos acontecimientos que, la verdad sea dicha, le da mucho que pensar a los resquicios budistas que permanecen en mi mente.

Y es que resulta que a eso de las 10 horas, y siendo hoy sábado, circunstancia por la cual me encontraba a esas horas en casa, han aporreado la puerta de nuestro hogar, algo que inicialmente nos ha causado bastante temor. Sin embargo, al ver que se trataba del cartero, la cosa se ha calmado considerablemente.

Afortunadamente abrí yo la puerta, y digo afortunadamente porque el empleado de Correos traía consigo un paquete a mi nombre procedente de Zaragoza, por lo que deduje inmediatamente que aquello no era otra cosa que todo el material serigrafiado que le había encargado a mi amigo, el señor Ruiz. Justo en ese instante comenzó a sonar el teléfono. Una vez firmados los papeles pertinentes, despedí amablemente al funcionario de la moto amarilla y decidí esconder aquel envío, no muy voluminoso todo sea dicho, en el primer cajón que encontré.

—¿Quién llamaba así a la puerta? —me dijo Ella en voz alta, mientras se dedicaba al tratamiento digital de algunas fotografías de boda que debía entregar en pocos días a unos clientes, y después de haber atendido a la llamada telefónica.

—Ah, nada... era publicidad —preferí contestarle, aún diciendo una mentira, pero evitando así que preguntara más cosas acerca del paquete que nos acababan de entregar.

Sin embargo mis resquicios budistas se preguntan lo siguiente:

PREGUNTA: ¿Por qué sonó el teléfono justo en el momento de guardar el paquete en un cajón?

RESPUESTA: Ni lo sé ni quiero saberlo.

La conversación telefónica había transcurrido de la siguiente manera:

—¿Dígame? —preguntó Ella al teléfono fijo con el tono de su voz algo contrariada, ya que la coincidencia de la llamada con la de la entrega del paquete, hizo que debiera desatender su tratamiento digital de las fotografías, para atender al teléfono.

—No...se ha equivocado —oí que contestaba Ella con su voz algo más dulcificada, mientras yo despachaba al cartero.

—Le digo que no, que se ha equivocado, que aquí la única Ramona que hay es nuestra perra bulldog inglés y no es ninguna detective —volví a oír que contestaba Ella, ahora de nuevo con su tono de voz contrariado, mientras colgaba el auricular de forma algo brusca.

Después de cerrar la puerta de la casa, y de esconder el paquete, así como responderle a Ella por el origen de los golpes en la puerta, me tocó a mí el turno de hacer la misma pregunta, pero referente a la llamada telefónica.

—¿Quién era? —le pregunté yo con cierto temblor en la voz, debido a la terrible sospecha que acababa de esparcirse por todo mi cuerpo.

—Nada... se habían equivocado y preguntaban por una tal Ramona detective privada...que cosas...ya le he dicho que la única Ramona aquí es nuestra perra...además... qué detective se pondría como nombre comercial el de Ramona... es completamente ridículo —seguía Ella contestándome, sentada a los mandos de su ordenador, al mismo tiempo que le entraba una fuerte risa al pensar en esa posible detective de nombre Ramona.

No me lo pensé dos veces y me dirigí rápidamente al cajón donde había guardado el paquete. Lo abrí con mis manos temblorosas, incluso a riesgo de que Ella se presentase en ese mismo instante y presenciara la escena. La placa, al igual que todas las tarjetas de presentación contenían el siguiente texto:

RamonA  
Investigadora Privada

Antes de esconder todo ese inservible material encendí, aún tembloroso, mi ordenador y tecleé en mi buscador habitual esas mismas palabras, es decir RamonA Investigadora Privada, y no pasó ni un segundo cuando apareció una página web donde se leía en letras grandes justo eso, pero en forma de mosaico y repetido como unas diez veces.

RamonA  
Investigadora Privada

En la página web también aparecía nuestro teléfono fijo, nuestra dirección y todo tipo de datos personales que deberían ser absolutamente confidenciales. Afortunadamente Ella seguía concentrada en sus retoques digitales y no se percató de esa espantosa circunstancia.

—Oye, ¿se puede saber qué demonios les dijiste a tus amigos serigrafistas que pusieran en las tarjetas?... ¿y a los de la página web? —le comenté al cretino del Pitufo, desde la calle claro está, donde había salido para llamarle con mi teléfono móvil con la intención de que Ella no escuchase la conversación.

—Pues les pasé a todos un whatsApp con los datos...ahora lo busco...mira aquí está...sí el caso es que se lo envié todo un poco abreviado... ya sabes en lenguaje telefónico...¿qué pasa lo han entendido mal o qué? ...por cierto ya me han pasado la factura... en total son... 250 €.

Decidí colgarle el teléfono sin despedirme, ya que comenzaba a sentir un nuevo brote de

agresividad, por supuesto con mi prótesis colocada, y no quise que nuestra larguísima amistad se viera en ese momento cortada de cuajo.

\*\*\*

Pienso que no voy a gastarme ni un euro más en otras tarjetas de presentación, ni tampoco en ninguna placa para la puerta de nuestra casa, ni mucho menos en el diseño de una página web diferente.

Solamente les diré que quiten los datos privados y pongan únicamente mi teléfono móvil como medio de contacto.

El resto... ya veremos.

Sin embargo los resquicios budistas que todavía quedan desperdigados en mi mente, me obligan a realizar un mini mundo Zen.

PREGUNTA: ¿Cuál será mi apariencia detectivesca, al adoptar como nombre comercial el de Ramona?

NO HAY RESPUESTA.